



RAQUEL RUEDA

EL PASADO DE JULIA

© 2024 **Raquel Rueda**

Primera edición: Marzo, 2024

Diseño de cubierta y maquetación: Verónica Espinosa

Corrección: Raquel Rueda

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

*Mamá, papá,
esta novela es para vosotros*

PRÓLOGO

Julia

Miércoles, 4 de noviembre de 2020

Entro en casa y me siento en el sofá. Mi mirada recorre la habitación en busca del mando a distancia. Enciendo mi pequeña y vieja televisión intentando encontrar algo que ver, pero mis intentos son en vano, así que la apago. Con mucha pereza, me quito los zapatos. Me duelen las piernas de tanto estar de pie en el trabajo... El calzado de la empresa no es muy cómodo, en realidad, pero tiene suela antideslizante y es lo mejor para estar en la cocina del restaurante.

Con dolor en las plantas de los pies, voy hasta el baño, sin ganas, soltándome el moño que me recoge el largo pelo castaño que tanto me ha costado mantener a raya todos estos años.

Enciendo la luz y me miro al espejo con cara asqueada. Me froto los ojos y me lavo la cara. Después, me pongo las zapatillas de andar por casa. Unas muy cutres, de color rojo y negro, y apago la luz.

Me dirijo a la cocina arrastrando las zapatillas, que van haciendo un ruido muy gracioso por el parqué y las baldosas. «¡Malditos pies!», pienso mientras abro la puerta del frigorífico. Saco una botella de cristal con zumo de naranja y me dirijo de nuevo al salón.

Cuando ya estoy sentada de nuevo en el sofá, no muy cómodo, por cierto, me doy cuenta de que se me ha olvidado coger un vaso... pero ya da igual, beberé directamente de la botella. El zumo está muy ácido y mi cara es un cuadro. Parece que he chupado un limón, directamente.

Apoyo la cabeza en el respaldo y, de lo cansada que estoy, me quedo traspuesta.

Al poco tiempo, me despierto por culpa del teléfono fijo. Ese que hace mucho que no suena. Por un momento, dudo si cogerlo, pero al final contesto:

—¿Sí?...

—Hola Julia. Soy Pedro. ¿Qué tal estás?

Mi mirada se pierde en la nada intentando dar una explicación a lo que está sucediendo. «¿Cómo una persona que me ha dejado tirada como una colilla puede llamarme, después de tanto tiempo, como si nada hubiera pasado?».

—Julia... ¿estás ahí? —repite Pedro con confusión.

—Sí, sí... perdona. Pues como siempre, y ¿tú?

—Bien, pero ese «como siempre» no suena muy convincente. ¿Quieres quedar y hablamos de cómo nos va la vida?

No doy crédito a lo que estoy escuchando al otro lado de la línea telefónica, pero tengo que dar una respuesta rápida y concisa.

—Sí, por supuesto. ¿Cuándo quieres que nos veamos?

—Pues esta misma noche. Si te viene bien, claro...

—Vale.

—Pues a las diez me paso por tu casa. Además, seguro que recuerdas cuál es mi comida

favorita. Hasta luego, guapa.

«¿Con qué derecho me habla de esa manera después de tanto tiempo?».

No me da tiempo a reaccionar a su última contestación porque, inmediatamente, Pedro cuelga el teléfono.

Me siento confusa. Son las ocho de la tarde y estoy agotada. Últimamente, el trabajo en *Federico*, el restaurante italiano del pueblo, me tiene agotada. Hoy, no he salido de trabajar hasta las seis, pero, por suerte, hoy libre por la noche, como todos los miércoles. Por suerte... o por desgracia, ya que me tengo que enfrentar a uno de mis mayores miedos: reencontrarme con Pedro.

En ese momento, me arrepiento de haber cogido el teléfono.

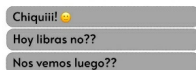
«¿Por qué quiere quedar hoy mismo? ¿Qué prisa tiene?».

Los nervios se apoderan de mí y, rápidamente, voy a la cocina a prepararme una buena tila.

Mi cocina no es muy grande, más bien es pequeña... pequeñísima; pero bueno, yo me apaño así. Además, el dinero que gano en el restaurante tampoco es suficiente para alquilar algo mejor. La cocina tiene un frigorífico con los mismos años que Matusalén y los centímetros de encimera justos como para cocinar con una comodidad rayando lo decente. La completan el microondas y la vitrocerámica. No tengo lavavajillas, pero mi consuelo es que tengo horno. Tampoco se le puede pedir peras al olmo.

El tiempo se me hace eterno; y mira que solo es calentar un vaso de agua.

Movida por mi propio nerviosismo, voy a coger el móvil, que está en la mesita del salón. Me doy cuenta de que tengo un *WhatsApp* de mi amiga Ana.



Chiquiii! 🍋
Hoy libros no??
Nos vemos luego??

Leo el mensaje con exasperación y me doy cuenta de que tiene hora de llegada: las 19.03. Los nervios van en aumento cuando me pongo a pensar todo lo que ha acarreado el hecho de haberme quedado dormida y no haber leído el mensaje de Ana antes.

«¿Qué podría contestarle a Ana después de todo lo que pasó con Pedro?».

Si se entera de que he quedado con él a cenar y no le he dicho nada, me mata. Lo sé. La conozco de sobra.

Por un momento, pasa por mi cabeza el hecho de contestar a Ana, quedar con ella y olvidarme de mi cita con Pedro. Pero, por otro lado, la curiosidad y la necesidad de respuestas pesan más en la balanza.

Tales pensamientos han cegado tanto mi mente, que ni me he dado cuenta de que el microondas ya ha pitado. No puedo dejar de andar por el salón buscando una solución a todo lo que está pasando. De un lado a otro. Vueltas y más vueltas a la cabeza... ya hasta me duele.

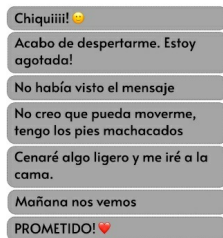
—¡¡¡Basta!!! —me sorprende gritando.

Esta situación ya está llegando a límites insospechados y sigo sin saber qué contestar a Ana. Desde que la conozco nunca le he mentado y me causa un gran daño tener que hacerlo ahora, aunque sea del todo necesario.

La primera vez que la vi fue en el supermercado que está más cercano a mi casa. Ana es la

carnicera y mi asidua presencia por allí, para comprar la carne del restaurante, hizo que entabláramos una gran amistad. Muchas veces, cuando cerraba el supermercado, era la misma Ana la que me acercaba el pedido hasta *Federico*. Charlas sobre hombres, sexo, menstruaciones y varios «tierra, trágame» han hecho que ahora seamos inseparables. Por eso, sé que a ella le puedo contar cualquier cosa, pero no sé si esto debería.

«¿Qué dudas? ¡Por supuesto que se lo voy a contar! ¡Pero ya mañana, cuando tenga algún cotilleo en condiciones! ¡Decidido!».



Cuando acabo de escribir el mensaje, me doy cuenta de que he dejado el vaso de agua en el microondas. Lo recaliento y, un minuto y medio más tarde, está abrasando. Cojo el vaso con la yema de los dedos, meto la bolsita de tila y, como si de una maratón se tratase, voy a dejarla en la mesita del salón. Pero, cuando levanto la vista, me doy cuenta de lo desastrosa que está la casa. Tengo que ordenarla y con bastante rapidez, ya que son las ocho y media. Aunque sea un poco por encima, es muy necesario.

Los muebles son simples, nada del otro mundo, y que conste que no me quejo. Siempre he sido una chica muy conformista en cuanto a lo material. He hecho de este pequeño habitáculo mi hogar y me siento muy orgullosa.

Me termino la tila a toda prisa, tanto que mi garganta comienza a arder. Me recojo la melena en un moño y empiezo a ordenar todo. Coloco los libros en la estantería, recojo algunas prendas de ropa, que hay por ahí tiradas, y mullo los cojines.

Después, me dirijo a la cocina y saco la carne picada de la nevera. Tengo que preparar su comida favorita. Que en realidad también es la mía. Una casualidad que, en su momento, me hizo mucha ilusión.

Todo empezó cuando tuve que ir al cine de verano con mi sobrina, Lucía. Ella había insistido mucho para ir a ver *La dama y el vagabundo*, ya que es su película favorita. Yo fui encantada, porque también es la mía, así que allí fui con mi preciosa pelirroja de ojos verdes. Teníamos que ir pronto, porque se llenaba enseguida, así que preparé unos bocadillos, algo de abrigo y unos cojines para estar más cómodas.

Lucía es tan activa como su madre. Marta, mi hermana, trabaja en una residencia de la tercera edad; por desgracia, le había tocado currar todas las fiestas del pueblo en el turno de noche.

Sonaban petardos por la calle y Lucía no dejaba de pedirme que le comprase alguno. Yo siempre me negaba. No veo por qué son tan divertidos. No me hacen ninguna gracia. Sufren los animales, algunas personas y, además, puede haber accidentes innecesarios.

Con un breve paseo, llegamos a la plaza en la que ya estaba puesta la pantalla gigante. Ya

había mucha gente, así que, ante la mirada de todos, fui arrastrada por mi sobrina para llegar lo más adelante posible.

Allí es donde, por casualidad, conocí a Pedro. Él había ido también con su sobrino, Lucas. Cuando los dos niños se juntaron, aunque no se conociesen de nada, no me quedó más remedio que hablar con el hombre que lo acompañaba.

—¡Hola! —expresó muy cordialmente.

No esperaba aquel saludo, ya que no lo conocía de nada; pero, era evidente que tenía que responder, al menos por educación.

—Buenas noches —contesté algo cortante.

—Parece que va a hacer bueno...

—...

«Si pretende comenzar una conversación conmigo de esa manera lo lleva claro», pensé en ese momento, mirando a ese absoluto desconocido.

—Soy Pedro, encantado.

—Julia —contesté.

—¿Eres de aquí?

—Sí —respondí, de nuevo, sin dejar de vigilar a mi sobrina y deseando que empezara la película.

—Yo no...

—...

«¿Quién le habrá preguntado a este hombre de dónde es? ¡No me importa!», pensé realizando una mueca con los labios; una característica muy personal cuando pierdo la paciencia.

—¿Trabajas?

—Sí.

—Yo trabajo de comercial.

—...

—Y, ¿tú? —preguntó Pedro, sin importarle mi bordería.

—En un restaurante —respondí, sin querer dar más datos de donde trabajaba. Nunca se sabe con quién se está hablando.

—¡Qué interesante! ¡A mí me encanta comer!

«Bueno... Julia, me da que vas a tener que aflojar un poco. Parece un buen tío», pensé sonriendo.

—Y, ¿cuál es tu comida favorita? —respondí con una sonrisa en los labios.

—Absolutamente toda. Pero la italiana la que más —dijo emocionado, tras ver la sonrisa que implicaba una receptividad por mi parte.

Iba a contestar, pero los gritos de emoción de mi sobrina me alertaron de que ya iba a comenzar la película.

Mi mano, congelándose de frío, me hace despertar de mis recuerdos. Cojo un bol del cajón de debajo de la encimera y pongo una gran parte del paquete. Adrezo la carne picada como suelo hacerlo en el restaurante. Es una receta familiar que ha sido puesta en la carta de *Federico* ante la insistencia del dueño, ya que le encanta el sabor que tiene. De hecho, mis *spaghetti* con albóndigas son lo más solicitado del restaurante.

Seguidamente, marco las albóndigas en una sartén y preparo una cazuela enorme con tomate

triturado. Cuando ya están hechas por fuera, las meto en la salsa con pimienta, orégano y albahaca y lo dejo todo cocer a fuego lento. Cuando salga de la ducha, ya pondré la pasta a cocer. Siempre se hace en ese orden. Es algo que me enseñó mi compañero: «La salsa siempre espera a la pasta y no al revés».

Me dirijo al cuarto de baño y, al llegar, me miro al espejo. Mis ojos, marrones con toques verdosos, están muy rojos, probablemente del cansancio acumulado. Creo que tengo que comprar lágrimas artificiales. Después, me desnudo y me meto en la ducha.

«¿Quién podría pensar que dos personas pueden empezar una relación, de amistad, que fuese que tuve con él, por unos *spaghetti* con albóndigas?».

Después de unos tres meses conociéndonos, Pedro, sin mucho criterio, decidió desaparecer. No tiene justificación alguna, pero, esta noche a las diez, se la pediré de una vez por todas.

Salgo de la ducha con una toalla en la cabeza y lo primero que hago es poner a cocer el agua en la cazuela. Después de unos pocos minutos, en los que me dedico a mirar a un punto fijo, empieza a cocer el agua y echo los *spaghetti*. Mientras se cuecen, compruebo que la salsa y las albóndigas ya están en su punto perfecto. A los seis minutos, ya está al dente y lo mezclo todo en un bol de cristal enorme. Lo meto en el horno, para gratinar con queso parmesano a última hora, y me dirijo a la habitación.

Allí abro el armario y, como es costumbre, no sé qué ponerme. Opto por unos tejanos y una camiseta básica negra. No quiero demostrar que me he arreglado para él, al menos después de lo ocurrido. Me siento de nuevo en el sofá y miro la hora: son las diez. Se retrasa.

De repente, suena el timbre.

Me despierto de golpe. Me siento algo desorientada. Miro la hora y veo que son las ocho y diez de la tarde.

«Pero, ¿he soñado con Pedro? Creía que lo tenía más que asumido».

Al parecer, a veces, el subconsciente traiciona. Estaba a punto de tener mi respuesta, pero tengo que asumir que nunca la tendré. Lo que me ha despertado es el sonido del móvil: en la pantalla iluminada aparece el nombre de Ana.

Me levanto del sofá, con el teléfono en la mano, y comprendo que el restaurante *Federico* me trae demasiados recuerdos, sobre todo, cuando cocino su comida favorita: la especialidad de la casa.

PRIMERA PARTE

La revelación

Capítulo 1

El secreto de Ana

Ana

Miércoles, 11 de noviembre de 2020

—¿A la hora de siempre? —pregunta Julia entusiasmada.

—Sí, pero hoy se te ha pasado llamarme... ¿eh? ¿Te has quedado dormida otra vez o qué?

—Pues sí. Estoy agotada... Pero vamos, ¡que no te libras de mí ni de coña!

—Pues a las diez quedamos en la terraza de siempre —contesto con emoción.

—Luego nos vemos entonces, chiqui. ¡¡Un beso!!

—¡¡Muaaas!!

Guardo, sutilmente, el móvil en el bolsillo de mi uniforme de trabajo, mirando alrededor y comprobando que el encargado no me haya visto utilizándolo. Realmente, está prohibido utilizar el teléfono en horario de trabajo; y más si es dentro del supermercado.

Aparecieron tres clientes más, para completar la noche.

«¡Toda la tarde aquí aburrida y ahora a trabajar como una mula por la gente que lo deja todo para última hora!», pienso enfadada.

Un kilo de salchichas y dos de alitas de pollo: ese es uno de los pedidos. Me ajusto el gorro que estoy obligada a ponerme y cojo el cuchillo. Ya hace unas semanas que noto que mi pelo rubio tiene una pésima calidad y se me cae más de lo normal.

Acabo de atender a los clientes y me dispongo a limpiar las cámaras y los utensilios que he utilizado. Quedan veinte minutos para las diez y no sé si llegaré a tiempo a la cita con Julia. Tengo muchas ganas de verla; es mi más fiel confidente y con, prácticamente, la única persona que me siento cómoda.

Hace mucho que ni veo a mi familia, aunque mi madre me llama constantemente para que acuda a las comidas familiares de los domingos. Últimamente, me agobian mucho ese tipo de reuniones sociales, así que trato de evitarlas a toda costa.

Dejo todo en su sitio y voy al vestuario a cambiarme. Abro la taquilla gris y saco mi ropa de calle. La miro y suelto un chasquido con la lengua. Cada vez soy más dejada a la hora de vestirme; no me apetece nada arreglarme y siento que la ropa no me queda bien. Lo mismo me pasa con el uniforme del trabajo. Dentro de poco, creo que tendré que pedir una talla más.

Me termino de cambiar, pongo el uniforme en la percha y cierro la taquilla. Me aproximo al lavabo, me lavo las manos y, sacando del neceser un peine, me dispongo a peinarme mirándome al espejo.

—¡Menudas ojeras! ¡Das asco, chica! —me digo a mí misma—. ¡Menudo pelo, maja! ¡Menudo desastre!

De repente, mi discurso se ve interrumpido por la entrada de otras compañeras en el vestuario.

«Espero que no me hayan oído», pienso avergonzada.

Entonces, corriendo, meto el neceser en el bolso, me lo cuelgo al hombro y salgo del vestuario ante la mirada inquietante y penetrante de las demás trabajadoras. Siento que hace unas semanas me miran como si tuviera monos en la cara... o en el cuerpo. Menudos repasos me hacen con la mirada.

Justo al salir, me encuentro de sopetón con Esmeralda.

—Qué susto me has dado, Ana —me dice riéndose y llevándose la mano al pecho.

—Lo siento.

—Ana. No te preocupes, no pasa nada. ¿Estás bien?

—Sí. No te preocupes —digo acelerada—. Mañana nos vemos, que he quedado con Julia.

—Dale recuerdos de mi parte —me dice.

Asiento y, al minuto, salgo del supermercado y compruebo la hora en el teléfono móvil: son casi las diez. Abro el *WhatsApp* y escribo a Julia:

Estoy saliendo chiqui.

En nada estoy!! 🍷

La terraza está muy cerca, pero hoy, más que nunca, se me está haciendo eterno el camino.

A lo lejos ya veo a Julia, sentada en una de las mesas. Está guapísima. Se ha dejado el pelo suelto y va con el vestido rojo que le sienta tan bien. Para ser otoño, este año está siendo bastante caluroso. Noto que me caen las gotas de sudor por la espalda.

Cuando llego, me siento de golpe en la silla y suspiro. Me encuentro un poco floja, aunque supongo que es porque he venido casi corriendo hasta aquí. No quería llegar tarde.

—Estaba esperándote para pedir. ¿Qué quieres?

—No sé, chiqui... Me ha dado un bajonazo. La verdad es que estoy un poco mareada y no me apetece tomar nada —explico llevándome las manos a la cara.

—¿Quieres que te acompañe a casa y cenamos allí? —me pregunta Julia bastante preocupada.

—Sí, por fa... Si no te importa, claro.

Así, tan rápido como se lo he dicho, se levanta. Me siento muy culpable de haberla preocupado por nada. Me siento cansada. Eso es todo. No debería haber exagerado tanto.

En un par de minutos, estamos en mi casa. Julia me lleva agarrada del brazo. Le da miedo que me caiga al suelo.

Nada más llegar, dejo el bolso en el sofá y me tumbo de golpe.

—Ana, voy a por mis cosas. No pienso dejarte sola estando así. ¡Me niego! —reitera Julia.

—Vale, vale... —afirmo, mientras temo que Julia descubra el motivo de mi debilidad.

—Pues ahora vengo, chiqui.

Sale tan deprisa que no me da tiempo ni a asentir con la cabeza.

Me quedo sola en mi apartamento. Un acogedor apartamento lleno de cachivaches que he ido heredando de mis antepasados. Que si un cuadro, una muñeca de porcelana, un reloj de pared... Sin pensarlo dos veces, me incorporo, sentándome en el sofá, y saco un paquete de tabaco del bolso. Con el mechero en la otra mano, intento prender el cigarro, pero, de repente, me empieza a temblar el pulso. Me entra miedo. Suelto todo de golpe en la mesilla de madera del

salón.

Me levanto y, con un mando que está sobre el mueble de la televisión, enciendo la minicadena. Sí, todavía tengo una.

Suena la canción *The weakness in me* de Joan Armatrading. Me encanta esa cantante y, sobre todo, las canciones de los setenta y los ochenta. Esta melodía y esta letra me traen muchos recuerdos. Cierro los ojos e inspiro fuerte, llenando los pulmones a tope, antes de expirar de golpe.

Como si de una casualidad se tratase, suena el teléfono. Es un *WhatsApp* de Luis, el chico con el que he estado saliendo esporádicamente hasta hace nada y con el que ya no tengo ningún tipo de relación. Aunque al parecer, él no lo cree así, ya que me suena de nuevo una notificación.

Doy la vuelta al móvil, de forma que la pantalla mire a la mesa. La última conversación que tuvimos, me dejó muy claro sus sentimientos y sus intenciones; aunque, al menos, yo le fui sincera.

—¿Entonces se acabó lo de pasarlo bien juntos? —pregunta Luis.

—Sí.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque no me das lo que necesito y creo que lo más importante es que yo me encuentre bien. Por mucho que parezca egoísta —respondo tajante.

—¿Qué es lo que necesitas? No te entiendo, de verdad.

—Necesito una persona que esté a mi lado cuando esté bien y también cuando esté mal. Necesito una persona que me quiera y que esté dispuesta a dar un paso más. Tú no eres esa persona y me lo has demostrado, sobre todo los últimos días.

—Pero, ¡Ana! —sigue diciendo Luis interrumpiéndome—. ¿No habíamos quedado en que no habría sentimientos entre nosotros?

—Sí, pero las cosas se dan así.

El sonido de otra melodía mucho más animada, la de *The way you make me feel* de Michael Jackson, me devuelve a la realidad. El móvil sigue vibrando, junto a un sonido que me está resultando de lo más molesto, así que presiono el botón de apagar y la tortura acaba pronto.

Me estoy empezando a agobiar. Apago la minicadena y me dirijo a la cocina. Bastante recogida, por cierto; para eso soy muy maniática y, ahora, más que nunca. Últimamente, me ha dado por ordenar todo más de la cuenta.

De repente, me encuentro de pie delante del frigorífico y ni siquiera sé muy bien cómo he ido a parar a la cocina. Lo abro. Me ha entrado hambre, mucha hambre... hambre feroz. Cojo una tableta de chocolate con naranja y la muerdo como si no hubiera comido en una semana. Sé que no debo comer ese chocolate, pero también sé que necesito frenar mi ansiedad. Es tan difícil controlarla...

Pero, algo está ocurriendo. En mi estómago. En mi mente.

«He comido y no lo necesito dentro de mí. Necesito ir a vomitar, necesito quitarme la culpa. Ya estoy lo suficientemente gorda como para encima empeorarlo por un trozo de chocolate».

Me dirijo al baño, me arrodillo frente al váter y me meto los dedos en la boca. Empiezo a vomitar.

«¿Cómo puedo estar vomitando tanto si solo he comido un sándwich de jamón y un «poco» de chocolate?», pienso mientras me agarro con fuerza al váter.

Arrodillada todavía, escucho el telefonillo. Voy corriendo a contestar: es Julia. Pulso el botón y, corriendo de nuevo, me dirijo al baño para enjuagarme la boca y dar un poco de ambientador en la zona del «delito». No quiero que me vea en esta situación tan deplorable.

«Me siento mejor».

—Quizás no se dé cuenta... —comento en voz baja.

Julia llama a la puerta y la abro. Me da un beso en la mejilla y nos sentamos en el sofá. Estamos ambas muy calladas, pero el carismático carácter de Julia hace que, enseguida, la situación cambie.

—Ana, ¿has vuelto a hablar con Luis?

—No. ¿Por qué? —respondo temerosa.

—Porque te veo muy seria y preocupada. He pensado que podría ser por eso. Ya sabes que me puedes contar lo que sea, ¿verdad? —me suplica.

—Sí, lo sé.

—Pues ánimate, mujer. ¿Llamamos al *Telepizza*?

—Si te apetece... Aunque no tengo mucha hambre, la verdad —exclamo tras un profundo suspiro.

En realidad, sí que tengo hambre, pero no quiero comer.

—¿Cómo no te va a apetecer?! ¡No seas tonta!

Julia me pregunta qué pizza quiero, pero se lo dejo a su elección. Sé que, de todas formas, después la vomitaré. Ya me siento lo suficientemente fea como para encima añadir esas calorías innecesarias.

Últimamente me miro al espejo y, aparte de la caída de pelo y mi piel espantosa, me ha crecido considerablemente la barriga. Aunque, también, podría mencionar el tamaño de mi enorme pandero: es colosal comparado con el de las demás chicas, tanto de mi trabajo como de las que veo por la calle.

Mientras Julia pide las pizzas, me entra de nuevo la culpa.

«Quizás debería ir al baño de nuevo y hacer hueco para la cena. Eso haré».

Voy de nuevo a vomitar, aprovechando que Julia está entretenida. Así que entro y cierro la puerta para que no se escuche tanto.

Pero, al parecer, no ha funcionado, ya que cuando me levanto, la veo delante de mí. Me apoyo en la pared con el rostro bastante pálido y cuando me voy a refrescar la cara en el lavabo, caigo al suelo sin que Julia pueda evitarlo. Todo se vuelve negro y oigo a mi amiga, pero muy lejos.

Al cabo de... obviamente, no sé cuánto tiempo, me despierto. Julia me obliga a permanecer tumbada con las piernas en alto hasta que llegue la ambulancia. La espera es eterna, pero pronto me tumban en la camilla y me llevan al hospital. Julia me acompaña de la mano. Como siempre.

—Julia, tengo que contarte una cosa... —balbuceo en medio de todo el bullicio hospitalario.

—No te preocupes, chiqui. Luego me lo cuentas, ¿vale?

—Pero tiene que ser ahora...

—No hay tiempo, señoritas —interrumpe el enfermero—. Cuanto antes realicemos ciertas pruebas, mejor.

Ana desaparece por el pasillo, tumbada en aquella camilla. Tengo los ojos vidriosos: necesito llorar. Me siento en una silla que hay en la sala de espera, en este momento casi vacía, a excepción de una señora que acompaña a la que parece su madre, y estallo. Me intentan consolar entre ambas, cosa que agradezco, pero no hay manera.

Tras unos minutos desahogándome, consigo parar de llorar. Cojo el móvil de Ana. Me sé su pin, por si acaso, y lo enciendo. Sé que no debería hacerlo, pero solo quiero saber qué le pasa. Veo que tiene muchas llamadas y mensajes de Luis. No debo meterme donde no me llaman, pero... pulso el botón verde.

—¿Luis? Soy Julia, la amiga de Ana. Está ingresada en el hospital, se desmayó antes y...

—¿Cómo?! ¿Ingresada?! ¿Por qué?! —contesta histérico.

—Pues verás...

—Espera. Me acerco al hospital. —Y después cuelga rápidamente.

Sé que Ana no me lo va a perdonar, pero no quiero preocupar en demasía a su familia, ya que sé que la relación con sus padres últimamente es escasa. Luis ha estado quedando con ella. Quizás sepa lo que le pasa. Hace días que la noto muy tensa y muy triste.

En menos que canta un gallo, aparece por la sala de espera. Está bastante agitado, aunque sigue igual de guapo. Alto, moreno, ojos azules. Prácticamente, lo tiene todo. Espero que como persona sea igual de bello. No es que le conozca mucho, solo de conversaciones triviales, pero me pareció muy simpático.

Nos damos dos besos y salimos de la sala de espera para poder hablar un poco más tranquilos. No quiero molestar a los demás pacientes que han ido llegando.

Vamos hablando mientras damos un paseo por el pasillo hasta la máquina de café.

—¿Han dicho ya algo? —pregunta preocupado.

—No. Nada de nada.

Estamos bastante tiempo hablando sobre lo ocurrido e incluso barajando alguna hipótesis sobre cuál puede ser su secreto. Ana quería contarme algo antes, pero no la he dejado.

—¡Acompañantes de Ana García, pasen por la puerta 4! —entona una señorita a través de un altavoz que se encuentra en el pasillo.

Nos miramos y, cruzando el pasillo, entramos en la consulta. Allí está sentado un médico muy serio. Es calvo, con gafas y bastante corpulento; de esos que, cuando te dicen que tienes que hacer vida sana, piensas que ojalá la hicieran ellos también para saber lo difícil que es. Aun así, tiene pinta de ser una buena persona y de esas que se toman muy en serio su profesión.

—Buenas noches. Tras hacer muchas pruebas a la paciente hemos descartado ciertas cosas y hemos llegado a un diagnóstico claro.

—No estará embarazada, ¿verdad?! —pregunta Luis alertado por los encuentros furtivos que han tenido.

—No. Es más, esa ha sido de las primeras cosas que hemos comprobado antes de hacerle más pruebas.

—Entonces, ¿qué le pasa, doctor? —prosigo.

—La paciente tiene un trastorno alimenticio llamado bulimia. Seguramente, también acompañado de atracones. Va a ser un camino difícil.

Capítulo 2

Dibujos en el cristal

Julia

Jueves, 12 de noviembre de 2020

Pasan muchas cosas por mi mente ahora mismo. Son las cinco y media de la mañana y estoy bastante cansada. Llevo ya bastantes horas en el hospital. Ya no sé qué hacer. No sé si tomar otro café, si andar, esperar sentada... Pero lo que más me preocupa no es eso, sino el estado en el que se encuentra Ana. No sé cómo no me he podido dar cuenta antes de que tiene bulimia.

«¿Por qué?», me pregunto sin parar de dar vueltas por la sala de espera.

Luis se ha ido hace casi un par de horas. La verdad es que parecía preocupado cuando lo llamé y, cuando apareció le noté extraño, como si, realmente, sí que quisiese tener un vínculo con ella, más allá de un rollo pasajero.

De todas formas, tengo cosas más importantes y serias de las que preocuparme en este momento, como, por ejemplo, la salud de Ana.

«La bulimia es un problema muy gordo, ¿cómo no me he dado cuenta?», continuo torturándome.

Pero, por un momento, decido mantener la cabeza fría. Es una situación límite y estando nerviosa no voy a solucionar nada, sino todo lo contrario. Voy a ir a tomar un té a la cafetería, preguntaré por el estado de Ana y cogeré el primer autobús que me lleve al pueblo, ya que el hospital se encuentra en la capital.

El pasillo es largo, monótono, de un color blanco-pulcro. No expresa emoción alguna... es neutro; probablemente para que la gente que pasa por aquí pueda sentir sus propias emociones, sin dejarse condicionar por el ambiente.

Pronto llego al recibidor del hospital. Es muy amplio. A la izquierda están el mostrador de información y las puertas, una giratoria y la otra normal para personas con movilidad reducida; enfrente, la cafetería y el quiosco; y, al otro lado, puertas y más puertas. Mi destino se encuentra enfrente, aunque no puedo evitar mirar las demás puertas de las que no dejan de entrar y salir personas.

En la cafetería no hay mucha gente, ya que son las seis y media de la mañana. Pido un té verde a una de las camareras y me siento en un taburete de la barra. Necesito energía como si nada. Sé que he llegado al tope esta noche y tengo que compensarlo de alguna manera.

Tras terminarme el té, acudo de nuevo a la zona de información del departamento en el que se encuentra Ana. Está estable, pero, por protocolo, nadie puede verla en este momento. Ha pasado un bache muy gordo y aún no está preparada para asumir un contacto brusco con la realidad que la espera.

No me queda más que resignarme. Facilito mi número de móvil, como persona de contacto. Si hay novedades sobre el estado de Ana, me gustaría ser la primera en saberlo. Tras despedirme

de la trabajadora de recepción, me voy por donde he venido.

Salgo por la puerta giratoria y el frío choca contra mi cara. Un manto bastante gris cubre el cielo. Se avecina tormenta. Miro el reloj: son las siete y diez de la mañana. Con suerte llegaré al autobús de las siete y media y podré recoger una mochila con todo lo que Ana necesita.

Tras una rápida caminata, llego al autobús. Al final, tengo que correr un poco para que el conductor no me deje en tierra. Me siento en los asientos de atrás, me desabrocho el abrigo y me recuesto. Llevo el vestido rojo del día anterior y el pelo recogido en un moño algo mal hecho.

El autobús va casi vacío; hay unas cinco personas. Todas ellas parecen muy cansadas, probablemente se debe al madrugón que se han pegado para realizar sus quehaceres. Todos excepto una niña que parece ansiosa. Ella mira por la ventana bastante inquieta. Es como si este viaje de autobús se le estuviese haciendo eterno, aunque también es cierto que, en una niña aproximadamente de su edad, es algo normal.

No puedo quitarle el ojo. Me ha llamado la atención esa niña con pelo castaño y cara angelical. De repente, un bostezo de la niña va a parar a mi boca... me lo ha contagiado. Para los demás pasajeros del autobús, ese bostezo ha sido insignificante, pero para mí se ha convertido en algo más; me ha ayudado a empatizar con ella.

Está lloviendo.

«Si es que ya se veía en el cielo».

La lluvia parece que no da tregua a los habitantes de la ciudad.

Ahora, mi mirada se clava en la mano de la niña. Como en un impulso divino, empieza a dibujar con su dedo en el cristal con visión opaca, por culpa del contraste de temperatura. Y, como si fuese una artista, ella comienza a diseñar un mural que pronto puedo descifrar. Unas cuantas claves de sol salen de forma mágica de su dedo índice. Va borrando y volviendo a utilizar los espacios que aún están libres para seguir haciendo dibujos en el cristal.

Sin comerlo ni beberlo, la señora que tiene al lado se dirige a ella para reprocharle su falta de atención. Está hablándole de unas vacaciones, de comida y de la que debe ser una hermana o algún familiar cercano que, por lo que he oído, cumplirá pronto 16 años. Me extraño, aunque no sé muy bien por qué. Esa diferencia de edad seguro que hace que esa niña no tenga con quien jugar. Los adolescentes, además, ya se sabe cómo son... piensan en las fiestas, los ligues y demás historias. Yo lo fui una vez y sé lo que me digo. Sin embargo, la señora con pelo canoso sigue hablando. Esta vez, de los ingredientes de una receta: carne, queso parmesano... Esos son los detalles que alcanzo a escuchar.

La niña se impacienta preguntando cuánto queda de trayecto. La señora, acto seguido, coge su teléfono móvil y se lo da a la niña. De repente, una canción conocida comienza a sonar.

*Oh, no tiene igual
questa noche especial.
La llamamos bella notte.*

*Ven a mirar
esas luces brillar,
questa amable bella notte...*

*Si estás con quien amas
dichoso vas a ser.
Nocturna magia llegará*

y el amor va a florecer.
Oh, noche especial
de amor celestial.
Questa dolce
Bella notte...

Es la canción en la que cenan los dos perros de la película *La dama y el vagabundo*. La famosa escena del plato de *spaghetti* con albóndigas mientras los cocineros les cantan.

La niña parece tranquilizarse un rato, aunque solo mientras el vídeo se reproduce en el teléfono móvil.

Miro el reloj: son las ocho menos cuarto de la mañana. De repente, la señora vuelve a manifestarse para decirle a la niña que pulse el botón de *stop* que hay junto al asiento de enfrente. Ella se levanta, pero un frenazo del conductor hace que el nombre de la niña resuene en el autobús, alertando a los pasajeros. Mientras, Nani, levantándose, evita la caída de la niña:

—¡¡¡Juliaaaaaaaaaaaaa!!!

De repente, noto un toquecito en el hombro. Me asusto. Es el conductor avisándome de que ya ha terminado el trayecto del autobús y que debo bajarme. Me he quedado dormida, y lo peor es que he vuelto a soñar lo que tantas veces he soñado ya. Ese sueño ya forma parte de mi subconsciente y no puedo evitar pensar que anuncia un mal presagio.

Esa fue la última vez que la vi y me acuerdo de ello como si se tratase de un ciclo temporal que se repite indefinidamente, algo así como la película que vi en el cine: *El hogar de miss Peregrine para niños peculiares*.

Me bajo del autobús, aún desconcertada, y me dirijo a casa de Ana. Siempre llevo encima sus llaves de repuesto. Cuando la conocí, me di cuenta de que es un poco despistada... y razón no me faltaba. Más de una vez me ha tocado abrirle la puerta. Un desastre, vamos...

En mi cara, aparece una sonrisa al recordar esos momentos con Ana. La echo mucho de menos. En cuanto salga del hospital, me encargaré de ayudarla a salir de esa enfermedad.

Abro la puerta de casa y entro deprisa. Son las ocho y cuarto de la mañana y tengo que volver con todos sus enseres personales; aunque, antes, tengo que pasarme por *Federico* para pedir un día de asuntos propios... si me deja, claro. Con todo el trabajo duro que requiere un restaurante, me resultaría imposible hacer ambas cosas. El dueño suele ir a hacer inventario por las mañanas, así que voy a aprovechar para acercarme y comentarle mi problema.

La casa de Ana está tal cual la dejamos por la noche, aunque un poco más fría a consecuencia del ambiente. Observo los cristales de la ventana de la habitación: están empañados. De repente, se me viene a la cabeza el sueño.

«¿Por qué siempre tengo que soñar estas cosas?», pienso mientras preparo la maleta.

La verdad es que, últimamente, desde hace un año aproximadamente, tengo este tipo de sueños; sueños relacionados con mi infancia, personas cercanas o conocidas. ¿Por qué razón? Eso ya no lo sé, pero no niego que me inquieta hasta el punto de no poder dormir por las noches.

Capítulo 3

Federico

Julia

Jueves, 12 de noviembre de 2020

Sigo recogiendo la ropa y los utensilios básicos para la estancia de Ana en el hospital. Se me está haciendo pesado, pero no puedo retrasarme mucho. Aún tengo que ir al restaurante para pedir el día libre.

Entonces, suena el teléfono móvil. Voy corriendo hasta el salón-comedor, que es donde lo he dejado antes.

—¿Sí?

—Hola Julia. ¿Sabes algo más de Ana? —La voz de Luis suena al otro lado de la línea telefónica. Una voz que parece bastante desesperada.

—No... Bueno, realmente sí. Me han dicho que el psicólogo del departamento de nutrición del hospital no recomienda que vea a nadie de momento.

—Pues habrá que esperar entonces... por mucho que cueste —sentencia Luis.

—Ya, supongo.

—¿Se lo has dicho a sus padres?

—Pues, la verdad, estaba dudando si hacerlo o no —contesto—. Aunque no es su voluntad que lo sepan, es algo muy serio y quizás...

—Tú verás, Julia. Yo ahí no me meto —contesta Luis con frialdad—. Bueno, tengo que colgar. Hasta luego.

—Adiós.

Me quedo pensativa.

«¿Qué debo hacer?».

Un millón de dudas se me incrustan en la cabeza. No sé si debo decírselo o no a sus padres. Apenas habla con ellos últimamente, aunque seguro que se debe a su problema con la bulimia. Debería contárselo, pero esperaré a hablar con Ana del tema... «Sí, eso haré», pienso autoconvenciéndome.

Cojo las llaves, la maleta, el teléfono móvil, apago las luces y salgo de casa de Ana. Voy por la calle como si me pesase el cuerpo, fruto de que no he dormido en toda la noche.

En unos cinco minutos, llego al restaurante. Entro y voy hasta la cocina. Allí está Federico, el dueño, haciendo inventario de lo que hay en la despensa.

Él es un hombre bastante grueso, aspecto que se disimula bastante bien gracias a su altura. Tiene pelo negro, una ligera barba de, aproximadamente, cinco días y un *look* de lo más austero y rural. Cualquiera diría que sale directamente de la Toscana. Sus ojos son de color marrón y su rostro, moreno, pero bastante alicaído.

Muchas veces me he preguntado si duerme bien por las noches, ya que parece que siempre

está cansado por sus grandes y negruzcas ojeras. Aunque luego es muy simpático, su semblante serio aparenta que es un tipo que no tiene ni quiere tener muchos amigos en su vida.

Federico se da la vuelta, me ve con una maleta y se espera lo peor.

—¿Qué haces con esa maleta por aquí? —pregunta extrañado el dueño del establecimiento.

—Necesito hablar contigo sobre mi jornada de hoy.

—Espera, ven a la sala y así hablamos mejor.

—De acuerdo —contesto tediosa; deseaba irme cuanto antes para ayudar a mi amiga.

Cuando entramos a la sala, me doy cuenta de que aquí también están los demás trabajadores del *Federico*. No me he percatado antes, ya que he entrado a toda prisa. Tulio, Óliver y Andrea están sentados en una mesa conversando abiertamente y debatiendo sobre algunos temas de actualidad.

Tulio es un chico de origen argentino, pero de abuelos italianos. Es rubio con ojos azules y que bien se puede confundir con un muchacho de origen germánico o eslavo. Su complexión es bastante fuerte. Aunque su justificación es que todo procede de la genética, todo el mundo sabe que se machaca en el gimnasio cuando no está trabajando en el restaurante. Su trabajo es el de camarero, al igual que el de Óliver.

Este último es un chico de pelo castaño muy largo, el cual siempre lleva recogido en una coleta. Sus ojos son marrones y posee una sonrisa especial que hace que se te contagie, al igual que su gran sentido del humor y su ansia por aprender cosas nuevas. Su complexión es mucho más fina que la de Tulio.

Ambos camareros se llevan bastante bien y, es más, creo que hay algún tipo de interés romántico entre ellos. Hacen buena pareja y pasan el suficiente tiempo juntos como para conocerse a la perfección. No quiero ser una entrometida, pero la verdad es que me encantaría que Tulio y Óliver fuesen pareja.

Sin embargo, Andrea es la persona más callada que he conocido, aunque en cuanto coge confianza es la persona más amable y cariñosa del mundo. Tiene el pelo rizado y bastante abundante. Apenas debate, solo se limita a beber del vaso de cola que se ha servido. Sus ojos marrones casi negros, intensos, se fijan en mí cuando entro por la puerta con Federico. Obviamente, Andrea es italiano, creo que, por el nombre, prácticamente, es evidente. Él es cocinero en el restaurante, al igual que yo, así que pasamos casi todos los días juntos, en la misma sala. Solo tengo palabras buenas para él, sinceramente. Creo que es una de las personas más importantes de mi vida. Puede que suene exagerado, pero yo lo siento así; prácticamente desde el día que le conocí, hace años.

—¡Hola! —saludo.

—¡Buenos días! —contestan Óliver y Tulio a coro. Andrea sigue callado observándome.

Sé que quizás no he sido justa con él, pero tampoco lo es que no me hable como siempre desde hace, prácticamente, un año. Sus consejos son muy importantes para mí, pero no puedo compartir la misma opinión sobre algunas cosas. Es totalmente imposible que dos personas estén de acuerdo en todo.

Federico y yo nos sentamos en una de las mesas de la sala y comenzamos a conversar.

—¿Qué es lo que pasa, Julia? —pregunta, preocupado, al ver mi aspecto.

—Pues que han ingresado a una amiga... a Ana. ¿Te acuerdas de Ana? Pues eso... que nece...sito que me dejes faltar hoy a los dos turnos para poder a...yu...darla con lo que necesite

en el hospital.

—Bueno, Julia... ¿por qué crees que no te daría el día libre por una razón así?

—Pu...es... no lo sé —contesto nerviosa y dubitativa.

—¡Qué tonta eres! —exclama Federico con gran entusiasmo—. Claro que te doy el día libre. No has faltado todavía ni un día desde que trabajas aquí y, además, es mi obligación como jefe darte algún día de asuntos propios.

—Muchas gracias —contesto con una sonrisa floja en los labios.

La verdad es que no esperaba que se lo tomase tan bien, pero así es mucho mejor. Aunque el que parece que no está muy contento es Andrea, que escucha desde su mesa toda la conversación. Su penetrante mirada me sigue persiguiendo.

Capítulo 4

TÚ y YO. No hay más

Andrea

Jueves, 12 de noviembre de 2020

No puedo pensar en no verla un día por aquí y ahora se va a ausentar por «no sé el qué». Me siento triste si ella no está a mi lado en la cocina; también me entristece haberla cagado y que no tengamos la misma relación que antes.

El primer día que me sentí así lo recuerdo muy bien. Ese momento siempre recorre mi mente. Mis recuerdos me abruman cada vez que pienso en ello; cada vez que pienso en ese día... El día que mi corazón se rompió en mil pedazos.

*TÚ... que haces más fácil todo;
que haces que mis días sean más amenos.
TÚ... que me haces sonreír, aunque todo esté mal;
aunque no tenga fuerzas para nada.*

*TÚ... que me regalas tu sonrisa, tu mirada y tu cariño.
TÚ... que me abrazas y haces que se me olvide todo,
todo lo malo, todo lo que me preocupa.
TÚ... la persona de la que no puedo prescindir.*

*TÚ... la persona sin la que ya no puedo imaginarme un día.
TÚ... la persona a la que echo de menos a cada hora,
minuto y segundo.
TÚ... que me has hecho llorar de nostalgia, de alegría
y también de tristeza cuando no tengo tu compañía.*

*Hay una canción que dice: "No sé dónde voy a dar sin ti"...,
y rápidamente se puede aplicar a esta historia.
Te siento a veces tan lejos y te quiero tener tan cerca...;
quiero tener tu compañía todo el tiempo que pueda.*

*TÚ... que llegaste tan de repente, como un aguacero,
como un relámpago...
TÚ... la persona a la que no esperaba, pero de la que
ahora ya no me quiero separar.
TÚ... que no eres las mariposas que siento en mi estómago,
sino la tormenta que siento en mi corazón.*

*TÚ... la persona perfecta... para Mí.
TÚ y YO. No hay más.*

Este es el poema que preparé para ella. Lo tenía guardado desde hacía semanas, pero no sabía cómo, dónde ni cuándo dárselo. Estaba seguro de mis sentimientos, no obstante, existía la posibilidad de que Julia no sintiese lo mismo. Nos conocíamos desde hace un año, desde que entró a trabajar en *Federico*.

«¿Cómo una chica como ella se iba a fijar en un tonto como yo?», pensaba mientras sacaba los utensilios de cocina para empezar la jornada laboral.

Pero, cuando menos lo esperaba, entró Julia con su coleta alta y sus vaqueros. «No, espera... son los *leggings* que simulan ser unos *jeans* ajustados. La verdad es que le hacen un culo tremendo», pensé en el momento en el que Julia me daba la espalda. De repente, ella se dio la vuelta y ese día, más que nunca, pude ver sus ojos, sus grandes y preciosos ojos; también su sonrisa, su blanca y adorable sonrisa. Se dirigió hacia mí, pero nunca antes me había sentido tan congelado. Tenía sudor frío y sentía que palidecía por momentos. Me saludó con un gran abrazo. Pude oler su perfume y sentir el tacto de su pelo en mi mejilla.

—¡Buenas, Andrea! Me da a mí que es hora de trabajar, ¿eh? —comentó Julia mientras dejaba de abrazarme.

—Sí... creo que... sí —respondí más tímido que de costumbre.

—Pues... ¡manos a la obra! —exclamó emocionada.

La verdad es que tenía cierta envidia de cómo Julia se tomaba el trabajo. Era muy positiva y nunca le faltaba una sonrisa. Siempre iba con ganas y decidida a recrear la mejor versión de sí misma y de sus platos. Pero eso, realmente, lo supe desde la primera vez que la vi en el paseo del lago. Desde aquel día, no me la pude sacar de la cabeza.

Estaba sentado en un banco. Mi mirada recorría el paisaje como un visitante mira un cuadro en un museo. El lago, en ese momento, estaba rodeado de gente y unos patos se acercaron a un niño que tiraba gusanitos sin parar. Su madre, sonriente, miraba a su hijo con gran expresividad en los ojos. Aunque estaba solo, me sentía acompañado por la gente que paseaba. Pero pronto eso acabó y todos se fueron.

El paseo del lago se quedó sin visitantes un día más. Solamente, estaba yo observando la laguna inerte en la que nadaban algunos patos. En el centro, había una isla compuesta por ramajes. Era curioso, pero su aspecto lúgubre, a la vez, adornaba aquel espacio invernal.

Las luces empezaban a encenderse. Un señor mayor caminaba despacio, probablemente porque no tenía prisa o porque su bastón, en el que se apoyaba, escondía una lesión causada por la edad.

Una chica joven paseaba con unos auriculares en las orejas. No sonreía. Su cara era seria. Probablemente escuchaba alguna canción de Alejandro Sanz o John Legend. Su pelo castaño largo ondeaba por la leve brisa del lago y sus tacones sonaban contra el suelo.

«Tiene unos ojos espectaculares», pensé en ese momento.

Cuando se percató de que la miraba, me dedicó una gran sonrisa y siguió su camino como si nada. En ese mismo momento, comprendí lo que era un flechazo. Nunca me había pasado y estaba asustado. Me latía muy rápido el corazón y no pude reaccionar antes de que desapareciese por el otro lado del paseo.

Me quedé de nuevo solo, con una sensación amarga porque no me había atrevido a hablarle. Era extraño, pero a la vez estaba contento ya que sabía que la volvería a ver. Estaba totalmente seguro de ello. Entonces, miré el reloj y me levanté del banco en el que seguía sentado. Allí dejé el lago, durmiendo bajo el manto de estrellas y de ilusiones.

Y, así fue, como adiviné que la volvería a ver; un día tras otro en el trabajo.

De repente, una voz masculina y ruda me interrumpió las ensoñaciones:

—¡¡¡Chicos!!! ¡¡¡A sus puestos!!! —Entró vociferando el dueño del restaurante, como

siempre—. ¡¡¡Otro día empieza en *Federico*!!!

La jornada laboral transcurría como todos los días. Todo era mecánico y rutinario. Que si un plato de pasta, una pizza o un tiramisú, aunque lo que más se pedía era la especialidad de la casa o, como yo lo llamaba, «el plato de Julia». Pero, pronto, esa rutina se vio interrumpida cuando entró Óliver a la cocina a dar una comanda, pero no una como las de siempre.

—¡Julia, Julia! Hay un hombre guapísimo que pregunta por ti.

—¿Cómo que preguntan por mí? —expresó extrañada Julia.

—Pues eso. Ha entrado un chico preguntando si había una chica llamada Julia trabajando aquí.

—¿Y qué le has dicho?

—Pues que sí.

—¡Eso se consulta antes!! —exclamó Julia.

Y como alma que lleva al diablo, Julia salió de la cocina para encontrarse con el desconocido, que pronto comprobó que no lo era.

Me asomé por el ojo de buey de la puerta de la cocina y observé cómo le daba dos besos a aquel chico. Mi corazón dio un vuelco cuando me fijé en cómo le miraba; esa mirada es la que quería para mí y ahora la veía reflejada en los ojos de otro hombre.

Entonces, volví al trabajo. Tenía que distraerme como fuese de aquella desilusión. Me puse a cortar verdura para los distintos platos del menú. No hay mal que por bien no venga; así tendría trabajo adelantado. Mi estado de enajenación era tan alto que no me percaté de que Julia estaba a mi lado. Había vuelto a la cocina.

—Una «especialidad de la casa», por favor, *bello* —expresó sonriente Julia, quizás más que nunca.

Pues manos a la obra. Sin articular palabra me puse a trabajar en mi cometido. Pero esa vez era distinto. Siempre hablábamos o canturreábamos mientras. Había sido muy divertida la compañía de Julia, al menos hasta ese momento. No me apetecía hablar, ni bailar, ni cantar... ni nada. Es más, no sabía ni qué decir.

De repente, sentí un toquecito en el hombro. Me di la vuelta y me enfrenté al fruncido ceño de Julia. Parecía enfadada, pero no entendía muy bien por qué.

—¿Te pasa algo?

—¿A mí? ¿Por qué? —contesté con tono borde y a la vez irónico.

—Pues no sé, ¡dímelo tú!

—Preguntan por ti, sales de la cocina teniendo comandas que realizar, me dejas solo. Da gracias que Federico no estaba aquí —contesté cansado.

—No creo que sea para tanto, solo he salido a saludar —dijo triste Julia.

—Pues no sé quién será, pero la impresión que me ha causado no es nada buena; tú sabrás lo que haces con tu vida, ya eres mayorcita.

—Exactamente. Mi vida es mía y a ti no te importa. Sigue trabajando, necesito más verduras.

—¡Sí, chef! ¡A sus órdenes! —contesté voceando, sarcástico, tras darme la vuelta para continuar mi cometido.

Terminé el día de trabajo sin dirigirle la palabra y salí del restaurante sin despedirme de nadie.

Ya en la calle, empecé a arrepentirme de lo que había ocurrido. No tenía por qué haberme

puesto de aquella manera, no tenía ningún derecho. Julia no era nada mío. Nadie pertenece a nadie.

Me metí las manos en los bolsillos del abrigo y sentí el tacto de un papel. Lo saqué y vi que era el poema que le iba a dar justo ese día; el poema en el que expresaba todo lo que sentía y que ella debía saber de una vez por todas. Quizás ya nunca se lo daría.

Me di cuenta, entonces, de que había perdido todas mis oportunidades con ella. Me puse a llorar.

Me senté en el banco de siempre, desde el que vi a Julia por primera vez, y me puse a escribir en la libreta que siempre llevaba a mano:

Porque quererte iba a ser uno de mis objetivos, pero ahora que
callas tanto... ya no sé si otorgas; ya no sé si merece la pena
querer quererte o simplemente querer estar contigo. Las fuerzas
se agotan y me siento ridículo.
¿Por qué tuviste que venir con tus lindos ojos y tu amplia sonri-
sa? ¿Por qué tuviste que venir con tu amable conversación y tus
elogios de «a ratos»? (esas que ahora no tengo y que ya tanto
echo de menos).

Ha sido muy poco tiempo, lo sé, casi ni me había dado cuenta
de lo que me importas, y puede que por eso tampoco te hayas
dado cuenta tú.

No te conocía y es cierto que no lo había notado... pero tam-
bién lo es el hecho de que ya sin ti, sin tus charlas, no es lo
mismo. Porque cada vez que me saludas se me pone una sonrisa
en la cara y me late deprisa el corazón. Porque cada vez que
estás cerca no puedo pensar con claridad... porque... no sé por
qué.

Aunque no sea recíproco no me enfadaré... Puede que lllore,
salte o me maldiga. Odiaré tu sonrisa, tus ojos y tu forma de mi-
rarme. Odiaré cómo se moverá tu boca, cómo me sentiré cuando
me abracés y lo que me dirás al hablar. Odiaré que me sigas gus-
tando pero que ya no pueda más.

Sin embargo, como dicen unas rimas, que no son mías pero que
bien podrían serlo:

«Odio cómo me hablas y también tu aspecto. No soporto que
me mires así. Aborrezco que leas mi pensamiento. Me repugna
tanto lo que siento que hasta me salen las rimas. Odio que me
mientas y que tengas razón. Odio que alegres mi corazón, pero
aún más que me hagas llorar. Odio no tenerte cerca y que no
me hayas llamado. Pero, sobre todo, odio no poder odiarte,
porque no te odio, ni siquiera un poco. Nada en absoluto...».

Esa película típica para adolescentes de los años noventa, me había afectado demasiado. Aunque la verdad es que *Diez razones para odiarte* siempre ha sido una de mis películas favoritas. Al menos antes de saber que esas rimas se convertirían en mi más terrible realidad.

De repente, despierto del bucle de recuerdos en el que estaba sumido y me encuentro a Julia hablándome de frente. Hace mucho que no oigo su voz tan de cerca, sobre todo desde que tuvimos aquella discusión que nos ha alejado.

—¿Podrás tú solo con la cocina? Ana me necesita —dice Julia casi llorando.

—Claro, cuenta conmigo para lo que necesites. Siempre he estado y estaré.

Capítulo 5

Congreso de ojos azules

Pedro

Martes, 24 de diciembre de 2019

Una habitación a oscuras. Las 04:36 marca el despertador con dígitos rojos. No puedo dejar de dar vueltas a la cabeza. Me pregunto una y otra vez cómo he sido capaz de hacer una cosa así.

«Qué hago aquí».

Doy media vuelta en la cama y observo la cara de la chica que he conocido en el bar *Stacey's*. No la conozco de nada, pero aquí estoy, con ella. Tiene el pelo desparramado por la almohada. Es de color negro; demasiado oscuro para ser natural.

No sé cómo manejar esta situación. Estoy sudando, demasiado. Estoy volviendo a tener pesadillas. Hace mucho tiempo que no me pasa. No sé por qué han vuelto; o tal vez sí.

Me levanto de la cama y voy hasta el baño, casi arrastrando los pies por el suelo de la habitación. Enciendo la luz y me miro al espejo. Tengo los ojos cansados y rojos. Acto seguido, agacho un poco la cabeza, abro el grifo, dejando salir el agua fría, y, con las manos, me froto la cara. Pienso que así, ojalá, puedo despertar de este mal sueño, pero pronto me doy cuenta de que lo que parece ser un sueño es, en realidad, una horrible pesadilla. Sé que esta situación me va a perseguir durante el resto de mi vida, pero ya no hay marcha atrás.

El baño es muy austero, con los azulejos color blanco roto y con las juntas llenas de grasa. Hay un váter, un lavabo con espejo y una bañera-ducha.

De repente, como un halo, aparece la joven despampanante que minutos antes estaba durmiendo a mi lado. Su rostro también se ve cansado, aunque sus ojos azules no pueden dejar de brillar en la pequeña inmensidad del cuarto de baño. Se acerca por detrás y me rodea, con sus suaves brazos, el torso desnudo.

—¿Y esa cara de cansancio? —me pregunta, a la vez que me acaricia el pelo.

—No sé, he tenido una pesadilla y me he despertado de golpe. He venido a mojar me la cara.

Laura se quita la camisa masculina que lleva puesta y se mete en la ducha para refrescarse también. La cortina es bastante fea: verde, con agujeros y sucia. Da asco hasta el simple hecho de pensar en tocarla. Aun así, no dudo ni un instante en entrar con ella. No sé por qué lo hago. No sé en qué estoy pensando cuando pienso en tocarla, cuando no es realmente lo que quiero. Es la primera vez que me pasa esto. No puedo asimilarlo.

El agua se empieza a deslizar por nuestros cuerpos. Apoya las manos sobre mi cuello, envolviéndolo. Entonces, empiezo a acariciar su cintura con mis manos. Comienzo a besarla, primero despacio y después con intensidad, con pasión. Mis manos pasan de su cintura a su cadera y, después, a sus nalgas. Las aprieto con intensidad mientras seguimos besándonos. Los primeros jadeos empiezan a surgir de nuestro ser.

Laura baja su mano por mis pectorales y abdominales hasta llegar a mi miembro, ya bastante

erecto por la situación. Gimo cuando comienza a tocarlo, primero con suavidad y, después, mucho más fuerte. Veo que Laura saca la mano por la cortina de la ducha y vuelve con un condón en ella.

Mientras me lo pone, nos seguimos besando apasionadamente y yo voy bajando poco a poco mi mano hacia su pubis. Le toco el clítoris despacio y ya noto que está húmeda. Le doy la vuelta de manera brusca y, en esa posición, ella apoyando las manos contra los azulejos, tenemos sexo desenfrenado.

Los orgasmos no se hacen esperar, al igual que nuestro clímax. La verdad es que me pone mucho, no sé qué me ha hecho, pero es así. Mientras la sigo penetrando, paso mis dedos por su clítoris para dejarla satisfecha antes de que yo me corra. Y, al poco, así es. Ella termina con un gran gemido y después termino yo. Ha sido alucinante. Le doy la vuelta y la beso mientras le pellizco los pezones, pero esta vez no va a haber más asaltos, me encuentro mal y así se lo hago saber. Laura, preocupada, me ve salir de la ducha y ponerme una toalla alrededor de la cadera.

Volvemos a la cama y ella se vuelve a poner mi camisa. En poco tiempo, y con la culpabilidad por bandera, me quedo dormido.

Me despierto de nuevo, son las 5.50 de la mañana. Entran las luces del bar por las lamas del estor. Me incorporo, aturdido y, de repente, me siento ansioso, nervioso, empiezo a agitarme y a sudar. Laura, sin darle importancia, me pone la mano en el pecho para intentar tranquilizarme, aún medio dormida.

Entonces, como en un arrebató, la agarro por la muñeca, muy fuerte, tanto que empieza a gritar.

—¡¡¡Me haces daño!!! —chilla.

—Calla, será mejor así —respondo susurrando como fuera de mí mismo.

Mis ojos están rojos y como fuera de sus órbitas. Y, en un momento, son las dos manos de Laura las que están agarradas, fuertemente, solo por mi mano izquierda, mientras que con la derecha presiono su cuello impidiéndole respirar. Laura patatea e intenta zafarse de mí, pero he conseguido inmovilizarla utilizando el peso de mi propio cuerpo, el que antes tanto placer le ha dado.

Ella quiere gritar y alertar a todo el hostel, pero la presión que estoy ejerciendo sobre su cuello se lo impide. Las lágrimas resbalan por sus mejillas y sus ojos azules, abiertos de par en par, preguntando por qué.

Pocos segundos después, la resistencia de Laura se acaba y, tras unos cuantos espasmos, deja de moverse.

Con la serenidad de un profesional lo ordeno todo, limpio la habitación por completo y la meto en la bañera llena de agua con un camisón de raso morado que llevo en mi maletín. Salgo del hostel, aprovechando que el dueño está en otra parte, pero no en recepción y subo al coche.

Cojo el teléfono móvil, conecto el manos libres y el altavoz comienza a dar tono.

—Hola, Pedro, mi vida. ¿Qué tal el congreso? —La voz de Silvia, mi mujer, al otro lado de la línea, es dulce y confiada, aunque también somnolienta.

—Hola, cariño. Como siempre... aburrido, pero ya estoy de vuelta. ¿Y los niños? —respondo intentando que no se note mi congoja.

—Pues no he llevado a María a la guardería porque ha estado toda la noche con mocos y Lucas tiene hoy la actuación de Navidad. ¿Cuándo llegas?

—Por la tarde.

—Vale, cariño. Que tengas buen viaje. Te quiero.

—Yo también.

Tras despedirme, cuelgo a Silvia, echo un vistazo al GPS y veo que tardaré un buen rato en llegar a casa. Pongo en contacto la llave y arranco.

Capítulo 6

En el mundo todo son máscaras

Julia

Jueves, 12 de noviembre de 2020

Llego al hospital, cojo el ascensor y subo hasta la planta en la que Ana se encuentra ingresada. Según avanzo por el pasillo, voy pensando qué decirle. Nunca he hecho frente a un problema semejante. En el fondo, me siento algo violenta porque no sé cómo actuar. Quizás, ni me dejen verla.

Llego a la puerta: 242E. Me late el corazón a mil por hora. Creo que se me va a salir del pecho, pero tengo que echarle valor. Respiro hondo y pienso que mi amiga me necesita. Antes he pasado por recepción y la enfermera me ha dicho que Ana ha preguntado varias veces por mí. Eso me pone aún más nerviosa.

Cuando entro, me encuentro una habitación muy fría. Ana está tumbada en la cama que hay junto a la ventana, completamente dormida. La otra cama está vacía, aunque supongo que solo en ese momento, ya que hay objetos personales de otra persona.

Acerco el sillón a la cama y me limito a observarla. Tiene una vía intravenosa puesta, por la que supongo que se le administran los medicamentos. Está muy pálida y diferente. Esta situación es horrible, ojalá no hubiese pasado nunca.

Entra una enfermera, otra diferente que la que estaba en recepción antes, y me invita a ponerme detrás del biombo que separa ambas camas, para tener una mínima intimidad. Lleva una bandeja y, por lo poco que puedo alcanzar a ver, contiene un plato con unos garbanzos con espinacas y un filete. Mientras miro indiscriminadamente, la enfermera me sorprende mirando.

—¿Es usted familiar?

—No, su amiga.

—¿Y sus familiares?

—Están al llegar.

—Antes pasó el doctor y no había nadie, así que cuando lleguen dígales que está en la consulta hasta las cinco. Es la número 214. Es del área de psicología y nutrición.

—Gracias —digo con una leve sonrisa.

—Intenta que vaya comiendo algo. Si me necesitas, da al botón que tienes junto a la cama.

—Está bien, gracias.

La enfermera se va y corroboro que el filete es de pollo. Ana sigue dormida y no sé qué hacer. No sé si es bueno despertarla para que coma o tengo que dejarla dormir. Pienso que también la comida se enfriará si se queda en la bandeja por mucho tiempo.

«Y, ¿si no quiere comer? ¿Qué hago? ¿Llamar a la enfermera?», pienso con algo de ansiedad.

Un montón de ideas empiezan a invadir mi mente.

«¿Ahora tengo que tratar a Ana de manera diferente?».

Me empiezo a agobiar. Necesito tomar algo de aire o dar una vuelta. Me dispongo a salir de la habitación, pero oigo a Ana hablar.

—¿Julia?

Me da un vuelco al corazón y sé que hoy va a ser el primer día duro de muchos. Tengo que ayudarla como sea. Al fin y al cabo, siempre nos hemos ayudado mutuamente. Además, lo de antes me lo he inventado. Sus padres no saben nada del tema. Eso me lleva a recordar la conversación con Luis sobre qué debemos hacer al respecto. Por una parte, debo avisar a sus padres; al fin y al cabo, es su hija. Pero, por otra parte, es decisión suya, como mayor de edad, decírselo o no. Realmente, me siento entre la espada y la pared.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto agarrándole la mano.

—Ya ves. No sé. Aquí —contesta Ana con una expresión de vergüenza.

—No te preocupes, Ana. Superaremos esto juntas, como siempre.

Ana esboza una leve sonrisa y mira la bandeja. Veo, enseguida, en su cara, la preocupación por lo que esta contiene.

—Y ¿si luego quiero vomitarlo? —pregunta preocupada.

—Tranquila, yo estaré aquí para lo que necesites.

Le paso la bandeja y Ana se la posa sobre las piernas. Coge la cuchara con la mano fría, pálida y temblorosa.

—No me atrevo Julia... Me sentiré culpable, lo sé —explica Ana con ganas de llorar.

—Y ¿por qué estás tan segura de que vas a vomitar?

—Últimamente me pasa siempre —contesta con una mirada triste.

—¿Cómo no me habías dicho nada de todo esto, Ana? —pregunto mientras pienso, a la vez, que no es el momento adecuado para recriminárselo.

De repente, los ojos de Ana comienzan a humedecerse. Y, en ese momento, se abre la puerta de la habitación y entra Luis. Le miramos sorprendidas. Se acerca a la cama y le susurra al oído.

—Lo siento, Ana, pero tenía que hacerlo.

Acto seguido, los padres de Ana entran por la puerta con cara de preocupación, pero, a la vez, de alivio por ver que su hija está bien. Su madre se abalanza hacia ella para abrazarla y su padre se queda de pie.

De pronto, Entra la enfermera explicando que todos no podemos estar a la vez en la habitación.

—Julia, vámonos. Dejémosles solos —dice Luis cogiéndome por el brazo.

Me voy con sensación de pena, pero sé que es lo correcto. Cierro la puerta y nos dirigimos a la cafetería. «No he comido nada desde ayer al mediodía», pienso durante el trayecto. Cuando llegamos, nos acercamos a la barra. Pido un bocadillo de tortilla con pimientos y Luis, un plato combinado, que lleva un huevo, un filete de ternera, ensaladilla y patatas. Nos sentamos en una de las mesas que están libres y se hace el silencio.

Durante un rato, cada uno estamos mirando el móvil, sin hacer caso de la presencia del otro. Luis, por fin, rompe su silencio.

—Lo siento, tenía que hacerlo. ¿Crees que he hecho lo correcto? —pregunta Luis.

—Has sido muy valiente. Al fin y al cabo, no sé si yo habría podido hacerlo. Creo que Ana los necesita.

Sin mediar más palabras, seguimos comiendo. Tomamos un café con leche cada uno y salimos de la cafetería. No sabemos muy bien qué hacer, pero lo que sí que tenemos claro es que Ana necesita intimidad con sus padres. Entonces, nos dirigimos a la puerta de salida del hospital cuando, repentinamente, paro en seco.

—Se me ha olvidado el fular en la habitación. ¿Me esperas o tienes prisa?

—Me voy yendo, tengo que ir a trabajar.

Nos damos dos besos a modo de despedida y, viendo cómo Luis sale del hospital, me dirijo de nuevo hacia dentro, pero no hacia donde he dicho.

Recorro pasillos queriendo encontrar lo que busco. Pregunto, incluso, un par de veces; y, por fin, ahí estaba: frente a la consulta número 214 del área de psicología y nutrición.

Doy dos golpecitos, con los nudillos, en la puerta sin saber qué es lo que voy a decir. Estoy nerviosa y me sudan las manos; pero es un sudor frío que pocas veces he experimentado. De repente, se abre y aparece un hombre canoso, de mediana edad y no muy alto. Parece simpático pero su semblante es serio y su mirada penetrante. Puede que sea una característica propia de un psicólogo. Me invita a entrar preguntándome qué deseo.

—Necesito ayudar a mi amiga y no sé cómo. Estoy perdida, nunca he vivido una situación semejante y necesito que alguien me aconseje —exclamo gimoteando sin hacer pausas.

—Bueno... tranquila. ¿Quién es su amiga?

—Ana García. Está en la habitación 242E.

—¡Ah! Ya entiendo... Un caso de bulimia con trastorno de atracón —expresa el psicólogo mientras mueve el papeleo en su escritorio.

Estoy mucho tiempo dentro de esa consulta. Cuando salgo, tengo una cosa muy clara: el psicólogo me ha aconsejado que averigüe dónde puede estar la raíz del problema. Y, sinceramente, lo primero que se me ha ocurrido es mirar sus redes sociales.

Me dirijo a la habitación, con la esperanza de que sus padres estén en la cafetería o en cualquier otro sitio que no sea con ella. Cuando llego, abro la puerta de manera sigilosa y me doy cuenta de que la otra cama ya está ocupada por una chica con una apariencia bastante esquelética. Ella tiene visita, pero cuando paso el biombo, observo que al lado de Ana no hay nadie y ella está dormida. Es el momento perfecto. Busco entre sus cosas y encuentro su teléfono móvil.

Para evitar que Ana me descubra, salgo de la habitación y me dirijo a una de las salas de espera de esa planta para comenzar a investigar. El corazón me va a mil por hora. Realmente, no sé lo que me voy a encontrar. Me estoy arrepintiendo al instante. No debería mirar sus cosas privadas, pero quiero ayudarla. Sé que no estoy haciéndolo bien. Sé que no debo.

Desbloqueo el móvil y me dispongo a observar detenidamente. Miro *Instagram*, *Twitter*, *Facebook*... No encuentro nada que me haga sospechar sobre algún tipo de *cyberbullying*. Pero, cuando ya voy a bloquear de nuevo el móvil, veo una aplicación que me llama la atención y de la que no he oído hablar nunca: *Diario Personal*.

Con temor, la abro. Para mi sorpresa, Ana tiene desactivado todo tipo de bloqueo en esa aplicación. «¿Quería que alguien lo viera? ¿Ya estaba pidiendo ayuda?», pienso desesperada y angustiada.

Dudando, me pongo a leer y encuentro relatos sobre días de pícnic que hemos hecho las dos juntas, cuando conoció a Luis, las noches de cine en su casa... Todo esto me despierta gran

nostalgia.

No hay, realmente, ningún indicio de que Ana esté ni estuviese mal, pero la última entrada del diario parece indicar todo lo contrario.

La abro, porque me causa curiosidad el título, y trago saliva.

En el mundo todo son máscaras

Hay que reflexionar sobre un tema muy polémico y que crea obsesión, sobre todo hoy en día: el canon o ideal de belleza en la sociedad. Para poder comprenderlo, primero hay que desarraigarse de los prejuicios que tenemos la mayoría respecto a los demás (al menos por un corto rato).

Para hablar de los ideales de belleza de la sociedad, primero me voy a centrar en el arte. Cuando vosotros os intentáis imaginar una cosa bella... ¿qué se os viene a la mente? Algunos se imaginarán el David de Miguel Ángel; otros optarán por El nacimiento de Venus de Botticelli. Pero, seguramente, muy pocas personas han pensado en Las tres gracias de Rubens o en las pinturas de Botero. Aun así, son obras de arte... ¿por qué?: por ser originales, por ser de artistas conocidos, por la época en la que fueron compuestas o, por supuesto, por lo que transmiten dichas obras al receptor.

Entonces, tendríamos que preguntarnos: ¿por qué hay tanta diferencia respecto al ideal de belleza de la sociedad?

De momento, vamos a fijarnos en estas obras de arte para darnos cuenta del porqué de su modo de composición y, obviamente, del resultado.

El David de Miguel Ángel, ¿qué creéis que tiene para ser tan admirado? La escultura representa a un rey David justo antes del enfrentamiento con Goliath, el gigante. Nos muestra la figura de un hombre desnudo, con mirada penetrante y en contraposto. Sobre todo, ha sido muy comentada porque representa la proporcionalidad perfecta del cuerpo humano según el canon clásico (en el que la cabeza tiene que ser una octava parte del cuerpo). Con lo cual, vemos en esta escultura la perfección de los ideales renacentistas sobre la belleza masculina. ¿Solo por eso es algo bello? No. En la mano derecha lleva una piedra y en la mano izquierda, una honda. Todos los rasgos convierten a la escultura en un símbolo de la libertad de la República florentina: ellos veían una belleza física, social e ideológica.

Las tres gracias de Rubens nos ofrece una belleza muy diferente. Este cuadro muestra a tres mujeres de cuerpos bastante voluptuosos. Como ya he mencionado antes, vemos una gran composición que va en contra de la belleza clásica que, por ejemplo, sí que seguía Miguel Ángel. Estas formas corpulentas formaban parte del ideal de belleza barroco. Detrás de todas estas cuestiones físicas, podemos apreciar a las tres hijas de Zeus. En todas las descripciones mitológicas se las presentaba como mujeres desnudas y entrelazadas por los hombros. Esto hacía que aquellas representaran el regocijo, la felicidad y la belleza. Curiosamente, siempre en el arte se han representado como tres doncellas delgadas y bailando en círculo. Esto nos demuestra que más allá del canon de belleza de cada época podemos ver una simbología que es común e inamovible.

Otro de los artistas más polémicos en cuanto a sus obras es Botero. Es famoso por sus

pinturas de personas rechonchas y con muchos volúmenes. ¿Podríamos asociarlo a que en Latinoamérica «se llevan» más las curvas en las mujeres? Eso podría formar parte de una libertad de interpretaciones. La interpretación de Botero sobre su propia obra la tenemos en una entrevista que concedió en el Bellas Artes de Bilbao:

«Yo no pinto gordas. No he pintado una gorda en mi vida. Lo que he hecho es expresar el volumen como parte de la sensualidad. No hay comentarios sobre la gordura o flacura en mis cuadros, sino que solamente es un deseo de estilo de intentar dar al volumen un protagonismo muy grande que ha marcado mi trabajo».

Él dice que cuando pinta algo quiere que sea monumental; quiere exaltar su forma. Entonces, ¿por qué nosotros vemos mujeres gordas? Él no ve una mujer gorda, pero nosotros sí... ¿por qué es así?

Y la cuarta obra de arte que he mencionado y que, personalmente es una de mis favoritas, es El nacimiento de Venus de Botticelli. Todos podemos observar a Venus radiante y llena de vitalidad. Está desnuda. Anteriormente solo se representaba a una mujer desnuda: a Eva. Aunque, entonces, el significado era muy distinto porque era señal de vergüenza por el pecado original. Pero en esta obra muestra lo opuesto, viéndose una armonía entre la mente y el cuerpo. Venus montada en una concha representa el acto mismo de la encarnación, es decir, que alegóricamente refleja el misterio de nuestro nacimiento, pero refiriéndose a un renacimiento a la vida por el Bautismo del cristiano. Es hermosa y eso no se puede dudar... pero con toda la carga simbólica que contiene este cuadro, ¿qué creéis que quería expresar Botticelli?

Respecto a este tema y a esta obra en concreto encontré el otro día una noticia en Internet. Una modelo y diseñadora gráfica ha iniciado un proyecto mediante el cual se retocan con Photoshop las «Venus» más famosas de la historia del arte convirtiéndolas en modelos actuales. Es una manera de comparar las formas con volumen de las obras de arte con la belleza huesuda de las portadas y de las revistas femeninas de la actualidad. Evidentemente, esta noticia y, en concreto, este proyecto intenta que las mujeres dejen de correr tras un ideal de belleza que no es real, sino ficticio. Estas son las palabras de la joven:

«Trabajo como modelo, así que conozco bien todas las dinámicas de postproducción, aparte trabajo también como diseñadora gráfica, así que utilizo Photoshop todos los días y las mismas dinámicas que veo aplicadas sobre mí en algunas fotografías, las aplico yo en otras personas. A menudo encuentro mis fotografías demasiado modificadas, yo la primera, como protagonista de aquellas fotos, no me siento yo misma. El hecho de vivirlo sobre mí me lleva aún más a decir ¡atención! Cuidado con lo que hacemos, cuidado con la percepción de nuestro cuerpo. Quizás si no posara y no conociera, no se me hubiese ocurrido desarrollar un proyecto así».

El ideal de belleza cambia según la época, pero eso no evita que actualmente se caiga en el encanto hacia la excesiva delgadez de una persona.

Este cambio según la época, podemos verlo claramente en el ideal de belleza de los años 50, Marilyn Monroe. Ella ocupaba la cumbre del mito erótico de la sociedad de esa época. Era una mujer, como dirían muchos, con curvas. ¿Alguna vez os habéis preguntado qué talla de pantalón usaba Marilyn Monroe? No usaba ni una 38, ni una 40, ni siquiera una 42... Dicen que usaba nada más y nada menos que una 44. Por cierto, respecto a las tallas de pantalón y como consejo a las tiendas de ropa: no sé vosotros, pero yo cuando entro a una tienda a mirar pantalones muchas veces solo encuentro tallas de la 34 a la 40... ¿No será porque la mayoría usan una talla superior y se agotan las existencias? Se ve que no se han dado cuenta.

Pero siguiendo con el tema, la sociedad pensaba que ella «estaba buena», pero ahora mucha gente diría que está gorda... ¿Cómo hemos llegado a este punto? ¿Cómo hemos llegado, de verdad, a hacer daño a la gente con este tema? Porque creo que he de recordar la multitud de enfermedades y problemas tanto físicos como psicológicos que sufre la gente por esto. El verdadero problema es que el canon de belleza que exigimos no existe. Somos fans de una máscara que tras un retoque de Photoshop o cinco kilos de maquillaje no existe. No existen ese cuerpazo de las revistas, esas caras tersas por las cremas milagrosas... Hay que despertar de esa visión tan equivocada de la realidad. Estamos intentando crear una legión de clones que sigan modas y tendencias sin darnos cuenta de que estamos haciendo daño a muchas personas.

Las palabras tienen mucho poder para todos y hay muchas personas que por insultos y por no gustarle a la gente dejan de comer, vomitan o, incluso, se autolesionan. Así como la anorexia, la bulimia, la sadoraxia y, en algunos casos extremos, el suicidio.

Para finalizar quiero que quede claro que lo que de verdad importa es la simbología, lo interior, la esencia... Que no menospreciemos a nadie por no ser perfecto porque ninguno lo somos. Cada persona es distinta y, precisamente, eso es lo que nos hace bellos.

Las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas. No puedo creer lo que estoy leyendo.

«¿Cómo no me he dado cuenta de todo esto?».

Rápidamente, y con toda la mente fría que puedo tener en este momento, copio el texto y me lo autoenvío a WhatsApp, borrando, después, el chat para que Ana no se entere. Bastante culpable me siento ya, pero lo he hecho para intentar comprenderla y ayudarla.

Vuelvo rápido a la habitación, abro la puerta y veo que Ana está despierta. Lo que he traído de su casa sigue en la bolsa, con lo cual es un buen momento para colocar sus cosas personales en la mesilla y dejar el móvil sin que se dé cuenta.

«¡Objetivo conseguido! Ahora solo me falta volver a hablar con el psicólogo para ver cómo puedo ayudarla».

—Hola, Andrea. ¿Qué tal? —dice Ana, de repente, sin que me lo espere.

Ya es muy tarde, así que la conversación es muy corta. Está anocheciendo y debemos irnos; el horario de visitas termina para los que no son familiares directos. Andrea se ofrece a llevarme a casa en coche y, obviamente, acepto.

Es un trayecto silencioso, pero, dentro de lo malo, es un silencio agradable. Además, me gusta su compañía. Creo que no es consciente de lo mucho que he echado de menos estar con él de manera más personal, no solo profesional.

Cuando llegamos a mi casa y me dispongo a abrir la puerta, Andrea me coge de la mano. Le miro y noto un ligero rubor en sus mejillas. Tiene el pelo despeinado, como a mí me gusta. No

deja de mirarme, entre temeroso y avergonzado. Le sonrío y creo que eso es lo que le lleva a besarme.

Llevo esperando este beso desde que lo vi en el paseo del lago. Ni siquiera él sabe que me acuerdo de ese momento. Ha sido un beso delicado y lleno de ternura. El primero que me ha dado y que sé que se repetirá. Lo quiero así y seguro que pasará.

Cuando abro los ojos, veo a Andrea mirándome fijamente.

—Te dije que siempre he estado y estaré.

Capítulo 7

Pensamientos

Julia

Jueves, 12 de noviembre de 2020

Entro en casa y dejo las llaves sobre la mesilla vanguardista de madera que tengo en la entrada. Todo aquí dentro sigue igual, tal y como lo he dejado días atrás.

Tengo hambre, así que me dirijo a la cocina. Saco el jamón york y el queso *havarti* del frigorífico, y el pan de molde del armario. Cojo dos rebanadas y me hago un sándwich con dos lonchas de jamón y una de queso. Guardo todo y me dispongo a comer; simplemente me quedo ahí, de pie, pensando. Masticando por pura inercia.

«Andrea me ha besado... por fin... ¿Qué se supone que debería hacer ahora? ¿Llamarlo? No, no... a ver...».

Los pensamientos se apelotonan en mi cabeza y, en menos que canta un gallo, me he acabado el aperitivo. Saco un zumo de frutas tropicales y, abriéndolo, me dirijo al salón.

Me siento de golpe en el sofá y, como algo automático, enciendo la televisión. Mientras hago *zapping*, me bebo el zumo. La verdad es que el hecho de estar en el hospital agota más de lo que uno puede pensar. Me quito los playeros sin ni siquiera tocarlos con las manos. Dejo el tetrabrik sobre la mesita del salón y me echo de lado y con las piernas encogidas.

Necesito descansar y asimilar todo lo que ha sucedido estos dos días. Son demasiadas cosas. Tengo que intentar convencerme de que solamente es una mala racha; que las cosas malas nunca vengan solas no es algo que me tranquilice. Soy una buena persona y nunca he hecho daño a nadie. Es más, siempre intento ayudar a cualquiera que lo necesite. Pero, claro, tampoco me he dado cuenta de los problemas de Ana.

«¿Eso quiere decir que soy mala amiga?».

Me estoy poniendo nerviosa. Muy nerviosa. Desbloqueo el móvil y vuelvo a leer la publicación de Ana en la aplicación del móvil. No tiene ningún sentido el hecho de que Ana haya caído en eso. Tiene razón en todo lo que escribe, pero no lo termino de entender.

«¿Por qué ha caído en todo esto? No es justo, no... no es nada justo... Tengo que averiguar cuál es el principio de todo esto. ¿Debería preguntárselo a ella directamente? O... no... quizás debería cotillear más en su móvil... pero no, no debería... porque... no, no...».

Me acurruco aún más y apoyo la cabeza sobre mi mano y el cojín. Me pongo la mantita con parches de distintos colores que hicimos mi hermana y yo, pero sigo teniendo frío. Estoy destemplada. Hasta me está sentando mal el sándwich que me he comido.

Eso me vuelve a recordar el tema de Ana.

«¿Por qué le ha afectado tanto la opinión de los demás?».

Sigo pensando en lo absurdo que parece este tema, pero que, a la vez, es tan preocupante.

«¿Cómo puedo pensar que es un tema absurdo? Es mi amiga... Joder, joder. Julia...

tranquilízate... esto no te hace bien».

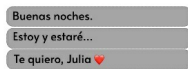
Parece que, poco a poco, voy entrando en calor. Esta manta me trae muchísimos recuerdos. Nuestra madre fue la que nos enseñó a hacer todas estas cosas: manualidades varias como tejer, hacer masa de pan, dibujar...

De repente, una lágrima rueda por mi mejilla. Son tantos los recuerdos, que me sobrepasan. Que ese accidente en el autobús acabase con la vida de nuestra madre... Fue muy triste, desolador, o al menos así lo recuerdo; aunque cuando ocurrió yo solo tenía 6 años. Fue algo traumático para mi hermana, que tenía 16 por ese entonces. Ahora, las dos somos mayorcitas para asumirlo, pero no se podía pedir lo mismo a una adolescente y a una niña. Realmente, es algo que nadie debería sufrir.

En una semana es mi cumpleaños y tengo que llamar a Marta para quedar con ella en cómo lo vamos a celebrar y dónde; aunque, seguramente, sea en su casa, ya que hay más espacio. Además, seguro que ver a Lucía me anima muchísimo; mi sobrina es una de las personas más importantes de mi vida, aunque últimamente no la vea mucho. ¿Son solamente Lucía y Marta las personas que más aprecio en mi vida? Sigo llorando mientras vuelvo a recordar todo lo acontecido durante estos años. Conocer a Ana, a Pedro, a Andrea, a Tulio, a Óliver, a Federico...

«Me ha besado...», pienso con una sonrisa en la boca.

Es entonces cuando mi móvil comienza a sonar. Parece que son múltiples los mensajes que llegan a mi *WhatsApp* de manera instantánea. Desbloqueo el móvil y veo que se trata de Andrea. Me da las buenas noches y leo las dos palabras mágicas; esas que hacen que me estremezca y se me ponga la piel de gallina.



Buenas noches.
Estoy y estaré...
Te quiero, Julia ❤️

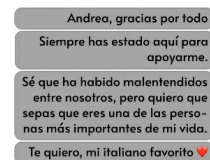
Una sensación de seguridad y de felicidad me embarga el pecho.

«¿Esto es lo que se siente?».

Antes de contestar, tengo que estar muy segura de lo que voy a poner, aunque, quizás, es tan simple como ahondar en mis propios sentimientos.

«¿Estoy enamorada de Andrea y realmente no lo sabía hasta ahora? Me gustaba, obviamente, pero... ¿es algo más?».

El pecho me da un vuelco y, entonces, sé qué es lo que tengo que contestar.



Andrea, gracias por todo
Siempre has estado aquí para apoyarme.
Sé que ha habido malentendidos entre nosotros, pero quiero que sepas que eres una de las personas más importantes de mi vida.
Te quiero, mi italiano favorito ❤️

Pronto, me llega un nuevo mensaje que incluye un emoticono de unos labios. Es la despedida. Una despedida que mañana y todas las mañanas dará lugar a un saludo.

Estoy contenta y feliz, pero me dura muy poco. Me acuerdo de Pedro, de todo lo que puse en el asador cada vez que quedamos y para lo poco que sirvió. Realmente, desde el momento en el

que Andrea vio a Pedro, empezaron los problemas en nuestra «relación» y no quiero que vuelva a pasar de nuevo: lo quiero y ahora lo sé.

Pedro y yo no llegamos a tener nada relacionado con el amor, aunque yo tuve ciertas tonterías de ternura adolescente, como las de las películas. Pero ahora sé que eso no existía. He pensado muchas veces en un reencuentro imaginario. En estos momentos, no puedo expresarlo muy bien. Es una sensación que me aplasta el pecho; aun así, no es la misma sensación que he experimentado con Andrea.

Y es que las películas enseñan muchas veces un prototipo de amor que no existe. Es un prototipo de amor que a veces duele, sobre todo, al principio, pero que al final, gracias a una especie de estrella, acaba por hacerte feliz. Este tipo de cosas es la que hace que desde pequeña haya estado preparada para un amor idílico, que, en muy pocas ocasiones, por no decir ninguna, se cumple. Las películas me han enseñado que con una sonrisa y una mirada alguien se puede enamorar, pero la realidad me ha entregado una pantalla por la que no puedo disfrutar de ello.

¿Por qué el ser humano se empeña en no mirar, sentir, sonreír, saltar, bailar, cantar? En estos momentos, en los que los problemas ya no son tan de niña, sino que son más de adulta, necesito esa estrella. Ahora es más fácil *escribir* que *decir mirando a los ojos*. Y ¿si nos obligáramos a expresar lo que sentimos de otra manera que no sea a través de una pantalla? Hay que amar y no convertir la vida en una utopía, porque para eso ya está la ficción.

Sigo inmersa en mis pensamientos, tumbada en el sofá, sola, nostálgica... Dándoles rienda suelta. Voy de un tema a otro sin parar. Recuerdo, reflexiono. No puedo evitar echar de menos a Ana. No me he dado cuenta de nada y esa culpa me está comiendo por dentro.

Vuelvo a desbloquear el móvil. Sigo pensando durante un rato más, releyendo sin parar lo que Ana escribió. La única conclusión que saco es que la envidia mueve montañas. No se me ocurre otra explicación para que Ana haya actuado de esa manera. Ella no es así y algún motivo tiene que haber.

Puede que su atractivo haya despertado envidias y, por lo tanto, haya sufrido algún tipo de *bullying* en el trabajo. Ana ya me mencionó una vez que sus compañeras del supermercado son algo dañinas respecto a algunos comentarios. Puede que ese sea el origen de su preocupación por el físico.

«Posiblemente, eso ha sido lo que ha llevado a Ana a cometer estas locuras... no hay otra explicación».

En ese mismo momento, escribo al psicólogo nutricionista del hospital para contarle todas mis suposiciones. Aunque no esté despierto a estas horas, lo leerá al día siguiente y me dará su opinión profesional. Un correo demasiado extenso, pero lleno de conjeturas. Lleno de sentimientos buenos para poder ayudar a Ana.

Capítulo 8

Hermanas de corazón

Andrea

Jueves, 19 de noviembre de 2020

Llueve. Llueve mucho y Julia camina deprisa por la calle con su paraguas rojo con topos negros. Siempre me ha gustado ese paraguas, porque parece una mariquita gigante. Va sorteando los charcos mientras me río de sus esparajismos.

Nos dirigimos a casa de Marta, la hermana de mi novia. Sí, mi novia. Por fin hemos aclarado nuestros sentimientos y hemos decidido intentarlo. Estoy muy ilusionado y espero que Julia también lo esté. La verdad es que estos días que llevamos juntos están siendo los mejores de mi vida, aunque también es verdad que Julia lo está pasando bastante mal con el problema de Ana.

Tras nuestra conversación, Julia me contó todo lo que había visto en el teléfono móvil de Ana y su conversación con el psicólogo. Yo también estoy preocupado, pero tengo que apoyarla lo mejor que pueda. Se lo merece. Se merece a alguien que le dé apoyo y la proteja.

Está empapada. Da igual el hecho de que lleve un paraguas enorme, porque el resultado es el mismo: agua por todas partes. No para de llover y todavía nos falta un buen trecho para llegar a casa de su hermana.

Julia

Empieza a llover aún más y decidimos meternos en el soportal de un supermercado. Se nos ocurre comprar algo de comer para el cumpleaños y, así, no quedar tan mal; aunque la negativa de mi hermana ante la situación de tener que llevar algo en mi propio cumpleaños me asusta un poco. Siempre dice que la persona que cumple años no tiene que invitar a los demás, al revés de lo que podría pensar todo el mundo. Al igual que a mí no me gustan mucho los regalos. Las celebraciones materialistas no son lo mío y lo que realmente me importa es la compañía de las personas que más me importan. Este año se une Andrea, mi actual novio. Sí, mi novio. Estoy muy feliz con él y no sé cómo no me he decidido antes.

Compramos dos empanadas: una de carne y otra de atún. También cogemos dos botellas de refresco: una de naranja y otra de limón.

Mientras estamos pagando en la caja, me suena el móvil. Miro la pantalla iluminada y se trata de un correo del psicólogo de Ana.

Cuando le escribí el otro día mi conclusión sobre el *bullying* y la envidia, me dijo que hablaría con ella sobre el tema. Estoy asustada porque no sé lo que me ha escrito, aunque parece un texto bastante largo.

Pagamos y cogemos las bolsas. Salimos del supermercado, pero, antes de bajar las escaleras, Andrea me para en seco.

—¿Qué pasa, Julia? —pregunta serio.

—Me ha contestado el doctor Jávea. Creo que ya ha hablado con Ana. Me da miedo abrir el mensaje y que ponga que ella me odia o que no quiere verme más.

De repente, siento la mano de Andrea rodeándome el cuello y posándose en mi hombro. Ese símbolo tan reconfortante hace que comprenda el mensaje. Tengo que tranquilizarme y disfrutar de mi vigésimo sexto cumpleaños sin más preocupaciones; ya leeré el mensaje del doctor más tarde.

Continuamos nuestro camino hasta que llegamos a casa de Marta. Es una casa adosada con un pequeño jardín delantero. Tiene aspecto rústico, pero me encanta. Me trae tantos recuerdos... Tiene un porche a la entrada que mi hermana ha cerrado con unas grandes cristaleras. La verja de afuera está abierta y entramos con sigilo para que nadie nos descubra y así dar un susto a mi familia.

Miro hacia la izquierda y veo la bicicleta que le regalé a mi sobrina por su séptimo cumpleaños: es de color rosa y tiene dibujos de *Hello Kitty*. Vemos una luz tenue en la bodega y decidimos abrir con la llave que tengo y así proseguir con el encuentro sorpresa.

Dejamos la compra en la cocina y bajamos por las escaleras que llevan a la lúgubre, pero acogedora bodega. Cuando entro con cara burlona me doy cuenta de que aquí no hay nadie. La luz tenue que vimos desde fuera era la de la chimenea. No me lo puedo creer.

«¿Se han olvidado de mi cumpleaños?», pienso preocupada.

Me doy la vuelta y me doy cuenta de que Andrea tampoco está detrás.

«¿Esto es una pesadilla?».

Sigo dándole vueltas a la cabeza mientras me pellizco. Últimamente he tenido tantas, que a veces ya no diferencio lo que es ficción y lo que es realidad.

No me atrevo a subir por las escaleras, pero si es un sueño me despertaré. Le echo valor y me dispongo a ello. Me tiemblan las rodillas.

«¡Qué tonta soy! Las veces que habré subido de pequeña estas escaleras y ahora les tengo pánico. Ni que tuviera la caldera de *Solo en casa*. ¡Eso sí que daba miedo!».

Me dirijo al baño buscando a Andrea, quizás se meaba y se olvidó de avisarme antes de bajar; pero tampoco está.

De repente, escucho un ruido procedente del salón. Me asusto, pero ya no tengo más remedio que saber lo que sucede. Enciendo, con los ojos cerrados, la luz de la sala de estar y se oye un gran estruendo:

—iiiiiiiFELIZ CUMPLEAÑOOOOOOSSS!!!!!!

Abro los ojos y me encuentro a mi hermana, mi cuñado, mi sobrina y Andrea. Empiezo a llorar de alegría, pero, a la vez, de la gran angustia que he sentido. No es una pesadilla: es real. Están aquí para celebrar mi vigésimo sexto cumpleaños. Solamente extraño a una persona en este momento: a Ana. Mi mejor amiga nunca ha faltado a ninguno desde que nos conocemos.

Cuando acabo de abrazar y besar a todos los asistentes, me fijo en la gran decoración que han preparado. Hay una pancarta que pone «Felices 26, Julia», globos de colores, dibujos de mi sobrina y varios regalos desperdigados por el salón. Seguro que ninguno es de mi hermana, no le gusta nada lo material, como a mí.

Estoy tan obnubilada admirando cómo de bonito está el salón, que no me doy cuenta de que Lucía me está llamando mientras tira de mi abrigo.

—¡¡¡Tíaaaa!!! —chilla Lucía, ya cansada de llamarme.

—Perdón cariño... dime —contesto desconcertada.

—¡¡Vamos a dejar los abrigos en tu habitación!!

Mi sobrina tiene una voz muy estridente y, cuando chilla, su tez se vuelve tan roja como su pelo. Definitivamente, es igual de testaruda que su madre y su abuela; yo, sin embargo, soy mucho más tranquila y conformista.

«Mi habitación...», pienso mientras vamos subiendo las escaleras.

Abro la puerta y aquí está. Huele igual que siempre. Está ordenada igual que siempre. Todo está como siempre. La pared pintada de color malva con pegatinas de mariposas, de esas que luego brillan en la oscuridad. Era mi lugar de protección, donde me sentía segura cuando era pequeña. Cuando me sentía mal o tenía temporadas muy filosóficas y depresivas venía aquí para relajarme. Ahora es uno de los momentos en los que podría necesitarla, pero gracias a Andrea me siento protegida y ya no voy a acudir más a una habitación para intentar sobrevivir, sino para revivir momentos pasados.

Abro el armario: está lleno de perchas. Lucía me va pasando los abrigos y yo los voy colgando. Somos una cadena humana muy eficaz.

—¿Te puedo preguntar una cosa, tía? —pregunta Lucía con cierta timidez.

—Sí, princesa... dime.

—¿Por qué te tiñes el pelo?

—¿Cómo que por qué me tiño? —pregunto extrañada—. Mi pelo es de este color cariño.

—Ah... o sea ¿que no eres pelirroja como mamá y como yo? —pregunta.

—No, princesa —expreso con cariño.

En ese mismo instante, aparece Marta.

—Vamos, Lucía, no entretengas a tu tía que os estamos esperando abajo. ¡Va a empezar la fiesta!

—¡¡¡FIESTA, FIESTA!!! —Sale gritando Lucía de la habitación.

Marta me ofrece una sonrisa cómplice y sale de la habitación indicando con la cabeza que baje ya a disfrutar.

La fiesta está siendo estupenda. Primero hemos estado charlando mientras hacíamos una merienda-cena y, ahora, me están dando los regalos. Todos son maravillosos: unos pendientes de mariquita con un collar a juego, una sudadera y unos cuantos detalles más. Mi sobrina me ha hecho un dibujo en el que está toda la familia. Y sí, este año ha incluido a Andrea.

Salgo al porche y, sentada en el sofá, observo con cariño el dibujo de mi sobrina. Sigue lloviendo. La verdad es que el señor del tiempo ha acertado por una vez y vengo preparada para la situación.

Andrea se ha llevado muy bien con el marido de mi hermana. Ahora están viendo el fútbol en el salón con Lucía, que no para de quejarse porque quiere ver los dibujos animados. Sin embargo, yo sigo ensimismada mirando la lluvia y noto una mano en el hombro: es Marta con un paquete en la mano. Se sienta a mi lado y me lo ofrece con cariño.

—Tengo un regalo especial para ti, pero que también lo es para mí. Quería dártelo en privado.

Cojo el paquete y empiezo a abrirlo. Tiene un papel de regalo malva con mariposas. Cuando aún no he terminado de romper todo el papel, observo que se trata de un cuaderno en el que está grabado mi nombre. Mi ojiplática mirada va directa a los ojos de mi hermana. No entiendo nada. No sé qué puede contener en su interior.

—Está redactado desde el día que llegaste a casa hasta que mamá te dijo que tenías otra mamá que había fallecido —explica Marta.

—...

—Léelo tranquilamente. Aquí encontrarás muchas de las respuestas que buscas. Seguro —continúa diciendo.

—Graa...cias —digo entre lágrimas abrazando a Marta.

—Lo guardó y me dijo que te lo enseñara cuando creyese que estabas preparada para leerlo. Creo que este es ese momento —expresa llorando también.

—Te quiero mucho.

— Yo también. Y como siempre decíamos cuando éramos pequeñas: somos hermanas de corazón. Desde siempre y para siempre.

Capítulo 9

La verdad de mi vida

Julia

Viernes, 20 de noviembre de 2020

Abro los ojos. Los tengo hinchados de tanto llorar. Me doy la vuelta y ahí está Andrea. Ayer me quedé dormida en sus brazos tras haber leído parte del diario, en el que descubrí que mi madre biológica había sido asesinada mientras prestaba servicios sexuales a un hombre. Yo, al parecer, tenía un año y fui salvada por mi «hermano».

«¿Qué hermano? ¡Yo no tengo ningún hermano! O ¿sí que lo tengo? ¿Dónde está? ¿Qué fue de él? No entiendo nada».

Los pensamientos se agolpan en mi cabeza. No he conseguido dejarlos atrás, aunque sí que he podido dormir un buen rato.

Según leí anoche, mi hermano tiene siete años más que yo. Pero no pude leer más, no tuve fuerzas. Me da mucho miedo pensar que toda mi vida haya sido una mentira para ocultar un hecho tan atroz como el asesinato de mi madre. Aunque sé que soy adoptada, nunca se me podría haber pasado por la cabeza que me adoptaron por ese motivo. Ya me explicaron en su día que mi madre había fallecido, pero la manera en la que sucedió me hace temblar de miedo. Aunque, aún más terror me causa pensar en mi hermano.

«¿Cómo lo ha debido pasar si fue él el que me salvó la vida? Él realmente lo vio todo y se encargó de que yo no lo hiciera».

Estoy a punto de desfallecer, pero Andrea abre los ojos y me ve de nuevo llorando.

—Tienes que ayudarme... —digo sollozando—. Necesito encontrar a mi hermano.

Me abraza asintiendo a mi petición. No hace falta que diga nada más. Solamente necesito su apoyo y sé que lo tengo.

De repente, me vibra el móvil, miro la pantalla y veo que es Luis.

Hola Julia 🍋
Como ya sabes, trasladan a Ana a un lugar cercano a la casa de sus padres
Que sepas que lo hacen a las cuatro de la tarde
Más que nada para tenerte informada

Me quedo atónita y empiezo a mantener una conversación con Luis.

¿Cómooooooooooooo?

No tenía ni idea

¿No te lo dijo el psicólogo ayer?

En ese mismo momento, me acuerdo de que no leí el correo que me envió. Se me pone un nudo en el estómago y me apresuro a leerlo antes de contestar a Luis. En el mensaje, prácticamente, pone que trasladan a Ana a otro hospital donde van a poder ayudarla y, al mismo tiempo, va a poder estar cerca de sus padres. Además, me manda recuerdos de parte de Ana, diciendo que me quiere mucho y que me va a echar de menos.

¡Sí, sí! Tenme informada, por fa

Quiero mucho a Ana, pero en estos momentos tengo que descubrir la verdad de mi vida. Sé que la van a cuidar bien e iré hablando con ella durante su proceso, su metamorfosis.

Ok

Dejo el móvil en la mesilla, doy un beso a Andrea y me dirijo al baño para darme una ducha. Necesito despejarme. Tengo mucho trabajo por delante. Hay que ponerse en marcha.

Mientras el agua me cae por la cabeza, mi cabeza da un vuelco. Pienso en quién puede ser el asesino de mi madre. Me entra más miedo. Mucho más miedo.

«¿Quién podría hacer algo así?», pienso repetidamente.

Mis preocupaciones minan mi moral, pero el hecho de saber que mi amiga se encuentra mejor, me alivia un poco. Ahora tengo toda mi mente trabajando para descubrir qué pasó con mi hermano, mi madre, el asesino y con mi vida entera. Aunque sé que no estoy sola, nadie realmente puede entrar en mi cabeza como lo están haciendo esos «recuerdos no recordados».

Tras la ardiente ducha, me seco y me visto para ir a trabajar al restaurante. Mientras me visto, Andrea es el que ocupa el baño. La verdad es que la vida con él está resultando ser la felicidad máxima y un apoyo incondicional. ¿Quién lo iba a decir?. Tras arreglarnos, salimos de casa y vamos paseando tranquilamente hasta *Federico*: son las 12 de la mañana.

—¿Qué crees que debo hacer? —pregunto con voz angustiada.

—¿Sobre qué? Creo que hay muchas cosas que deberías resolver, sobre todo por tu salud mental.

—Creo que voy a pedir a Federico unos días para poder terminar de leer el diario y ordenar todas las ideas —expreso algo más decidida—. Yo ya sabía que soy adoptada, pero no supe hasta ayer esta parte de mi pasado... Además, no sabía tampoco que tuviese un hermano... nadie me lo ha dicho nunca.

Estoy triste, preocupada, angustiada. Andrea está perdido. Sé que se hace el duro, pero tampoco es fácil para él. No lo está pasando nada bien viéndome así. Es muy difícil enterarse de tantas cosas de golpe.

Llegamos al restaurante y nos dirigimos a un despachito que montó Federico para ordenar todo el papeleo sobre el restaurante. Dudo si llamar a la puerta, pero, finalmente, Andrea se adelanta y lo hace por mí.

—¿Se puede pasar, Federico?

—Sí, claro. Pasad. ¿Qué necesitáis? —contesta Federico amablemente.

Nos sentamos en las dos sillas que tenemos enfrente y me quedo cabizbaja mientras Andrea habla con decisión.

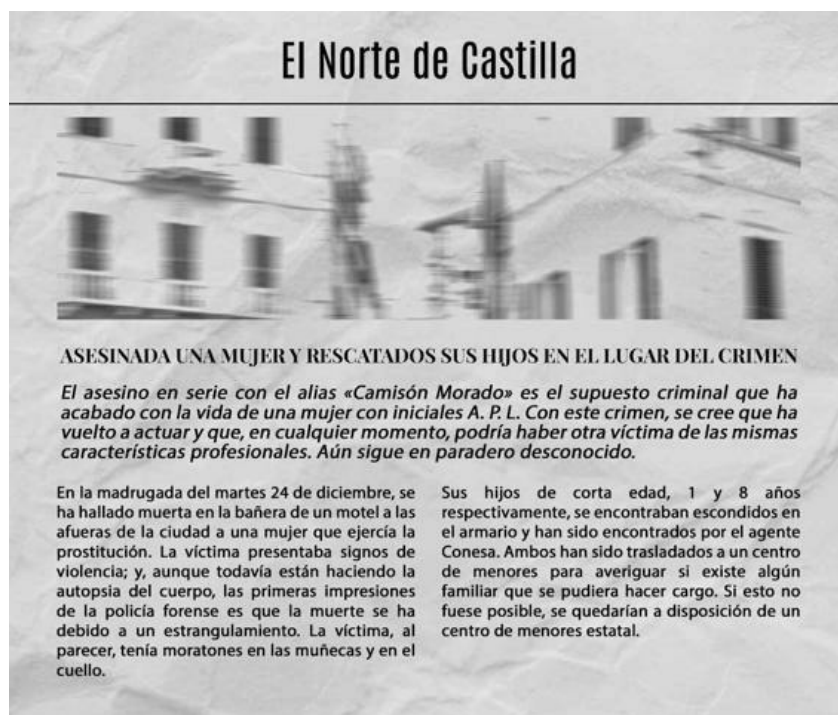
—Julia necesita hablar contigo de un tema bastante delicado.

—No me vas a decir que te vas, ¿verdad? —contesta Federico con una mueca en la cara.

—No para siempre, pero sí que necesito unos días —contesto con la voz ahogada y los ojos llorosos.

—¿Qué ocurre?! ¿Le ha pasado algo a tu amiga?! —pregunta preocupado.

—No, ella está en buenas manos, gracias a Dios. Es sobre mí. Mi... pasado —contesto mientras alargo la mano, temblorosa, entregándole un recorte de periódico. Tenemos ya la suficiente confianza.



—¿Qué es esto? —pregunta perplejo.

—Yo soy ese bebé —contesto señalando al bebé que aparece en brazos del agente Conesa, en la foto que acompaña la noticia.

—Pues no es por asustarte, pero han estado hablando de este asesino desde hace casi un año. ¿No lo has visto?!

Niego con la cabeza y Federico me mira ensimismado y sorprendido al mismo tiempo. De repente, se pone a teclear como un poseso en su ordenador y, tras un minuto, gira la pantalla para que Andrea y yo podamos ver el contenido que nos está mostrando. Es la emisión del telediario de hace unos días. Le da un clic al botón izquierdo del ratón y empieza el vídeo. En este, se ve cómo una reportera entrevista al ahora sargento Conesa. Parece un hombre de aproximadamente 50 años, con el pelo canoso y bigote. Es atractivo y su porte es serio.

Como un resorte, cojo el recorte de periódico, y, mirando ambas imágenes, como si de un juez de silla se tratase, sentencio.

—¡Es el mismo!

—¿Quién, cariño? —pregunta Andrea.

—¡¡¡Conesa!!!

Entonces, Andrea me coge de la mano el recorte de periódico y lo observa con detenimiento. También analiza la imagen del vídeo pausado.

La verdad es que sí que parece la misma persona, aunque con 20 y pico años más. Tiene que ser él. Es el único que puede darme las respuestas que llevo tanto tiempo buscando.

Capítulo 10

El sargento Conesa

Conesa

Viernes, 20 de noviembre de 2020

Me encuentro sentado en el despacho. Estoy ojeando unos informes. Son tantos que no dejan ver el color madera de la mesa. En una esquina, un monitor encendido con varias pestañas de internet abiertas. Estoy inquieto intentando encontrar respuestas. En el suelo, se encuentran las cajas de informes de los casos no resueltos; los que tienen que ver con el perfil de este asesino. Casualmente, ha utilizado el mismo *modus operandi* que hace veinte años. Algo se me tiene que haber pasado por alto, aunque claro, hace veinte años yo era un simple agente. Aunque el asesino dejó varios cabos sueltos para poder analizar, realmente, no se le llegó a encontrar. Ahora se le nota más sofisticado, pero, aun así, seguro que puedo agarrarme a algo.

Me levanto posando mis manos en las lumbares. Me duelen. Ayer no dormí nada bien. Empiezo a observar la cantidad de recortes que tengo en la pared. Todos son de mujeres asesinadas de las que no se ha encontrado al responsable. Todas ellas, con el mismo *modus operandi* y, además, con la misma profesión: eran prostitutas.

De repente, alguien llama a la puerta y me sobresalto.

—¿Sí? ¡Adelante!

Una muchacha entra en el despacho con un gran abrigo empapado. Sin mediar palabra saca de su bolso un recorte de periódico, algo húmedo por la lluvia, y, alargando la mano, me lo deja sobre el escritorio.

—¿Usted es él? —pregunta indecisa.

Cojo el recorte de periódico. En este, se ve una noticia con una foto y en ella aparezco con unos 25 años menos. Me acuerdo de ese día como si fuera ayer.

—Sí. ¿Por qué lo pregunta, señorita?

—Yo soy ese bebé —expresa quitándose la capucha del abrigo.

Me quedo atónito y la invito a sentarse amablemente. Se quita el abrigo, dejándolo en el respaldo de la silla. Después, se sienta y mete sus manos entre las piernas para calentarlas un poco.

—¿Cuál es el motivo de tu visita, Julia?

—¿Se acuerda de mi nombre? —pregunta desconcertada.

—Pues claro que me acuerdo. Jamás olvidaré aquel día.

—Yo... me acabo de enterar hace unos días de todo esto y tengo muchas preguntas que hacerle. Es usted el único que puede ayudarme —explica con lágrimas rodando por sus mejillas.

—Primero, tutéame. Llámame Miguel, por favor.

—Me parece bien —dice ella con una leve sonrisa y sorbiéndose los mocos.

Le acerco la caja de pañuelos que tengo en la mesa para que coja uno.

—Acabo de descubrir que mi vida es una mentira y solo usted... perdón, tú, puedes ayudarme y contarme la verdad. ¿Tengo un hermano?

—Sí, tienes un hermano. ¿Pero no te lo había contado... Irene? Creo que se llamaba así, ¿no?

—No. Solo me llegó a contar que yo tenía otra mamá que había fallecido y que ella me había adoptado, pero no todo lo demás.

Julia saca un cuaderno de su bolso y me lo enseña.

—Me lo ha dado Marta, mi hermana. Ella prometió a mi madre que me lo daría cuando estuviese preparada y, parece ser que, este es el momento.

—Julia —empiezo a hablar cogiéndole una mano cariñosamente—, yo estoy aquí para resolverte todas las dudas que tengas. ¿Qué es lo que necesitas saber?

—Pues, lo primero que necesito saber es todo lo que me puedas decir sobre mi hermano. Necesito encontrarle y saber al menos que está bien. Yo no me acuerdo porque era muy pequeña, pero él supongo que sí porque es más mayor que yo.

—Sí, creo que tenía ocho años en ese momento y tú estabas a punto de cumplir uno. Él te tenía fuertemente abrazada dentro del armario y no te soltaba. Te tapó los ojos con la manga de un jersey que encontró para que no pudieras ver nada desde dentro. Desgraciadamente, él lo vio todo. Gracias a él tenemos esta conversación ahora mismo y el testimonio visual directo de cómo actuó el asesino de vuestra madre.

—¿Y sabes dónde está ahora? —contesta sollozando.

—La última vez que supe de él, se encontraba en un centro de rehabilitación psicológica. Lo que vio fue muy duro y tenía muchas pesadillas; aun siendo adolescente no podía superarlo. La última vez que lo vi fue allí, pero claro... eso fue hace 15 años, aproximadamente. Desde ahí le perdí la pista. Era un tema del Estado y, realmente, yo no pintaba nada allí. Le iba a visitar porque era la primera persona que vio después del asesinato y los médicos creyeron oportuno que fuera a visitarle de vez en cuando. Fui durante unos cinco años, una vez al mes. Pero a ti también te llevó Irene alguna vez. ¿No te acuerdas?

—Irene murió cuando yo tenía seis años. Un accidente de autobús. Ella realmente me salvó la vida. El conductor dio un frenazo, era un día de lluvia y la carretera estaba muy peligrosa... debieron chocar bastantes coches y... mucha gente resultó herida... —explica mientras seguía llorando—. Aquel día no se me borra de la mente y tengo bastantes pesadillas todavía. Aunque también tengo otras muchas, pero una de ellas es esa. Se repite todavía más desde hace un año. ¿Cómo se llama mi hermano?

—Se llama Enrique. Bueno, a él le gustaba que le llamase Quique. Pero, posiblemente, haya cambiado de nombre por el tema de la protección de testigos. Lo más seguro es que ya no se llame así... —expreso pensativo—. Mira, vamos a hacer una cosa. Voy a mirar papeleo y a buscar entre mis contactos para ver si puedo averiguar algo sobre tu hermano. De todas formas, si quieres, escribe una carta para él y veré lo que puedo hacer. Pero, obviamente, solo es decisión suya el querer o no ponerse en contacto contigo.

—Vale. Muchas gracias, de verdad —expresa sonriendo.

Julia se levanta de la silla tras escribir la carta y me ofrece un abrazo mientras las lágrimas le caen por las mejillas.

—Gracias por lo de hace años, y gracias por lo de ahora.

Capítulo 11

La última visita

Julia

Viernes, 20 de noviembre de 2020

Bajamos del autobús. Hay que tener cuidado porque justo en la acera hay un gran charco; a causa de la lluvia que hace rato está cayendo. Frente a nosotras, se encuentra un gran edificio de color gris, sin apenas ventanas, y una escalinata enorme para poder acceder a la puerta principal. Irene me agarra de la mano porque hay muchas hojas en el suelo y mis pequeños pies, cubiertos por unas katiuskas color rosa, no inspiran mucha confianza. El suelo está húmedo y cualquier paso en falso puede hacer que me resbale.

Nos disponemos a subir la escalinata. Según vamos subiendo, la puerta se ve aún más grande de lo que parecía desde lejos. Han debido echar algo de sal en los peldaños. Habrá helado esta noche.

Irene llama al timbre mientras yo tiritó de frío. Se oye el ruido que indica que nos dejan pasar y que la puerta está abierta. A la derecha, hay una mesa custodiada por un guarda. Es muy grande. Irene dice su nombre y enseña su documento de identidad. Pone sus enseres personales en una cinta y las dos pasamos por el arco de seguridad.

Las paredes son muy blancas y, justo enfrente, tenemos la opción de subir por las escaleras o de utilizar el ascensor. Optamos por la segunda e Irene pulsa el botón «4». Sube muy lento. Incluso más de lo normal. Aprieto la mano a mamá, con fuerza, mientras miro a los demás señores que han subido detrás de nosotras. El ascensor va parando en distintas plantas hasta que llegamos a la cuarta: «Psicología Terapéutica en la Adolescencia».

Salimos del ascensor y nos dirigimos a un mostrador donde hay una señora que nos sonrío amablemente.

—¿A quién vienen a ver? —pregunta la enfermera.

—Enrique Pérez Lugo.

—¿Y esta niña tan preciosa también entra? —pregunta mirándome con una gran sonrisa, mientras me da una piruleta de fresa con forma de corazón.

—¡Sí! ¡Vengo a ver a mi tato! —contesto con un tono más alto de lo normal.

—La 414, entonces. Se va a poner muy contento cuando os vea, ya verás. Hicieron una excursión el otro día al cine y seguro que tiene muchas cosas que contaros. ¡Pasad!

—¡Gracias! —contesta Irene.

La recepcionista pulsa un botón y se abre otra puerta que da a un pasillo muy largo, casi interminable. Mientras vamos avanzando por el pasillo de baldosas, voy diciendo en voz alta los números de las habitaciones hasta que estamos frente a la 414. Mamá llama a la puerta.

—¿Quién es? —responde una voz juvenil.

—¡iiii¡Soyyyy yooooo!!!! —grito apasionada.

De repente y de manera muy rápida, se abre la puerta. Quique se abalanza cogiéndome en brazos y acurrucándose junto a mí.

Pero, una mano me agarra fuertemente separándome de mi hermano y arrastrándome por el pasillo. Quique grita, pero cada vez lo oigo más lejano. El pasillo no termina y mi agonía tampoco. Quiero estar con él. Solo quiero...

Me despierto bruscamente, sudada y con los ojos vidriosos. Me siento desorientada. Miro a mi alrededor y veo que estoy en el sofá de casa. «¿En qué momento me he quedado dormida?», pienso. Estoy muy confusa y me siento muy angustiada. No me puedo desahogar con Andrea porque está trabajando en el restaurante. Tampoco puedo llamar a Ana porque está en su proceso de rehabilitación.

Me siento sola. Intento analizar el sueño.

«¿Esto ha sido una realidad encontrada o fruto de la sugestión provocada por la entrevista con el sargento Conesa?».

Pero, en un momento de lucidez, me doy cuenta de que realmente no estoy sola. Cojo el teléfono móvil y selecciono el nombre de «Marta» en la pantalla táctil. Suenan varios *bips* y después descuelgan:

—¿Sí?

—Hola Marta. ¿Puedes hablar un rato?

—¡Sí, claro! ¡Dime!

—Es que he tenido otra pesadilla... y ya no sé si es real o no. Tengo la cabeza como un bombo —contesto con la voz entrecortada por la bola que siento en la garganta, seguramente fruto de mi ansiedad.

—¿Has leído ya el diario verdad?

—Sí...

—¿Y qué es lo que has soñado exactamente?

—Pues, a ver, primero tengo que decirte que encontré al agente que nos rescató a mi hermano y a mí del armario. Bueno, realmente ahora es sargento y...

—Em... ¿qué?

—Pues eso.

—A ver, Julia, frena. Yo no he leído el diario. Lo sabes, ¿no?

—Ah... pero yo creía...

—Pues ya ves que no —contesta Marta con una gran carcajada, producida por el momento de confusión.

—¿Puedes venir a casa y te cuento todo mientras cenamos?

—No puedo, reina. Tengo a Lucía mala con catarro. Si quieres me puedo meter en *Skype* y así me lo explicas mejor.

—Vale, en cinco minutos estoy.

Me levanto del sofá y voy a la habitación a por el portátil. La verdad es que va ya bastante lento, pero para lo que lo uso, me vale. Es de color granate, por eso mismo lo cogí en su día. Siempre me ha gustado el color rojo. Es el color de las mariquitas, de mis vestidos favoritos y del tomate. Me río solamente de pensarlo.

Enciendo el ordenador y, lento pero seguro, empieza a iniciarse *Windows*. Como tarda un poco más de lo normal, voy a la cocina a prepararme una tila: esa bebida que muchas veces me

ha salvado de los nervios y la locura. Sí, es mi gran aliada.

Me vuelvo a sentar en el sofá con la tila y todavía está cargando. De repente, recibo un mensaje de *WhatsApp*.

Estoy esperando... estáaaaas?

Siiii!!

Espera que se está encendiendo 📶

A ver si cambias ya de portátil que... vaya tela lo tuyo jajajaja xD

Por fin, aparece la foto del salvapantallas para que ponga la contraseña; tras ello aparece la de escritorio. Es una foto prediseñada de *Windows*, pero me gusta mucho, así que decidí no cambiarla en su día. Abro *Skype* y, obviamente, está mi hermana conectada. Comienzo la videollamada.

—A ver, ¡cuéntame!

—Empiezo por el principio. Me he enterado de que tengo un hermano, que mi madre fue asesinada por un asesino en serie que, supuestamente, ha vuelto a la acción y que el que nos salvó sacándonos del armario donde estábamos escondidos en la escena del crimen ahora es el sargento Conesa, antes era agente vaya... Total, que fui a hablar con él esta mañana y le pregunté sobre la identidad de mi hermano. Él, básicamente, lo que me dijo fue que se llamaba Quique, pero que seguramente al ser un testigo visual del asesinato le cambiaron el nombre por si las moscas.

—A ver... espera —contesta estupefacta—. O sea, me estás diciendo que tienes un hermano que no sabes quién es y que tu madre biológica fue asesinada por un tío que ha vuelto a actuar.

—Ajaaa

—Pero, si tu hermano y tú estabais en el armario, ¿cómo iba a ser testigo visual del asesinato de tu madre?

—Al parecer, según la charla que he tenido antes con el sargento Conesa, era uno de estos armarios que tienen como lamas, que no se ve lo de dentro, pero que desde dentro puedes ver lo de fuera.

—Vale, entiendo. Y, entonces, ¿cuál fue la pesadilla? —En realidad, está disfrutando. Le encanta analizar los sueños.

—A ver... —Empiezo a contar después de dar un trago a mi tila—... Bajábamos mamá y yo de un autobús. Estaba muy mojado todo, había llovido mogollón. Me acuerdo porque en el sueño había charcos y yo iba con katiuskas. El caso es que entrábamos en un edificio que parecía ser un hospital o algo así y después de pasar por seguridad y tal aparecíamos en la puerta de una habitación y salía mi hermano y me abrazaba. Hasta ahí más o menos bien. Pero el momento horroroso es cuando una mano me agarra hacia atrás alejándome de mi hermano y de mamá. Me he despertado superangustiada y no sé muy bien lo que significa, la verdad...

El rostro de Marta se oscurece de repente. Se ve como se le van llenando los ojos de lágrimas y no puede articular palabra.

—¿Qué pasa?! —pregunta Julia preocupada.

—Pues que creo que eso puede ser verdad. Lo último puede que sea algo simbólico, pero el resto sí que puede ser real. Mira, todos los sábados mamá y tú os montabais en el coche mientras yo me quedaba con papá en casa haciendo maquetas o puzles. Ahora entiendo que era como una distracción. Veía algo raro, ibais todas las semanas. Yo iba a cumplir 16 años y tampoco era tonta. Total... que sé que todas las semanas ibais en coche, pero sé que un día os fuisteis en autobús porque el coche no funcionaba.

Marta comienza a llorar sin remedio y no sé muy bien cómo reaccionar porque tampoco sé muy bien lo que le pasa.

—¿Y qué hay de malo en que ese día fuésemos en autobús?

—Pues que ese día debió ser la última visita, porque también fue el último que vimos a mamá.

Capítulo 12

Un regalo oculto

Julia

Sábado, 21 de noviembre de 2020

Después de hablar con mi hermana, no he podido pegar ojo en toda la noche. La verdad es que nunca hubiese imaginado que la vida me iba a zurrar de esta manera. No paro de darle vueltas a la cabeza mientras Andrea duerme a mi lado. Siempre he pensado que soy la cabeza loca de la relación, y razón no me falta. Mi mente es un conjunto de cables que se interconectan por todos lados y que, a veces, se enredan. Sí, como los cables de los auriculares.

Miro el despertador digital: son las 05:18. Me siento en la cama. Me cuelgan las piernas, ya que no soy especialmente alta. Cojo la botella de agua que hay en mi mesilla y doy varios tragos cortitos. Cuando bebo muy de golpe, no me siento muy bien. Después, me levanto, me pongo las zapatillas y me dirijo al baño. Voy a hacer mis necesidades vitales, lógicamente y, después, me mojo la cara con agua caliente. No puedo dormir y eso siempre me resulta muy incómodo.

«¿Por qué no puedo dormir si es lo que quiero?».

Entro en la cocina, abro la nevera y saco el zumo de naranja. Me lo echo en un vaso y eso sí que me lo bebo de un trago. Me encanta el zumo superácido, aunque muchas veces me dé ardor de estómago. Dejo el vaso en el fregadero y me dirijo al sofá, quizás ahí pueda conciliar el sueño.

Cojo una manta que hay en una silla y me tumbo. Tengo mucho frío, aunque a estas alturas del año es normal: estamos a finales de noviembre. No queda nada para entrar en diciembre. Y hablando de diciembre... tenemos que pensar en los planes para Nochebuena, Navidad, Nochevieja, Año Nuevo. También tenemos que pensar dónde y cuándo poner el árbol de Navidad y el Belén.

De repente, me levanto y empiezo a dar vueltas imaginándome los adornos de Navidad por aquí y por allá.

«Tengo que relajarme un poco».

Me siento en el sofá con las piernas cruzadas como un indio y me tapo con la manta. Cojo el móvil y escribo por *WhatsApp*.

Marta, ¿cómo lo vamos a hacer estas navidades? 🍷🍷🍷

Lógicamente, no me va a contestar a las seis menos cuarto de la mañana, pero, al menos, ya he abierto una conversación al respecto. De todas maneras, también tendré que hablar con Andrea, porque sus padres vienen para pasar con él las fiestas.

No sé cómo puede estar sin sus padres y su familia cerca. Algunas veces hablan por

videollamada, pero no es lo mismo. No los ve nunca, excepto en las festividades más señaladas. Aun así, a él no parece importarle; nunca se han llevado del todo bien. Andrea cree que su hermano pequeño siempre ha sido el favorito y no considera que su padre haya sido objetivo con la educación y los caprichos de cada uno. Sin embargo, su madre pasa mucho de todo y solamente se dedica a su trabajo, apenas para por casa.

Ellos siempre quisieron que Andrea fuese abogado, pero, realmente, a él no le gusta nada ese mundo. Es más, empezó a estudiar la carrera de Derecho en Italia, pero lo que le apasiona es el idioma español y la cocina. Se sentía solo en su casa, no era su hogar. Las pocas veces que hablaba con sus padres acababan discutiendo sobre temas absurdos, y llegó el momento en el que Andrea decidió callarse la boca por comodidad. Simplemente, salía de casa para estudiar en la biblioteca; pero su rumbo cambiaba en cuanto sus padres no miraban por la ventana, su dirección era clara: la Escuela de Cocina.

Llegó un día en el que se enteraron de que no quería ser abogado, que quería ser cocinero y montar su propio restaurante de comida italiana en España. Se enfadaron tanto que no le hablaron durante semanas, hasta que, por fin, fue Andrea el que rompió el silencio para expresarles sus sentimientos y dejarles claro que se iba de esa casa.

Lloró durante meses, pero ha sido la mejor decisión de su vida. Muchas veces habla conmigo de los planos, los papeles que tiene escritos con todas las ideas del restaurante que quiere montar. Últimamente, lo tiene más que claro: el restaurante se llamará *Julia*.

Salgo de mis pensamientos y me doy cuenta de que Andrea se ha despertado y está frente a mí.

—¿Qué haces despierta a estas horas, cariño? —expresa con voz ronca.

—No sé, no puedo dormir y me he venido al salón a pensar cómo podemos organizar las navidades.

—Y ¿por qué esa cara triste? —expresa Andrea abrazándome.

—Porque estoy muy agobiada por lo de mi madre y mi hermano —susurro comenzando a llorar.

Andrea deja de abrazarme y me seca las lágrimas que bajan por mis mejillas. Sé que no soporta verme llorar.

—Vamos a la cama y mañana lo pensamos todo y ponemos el árbol de Navidad si quieres, ¿vale?

Asiento con una sonrisa. Estoy contenta de tener a Andrea a mi lado en estos momentos tan difíciles. Nos echamos en la cama y me abraza fuerte. En poco rato, me quedo dormida sabiendo que junto a él nada malo me va a pasar.

Abro los ojos y miro el despertador: son las 9:46. Andrea ya no está a mi lado, pero oigo desde el dormitorio el sonido de la cafetera. Estiro los brazos, suspiro y me levanto de la cama. Arrastrando las zapatillas, llego hasta la cocina donde, como ya he supuesto, está Andrea. En la encimera se encuentra la bandeja del desayuno con todo preparado: dos cafés con leche, dos *croissants* (que huelen a recién hechos), dos vasos de zumo de naranja y cuatro onzas de chocolate negro. Sin que pueda decir nada, Andrea me da un beso en los labios y, acto seguido, coge la bandeja y se la lleva al salón, poniéndola sobre la mesita.

Mientras desayunamos en el sofá, no puedo dejar de dar vueltas a la idea de encontrar a mi hermano. Además, sería increíble encontrarle y pasar las navidades con él; poder presentárselo a

mi familia. Me haría muchísima ilusión.

—¿Qué piensas? —me pregunta Andrea de manera repentina.

—... Nada, nada. Estoy pensando en mis cosas —contesto aturdida. Últimamente, pienso demasiado y no presto atención a las cosas que pasan a mi alrededor—. Lo siento cariño.

—No pasa nada, te entiendo —expresa tiernamente mientras me acaricia la cara.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—¡Claro!

—¿Puedo decirle a mi hermana que cuente contigo para Nochebuena o al final vienen?

—No, este año les toca quedarse con mi hermano, como si no lo vieran todos los días —contesta molesto.

Se nota que ese tema le afecta, aunque nunca lo exprese con claridad. Es muy orgulloso.

Le abrazo y me levanto del sofá para llevar las bandejas a la cocina. A la vuelta, Andrea está de pie en el armario de la entrada.

—¿Qué haces ahí? —pregunto extrañada.

—Pues lo que te dije anoche. Poner el árbol de Navidad —contesta con una sonrisa de oreja a oreja.

Con un grito de alegría, colaboro para sacar las cajas con el abeto y los adornos. Además, también tenemos algunas cosas para poder poner en el techo y en las paredes: espumillones, angelitos, estrellas de purpurina... Cuando veo los angelitos, me acuerdo automáticamente de mi sobrina. A ella le encanta la figura del ángel.

«Podría aprovechar esa idea para hacerle un regalo de Navidad».

Seguimos sacando adornos y todos me recuerdan a algo; la mayoría son parte de mi infancia. Otros los he ido comprando con el tiempo y apenas poseen recuerdos que puedan calar en mi interior. Y, los últimos, los he comprado con Andrea hace apenas una semana; seguro que esos sí que tendrán su historia, digna para recordar más adelante.

Andrea saca la escalera del armario para poner en el techo las estrellas de purpurina, mientras yo voy poniendo las bolas navideñas en el abeto. Al mismo tiempo, le voy contando quiénes van a acudir a la cena de Nochebuena, nuestras tradiciones...

—Nosotros tenemos la tradición de dar los regalos en la cena, porque como mi hermana muchos años ha trabajado el día de Navidad... ya estamos acostumbrados —expreso.

—¡Ah! ¡Yo ya tengo algún regalo! —grita alegre Andrea.

—A ver, no es necesario que lleves regalos. Con un detalle para Lucía es suficiente cariño. Además, como más de Reyes Magos. En Navidad son más detallitos tipo unos calcetines, un pijama...

—Pues me lo dices tarde. Además, ¡déjame que me hace ilusión!

La casa está quedando preciosa, pero ya es la hora de comer y tenemos bastante hambre, así que pedimos unas hamburguesas para que nos las traigan a domicilio. A Andrea le encantan con queso y beicon, pero no aguanta los pepinillos; al contrario que a mí, que me encantan. Hemos pedido dos menús que vienen con patatas fritas y dos refrescos de cola. No hemos pedido ningún postre porque preferimos un café.

Terminamos de comer y nos preparamos el «postre». Yo lo tomo descafeinado, ya que soy nerviosa de nacimiento. El hecho de tomar el café en el sofá nos relaja. Es un ritual que llevamos haciendo el tiempo que llevamos juntos.

Andrea

Julia tarda poco tiempo en quedarse dormida con su manta preferida, ocasión que aprovecho para ir a envolver sus regalos. Bajo al coche a recoger los paquetes y el papel de regalo, y me voy a la habitación con los utensilios necesarios, como las tijeras y el celofán. Empiezo a envolverlos intentando no hacer mucho ruido para que no se despierte. La verdad es que hace mucho que no sentía ilusión por algo.

Cuando termino, tengo que buscar un sitio para esconderlos. Me decido por el altillo del armario empotrado, donde Julia guarda la ropa y los zapatos de verano. Nunca la he visto mirar en esa parte del armario, así que es un sitio perfecto. Voy colocando los paquetes estratégicamente, pero, de repente, se me cae una caja de zapatos, que choca contra el suelo haciendo un gran ruido.

—¡¿¿Quéééé haceeeess??!! —grita Julia desde el salón.

—¡¡Nadaaa!! Estoy bien, ¿eh?

Julia empieza a reírse a carcajadas. Se sigue riendo ella sola hasta que una intensa tos para su ataque.

Se asoma al umbral de la puerta.

—Estoy escondiendo tus regalos —contesto con carácter pícaro.

—¿Tan pronto? Y, ¿ese tono a qué viene? —pregunta Julia riéndose todavía por la emoción del momento.

—¿Cómo que tan pronto si tú ya tienes uno escondido? Hemos pensado en el mismo sitio para esconderlos o ¿qué?

—¡Si yo no he comprado ninguno todavía!

—Sí, sí, sí... ¿es el mío? —contesto sonriente.

Julia, ya mosqueada y extrañada, entra del todo en la habitación. Le enseño el paquete que se ha caído con anterioridad. El papel es el típico de Navidad: es rojo con copos de nieve plateados y unos cuantos renos... A Julia, de repente, se le cambia la cara y se lleva la mano al pecho.

Julia

Las imágenes se me agolpan en la mente.

Ese día me tocaba cerrar el restaurante, cuando el ruido de la puerta me sobresaltó. Giré la cabeza bruscamente y allí estaba: era Pedro. El frío entró en el local, normal en esa época de diciembre, faltaban dos días para Navidad. Según se acercaba, veía como debajo del brazo intentaba ocultar un paquete. Estaba envuelto con un papel de regalo precioso. Era rojo brillante con copos de nieve y renos plateados. Sabía que me encanta ese color.

—¡Julia! ¡¡Juliaa!! —dice Andrea, mientras me zarandea levemente.

Vuelvo a la realidad. Estoy pálida y mi corazón late rápidamente. Otra vez vuelven a mi vida los recuerdos, aún muy latentes, de Pedro. Empiezo a abanicarme con la mano, tengo mucho

calor. Andrea se va corriendo y, al poco, vuelve con un vaso de agua.

—¿Qué te pasa? ¿Estás mejor? —expresa preocupado.

—Sí, estoy bien —le digo acariciándole la cara suavemente—. Es un regalo de Pedro.

A Andrea le cambia la cara en el instante en el que menciono su nombre. Ese hombre que hizo que nos enfadásemos y distanciásemos tanto tiempo ha vuelto a nuestros pensamientos. No sé cómo reaccionar.

—Y... ¿no lo has abierto?

—No... —contesto cabizbaja.

Sé que a Andrea le molesta hablar de este tema, así que me siento algo culpable por tener guardado aún este regalo

—No sé... Lo guardé ahí y casi ni me acordaba. Es como un regalo oculto.

—¿Cómo que casi?

—Andrea, no empieces. Sabes que está olvidadísimo.

—Bueno, pues si está tan olvidado... ¡Ábrelo!

Cojo el paquete que me ofrece Andrea. Me tiemblan las manos. No sé, realmente, qué puedo encontrar dentro y me estoy poniendo muy nerviosa. Empiezo a romper el papel y veo un paquete negro que pone *Luxody*. Es la marca que comercializaba Pedro por aquel entonces, por lo que me había comentado varias veces. Lo abro y un fino papel de seda malva envuelve el regalo. Es un camisón lencero del mismo color que el papel que lo resguarda. Se me iluminan los ojos. La verdad es que es precioso.

—Mira qué pícaro Pedrito... —masculla Andrea.

—¿Qué?

—Qué viejo verde.

—Dirás madurito verde... —le replico sarcásticamente.

Pedro nunca había dado señales de ser una persona muy obscena, puesto que nunca me ha tocado; ni siquiera un abrazo cariñoso. Cosa que, por otra parte, siempre me ha extrañado.

—Me lo voy a probar.

Me meto en el baño, para aprovechar y hacer pis, y salgo a los pocos minutos.

—Tenía ojo con la talla, ¿eh? —expreso con tono pícaramente.

—A ver... que no sirva de precedente, pero te queda muy bien.

—¿Ves? Al final tenéis los mismos gustos y todo.

—No. Yo me fijo en las chicas de mi edad.

—¿Hay algún problema con que lo use? —pregunto.

—No... no. Por supuesto que no —contesta Andrea riéndose malévolamente.

—Ven, tonto... —le pido.

Andrea se acerca a mí, nos besamos lentamente y nos tiramos en la cama con pasión. Parece que este camisón nos hace estar mucho más cachondos que de costumbre.

Hoy, particularmente, todo surge de manera bastante pasional, salvaje. Hoy no hacemos el amor, hoy follamos. Además, me animo a ponerme encima y llevar yo el ritmo, mientras Andrea me besa y me toca los pezones.

Tras unos minutos, yo acabo primero y espero hasta que él termine. En ese sentido, Andrea sabe cómo satisfacerme siempre.

Después del sexo, nos quedamos echados en la cama un buen rato, abrazados. Nos besamos

y, por qué no, os cuento que repetimos otra vez antes de que Andrea se fuese a trabajar esa noche.

Capítulo 13

Lo siento, Julia

Pedro

Domingo, 22 de diciembre de 2019

Dentro de tres días es Navidad. Tengo pensado hacer un regalo a Julia, aunque todavía no sé muy bien el qué. Ahora que estoy aquí en casa, tranquilo, con Silvia y con los niños, debería pensar qué regalarle y cuándo llevárselo.

Como con mi familia, unos *spaghetti* muy buenos, aunque no tanto como los que hace Julia. Quizás suene horrible, ya que Silvia es mi mujer, pero la comida italiana no es su fuerte.

Es una mujer trabajadora y empoderada. Es profesora de Literatura Universal y Comparada en la Universidad. Le costó mucho sacarse la carrera, ya que sus padres no estaban muy de acuerdo con que no siguiese con la estela de la empresa familiar. Le dijeron que no le pagarían ni un duro de la carrera, así que estuvo trabajando de teleoperadora, en emisión de llamadas, de una importante compañía telefónica; y, por lo que me ha dicho siempre, se los metía a todos en el bote.

Mis hijos son todavía muy pequeños, pero constantemente les intentamos inculcar los valores de la empatía, el amor y el respeto, hacia uno mismo y hacia los demás; es muy importante en la sociedad de hoy en día enseñar inteligencia emocional.

Acabamos de comer y los niños se ponen a ver los dibujos animados en la televisión, mientras Silvia se pone a leer un libro en el sofá: *Como dos gotas de agua*. Aprovecho para darme una ducha, vestirme y salir a la calle a dar una vuelta y ver si encuentro un regalo para Julia. Les doy un beso a todos y salgo de casa.

Fuera hace bastante frío, lo lógico para un día invernal. Me pongo los guantes que tengo en los bolsillos del abrigo y me froto las manos para calentarlas.

Doy una vuelta por el centro de la ciudad. Voy mirando por la calle principal los escaparates de las tiendas. Entro en unas cuantas, pero, sinceramente, no encuentro nada que me guste para Julia. El regalo tiene que ser algo especial, ya que tengo algo muy importante que contarle. No puede ser cualquier cosa.

Vuelvo a casa bastante desilusionado, no traigo nada para ella. Aunque, bueno, al menos he cogido un papel de regalo rojo con renos y copos de nieve superbonito. Sea lo que sea que le vaya a regalar, al menos tendrá un envoltorio vistoso y navideño. Aprovechando la salida, he cogido algo para Silvia y los niños, así que lo meto en el armario, al fondo, para que nadie lo pueda ver.

A lo tonto, se ha hecho la hora de la cena. Una sopita de pollo y verduras para entrar en calor es lo mejor para un día como este.

Acuesto a los niños mientras mi mujer recoge la cocina y después vuelvo al salón. Nos ponemos una película en *Netflix*, una de esas navideñas. El problema es que no le estoy

prestando mucha atención. No puedo dejar de pensar en que no tengo ningún detalle para Julia.

Tras poco más de hora y media, acaba la película. Silvia está dormida en mi regazo. Me río porque siempre le pasa lo mismo, está muy cansada por el trabajo. El ejercicio mental que realiza en la Universidad y en casa preparando las clases es brutal. Apago la televisión, la cojo en brazos y la meto en la cama. Le doy un beso en la frente y me voy a cepillar los dientes.

Mientras me los cepillo, me miro en el espejo. Últimamente tengo un aspecto espantoso. Tengo ojeras y bastantes patas de gallo. Aunque bueno, creo que eso, en parte, me hace una persona atractiva. Cuando termino me voy a la cama e intento dormir. Mañana será otro día.

Unos cuantos pestañeos y el reloj digital de mi mesilla marca las 08:15 de la mañana. No he dormido muy bien, he estado dando vueltas en la cama hasta altas horas de la madrugada. Aunque ese problema de insomnio siempre lo he tenido, últimamente se me está haciendo cuesta arriba.

Me levanto y voy al baño. Me siento en el sofá y me pongo a pensar, de nuevo, en el regalo de Navidad. Mi vista, automáticamente, se va a mi maletín, en el que aparece la marca para la que trabajo: *Luxody*. De repente, se me viene una idea a la cabeza. Voy a por el maletín y lo abro. En él siempre llevo unas muestras de nuestros productos.

Después de sacar todo, encuentro lo que busco: los camisones de raso. Lo único que me falta es elegir el color del camisón: rojo o morado. Tras un rato pensando, voy a por una cajita, meto el camisón elegido y... el llanto de mi hija me sobresalta.

Silvia, ya despierta, está en su habitación y, cogiéndola en brazos, le dice que le va a poner *Peppa Pig* en la televisión. Me doy cuenta de que tengo todo revuelto, pero no importa, enseguida me voy a la cocina a calentar leche para mi hija pequeña. La pobre habrá tenido una pesadilla.

Al volver al salón, veo que mi hija está toqueteando todo el maletín del trabajo y le quito de las manos la caja del regalo, ya cerrada, rápido y corriendo. Le doy el biberón con la leche calentita y me voy a la habitación. Silvia está duchándose, así que aprovecho para envolver la caja con el papel de regalo que compré ayer.

Una vez hecho, me despido de mi mujer y de mi hija. Le doy un beso a mi hijo, que aún está dormidito en su cama, y me voy. Tengo que ir hasta donde vive Julia para poder darle el regalo. A mi mujer le he puesto la excusa de siempre: el trabajo. No quiero que piense nada raro, pero en estas circunstancias es necesario decir alguna mentirijilla que otra.

Paro a la hora de comer en un motel de carretera. Estoy nervioso, no sé si le gustará el regalo y, sobre todo, si le gustará lo que le tengo que decir. Quizás me mande a la mierda, pero creo que ya es hora de ser sincero.

Después de comer, vuelvo al coche y después de unas dos horas estoy en el pueblo en el que vive Julia. Aun así, todavía es pronto y está trabajando. Voy a aprovechar. Quizás pueda vender algo de la marca por la zona. Así, realmente, luego no me sentiré tan culpable por mentirle a mi mujer.

Tras una tarde agotadora, ya es de noche. Estoy muy nervioso. Me voy acercando dando un paseo hasta el restaurante. Ahora hace más frío que ayer; hasta me sale vaho por la boca.

Pronto estoy en la puerta de *Federico*. Está abierto, así que para darle una sorpresa entro en el local. El restaurante está a oscuras, pero la cocina tiene luz, así que asumo que está terminando de limpiar. Espero allí, en silencio. En poco más de cinco minutos, veo a Julia salir de la cocina y

me ve. Se abraza con los brazos; supongo que ha entrado un poco de frío cuando he abierto la puerta con anterioridad.

—Hola, Julia. He venido para poder hablar contigo de una cosa muy importante y bueno, también...

—Vale, espera un segundo. Voy a coger mis cosas y nos vamos, ¿vale? —me contesta con una sonrisa.

—Vale, aquí te espero —contesto nervioso.

Julia desaparece por una puerta al fondo del local. Me doy la vuelta y miro hacia la calle. La cortina está bajada, pero se ve la luz de la calle a través de las lamas. Una luz fluorescente de color naranja entra por ellas y hace que me estremezca. Me están dando taquicardias. Otra vez no, por favor. Me encuentro mal. Me estoy agobiando y necesito salir de aquí. Dejo el paquete de regalo rojo en una de las mesas del local y salgo corriendo.

«Lo siento, Julia. No quiero hacerte daño», pienso mientras desaparezco llorando.

Me monto en el coche y cojo la carretera. Sigo llorando, tengo los ojos muy rojos e hinchados. De camino, veo un motel que tiene un bar de alterne al lado. Decido parar. Necesito tomar una copa. Necesito quitarme esta angustia que tengo en el pecho.

Aparco en el *parking* de gravilla, salgo del coche e inspiro profundamente. Se me congelan la garganta y los pulmones. Miro hacia arriba y leo en el cartel luminoso: *Stacey's*.

Capítulo 14

Un revés inesperado

Julia

Martes, 8 de diciembre de 2020

El ruido de la ducha me despierta. Aún sigo rezongando en la cama, aunque sean las once y media de la mañana. Me estoy malacostumbrando. Cuando trabajaba siempre me levantaba temprano para hacer primero todas las cosas de casa antes de acercarme al restaurante. Me pongo las zapatillas, aún sentada en el borde de la cama y, después de un gran bostezo, me dirijo al baño. Andrea ya está secándose con una toalla cuando entro.

—¡Buenos días, cariño! —expresa tras darme un beso en los labios.

—Buenos días —digo con poco ánimo. Pero eso pronto cambia cuando veo los pelos en el desagüe de la ducha—. ¡¿De qué vas?!

Andrea se gira asustado con una gran mueca en la cara. Me río a carcajadas. Nos abrazamos, nos damos un beso y sale por la puerta secándose el pelo rizado. Después, la deja en la cama y empieza a vestirse en el dormitorio. Una vestimenta muy simple, eso sí, ya que luego tiene que ponerse el gorro, los guantes y el delantal. Mientras se pone los zapatos, me asomo al quicio de la puerta.

—Un besito que me meto en la ducha —expreso velozmente a la vez que me acerco para recibirlo.

—¡Qué rabia me da!

—¿El qué? —pregunto extrañada

—¡Qué bien te queda ese camisón! —dice mordiéndose el labio inferior.

Me meto en el baño haciéndole una mueca para despedirme de mi novio. Oigo cómo se cierra la puerta y abro el grifo del agua caliente. Cuando estoy a punto de desnudarme, oigo el timbre de la puerta.

«Fijo que se le han olvidado las llaves».

Cierro el grifo y me dirijo al salón.

—¡iiiiVoooooyy!!!!

Abro la puerta y no es Andrea el que está al otro lado: es el sargento Conesa. Entra una ráfaga de aire frío provocada por la temperatura de la calle. Él va muy abrigado y con el maletín que todo sargento, al parecer, debe tener. Pero hay algo que no me cuadra. Su expresión cambia de una agradable sonrisa a una mirada atónita, e incluso diría que atemorizada.

—¿Te encuentras bien? —digo mostrándome preocupada.

Conesa

No puedo apartar la mirada de ese camisón. El terror no me deja articular palabra. Es el mismo camisón que llevaba puesto Laura, la víctima del *Stacey's*. Un revés inesperado ha azotado mi investigación. Quizás esté más cerca de lo que pienso de poder coger al asesino de todas esas mujeres. Sí, al asesino del Camisón Morado.

Capítulo 15

Camisón Morado

Conesa

Martes, 8 de diciembre de 2020

Sigo atónito, apoyado en la jamba de la puerta, sin dar crédito a lo que estoy viendo. Julia me está hablando, lo sé, pero no estoy escuchando nada. Siento un zarandeo y vuelvo a la realidad.

—¿Qué pasa?! ¡Me está asustando!

—P... Perd... Perdona... ¿Puedo pasar? —pregunto aún con la respiración agitada.

Julia me cede el paso, apartándose un poco del umbral de la puerta y señalándome el sofá con la mano.

—¿Quiere un café? ¿Té...?

—No, no... un vaso de agua. Gracias —respondo con una sonrisa algo turbia.

Antes de ponérmelo, parece que se percata de que está en camisón delante de un sargento. En un *sprint*, coge una bata. Vuelve al salón, pone el vaso de agua sobre la mesa de centro y se sienta en el sofá. En esta ocasión, Julia abre la conversación.

—¿Sabe algo de mi hermano? —pregunta preocupada por el estado de ánimo que muestro.

—Luego hablamos de eso, pero primero quiero hacerte una pregunta... y mejor tutéame, que ya tenemos confianza.

—Es verdad, a veces se me olvida. Tú dirás, entonces...

—Ante todo, perdona por si la pregunta es algo promiscua... pero... me gustaría saber dónde has comprado ese camisón.

En este momento, la cara de Julia es todo un poema. Su cara de incomodidad lo dice todo. La verdad es que la preguntita es bastante violenta.

—¿Perdón?

—Es muy importante, Julia. ¿De dónde has sacado ese camisón? —expreso con una seriedad propia del caso más importante del mundo.

—Es un regalo, ¿por qué? —responde preocupada.

—A ver, no pretendo asustarte, pero es muy importante que me digas quién te lo ha regalado. Luego te explico todos los porqués posibles.

—Pu... pues... un amigo.

Ella empieza a contarme que ha encontrado el regalo después de un año en el armario. Ni siquiera recordaba que lo había guardado allí, hasta que su novio lo ha visto esta mañana. Me dice que se lo regaló un amigo que se llama Pedro y que no ha vuelto a saber nada de él. Desapareció, de repente, las navidades pasadas y, en lugar de una persona, se encontró un paquete de regalo en la mesa. Me sigue contando algunos detalles y después se calla.

Hay un intenso silencio. Tengo un testimonio que me podría dar la prueba definitiva para cerrar el caso que llevo 20 años persiguiendo.

—¿Tienes su teléfono o alguna foto...?

—¡Qué va! Si cuando desapareció lo borré todo. ¡Fuera de mi vida, fuera de mi móvil! Además, yo creo que no pegábamos ni con cola y que parecía muy mayor para mí, todo el mundo me lo decía. Así que, mira, maté dos pájaros de un tiro. Y me alegro muchísimo de no haberme besado con él... porque esa noche iba a ser yo la que me lanzara, aunque él nunca me diese pie a ello.

—¿Cuántos años tenía?

—Pues no sabría decirte. Realmente nunca me lo dijo...

—¡Venga! ¡Intenta echarle años! ¿38? ¿40? ¿45?

—¡¡Ayyyyy!! ¡¡No séeee!! ¡¡Déjame pensar un segundo!! —expresa agobiada Julia por mi insistencia—. Supongo que unos 40... no lo sé. Eso sí, te puedo decir que tenía bastantes canas y arrugas. Tenía los ojos marrones verdosos. Y... qué quieres que te diga, a mí no me parecía tan mayor, pero como todo el mundo me lo decía... A lo mejor yo lo veía con otros ojos. Pero, ¿por qué me preguntas todo esto? ¡No entiendo nada! —sigue hablando Julia con las lágrimas retenidas en los ojos.

—Te lo voy a decir directamente —le digo con tono serio agarrándole las dos manos para intentar tranquilizarla—. El camisón que llevas puesto es de raso, ¿verdad?

—Sí... —responde Julia con la voz ahogada.

—Es el mismo camisón que han llevado durante 20 años todas las víctimas de un asesino en serie. El mismo que llevaba tu madre... y...

Julia se lleva la mano al pecho y empieza a quedarse pálida. Enseguida, le empiezo a frotar la espalda directamente con mi mano. Intento tranquilizarla, ya que sé perfectamente lo que está sintiendo. He estado ya en muchas situaciones de este tipo, aunque nunca me acostumbraré del todo a ello.

Su ansiedad parece que aminora y le ofrezco el vaso de agua que ella misma había dejado antes en la mesa. Lo coge con la mano temblorosa. Bebe un poco y me lo devuelve. Empieza a toser y, poco a poco, inspirando y expirando consigue volver a una estabilidad respiratoria.

—Pero, no puede ser...

—En todos estos años, he visto que todo puede ser posible, Julia. No te asustes, yo estoy aquí contigo —le digo en tono conciliador—. Y respecto a lo que me preguntaste antes... El juez hará una diligencia para poner a disposición de tu hermano la carta que escribiste para que tenga la libertad de elegir si quiere contactar contigo. Pero tú nunca podrás, Julia. Es todo lo que puedo hacer.

Julia

Por un momento, los pensamientos se me agolpan en la mente.

«¿Y si Pedro se había puesto en contacto conmigo para saber sobre mi hermano? Aunque yo nunca le dije que tenía un hermano, solo una hermana... A lo mejor por eso se fue... porque no sabía nada. Él es el testigo del crimen de mi madre, no yo. Pero yo no lo sabía».

—Pero mi hermano está bien, ¿no?

—Tengo constancia de que sí, aunque no sé mucho más por cuestión judicial. Tranquila que no le va a pasar nada.

—Y ¿ahora qué?

—Abriré un dispositivo y pondré vigilancia por la zona. De todas formas, por si acaso, y no es por preocuparte de más, no salgas sola de casa. En este año no ha pasado nada, pero quién sabe lo que podría pasar de ahora en adelante.

Conesa se levanta y se aparta para hablar por teléfono, mientras continuo en el sofá. En cuestión de unos cinco o diez minutos, vuelve y se sienta a mi lado para continuar con la conversación; aunque más bien se ha convertido en un interrogatorio.

—Julia, ¿tu camión tiene etiqueta?

Directamente, me cojo la parte de atrás del camión y dando la vuelta a la cabeza veo que la etiqueta está cortada.

—No... —expreso con miedo.

—Y ¿venía en un paquete, una caja, una bolsa...?

—Sí, espera...

Automáticamente, me dirijo al cubo de basura.

—¡¡¡Este chico es tonto!!!! ¡¡¡Si nunca la baja!!!! —Y corriendo ahora, me dirijo al sargento Conesa —. ¡¡Andrea ha tirado la basura cuando ha salido de casa esta mañana!!

El sargento Conesa salta del sillón, abre la puerta y baja las escaleras rápidamente. Miro por la ventana y lo veo abajo. Los contenedores están vacíos. Vuelve a subir y me pregunta si me acuerdo si ponía la marca del camión en la caja.

—Pues... *Lexory* o *Delux*... no sé. No me acuerdo —empiezo a dudar mientras lloro. Realmente no me acuerdo del nombre, está en mi mente, pero no puedo dar con él.

Conesa me tranquiliza y, en ese mismo momento, llega Andrea. Y nada más entrar, le pregunto por el nombre de la caja.

—¿Qué nombre ponía en la caja del camión?!

—Pues no lo sé... Cariño, ¿qué te pasa? —pregunta preocupado.

—Ven, siéntate.

Conesa empieza a explicarle todo con detalle y Andrea no sale de su asombro. Necesitamos solucionar este tema cuanto antes para poder vivir tranquilos. Mira que sospechaba de Pedro... Nunca le gustó. ¿Será verdad que es el asesino del Camión Morado?

Capítulo 16

Número oculto

Julia

Domingo, 20 de diciembre de 2020

Son las diez de la mañana y voy a salir de casa para ir a tomar declaración a la comisaría. No es la primera vez que lo hago; durante estos días ya he ido dos veces. Lógicamente, no solo vale con el testimonio y la hipótesis del sargento Conesa para resolver el crimen. Todo tiene un procedimiento. Abro la puerta y un policía vestido de paisano me saluda amablemente. Últimamente, eso también es lo normal. Desde que descubrimos que Pedro podría ser el asesino en serie que llevan buscando hace bastantes años, un policía siempre patrulla por el barrio, en coche o andando.

En ese mismo momento, me suena el teléfono móvil, es un mensaje de *WhatsApp* de Ana. Sí, Ana. Mi mejor amiga. Por fin parece algo recuperada desde aquel susto en su casa. Ya es consciente de su situación y quiere mejorar lo antes posible, con lo cual se esfuerza para que así sea. Iba a contestar con soltura, pero el hecho de que tenga el móvil pinchado por la policía, no me da mucha confianza. Últimamente, me limito a contestar tajante, directa y sin que haya posibilidad de que se vean dobles sentidos en mis conversaciones.

Lógicamente, siguiendo el consejo de Conesa, no puedo decirle a Ana nada de lo que está sucediendo. Ella ya tiene bastante; aunque me tranquiliza el hecho de que Luis esté ahora con ella.

Al parecer, Luis se dio cuenta de que realmente quiere a Ana desde el incidente en el hospital. Se dio cuenta de que no quería perderla y se le declaró a los pocos días. Ahora está constantemente con ella, ayudándola y apoyándola.

Quedan cuatro días para la cena de Nochebuena. Vamos finalmente a casa de mi hermana y pasaremos allí la noche; más que nada, para no tener que volver de madrugada hasta casa.

Cuando abro el portal, siento el aire frío de las mañanas de diciembre. Enfrente, está aparcado el coche de policía que me llevará a declarar de nuevo. Ahí está Andrea ya esperándome. Me acompaña a todos los sitios que puede. No me siento sola y eso me hace sentir mucho mejor.

Al rato, llegamos a la comisaría y tras, aproximadamente, una hora y media, volvemos al coche que nos lleva de vuelta, pero esta vez al *Federico*. Para no pensar mucho en el tema de Pedro, de Ana ni en el de mi hermano, me he incorporado al trabajo. Aunque hay que reconocer que he vuelto, realmente, porque no quiero estar sola en casa. Eso casi me pesa más que cualquier cosa. Además, allí me siento acogida por mi jefe, mis compañeros y Andrea, haciendo lo que más me gusta: cocinar.

Vuelvo a casa a eso de las cinco y media, con el policía a cuestas, por supuesto. Andrea sigue en el restaurante haciendo inventario y yo necesito darme una ducha para despejarme, así

que voy hasta el baño sin ganas, soltando el moño que me recoge el pelo. Enciendo la luz y mirándome al espejo me froto los ojos; los tengo bastante cansados. Enciendo el grifo del agua caliente y me meto en la ducha.

Tras unos minutos, me seco con la toalla, salgo del baño y apago la luz. Me dirijo al salón y me siento en el sillón, apoyando la cabeza en el respaldo. De lo cansada que me encuentro, me quedo traspuesta.

Al poco tiempo, me despierto por culpa del teléfono. Es un número oculto. El corazón empieza a bombearme a mil por hora.

Por un momento, dudo si cogerlo, pero, al final, contesto.

—¿Sí?

—Hola Julia. Soy Pedro. ¿Qué tal estás?

Mi mirada se pierde en la nada, intentando dar una explicación a lo que está sucediendo. Pedro me está llamando. Mi corazón se ha paralizado. El tiempo se ha ralentizado hasta límites insospechados.

—Julia... ¿estás ahí? —repite Pedro con confusión.

—Sí, sí... Perdona. Pues como siempre, y ¿tú? —contesto intentando disimular.

—Bien, pero ese «como siempre» no suena muy convincente. ¿Quieres quedar y hablamos de cómo nos va la vida?

No doy crédito a lo que estoy escuchando al otro lado de la línea telefónica, pero tengo que dar una respuesta rápida y concisa. No tiene que sospechar nada de todo el plan que seguramente se esté urdiendo en la comisaría de policía mientras nosotros hablamos. Sé perfectamente lo que tengo que decir; lo he preparado con el sargento Conesa muchas veces, pero es la hora de la verdad y tengo mucho miedo.

—Sí, por supuesto. ¿Cuándo quieres que nos veamos?

—Pues esta misma noche. Si te viene bien, claro...

—Vale —respondo tajante para que no se me note el miedo en la voz.

—Pues a las diez me paso por tu casa. Además, seguro que recuerdas cuál es mi cena favorita. Hasta luego, guapa.

No puedo reaccionar a su última contestación porque inmediatamente él cuelga el teléfono. Me siento confusa. Esta situación me suena de algo. Quizás sea un *déjà vu* de esos que dicen. Aunque esta conversación la he escuchado o vivido antes. Estoy segurísima.

Tras unos minutos analizando la llamada, me doy cuenta de que esta situación la he vivido en sueños.

Mi teléfono móvil empieza a vibrar. Me asusto y casi me caigo del sofá. En la pantalla aparece el nombre del sargento Conesa.

—¿Sí?

—A ver, tenemos que actuar rápido. No tenemos mucho tiempo para preparar un operativo decente. Es todo muy precipitado. No hemos podido localizar la llamada para poder interceptarle antes de que llegue porque ha colgado muy rápido, así que tienes que estar preparada. Voy para allá.

Otra vez me dejan con la palabra en la boca. ¿Es real entonces? ¿No es un sueño? ¿Es la realidad y por fin tendré todas las respuestas que necesito? ¿Esas respuestas serán que Pedro es un... asesino?

Capítulo 17

La cita

Julia

Domingo, 20 de diciembre de 2020

Estoy muy nerviosa por la «cita» con Pedro; esa que ya he soñado hace unas cuantas semanas. Pienso en si tengo que hacer lo mismo que en el sueño o no.

«¿Debo realmente hacerle la cena que le gusta? No se lo merece...».

Pero, solo dudo unos instantes más antes de decidirme. Sé que si lo he soñado antes es que algo de premonitorio tiene y, por lo tanto, tengo que hacer lo mismo. Esta vez me ducharé antes de hacer la salsa.

«Sí, hoy me voy a duchar dos veces. Hay que hacer todo igual».

Me dispongo a marcar las albóndigas y meterlas en la salsa de tomate. Después, me voy a la ducha. Mientras me cae el agua por el cuerpo, sé que esto es algo más que un sueño premonitorio, tengo una sensación superextraña. Intento no pensar en ello para poder disfrutar del poco tiempo de ducha que me queda.

El huevo que tengo como temporizador, suena. Salgo lo más rápido que puedo sin arriesgar mi vida y me pongo el albornoz y una toalla para que no escurra el agua del pelo.

Saco un vaso del armario para servirme un poco de zumo de naranja. Pongo los *spaghetti* a cocer mientras termina de hacerse la salsa de tomate. De repente, me encuentro tarareando una canción.

«¿Qué canción es? No me la saco de la cabeza».

Solo son dos frases las que tarareo, pero no tengo ni idea de cuál es.

«Bueno, da igual... Eso es lo de menos».

«¿Me pongo lo mismo que en el sueño? ¿Eso no es demasiado?».

Mi cabeza no deja de dar vueltas y, en lo que termina de cocerse la pasta, me dirijo al dormitorio.

Me siento en la cama y suspiro.

«No sé qué hacer. No sé qué ponerme. No sé cómo debo actuar cuando vea a Pedro».

Esto, definitivamente, no es un sueño, es muchísimo peor que cualquiera de mis pesadillas, esas que tengo tan asiduamente. No sé cómo enfrentarme a esto, tengo mucho miedo. Esta vez, no puedo despertarme de repente, sino que tengo que convivir con cada uno de los segundos en los que estaré frente a él.

Al final, y sin pensarlo, me pongo la camiseta negra y los vaqueros.

Voy hacia la cocina y mezclo los *spaghetti* con la salsa y las albóndigas.

«¡Cuántos recuerdos me trae esta receta! ¡Y cuántos quebraderos de cabeza!».

Miro el reloj de la cocina: parece que no pasan los minutos. Me estoy poniendo muy nerviosa. Estoy mucho más nerviosa que cuando empezaba el colegio por primera vez y tenía

que conocer a todos los profesores y compañeros nuevos.

Pienso en llamar o escribir a mi novio, pero quizás eso me ponga aún más nerviosa. Tampoco puedo comunicarme con Conesa, por si tiene que tener activos, y sin ocupar, los teléfonos.

Vuelvo a mirar el reloj, apenas han pasado cinco minutos. Repaso una y otra vez el plan. Simplemente tengo que estar con él un rato, mientras cenamos o quizás menos. Hay un micrófono debajo de la mesa por si las cosas se ponen chungas o por si pueden utilizar algo después, en su contra por supuesto.

Pienso si maquillarme por pasar un poco el tiempo.

«¿Para qué? Mira, Julia... es que eres tontísima. ¿Para qué te vas a maquillar para una persona que ha pasado de ti durante tanto tiempo y que encima podría ser el asesino en serie que mató a tu madre? Bueno, a tu madre biológica».

Finalmente me decido y voy al baño. Me intensifico las pestañas con rímel y me pongo un labial granate.

Vuelvo a la cocina y llevo la cena a la mesa del comedor. Miro de nuevo el reloj. Pedro debe estar al caer.

Y no me falta razón. A los diez minutos suena el timbre de casa, pero es de la puerta de arriba; nadie ha llamado al telefonillo. Entonces, automáticamente, pienso que puede ser Conesa para darme las últimas instrucciones. Voy hacia la puerta y abro. Me topo con un Pedro mucho más canoso que cuando le conocí hace un año y pico, y con muchas más patas de gallo. Está mucho más estropeado físicamente, pero sus ojos siguen transmitiéndome lo mismo, aunque nunca supe qué era.

Sin saludarme siquiera, Pedro se agolpa hacia el interior de mi casa, cerrando la puerta tras de sí y empujándome sin querer.

No puedo dejar de observar ojiplática la escena que estoy viviendo, parece de telenovela. Aunque también me da por pensar, ya que Pedro parece asustado. Está algo pálido y sudoroso, a pesar del frío que hace fuera. Nunca pensé que mi reencuentro con él iba a ser así. Definitivamente es realidad, no un sueño. Tengo miedo de preguntarle qué pasa, pero, al final, me armo de valor.

—Pedro, ¿qué pasa? —pregunto preocupada.

—¡!!! Me están siguiendo!!!! —contesta aterrorizado.

—¿Quién te está siguiendo? No entiendo.

—Vamos a sentarnos, tengo... Tengo muchas cosas que contarte.

Empiezo a entrar en pánico, pero no puedo mostrarlo exteriormente por si se da cuenta y le da por matarme. Me siento en una silla y, como siempre que estoy nerviosa, empiezo a mover la pierna como un muelle.

—¿Qué te pasa, Julia?

—Nada... Pero... quizás... deberías tranquilizarte.

—Espera que te explique... Necesito mirarte a los ojos, de cerca.

Pedro se acerca hasta casi tocarme, pero, de repente, alguien abre la puerta y se abalanza sobre él tirando todo lo que hay en la mesa, incluida la fuente con los *spaghetti* con albóndigas que he preparado. Son dos agentes al servicio de Miguel Conesa. Mientras uno forcejea con él, apoyando el pecho de Pedro contra la mesa, el otro le pone unas esposas y le advierte de que

permanezca en silencio hasta estar en presencia de un abogado. Procede a leerle sus derechos.

Mientras observo la escena, lloro desconsolada. No puedo creer, realmente, que Pedro sea un asesino, no lo veo en sus ojos, pero las pruebas dicen todo lo contrario.

Pero, por un momento, dudo. Pienso que podría detener todo esto y hacerlo de otra manera. Está siendo demasiado cruel.

Mientras lo llevan hacia el quicio de la puerta, se encuentran nuestras miradas, una llena de lágrimas y la otra llena de terror. Pero, al cruzar la puerta escucho que me habla, que me pide atención. No entiendo por qué me recrimina cosas. Una verborrea de incriminaciones llena el silencio de mi casa.

—¿Para esto querías hablar conmigo?! ¿Por qué...?!

Sus palabras se vuelven nada cuando se cierran las puertas del ascensor.

«No entiendo nada. Claro que quería hablar con él, pero él realmente no lo sabía, ¿no? ¿Qué ha dicho luego?».

El llanto se convierte en lloradera con hipo, me duele el pecho y no puedo parar de pensar. En ese momento, aparecen Conesa y Andrea. Entonces, me abalanzo sobre este último para abrazarlo mientras él me acaricia el pelo diciéndome que todo saldrá bien.

Cuando pasa el tiempo de rigor, Conesa me informa de que se llevan a Pedro a comisaría y que ya me llamará; les espera un interrogatorio bastante largo. Se marcha de mi casa y me quedo con Andrea, bastante desolada. Sigo llorando durante toda la noche. Cierro los ojos y solo siento su mirada en lo más profundo de mi alma. Siento, en lo más profundo de mi corazón, que, le pese a quien le pese, estas no eran las formas; esta no era la solución.

Capítulo 18

El interrogatorio

Conesa

Domingo, 20 de diciembre de 2020

Acabo de salir de casa de Julia. Creo que, además, la he dejado en muy buenas manos. Andrea es un buen chico.

Voy caminando por la calle, hasta mi coche, mientras pienso en cómo asumir el interrogatorio. Estoy a punto de conseguir resolver el misterio del asesino. Este caso lleva nada más y nada menos que aproximadamente unos 20 años en auge. Nunca se llegó a coger al culpable de los asesinatos en serie de una decena de prostitutas en moteles de carretera.

Precisamente, el asesinato de la madre de Julia y Quique fue el último que se dio. A partir de ese momento, no se supo nada más sobre él, ni se asoció ningún asesinato u homicidio a su *modus operandi*. Es muy raro, sí, pero cosas más raras he visto en mi vida dentro del cuerpo de policía.

Ese caso me hizo ascender dentro del cuerpo de policía y fue un día muy reseñable en mi vida. Nunca olvidaré lo que sentí cuando salí con Quique de la mano y con Julia en brazos de aquel motel. Por eso, me afecta bastante el hecho de que el asesino haya vuelto a actuar después de 20 años de la misma forma. Eso no me puede volver más loco.

«¿Por qué un asesino vuelve a actuar después de 20 años? ¿Puede ser un ayudante, un seguidor, que siga sus métodos?».

Monto en el coche y arranco. Ya de camino a la comisaría, sigo pensando en esta última posibilidad. Sería la más lógica, aunque mis ansias por encarcelar al asesino de esas 11 mujeres me puede más que lo que manda la cabeza.

Intento no pensar en muchas cosas antes de llegar, mi cabeza no para de dar vueltas alrededor del camión, de Pedro, de Quique, de Julia. Intento respirar hondo y relajarme.

Por fin, llego a la comisaría y entro. Doy el parte en recepción y me dirijo a la sala de interrogatorios 4. Allí es donde está esperando.

Antes de abrir la puerta, respiro profundamente: inspiro y expiro. Agarro el pomo y entro.

Cierro la puerta; conmigo va a estar un agente, por si acaso, aunque realmente mi intuición me dice que no hará falta. Aquí está Pedro, despeinado y canoso, con los ojos rojos, hinchados, ojeras bastante pronunciadas y barba de unos cuantos días. Está esposado con las manos encima de la mesa y, por sus nervios, mueve con rapidez su pierna izquierda.

—Buenas noches —saludo a Pedro con la mirada fija en él.

—...

—¿No vas a decir nada? ¿Ni por educación siquiera?

—... Buenos días, ... señor... —saluda desganado.

—Conesa. Miguel Conesa. Esta noche va a ser muy larga y lo será más si no colaboras

conmigo. ¿De acuerdo?

—Vale... —suelta en un suspiro—. ¿Me podéis quitar las esposas? Me duelen las muñecas.

Dudo. Ante sus ojos, solo puedo permitirle confesar sus actos sin ellas.

—Está bien. Ramírez, por favor, quítale las esposas. —Mientras, me deshago del abrigo y saco mi libreta, en la que apunto todo— Gracias. Incluso, ¿sabes qué, Ramírez? Puedes retirarte.

—¿Seguro? —pregunta sorprendido.

—Sí, claro. Déjanos a solas, por favor.

El agente Ramírez sale de la sala de interrogatorios cerrando la puerta. Vuelvo a mirar a Pedro a los ojos y comienzo con lo primero que se me ocurre. Necesito cotejar primero varios datos que me han entregado en recepción.

—Bien. Usted es Pedro Salamanca Sánchez, nacido el 5 de junio de 1987. De estado civil: casado con Silvia González Hernández. Tienes dos hijos: Lucas y María Salamanca González. ¿Estos datos son correctos?

—Sí, claro.

Se hace un momento de silencio. Sigo mirando y anotando en la libreta. Por la fecha de nacimiento, Pedro tiene 33 años, aun así, cuadra perfectamente con la descripción de Julia y de Andrea. Es una persona que no es mayor, obviamente, pero que, por su apariencia, perfectamente podría hacerse pasar por una persona de, aproximadamente, unos 40 años. Está muy desmejorado, sin duda.

—Bien, Pedro, entonces, ¿me confirma que tiene la edad de 33 años?

—Sí, claro, ¿cómo podría falsificar eso? —pregunta aturdido.

Ante esta afirmación, la teoría de que sea el asesino del Camisón Morado es totalmente imposible. Pasamos a la segunda teoría, que sea un seguidor del asesino o que haya querido imitar su *modus operandi* para desviar la atención de la policía hacia otro lado.

—Vale. Vamos a ver, necesito que me narres, con toda la sinceridad de la que te veas capaz, lo que sucedió la noche que asesinaste a Laura, trabajadora y prostituta del *Stacey's* hace unas semanas.

—Bueno... yo... estoy muy mal. No me encuentro bien. Tomo pastillas y...

—Vale, Pedro, mírame, por favor. No te pongas nervioso. Solamente intenta relatarme todo lo que sucedió. Incluye, si puedes, lo que sentiste, aparte de los hechos. Acabemos cuanto antes con esto.

—Bueno, yo... Me acuerdo de estar en el bar, paré porque era muy tarde y estaba muy angustiado. No quería tener un accidente, me faltaban horas para llegar a mi casa y bueno... pensé que sería buena idea... Bebí unos cuantos cubatas, no me acuerdo de cuántos, no llevé la cuenta. Recuerdo que... Laura, nunca me voy a olvidar de su nombre... —Comienza a llorar desconsolado— ... se puso a hablar conmigo y a consolarme... Me... Me acompañó a la habitación y follamos, nunca había sido... Fui infiel a mi mujer. Nunca lo he sido. La amo con todo mi corazón. No lo pretendía, no era consciente de lo que hacía, ¿me entiende?

—Lo entiendo, Pedro. Continúa, por favor.

—Bueno, después recuerdo levantarme de madrugada bastante nervioso y sudando, me levanté a la ducha. Al rato, Laura y yo volvimos a follar mientras me duchaba. No la violé, lo prometo, fue de mutuo... acuerdo... incluso usamos condones —sigue declarando desconsolado.

—Lo sé, el forense no ha encontrado ningún tipo de agresión sexual.

—Vale, ... vale, vale. Bueno, después volvimos a la cama y lo único que recuerdo es que, de repente, me volví a despertar y vi por las lamas del estor del motel que aún era de noche, se veían los faros de los coches y las luces del bar, con grandes... grandes colores... chillones... por la ventana. Intenté volver a dormirme, quería descansar, pero, de repente, sentí ira, sentí algo dentro, fuerza, no sé... y, de repente, estaba encima de ella... y... tenía los ojos abiertos, con el rímel corrido... no... no... no sabía por qué. No sé cómo llegué a... no sé...

—Vale, tranquilo, Pedro. ¿Quieres agua?

—Sí, por favor.

Abro la puerta de la sala de interrogatorios y le digo a Ramírez que me acerque un par de vasos con agua. Cuando me los da, cierro, me siento y le ofrezco uno a Pedro.

—Grac... gracias.

—No hay de qué. Continúa.

—Pues... bueno... de repente la vi allí, desnuda, no encontraba su ropa... yo... yo llevaba un maletín de trabajo... porque, ¿sabe? Yo trabajo de comercial de artículos de lencería y bueno... ese tipo de prendas... y bueno, tenía ahí el maletín y le puse un camisón y la metí en la bañera.

—Vale, Pedro. ¿Fuiste consciente del color del camisón en algún momento? ¿Eres consciente de que has utilizado el mismo *modus operandi* que un asesino en serie que actuó hace 20 años?

—No, no, simplemente... bueno, no sé. Yo abrí el maletín, había muchos... tenía rojos, morados, negros... no sé, cogí el morado y se lo puse. No quería dejarla.... Dejarla... desnuda... Por Dios, no me puedo perdonar lo que he hecho... Dios mío...

—Vale, tranquilízate. A ver, todo lo que me has contado cuadra, pero... ¿qué hacías en un motel de carretera tan lejos de tu casa, en estas fechas y tan angustiado por la noche? Vamos paso por paso.

—Bueno, yo... a ver cómo le puedo explicar esto... yo, bueno, no tengo ningún interés en ninguna otra mujer. Silvia lo es todo para mí, y, además, tengo hijos, usted lo sabe. Pero, bueno... conocí a Julia y... y... bueno, necesitaba estar con ella. Es alegre... empática... hablábamos a menudo, no sé. Coincidí con ella porque vinimos a visitar a unos familiares de Silvia y... había cine de verano, de mi película favorita de dibujos... La dama y el vagabundo... ¿la ha visto?

—Sí, claro, la he visto.

—Bueno, pues enseguida, bueno, quise verla casi todos los días aunque no podía... y bueno, hacía viajes mucho más frecuentemente, no tanto por trabajo sino por verla... pero... yo le juro que nunca le puse una mano encima, ni la besé, ni siquiera tenía intenciones más allá de una amistad con ella... y... le juro que nunca le haría daño... me fui por no hacérselo... tiene que creermelo.

—¿Hacerla daño? ¿Por qué?

—Bueno, es que cuando le fui a dar un regalo de Navidad, tuve la misma sensación de cuando estaba en el motel. Tuve miedo de mí, no sé por qué, fue pura intuición, me fui sin más.

—Te lo voy a volver a preguntar. ¿Eres consciente de que utilizaste de nuevo el camisón morado regalándoselo a Julia por Navidad?

—¿¡Qué!? ¡¡¡¡¡No, no, no, no... no, no!!!!!! ¡¡Imposible!! Era un camisón rojo, alguien debió

cambiarlo.

—Vale, escucha. Te estás alterando. Relájate. ¿Vale?

—Vale, vale... —Pedro toma otro trago de agua.

—Me has dicho que tomas pastillas. ¿Qué pastillas? ¿Por qué?

—Pues... verá... Yo tuve depresión, ansiedad... intenté suicidarme y bueno... me dieron muchas pastillas... Cuando conocí a Silvia y tuvimos a los niños me fui encontrando mejor y... bueno... tomo menos... aunque desde hace dos años o así he vuelto a recaer, y tomo más pastillas...

—No duermes bien, ¿verdad?

—No duermo ni bien ni mal... a veces no duermo, sin más. Mi cabeza no deja de formar ideas catastróficas en mi cabeza. Sobre mi pasado... mis familiares... mi... no sé... —Pedro vuelve a llorar desconsolado.

—Vale, Pedro, escúchame. El agente Ramírez te va a acompañar al calabozo para que puedas descansar algo. Gracias por hacer todo más fácil. Contactaré con un doctor y pasará a verte mañana por la mañana.

—Gracias...

—No hay de qué. Además, mañana, nos llegan los resultados de los análisis de sangre, toxicológicos y más informes sobre usted. Intenta descansar.

Salgo de la habitación y dejo a Ramírez a cargo de Pedro. Creo que yo también necesito ir a casa, echar una cabezada y volver mañana con más energía. Tengo un duro presentimiento.

Capítulo 19

Toda la verdad y nada más que la verdad

Pedro

Lunes, 21 de diciembre de 2020

Es por la mañana. Estoy sentado, esposado y con las manos apoyadas en la mesa. Mis dedos, entrelazados entre sí, están inquietos, aunque mi rostro muestra resignación. La habitación es pequeña y sin ventanas. La sala se ilumina por una luz fluorescente parpadeante, la cual crea bastante incomodidad en mis ojos.

Ayer por la noche me desahugué con Conesa. En el fondo, me siento aliviado porque ya no aguanto más la vida que estoy llevando. Me estoy engañando a mí mismo o peor aún... no estoy siendo yo mismo. Aunque llevo sin serlo mucho tiempo. Lo que sí que tengo claro es que a ella jamás le haría daño. A Julia no. Solo pretendía protegerla.

Me sobresalto cuando la puerta se abre, apareciendo el sargento Conesa tras ella. Se sienta de frente en otra silla y con un profundo suspiro susurra contundente.

—Quique... ¿por qué?

Me quedo ojiplático y empiezan a caerme lágrimas sin control por las mejillas. Agacho la cabeza y sigo sollozando.

—No le quiero hacer daño, no le quiero hacer daño, no le quiero hacer daño, no le quiero hacer daño —repito mientras lloro y hago un movimiento repetitivo balanceándome.

—Y ¿por qué me engañaste ayer? —pregunta Conesa con angustia.

—No quería mentirte... Tenía miedo de que no me reconocieses y que me metieses en la cárcel —contesto nervioso.

—Ha pasado mucho tiempo, Quique. Obviamente por tu aspecto no voy a saber quién eres, pero siempre has estado presente en mis pensamientos. Podrías habérmelo contado desde el principio. No solo me considero tu protector, también fui tu amigo.

—Lo sé, lo siento. Debería haberte contado la verdad —contesto sollozando de nuevo—. A Laura tampoco le quise hacer daño. ¡¡¡Lo jurooooo!!!

—Lo sé, lo sé... estás enfermo. Has matado a una mujer, Quique. No estás bien. Vas a tener que ser ingresado de nuevo. Lo siento, pero creo que es la mejor opción, necesitas ayuda.

—Lo siento. —Me pongo a sollozar—. Yo siempre he sido Quique, ese es el problema... Siempre seré ese niño. Ese niño escondido en ese puto armario. Con rejillas. Lo vi ahí. Con mi madre. Lo vi todo. No podía hacer ruido. No podía hacer ruido. Julia. Julia. Julia...

—Quique, mírame. Tranquilo y cuéntame todo. Cuéntame la verdad de cómo conociste a Julia. TODO. Confía en mí como lo has hecho siempre, cada vez que iba a verte. Dime toda la verdad y nada más que la verdad.

Ese Quique que hace años que intento dejar atrás ha vuelto. Realmente, nunca lo he olvidado. Conesa siempre ha confiado en mí, pero le he fallado. He asesinado a alguien, a

alguien que no lo merecía, a alguien que me recordaba lo que años atrás viví como víctima.

Capítulo 20

Quique

Julia

Miércoles, 23 de diciembre de 2020

Tengo la cabeza como un bombo. He dormido a ratos y mal. Andrea me tiene abrazada por detrás, pero, aun así, no me siento protegida; hoy no. No entiendo nada de lo que está sucediendo.

«¿Por qué a mí?».

De repente, mi móvil comienza a vibrar en la mesilla de noche y, en la pantalla iluminada, aparece el contacto entrante: Conesa. Lo cojo con rapidez y respondo la llamada.

—¿Sí?

—Hola, Julia. En veinte minutos paso a recogerte.

—Vale. Pero...

No me da tiempo a preguntar para qué, aunque ya me lo supongo. Conesa parecía bastante serio y ha cortado la llamada con demasiada rapidez, al menos en comparación con lo que suele ser habitual en él. Me levanto, entro al baño, me visto sentada en la cama y le digo a Andrea que me voy con Miguel.

—¿Te acompaño? —pregunta aún con legañas en los ojos y medio incorporándose.

—No, no. Es mejor que vaya sola.

—Vale, ten cuidado —responde tras darme un beso.

Voy hacia la cocina y me sirvo un vaso de mi típico zumo de naranja cuando, de repente, suena el timbre. Es él, diciéndome que me espera abajo, que no tarde.

Me tomo el zumo de un trago y salgo, tras coger las llaves. Está esperándome dentro de su coche, en doble fila, así que aligero el paso. Nos saludamos y pone el vehículo en marcha.

Durante el trayecto, no hay ninguna conversación relevante. Me da miedo preguntar y confirmar mis sospechas.

Al ver que pasamos de largo la comisaría, le pregunto asustada.

—¿Dónde vamos?!

—Vamos a hablar.

Tras otros quince minutos de viaje, se empieza a ver un edificio muy grande y con aspecto austero. Lo miro embelesada, me llama la atención y no sé muy bien por qué. Siento como que esta situación ya la he vivido, pero como tengo tantos sueños, a veces no sé lo que es real.

Miguel Conesa aparca el coche y después salimos. Primero él y luego yo. Hace frío. Normal para las fechas en las que estamos.

—Vamos a la cafetería. Te invito a un café. Te tengo que contar muchas cosas.

Mientras nos vamos acercando por el camino de piedras, por fin puedo ver el letrero del edificio: *Psiquiátrico San Ugarte*. Miro a Conesa, pero él sigue con la mirada absorta, mirando al

frente. Estoy bastante angustiada, pero confío plenamente en él. Me ha ayudado mucho.

Llegamos a la cafetería y me siento en una de las mesas, mientras Conesa pide los cafés. No sé qué pensar. Solo miro alrededor, a la gente que hay aquí.

«¿Qué hago en este edificio? ¿Por qué me ha traído a un psiquiátrico? ¿Cree que estoy loca?».

Pero pronto mis pensamientos se cortan de golpe, ya que Miguel se ha sentado frente a mí y comienza a hablar.

—Escúchame atentamente y no te pongas nerviosa.

—Eso me pone más nerviosa —respondo angustiada—. No estoy loca, Miguel. No me metas aquí, por favor.

Una carcajada de Miguel hace que varias personas de la cafetería se giren, pero, a la vez, hace que me relaje un poco. Saca un papel de su bolsillo y lo pone sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —pregunto confusa.

—La explicación que has estado buscando. Abre el papel y dime qué es.

—¡Es la carta que redactamos para encontrar a mi hermano! ¿No la enviaste? —pregunto preocupada y con los ojos vidriosos.

—Sí, la envié... pero ha vuelto a ti.

—¿Qué pasa? ¿No quiere saber nada de mí? —pregunto, ya con una lágrima en la mejilla.

—No, te la llevó él en persona. Lo que pasa es que no sabías que esa persona era él y no te la pudo dar por las circunstancias.

—No entiendo nada, Miguel. ¡Me estoy poniendo muy nerviosa!

—Menos mal que te he pedido un café descafeinado.

Miguel me coge de las manos y me las aprieta fuerte.

—¿Estás preparada?

Yo simplemente asiento con la cabeza porque no puedo articular palabra.

—Pedro es Quique. Tu hermano.

Noto cómo se me aflojan las manos. Empiezan a caerme lágrimas por las mejillas, sin parar. Simplemente no puedo hablar. Estoy atónita, pálida, como si hubiera visto un fantasma. De repente, me falta el aire. No puedo respirar. Miguel se cambia de silla y me acaricia la espalda para intentar tranquilizarme.

Poco a poco, voy recobrando el color. En nada me encuentro comiendo un bocadillo de tortilla que me acaba de traer la camarera. Me ha dicho que invita la casa. No entiendo por qué, pero no rechisto.

Entonces, Conesa continúa hablando y, esta vez, parece que para contarme todo.

—Tu madre te traía aquí cuando solo eras una niña a visitar a tu hermano. Él estaba aquí por los daños psicológicos que le causó presenciar la muerte de vuestra madre biológica. Dejaste de venir cuando falleció Irene, desgraciadamente, pero yo seguí viniendo día tras día hasta que salió de aquí con otra identidad. Ya sabes... lo que te conté de la protección de testigos. El caso es que le perdí la pista y siempre he querido volver a saber de él, pero el protocolo no me lo permitió en su momento y, además, íbamos tras la pista del asesino de tu madre, el cual también asesinó a más.

Sigo sin pronunciar palabra, atenta a todas las cosas que me está contando. No me lo puedo creer. Le he tenido tanto tiempo al lado y sin saber quién era realmente.

—Me contó ayer, por la noche, que su misión era encontrarte. Nunca dejó de buscarte. Como trabaja como comercial, tenía opción de moverse asiduamente. Al final, ya ves, te encontró. Ah, por cierto... Lucas es su hijo... con lo cual es tu sobrino, junto a María. Me contó cómo te conoció en el cine de verano y muchas más cosas.

—Y ¿por qué me regaló el camisón morado? —pregunto asustada.

—Quique me estuvo contando que su hija María, justo la misma tarde en la que había quedado contigo para darte el regalo de Navidad, estuvo revolviendo los productos del muestrario que él vende. Y como llegaba tarde, seguramente lo guardó descolocado. Realmente el camisón morado no era para ti, no era tu regalo. Me confesó que era un camisón rojo, ya que sabe que es tu color favorito. Lo he corroborado y su mujer, Silvia, me lo ha confirmado. María, esa mañana, se levantó por una pesadilla y, bueno, estaba revoltosa.

—Y ¿por qué esa noche desapareció de repente si ya me había encontrado? —pregunto llorando de nuevo.

—Sus problemas psicológicos no han desaparecido nunca. Aunque, realmente, se reavivaron. Al estar a oscuras en el local en el que trabajas, el neón de fuera dejó traslucir la luz por las rendijas de las lamas. Entonces, él revivió la escena de dentro del armario. A partir de ahí empezó a empeorar y a tener crisis nerviosas. Insomnio, pesadillas, pánico... Esa noche, en la que huyó del restaurante, desencadenó en lo más triste: él sí que mató a la chica de la noticia que salió recientemente en la televisión. La chica del club *Stacey's*. Laura se llamaba. Pero solo ha sido esa. Casualmente, le puso un camisón morado, sin segunda intención, pero eso fue lo que nos hizo reavivar al asesino en serie anterior. Todos creíamos que había vuelto a las andadas y que, por lo tanto, Laura era otra víctima más, como lo fue tu madre y otras compañeras suyas. Pero no, fue tu hermano quien la mató. Es más, me acuerdo que dijiste que todo el mundo te decía que era un hombre bastante mayor que tú, eso se debe al deterioro por las pastillas y las noches sin dormir. Quique no está bien y necesita reingresar en el psiquiátrico. Por eso estamos aquí hoy.

—¿Puedo verlo? —pregunto tras varios segundos sin decir nada.

—Creo que sí. Vamos a la recepción.

Capítulo 21

El reencuentro

Julia

Miércoles, 23 de diciembre de 2020

Subimos al ascensor y Miguel pulsa el botón correspondiente a la cuarta planta. Intento tranquilizarme, mientras pienso qué voy a decirle a Pe... a Quique. Tras unos momentos, el ascensor se para, anunciando la planta deseada, y salimos.

Conesa me dirige hasta la recepción para facilitar el documento de identidad para poder visitar al paciente. Tengo que rellenar un formulario de visita y demás papeles; y, cuando pongo en parentesco «hermana», me empieza a temblar el pulso.

Cuando nos dan permiso para ir hasta la habitación, empezamos a andar por el pasillo. Todo es muy blanco. Demasiado blanco. Como en mi sueño. Cruzamos una esquina y vemos a dos agentes en una puerta, así que supongo que esa es la habitación de mi hermano. Los policías nos permiten la entrada y es Conesa quien abre la puerta, intentando protegerme de primera mano.

—Te traigo a alguien —dice Miguel con cariño.

Se hace a un lado y me meto en la habitación hasta aparecer en el umbral de la puerta. Quique está sentado en un butacón al lado de la ventana, donde tiene unas vistas maravillosas a un pinar. La habitación también es muy blanca, aunque la decoran ciertos cuadros bastante abstractos. La ventana, aun con buenas vistas, tiene barrotes para evitar la fuga o suicidio de cualquier interno. Es bastante triste, pero la seguridad está ante cualquier cosa.

Quique se levanta y se me queda mirando quieto, con miedo, con ojos vidriosos. Nos separan dos metros de distancia. Nadie dice nada ni da un paso en falso. Le correspondo con los ojos humedecidos.

Entonces, como si algo me saliese a borbotones de dentro, me abalanzo sobre Quique, abrazándolo mientras lloro a mares. No sé qué me ha impulsado a hacer esto. Hasta hace una hora no sabía que es mi hermano, pero con él siempre he sentido que lo conozco de toda la vida.

También se pone a llorar. Tiembla.

Cuando nos separamos, veo que incluso a Miguel se le escapa alguna lagrimilla, pero coge un pañuelo y enseguida le pone remedio.

No dejamos de llorar en ningún momento, pero tampoco podemos dejar de abrazarnos. Son muchos años sin saber y por fin sabemos. No me esperaba el reencuentro así, pero ha sido una de las mejores sensaciones de mi vida. Por fin sé quién es Quique. Lo tuve delante mucho tiempo, con los sentimientos a flor de piel cada vez que lo miraba, pero no sabía que esto podía ser posible.

Entonces, nos sentamos en la cama y comenzamos a hablar. Todo lo que no nos hemos contado en estos años, nos lo estamos contando ahora, como dos adolescentes que se ponen al día en cotilleos.

Conesa

Los miro desde la butaca en la que antes estaba sentado Quique. Sé que he hecho bien trayendo a Julia a visitarlo. Le ayudará en su recuperación, pero, obviamente, tiene una condena que cumplir dentro del psiquiátrico y así, por fin, conseguir la paz que desea y que no tiene desde los ocho años.

Se lo merece. Fue muy cruel lo que le pasó y jamás lo olvidará, pero el pasado siempre está y hay que aprender a convivir con él mientras vives el presente.

La charla se alarga durante horas, hasta la hora de la comida. Le prometo que vendré a verle todas las veces que me dejen junto a Julia. Se abrazan varias veces más y se despiden hasta la próxima.

Pasará mucho tiempo o quizás no, pero Julia y Quique ya saben que se tienen para siempre.

Capítulo 22

Una Navidad diferente

Julia

Una Navidad más tarde

Sábado, 25 de diciembre de 2021

Llamo al timbre de casa de mi hermana, con Andrea a mi lado. Lucía abre la puerta muy eufórica. Traemos paquetes que Papá Noel ha dejado en nuestra casa que, por cierto, es nueva. Andrea y yo nos mudamos en verano a una casa más grande, por las expectativas que tenemos en el futuro. Llegamos superpuntuales, como siempre.

—¿Son todos para mí?!

—No, cariño. También son para mamá y papá, por ejemplo.

—Pues vaya rollo... —contesta enfadada Lucía.

Entramos dentro. Huele maravillosamente.

Nos pasamos por la cocina y vemos que el marido de mi hermana cocina hoy. Está haciendo bastante cantidad de comida, ya que este año vamos a ser muchos. Andrea le ofrece a mi hermana una botella de vino que hemos traído y salimos.

Dejamos los abrigos en el perchero y los paquetes debajo del árbol de Navidad que está adornado con muchísimos colores. Seguro que esto es obra de mi sobrina, no me cabe la menor duda.

Ayudamos a poner la mesa y algunos entrantes. Como ya he dicho, este año vamos a ser muchos, así que hay mucha cubertería que poner.

Y, de repente, llaman al timbre. Esta vez voy yo a abrir. Es Silvia con los niños, Lucas y María. Traen también algunos regalos. Los niños están emocionados, nunca han estado en una comida de Navidad con tanta gente, ya que Silvia no tiene hermanos. Dejamos todo y mis sobrinos suben a jugar con Lucía a la habitación.

—¿Qué tal está Quique? —pregunto con entusiasmo.

—Bueno, bien... Está con medicación y con varias terapias y grupos de actividades. Va mejorando —contesta Silvia con algo de melancolía.

—Y ¿qué tal estás tú?

—Bueno, llevándolo como puedo. Por los niños tengo que intentar llevar una rutina normal.

Entonces, nos fundimos en un abrazo. Un gran y largo abrazo.

Charlamos un rato hasta que, de pronto, vuelve a sonar el timbre. Esta vez abre Marta. Todos esperamos en silencio en el salón. Sabemos quiénes son las personas que faltan, pero dijeron ayer que llegarían más tarde.

Me asomo al quicio de la puerta mientras Marta abre y es Quique con dos policías de escolta; finalmente le han dado permiso para la comida de Navidad. Pasarán a recogerle después de cuatro horas. No quepo en mí de la felicidad. Qué bien me lo ha ocultado Silvia. Así se lo

hago saber con la mirada y ella me sonríe.

Entra y saluda a Marta con dos besos, pero al entrar en el salón se funde en un largo abrazo con su mujer y sus hijos, los cuales ya habían bajado y estaban con Lucía leyendo un cuento que le regalé este año por su cumpleaños. Yo también le doy un gran abrazo y, después de los saludos pertinentes, nos sentamos a comer.

Canapés, langostinos, jamón serrano, banderillas, ensaladilla y como plato principal: lechazo.

Cuando terminamos de comer, nos sentamos todos en el salón y Marta y su marido traen bandejas con turrón y cafés.

En ese momento, como si desde fuera se oiese el café, llaman a la puerta. Voy corriendo a abrir y, obviamente, me encuentro a Ana y a Luis. Traen algún regalo también y, enseguida, los dejan en el árbol. Realmente, les estábamos esperando para proceder con el gran acontecimiento: poner el ángel en lo alto del abeto, como es tradición en nuestra familia.

Entre fotografías, risas y demás, empezamos a abrir los regalos. Hay juguetes para los niños, ropa, perfumes, zapatillas y pijamas... los típicos regalos que puedes imaginar en una casa el día de Navidad. Todo es perfecto. Tanta gente unida hace que este año sea el más especial de todos.

Entonces, Ana se levanta y me entrega un sobre con un lazo. Lo abro con emoción y dentro veo una ecografía. Levanto la mirada y veo los ojos vidriosos de Ana.

—Julia viene de camino, cariño —se aventura a revelar Ana.

—¿Y si es niño? ¿Julio? —comenta Andrea como chascarrillo.

—No pensábamos contarle hasta que pasara el primer trimestre, pero creo que este es un momento especial —comenta Luis con una sonrisa.

Todos nos echamos a reír y mantenemos más charlas y chistes en lo que seguimos abriendo algún paquete que otro.

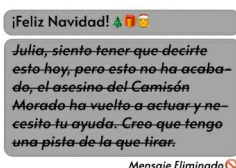
Desgraciadamente, tras las cuatro horas, llega el momento en el que Quique tiene que marcharse. Se va despidiendo de todos. Uno a uno. Saboreando a cada persona como si no la fuera a ver jamás.

—¡Hasta el año que viene! —grita Quique alegremente.

—¡Quizás te veamos antes! —contesta Andrea ante la sorpresa de todos.

Y, dándose la vuelta, se arrodilla ante mí y saca una cajita. La abro y ahí está el anillo. El anillo que nos comprometerá para siempre. Todos aplauden mientras nos besamos y abrazamos sellando el compromiso.

Y, mientras los niños cantan villancicos, recibo un mensaje de *WhatsApp*. Es del sargento Conesa. Hemos seguido hablando asiduamente, así que no me sorprende que quiera felicitarme las fiestas.



SEGUNDA PARTE

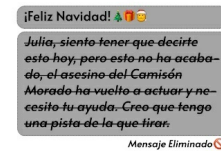
El gran despertar

Capítulo 23

El mensaje eliminado

Conesa

Sábado, 25 de diciembre de 2021



Mejor borro el mensaje, no quiero preocuparla... y menos hoy. No sé si habrá llegado a verlo, pero mejor no pensar en ello.

Hace frío y está lloviendo. Vuelvo sobre mis pasos y no dejo de encontrarme policías y bomberos. También está la ambulancia, pero ya poco tiene que ver aquí, ya no hay nada que hacer. Me acerco aún más a la orilla del río y no paro de ver el *flash* de un par de cámaras haciendo fotos al escenario del supuesto crimen. Es de noche y apenas se ve nada, pero mientras me aproximo para preguntar por el cuerpo, veo cómo se acerca la lancha de rescate con dos bomberos y lo que parece ser un cadáver.

No me puedo creer que todo esto se vuelva a repetir. En cuanto vi, desde el puente, a esa mujer, bajo el reflejo de luz de la farola, y verifiqué que estaba vestida con ese camisón, lo supe... el asesino del Camisón Morado sigue vivo y ha vuelto a actuar.

Meto mis manos en el bolsillo del abrigo de paño y saco un chubasquero. Cuando hay trabajo de campo siempre lo llevo, por si acaso. Me lo pongo y camino aún más hacia la orilla, mientras los bomberos bajan a la mujer de la lancha de rescate. Está pálida, prácticamente azul cenizo. La dejan en la arena y me dan permiso para inspeccionar el cadáver. Solamente viste el característico camisón morado de raso y llego a ver que tiene marcas en el cuello. El mismo *modus operandi*, por supuesto. La ha estrangulado antes de tirarla al río.

«¿Al río? ¿Por qué no en una bañera como sus anteriores víctimas? ¿Quizás un imitador con mucho tiempo libre? ¿O quizás es la misma persona, pero jugando al despiste?», pienso en bucle.

Esto hace que le dé muchas vueltas a la cabeza; hasta me duele. No quiero revivir una y otra vez el día en el que la madre de Quique y Julia murió. Yo era muy joven entonces, pero todavía me sigue afectando demasiado. Acababa de entrar en el cuerpo nacional de policía y no estaba preparado... aún no. Aunque la peor parte no me la llevé yo; mi compañero, el oficial Javier Junqueras, tuvo una depresión después de la escenita en el motel. Aunque no me extrañó. Ya en la academia no mostraba actitud como para ser policía.

Aún me acuerdo cuando me llamó el día de Navidad del año pasado.

—¿Sí? —contesto medio adormilado.

—¿Miguel?

—¿Perdón? ¿Quién es?

—...

—¿Hola? ¿Diga?

—Hola, perdón, soy Javier... Junqueras... tu compañero de la academia. Quería llamarte para desearte unas felices fiestas y saber qué tal te va.

—Bueno, la verdad es que están siendo unas navidades moviditas, pero bien. Y, ¿qué es de tu vida? Hace mucho que no sé de ti.

—Bueno... pues... eso con un café se arregla rápido. ¿Quieres que quedemos y nos ponemos al día?

—Eeeh... bueno, venga, ¿te viene bien el 28?

—Sí, claro. ¿A las cinco?

—Estupendo. ¿En el bar de siempre?

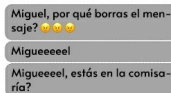
—¿Sigue abierto?

—¡Claro! Sigo yendo de vez en cuando. Allí nos vemos. Te tengo que dejar.

—Vale. ¡Hasta luego, Miguel!

El aire gélido que choca con mi cara me hace salir del ensimismamiento. Sin tocar a la chica, me dirijo a un agente que tengo cerca para que llame al forense, al juez de guardia y al encargado al mando de la policía judicial para proceder al levantamiento del cadáver. Le digo que informe de que tiene símbolos de violencia en el cuello, probablemente de un acto de estrangulamiento.

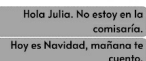
Después, abro mi móvil y descubro un *WhatsApp* de Julia. «Mierda, mierda, mierda». Con temor a que haya leído el mensaje antes de borrarlo, abro el chat.



Miguel, por qué borras el mensaje? 🙄🙄🙄
Migueeeeee!
Migueeeeee, estás en la comisaría?

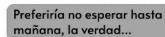
Veo que me ha hablado varias veces y en minutos distintos durante media hora.

«¡Qué chica más impaciente!».

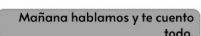


Hala Julia. No estoy en la comisaría.
Hoy es Navidad, mañana te cuento.

Casi al instante, Julia aparece *en línea* y empieza a escribir.



Preferiría no esperar hasta mañana, la verdad...



Mañana hablamos y te cuento todo.

Meto de nuevo el móvil en el bolsillo.

«¿Para qué habré sacado el móvil? O mejor, ¿por qué cojones le habré mandado el mensaje? Parezo nuevo. Como si no la conociese ya...».

Voy hacia el coche, aquí no puedo hacer más. Ya me enteraré más tarde o mañana por la mañana desde la comisaría. De momento, me voy a casa a dormir... si es que lo consigo.

Capítulo 24

Te voy a echar de menos

Julia

Martes, 28 de diciembre de 2021

Miro la hora y son las siete de la mañana. Estoy rota, ya que no he podido dormir absolutamente nada.

Ya estoy vestida y sentada en el sillón con mi tila de siempre. Estoy entre nerviosa, angustiada y feliz. Nerviosa porque que Andrea vaya a volar solo en avión me aterra; angustiada porque le voy a echar mucho de menos; y feliz porque por fin ha cedido a hablar con sus padres para solucionar las cosas. Le llevo insistiendo mucho tiempo con el tema y, por fin, me ha hecho caso, así que no puedo más que estar contenta por él. Además, no estaría de más que mis suegros y mi cuñado estuvieran el año que viene en mi boda... bueno, nuestra boda.

Me termino la tila y llevo el vaso al fregadero para darle un agua. Después, voy al dormitorio para coger algunas de las cosas que Andrea se lleva a Italia.

Escucho que sale del baño y coge su maleta: las ruedas lo delatan. Casi ni me habla, pero sé que es porque está nervioso. Le conozco de sobra, de hace tiempo. Siempre hemos sido amigos; menos por la pequeña peleilla por lo de Pedro, bueno... Quique. Aún no me acostumbro del todo, y eso que ha pasado un año.

—¿En qué piensas? —pregunta Andrea mientras me rodea con los brazos.

—¡Ay, me has asustado! Nada... pienso en que te voy a echar de menos.

Nos besamos. Está nervioso, pero feliz, lo sé.

Bajamos ya al coche y, claro, tengo que conducir yo. No me gusta nada, pero es lo que toca, no va a dejar Andrea el coche en el aparcamiento del aeropuerto hasta que vuelva. Se niega rotundamente.

Enciendo el motor y suena directamente la lista que tenemos de *Spotify*. La primera canción que se reproduce en el modo aleatorio es *You're the one* de Tracy Chapman, una de mis favoritas. Automáticamente, los dos nos ponemos a cantarla, como siempre.

Nos ponemos en camino y voy en dirección a la autovía para llegar al aeropuerto. De repente, varias gotas de lluvia repiquetean en el parabrisas. Odio conducir mientras llueve.

El vuelo sale a las nueve, pero Andrea quiere llegar bastante antes para poder facturar el equipaje con tranquilidad; no le gusta nada llegar justo a los sitios e ir deprisa y corriendo. Creo que por eso nos complementamos tan bien, porque no nos parecemos prácticamente en nada; al menos en lo que al carácter se refiere.

Suena *Carrie* de Europe. Amo esta canción.

Aún llueve intermitentemente. Al menos no es el diluvio universal.

Antes de que acabe la canción, llegamos al aeropuerto. Es pequeño, pero hace su función perfectamente: la de aeropuerto de capital de provincia. Bajamos del coche y vamos

directamente a facturar su maleta. Después, nos dirigimos hasta la puerta de embarque del vuelo hasta *Brindisi*. Allí su padre le estará esperando e irán en coche hasta donde viven: *Lecce*. Le esperan un avión y un coche, y a mí, la angustia hasta saber que ha llegado bien.

Desgraciadamente, llega la hora de despedirse. Le voy a echar mucho de menos, pero este viaje es para bien.

—En cuanto llegues y estés con tu padre me avisas, ¿vale?

—Que sí... me lo has dicho ya seis veces.

—Y las que hagan falta —contesto irritada y, a la vez, simpática.

—Te echaré de menos. Te quiero, *bella*.

—Te quiero. Yo también te voy a echar de menos.

Y llega el beso del «hasta luego». Desaparece por la puerta de embarque y yo me quedo ahí, parada en medio del aeropuerto, con ganas de llorar. Creo que me merezco otra tila, pero ya cuando llegue al pueblo.

Salgo a la calle y me abrazo a mí misma. Hay mucha humedad en el ambiente, pero ya ha dejado de llover. Subo al coche y arranco. Esta vez no enciendo la radio, no me apetece.

Me esperan unos días muy movidos porque estamos a días de Nochevieja y hay que organizarse todavía. Supongo que iré a casa de mi hermana, pero tampoco hemos confirmado nada. Además, como Andrea no está, tendré el doble de trabajo. Pero a esto me he ofrecido yo, para que Federico no tenga que contratar a nadie en la semana que Andrea no está. Sería bobada, y más sabiendo que Tulio y Óliver me pueden ayudar en alguna que otra cosa.

Como me alegra verlos tan bien. Se casan en el ayuntamiento del pueblo después del día de los Reyes Magos y no me puede hacer más ilusión. Hacen tan buena pareja y se complementan tan bien... Me han dicho que quieren que sea su testigo, junto a Andrea, así que estoy algo nerviosa. Además, el convite lo celebrarán en el restaurante: «como en casa en ningún sitio». Aparte, fue allí donde se conocieron, así que es una idea genial para empezar otra etapa.

De repente, suena mi móvil y cojo la llamada con el manos libres del coche.

—¡Holaaaa! ¿Ya has dejado a Andrea en el aeropuerto?

—Sí —contesto medio llorando.

—No me digas que te vas a poner a llorar ahora. Si lo sé, no pregunto —contesta Marta riéndose de mí.

—Ay, no seas mala. Es que me da pena.

—Mujeer, no te enfades, ya lo sé, ¡era broma! Te llamaba para ver si puedes quedar y hablamos de lo de Nochevieja. Más que nada para saber cuántas uvas comprar y todo eso.

—Pues no entro al restaurante hasta las 12 y media, así que si quieres podemos tomar un café. Estaré por allí en unos diez minutos. ¿Te va bien?

—Perfecto. Vente para casa, que tengo novedades.

—¿Qué novedades?

—Tendrás que esperar. ¡Hasta ahora! ¡Muuuuu!

Y me cuelga. Lo de esta mujer con las noticias sorpresa es la bomba.

Capítulo 25

La sorpresa

Julia

Martes, 28 de diciembre de 2021

Estoy aparcando fuera de la casa de mi hermana. El viaje sin Andrea se me ha hecho eterno, pero me tendré que acostumbrar esta semana a estar sin él. Espero un poco en el coche, me apetece llorar sola.

Enciendo el reproductor y suena *Deja que te bese* de Alejandro Sanz y Marc Anthony. ¡Qué casualidad! Básicamente, es nuestra canción.

Sin querer, estoy esperando al estribillo... ese que siempre me emociona.

*Tú eres una necesidad
y solo con un par de besos
tú puedes derretir mi fuego,
puedes incendiar mi mar.*

*Si no me das un beso ya,
tu boca se la lleva el viento;
y cómo le digo lo siento
a este cuerpo que quiere amar.*

*Tú eres la casualidad
más hermosa que me trajo el cielo.
Quién dijo que yo estoy despierto
si no paro de soñar.*

*Si no me das un beso ya,
tu boca se la lleva el viento;
y cómo le digo lo siento
a este cuerpo que quiere amar.*

Y, cómo no, las lágrimas no tardan en salir de mis ojos y rodar por mis mejillas. Esta canción es nuestra por una sencilla razón: es la que sonó cuando nos conocimos en la cocina del *Federico* allá como hace unos tres años. No me puedo creer que haya pasado tanto tiempo. Quizás no me acuerde de la fecha exacta en la que nos conocimos, pero sí lo que sentí y la canción que sonaba.

Si bien es cierto que le había visto de pasada alguna vez por el pueblo, no le conocía como persona. Aun así, mis expectativas eran bajas comparadas con lo buena persona y lo empático que es. Doy gracias a las casualidades de la vida por haber hecho que se cruce en mi camino.

Por fin acaba la canción. Me seco un poco las lágrimas y me froto los ojos antes de salir del coche. En menos de un minuto, ya estoy en la puerta de la casa de mi hermana. Toco el timbre y me abre enseguida. Asumo que estaba cerca de la puerta, quizás en la cocina haciendo el café, ya que huele según cruzo el umbral.

—¿Ya has estado llorando? —pregunta Marta preocupada.

—No, qué va...

—Pues entonces esos ojos rojos no son normales, ve al médico —me responde de forma ingeniosa.

—Muy graciosa —la respondo mientras la abrazo.

—Anda, no te preocupes. Existen las videollamadas y, además, es solo una semana. Se te va a pasar volando. Sabes que puedes estar aquí con nosotros el tiempo que quieras... Lucía estaría encantada.

—Lo sé, pero no quiero ser molestia.

—No es molestia, pero te conozco. Sé que eres una cabezona.

Tras estas palabras se gira y entra en la cocina. Yo la sigo de cerca y me doy cuenta de que, efectivamente, está haciendo café y está sacando unas napolitanas de chocolate y zumo de naranja de la nevera. La quiero. La quiero por muchas cosas, pero sobre todo por conocerme tan bien.

La ayudo a poner todo en la mesita del salón y así podemos desayunar en el sofá. Tras un gran mordisco a la napolitana me decido a romper el hielo.

—¿Lucía y Carlos qué? ¿Durmiendo aún?

—Qué va. Han querido salir pronto para coger artículos de broma y comprar cosas que hacen falta. Ya sabes que a Lucía le encanta el Día de los Inocentes.

Vale. Por si fuera poco, hoy es ese día en el que la gente intenta colarte todo tipo de bromas; a diestro y siniestro. Espero que Federico no esté en ese plan cuando llegue al restaurante, porque, a pesar de su fachada, es una persona bastante bromista.

—Ni me acordaba de que hoy era 28. Estoy absolutamente ida.

—Normal, mujer, no te preocupes. Son muchas cosas en un año y, ahora, de golpe, bueno... enterarte de lo de Quique y Silvia... No es fácil.

—Ya, me da cierta pena que al final se hayan divorciado... Al fin y al cabo, es mi hermano y no quiero verlo sufrir más. Aunque, obviamente, también me pongo en los zapatos de Silvia y bueno... los niños...

Marta no dice nada. Me deja hablar para que me desahogue; cosa que agradezco muchísimo de ella. Siempre me ha sabido escuchar y sabe guardar silencio cuando debe; no todo el mundo tiene esa cualidad.

—Es que tiene que ser muy difícil de asimilar que el amor de tu vida, con el que tienes dos hijos, tiene ese pasado. Pero ya no es el pasado... realmente es lo que le ha afectado al ahora. Porque ha matado a alguien, Marta... no es moco de pavo. Está enfermo, pero... —comienzo a llorar desconsoladamente.

Marta me abraza desde su lado del sofá y me anima a que me apoye en su pecho. Esto me recuerda a cuando de pequeña estaba triste cuando mamá murió. Ella siempre me ha protegido y siempre lo hará.

—Bueno, cariño. Ya está. Sabes que realmente es lo mejor. Además, vas a ver a Silvia esta semana, ¿no? El día de Año Nuevo.

—Sí —contesto sorbiéndome los mocos.

—Pues piensa que, así, ese día se sentirá acompañada.

—Y si... ¿realmente ella no quiere verme y lo hace porque los niños me tienen cariño?

—Bueno, eso es algo que nunca sabrás... si no se lo preguntas.

De repente, la puerta de entrada se abre y entra una Lucía superalegre y corriendo hacia el salón y, por detrás, un Carlos cargado con bolsas hasta arriba.

Marta da un beso en la frente a mi sobrina y ayuda a mi cuñado con las bolsas. Se dan un beso y entran en la cocina. Me gusta ver cómo su relación ha permanecido intacta durante tantos años, a pesar de todas las dificultades que les puso el camino.

«¡Qué fuerte hay que ser!».

Verte en la situación de querer tener un hijo y tardar años en conseguirlo tiene que ser frustrante. Si bien es verdad que no le gusta mucho hablar sobre ello porque lo pasado, pasado está, sé que le afectó mucho en su día; estuve ahí y, aunque no lo viví en mis carnes, y espero que no sea así ya que Andrea y yo queremos familia numerosa, sé que es duro. Carlos tampoco lo pasó precisamente bien, ya que Marta estuvo bastante deprimida y es muy duro vivir así, viendo a tu compañera de vida sufrir. Algo así estará pasando con Silvia. Quique ha estado deprimido casi toda la vida.

Me saca de mi ensimismamiento mi sobrina. Me acaba de pegar un achuchón de aúpa. Tiene mucha fuerza para la edad que tiene.

—¡¡Tíaaaaaaaaa!!

—Hola, cariño. Qué madrugadora estás tú hoy, ¿no?

—Sííí, he ido con papá a comprar cosas de broma. Hemos cogido bolsas de pedos.

—¡Qué divertido! —respondo riendo.

Esta niña tiene una energía de la leche.

—Y... no digas nada —me advierte susurrando—, pero se la voy a poner a mamá luego.

—Qué pillina eres.

Le empiezo a hacer cosquillas y se ríe. Esa risa me ilumina la vida. Lo juro.

La llaman desde la cocina y va corriendo. Carlos le pide que vayan a guardar los artículos de broma a su habitación, así que Marta y yo volvemos a estar a solas.

—He pedido que se la llevara arriba para contarte una cosa —me dice sentándose en el sofá.

—¿La sorpresa?

—Sí.

—Bueno, ¡pues cuéntame ya! ¡Me tienes en ascuas!

—Bueno, tranquila, no chilles que Lucía no puede enterarse aún.

Más calmada, escucho atentamente a Marta, que, de repente, se ha puesto a sonreír como una tonta.

—Pues resulta que vamos a adoptar un perro y...

Empiezo a hacer aspavientos como una loca y Marta me pide por favor que frene.

—... Lo que iba diciendo. Que vamos a adoptar un perro y estamos en trámites para que nos lo podamos traer para el día de Nochevieja. Es un chihuahua que, según me han dicho, estaba en una caja al lado de un contenedor.

—Ay... pobre —se me humedecen los ojos por la rabia que siento.

—Sí. No entenderé nunca por qué hacen esas cosas. Las mascotas no son enseres de usar y tirar... son seres vivos. En fin, el caso es que es una sorpresa para Lucía. Ya sabes que lleva tiempo pidiéndonos un animal en casa y, como Carlos es alérgico a los gatos, pues bueno, pensamos en un perro. ¿Qué opinas?

—Que me parece muy bonito, Marta. Va a vivir en un hogar lleno de amor. De verdad. No podría tener una mejor casa para vivir.

No puedo evitarlo y la abrazo. No puedo creer lo buena y lo dulce que es mi hermana, con lo seca que es a veces. Llegar a su corazón es difícil, pero, cuando llegas, te encuentras a una persona excepcional.

—Y cambiando de tema. ¿Sabes algo de Miguel?

—Qué va. Me está evitando por algo y no sé qué es. Ya sabes que hablamos de quedar en Nochevieja, porque bueno, está solo... pero me está haciendo el vacío y pienso averiguar por qué. Después de todo lo que ha pasado no entiendo por qué se comporta así.

—Mujer, no te preocupes de más, estará ocupado y ya está.

—Puede ser, pero no puedo evitar estar enfadada.

—Bueno, tranquila. Seguro que hoy o mañana te escribe. —Me reconforta acariciándome el brazo—. Entonces, ¿vienes en Nochevieja?

—¡Claro!

—Bueno, Carlos ya ha cogido uvas para ti hoy, por si acaso. Ya sabes que Lucía las uvas ni las toca y le cogemos conguitos.

—Eso me pasaba a mí, ¿te acuerdas?

—Sí —contesta nostálgica—, aunque dentro de poco te tocará tomar lentejas, ¿no?

—¡Qué graciosa!

Nos reímos. Lo necesitaba de verdad.

Entonces, la televisión que estaba de fondo nos narra algo que no esperaba y que dará un giro de 180 grados a mi reciente felicidad.

REPORTERO: *Estamos aquí, en el río Pisuerga. Si bien este 25 de diciembre fue cuando ocurrieron los hechos, la policía tenía muy tapada esta noticia. Y bien, se encontró una mujer flotando en el río, por la noche, y lo más inédito es que, al parecer, según fuentes oficiales, llevaba un camisón morado.*

Esto nos recuerda a los asesinatos en serie que hubo hace décadas y al asesinato que hubo hace dos, pero, ¿tendrán algo que ver? Pronto os traeremos mucha más información.

De repente, la mente se me nubla y no puedo hacer más que levantarme, salir de la casa de Marta y estar sola. Solo necesito estar sola.

Capítulo 26

Lecce

Andrea

Martes, 28 de diciembre de 2021

Acabo de recoger mi maleta en la cinta. No pesa mucho porque la he traído medio vacía para poder llevarme cosas para España. Sin duda, la mayoría van a ser para Julia; quizás alguna cosa que solo se venda en Lecce. Federico también me ha pedido algunas cosas, así que, si no me las quitan en el aeropuerto, también llegarán a su destino.

Salgo a la calle, frente al aparcamiento del aeropuerto de *Brindisi*. Me pongo los auriculares mientras espero a mi padre y me abstraigo. Suena *L'essenziale* de Marco Mengoni y me recuerda a cuando hace años me encantaba escuchar música italiana a todas horas. Ahora, sí que es verdad que sigo escuchando alguna canción de vez en cuando, pero Julia me ha contagiado su espíritu ochentero y noventero. Aun así, ambos escuchamos todo tipo de música, no le hacemos ascos a nada.

Me acuerdo de cuando iba a la escuela de cocina, cuando mis padres creían que iba a la biblioteca para estudiar los exámenes del primer año de Derecho. Era feliz por un momento, cuando salía de casa, y eso hace que me plantee por qué narices estoy aquí ahora.

Veo un Alfa Romeo Giulietta de color gris. Ese es mi padre. Obviamente, viene solo. Mi madre, Bianca, como siempre, estará ocupada con sus quehaceres de jueza. No exagero si digo que hay días que no la veía durante mi adolescencia. Realmente, nunca hemos tenido un vínculo muy estrecho, pero no me daba mucho el coñazo. Al contrario que mi padre, el señor Alessandro. Como notario solía tener tiempo libre para regañarme por no querer seguir los pasos de la familia: estudiar Derecho o algo relacionado con esta carrera.

Baja del coche y se acerca hacia mí, así que me quito los auriculares para intentar empezar bien desde el principio. Hace mucho que no vengo a verlos y me siento un poco culpable de que nuestra relación se haya enfriado aún más. Me alegra que Julia me haya infundido la seguridad que necesitaba para volver y solucionar todo esto.

—Bienvenido, Andrea, hijo —dice mientras me da una palmada en el hombro.

—Hola, papá. Gracias por venir a buscarme.

—No hay que dárlos. Venga, que parece que va a llover y no quiero mojarme.

El ambiente se está nublando demasiado, así que hago caso a mi padre y arrastro la maleta hasta el coche, la meto en el maletero y me acomodo en el asiento del copiloto.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien, no he notado ni que estábamos volando.

—Me alegro. Tengo que parar a echar gasolina un momento, ¿vale? Luego vamos a buscar a tu hermano a la Facultad y derechos para casa.

—Perfecto —contesto lo más empático que puedo.

Mi hermano... Qué decir de él. Yo le llamo «el mimado». Carlo siempre ha seguido el camino de mis padres y nunca ha discutido con ellos como lo hacía yo.

Paramos en la gasolinera, pero tan solo unos cinco minutos. Después, proseguimos para llegar a *Lecce*. Son unos 50 kilómetros, más o menos, así que será un viajecito superentretenido. A mi padre nunca le ha gustado poner música mientras conduce, así que simplemente enciendo el móvil.

Tengo varios mensajes en el grupo del restaurante deseándome un buen viaje y diciendo que me echarán de menos. Pongo un *sticker* de un gato con ojos en forma de corazón y salgo del chat. Abro la conversación con Julia y veo que me ha estado mandando audios.

—Papá, me voy a poner un momento los auriculares para escuchar unos audios de Julia, ¿vale? Solo será un momento.

—Vale, no te preocupes —responde empático.

Me extraña que no le importe, pero le contesto con una sonrisa y procedo a escuchar los audios. Todos son de Julia llorando; no me lo puedo creer. Se me cae el alma a los pies cuando la escucho contándome que Conesa le ha estado ocultando un asesinato relacionado con el famoso camión morado. Obviamente, yo apoyo a Julia y la relación de amistad que ha entablado con Miguel. A mí también me cae bien, pero, al fin y al cabo, es policía, no puede estar contando todo, ya que estará bajo sumario.

Procedo a contestarle escribiendo, ya que estando en el coche con mi padre no puedo hablar de este tema. No es conveniente que conozcan algunas cosas antes de tiempo, si no Julia empezará con mal pie con ellos. Saben que existe y saben que estamos viviendo juntos. Aún les tengo que contar lo de la boda, pero lo demás está prohibido comentarlo.

Le digo que ya estoy con mi padre en el coche y que en más o menos una hora la videollamo, cuando esté en casa. Me contesta, casi al momento, con otro audio, diciéndome que ya está más tranquila y contándome lo del perro que van a adoptar para darle una sorpresa a Lucía.

Cuando acabamos de hablar, me quito los auriculares.

—¿Qué tal mamá?

—Bien, hijo, como siempre, trabajando. Ya sabes que el trabajo de jueza es así, bueno, quizás no lo sepas.

Ya empiezan las pullas por su parte, así que decido ignorar el comentario. Sé que aún está dolido por haberme ido de casa así, pero no puedo cambiar lo que hice ni el cómo.

—¿Y Carlo? ¿Qué está estudiando ahora?

—Está estudiando un máster de Jurisprudencia. Ya sabes que le encanta el saber y se matricula en todo lo que puede. Además, la Universidad de Salento tiene muchas opciones.

—Sí, claro —contesto con una media sonrisa.

Por fin, tras unos cuarenta minutos, llegamos a *Lecce*. Según nos dirigimos a la facultad, se ve la Catedral de la Asunción de Santa María. Otra cosa no, pero Italia es preciosa. Estoy deseando traer a Julia y enseñarle cada rincón. Es más, le voy a proponer hacer un tour por el país en la luna de miel; seguro que le hace mucha ilusión.

—Hola, tío. ¿Qué tal te va? —pregunta mi hermano, eufórico por mi llegada.

—Bien, bien. A ver si nos vamos poniendo al día.

—Hombre, eso está hecho.

Mi hermano siempre ha sido muy simpático. Aunque yo diga que es un «pelota», no puedo evitar quererlo más que a nadie: es mi debilidad oculta.

Por fin llegamos a casa. Mi padre aparca en el garaje del edificio y cogemos el ascensor. Llegamos al ático de ensueño del que siempre he rehuido. Desgraciadamente, ahora me gustaría tener uno igual; soy humilde, pero no tonto. Siempre me ha encantado esta casa, pero no las órdenes que había dentro.

Me sorprende ver a mi madre cuando voy a la cocina a por agua.

—¡Mamá!

—Hola, hijo —me dice mi madre mientras me abraza. Ella siempre ha sido más cariñosa que mi padre—, ¿qué tal el viaje?

—Bien, bien. ¿Hoy te quedas a comer?

—¡Claro! Quería que estuviésemos los cuatro juntos, aunque fuese una comida.

Tras esto, me voy alegre a la que fue mi habitación. Sigue igual, por supuesto. Todos los pósteres, el ordenador de mesa, todos los cuadernos de mis estudios... No puedo evitar sentir cierta nostalgia, pero yo elegí irme. Dejo la maleta, ya sacaré la ropa después de comer.

Estoy nervioso porque les voy a contar que me voy a casar con Julia y que, si quieren, están más que invitados a la boda.

«¿Nervioso? No. Aterrado, más bien», pienso mientras desando el pasillo hacia el amplio comedor.

Allí mi madre empieza a servir unos tallarines a la carbonara. Sí, la verdadera; esa que intento imitar en el restaurante todos los días. Parece sorprendente, pero somos de los pocos restaurantes italianos en España con una verdadera carbonara en la carta.

—Qué rico —expreso mientras mastico la comida.

—Andrea... por favor, mastica primero —contesta mi padre.

—Perdón, perdón.

Mi hermano se ríe. Parece que echaba de menos estas situaciones en la mesa.

Comemos con calma, saboreando la comida. Después, mi madre prepara un café y nos lo sirve. Creo que ha llegado el momento.

—Os tengo que contar algo —digo abrumado.

—Tú dirás —contesta mi madre.

Tardo unos segundos en seguir hablando. Me da miedo su reacción. Pero, al final, le echo valor y me atrevo a contarles que mi vida va a dar un giro de 180 grados.

—Julia y yo nos vamos a casar, seguramente el año que viene. Estáis invitados a la boda. Si queréis... claro.

Se forma un silencio incómodo. No sé si interrumpirlo o quedarme callado. Pero, de repente, mi madre empieza a llorar. Nunca, jamás, la he visto así.

—Ay, Andrea, cómo no vamos a querer ir.

Me levanto y me sale solo ir a abrazarla. Nunca me ha pasado, pero creo que el tiempo lo cura todo y, al fin y al cabo, es mi madre. Después vienen las preguntas y las felicitaciones y, por qué no, las planificaciones. Creo que a partir de ahora todo será diferente. Por fin siento que estoy en mi hogar, ese que debí sentir hace años.

Capítulo 27

La noticia

Conesa

Martes, 28 de diciembre de 2021

Pues ya está. La noticia de la muerte de esa mujer ha salido a la luz. Pero, voy a ser honesto; en estos momentos, lo que más me afecta es que Julia se haya tenido que enterar por otros medios. Aunque, realmente, sabía que este día iba a llegar, no sé por qué he aplazado tanto el decírselo.

«Tengo miedo, frustración, angustia... pero miedo, sobre todo miedo», pienso sin parar. Mi cabeza da vueltas. Lleva dando vueltas desde que encontré el cuerpo en el río. No puede volver a pasar otra vez. Tenía que haberlo parado, haber sido más eficiente.

Pero, qué va, lo que más me duele es que Julia me va a odiar hasta el fin de sus días. No se lo he contado yo, sino que se ha enterado por un reportero de la televisión pública. No se ha enterado por su amigo, se ha enterado por un desconocido y a la vez que los demás. No sé si voy a poder perdonarme esto o si podrá hacerlo ella, pero necesito que lo haga. Se lo oculté por su bien, para protegerla. No quiero que sufra más.

«Ahora, ¿el problema ha sido el mensaje o que se lo he ocultado en sí?».

Bueno, realmente eso da igual. La he fallado.

De repente, me saca de mis paranoias un compañero de trabajo abriendo la puerta.

—Conesa, ¿se encuentra bien? Lleva aquí toda la noche.

—Hola, Fernández. ¿Cómo lo sabe?

—Me lo ha dicho el de seguridad. Dice que no sale de su despacho y que, últimamente, pasa mucho tiempo aquí.

—Ah, ya veo...

—¿Seguro que no necesita nada?

—No, no... tranquilo.

—Bueno, pues le dejo, que tengo que hacer la ronda. Hasta luego —exclama mientras cierra la puerta.

Me levanto y me estiro todo lo que puedo. Mi cuerpo está entumecido de estar sentado en la misma posición. Aprovechando que ya estoy de pie, abro la puerta y me dirijo al baño de la comisaría.

Ya allí, hago mis necesidades y, después, me acerco al lavabo. Me miro al espejo y veo mis ojeras marcadas y mis ojos agotados. Llevo más barba de la normal en mí y parece incluso que he envejecido varios años en tan solo unos días.

Me lavo las manos, me mojo un poco la cara y me acerco a la cantina. Allí hay varios compañeros tomándose el almuerzo y algunos comiendo algo más contundente, ya que después tienen tareas que hacer. Yo opto por sacarme un café doble de la máquina y por no echarle nada de azúcar; me gusta sentir el sabor potente sin edulcorar. También veo que alguien ha traído unas

pastas; asumo que por algún cumpleaños, pero paso de preguntar. Cojo un par y me siento en una de las mesas que hay vacías.

—Buenas, Conesa. ¿Qué tal?

—Buenas, señorita García. Podría estar mejor, pero bien, gracias.

—¿Es por lo de siempre? Alégrese, hombre, que estamos en plenas fiestas navideñas.

—Bueno, si usted lo dice... —contesto sacando una sonrisa soberanamente falsa.

—Ánimo. Verá como por fin lo cogemos. Me voy de ronda con Hernández, que ya me está esperando en el coche patrulla. Tenga un buen día.

—Igualmente. Que sea leve y no os gasten muchas bromitas.

Al cabo de diez minutos, me quedo solo en la cantina. Menos mal, porque no me apetece socializar con nadie más.

Enciendo el móvil, que llevo teniendo días apagado, y me encuentro llamadas perdidas y mensajes de *WhatsApp* de Julia. Nadie más. El último mensaje es de ayer y la llamada de antes de ayer. Lo raro es que hoy, tras salir la noticia en la televisión, no tenga noticias tuyas. Quizá está ya en el restaurante y no ha podido verlo. Ojalá, porque me encantaría poder explicárselo yo, aunque ya sea tarde, por supuesto.

Vuelvo al despacho y me siento en la silla del escritorio. Abro el portátil y la noticia es *trending topic* en *Twitter* y está en todos los periódicos digitales. Raro que no se haya enterado. Cabe la posibilidad de que simplemente ya no quiera saber nada de mí, cosa que vería normal.

Volviendo a mis quehaceres me doy cuenta de que tengo que mirar alguna que otra prueba y ordenar los papeles del caso. Pero, creo que estoy muy cansado de esto... llevo días pensando en dimitir, o directamente desentenderme de todo esto. Me está superando y no puedo más.

«Quizás eso sea lo mejor. Marcharme a mi casa y desentenderme», pienso asintiendo con la cabeza. Recojo el portátil y dejo todos los papeles y cosas del caso en mi despacho.

—Adiós, comisaría —susurro mientras salgo por la puerta, quizás para no volver.

Capítulo 28

El reencuentro

Conesa

Lunes, 28 de diciembre de 2020

Me arrepiento de haber quedado con Junqueras. No me apetece nada. Hace mucho que no nos vemos, pero lo conozco realmente bien. Sé que va a hablarme de lo de siempre. No quiero, no me apetece, pero ya no tengo más remedio. Mientras pensaba, ya he llegado a la cafetería y le veo a través del cristal. Su físico ha empeorado, pero sigue conservando la esencia en su mirada. Esa mirada asustadiza, la que realmente no servía para dedicarse en cuerpo y alma a la policía.

Entro y directamente pido un café en la barra. Me dirijo hacia la mesa en la que está sentado y se levanta con ansias a saludarme. Me da un buen apretón de manos y su sonrisa demuestra que él sí que tiene ganas de verme. Mi cara creo que demuestra lo contrario, pero no parece verlo.

—¡Miguel! ¡Felices fiestas!

—Hola Javier, igualmente —respondo de forma automática.

—Me alegro mucho de verte. ¿Cómo te va?

—Bueno, mucho trabajo últimamente en la comisaría. Por lo demás, todo bien. ¿Y tú?

—Bien, bien. Me casé y tengo tres hijos... una familia numerosa, lo que siempre he querido.

—Me alegro mucho, de verdad.

—Gracias, Miguel. De verdad que creo que la mejor decisión que tomé en mi vida fue la de irme del cuerpo de policía... no valía para la posibilidad de ver esas cosas todos los días.

Ya ha salido el monotema. Mucho ha tardado; creo que ha sido el récord. Las demás veces ha sido por teléfono, pero en persona parece que ha sido más reticente.

—Ya ves, no todo el mundo es capaz de dedicarse a ello. Es una profesión muy difícil.

—Y tanto, amigo, y tanto...

—...

Se crea un silencio incómodo en la conversación. Yo lo aprovecho para tomar el café largo que me acaba de traer el camarero a la mesa. Él no sabe dónde mirar. Parece que quiere decirme algo, pero no se atreve.

—Miguel, yo...

—Dime —respondo ya hastiado.

—Lo siento por sacar el tema, sé que no te gusta demasiado, pero creo que es algo que nos marcó la vida a ambos.

—Lo sé, Javier, lo sé.

—Ya...

—...

—Por eso quería preguntarte una cosa.

—Dime.

- ¿Lo habéis cogido por fin? ¿Habéis cogido al asesino?
—No debería hablar de ello aún, pero digamos que sí y no.
—¿Cómo que sí y no?

Noto que se pone nervioso y se frota las manos. Sé que necesita saber esa información para pasar página. Quizás yo también.

—Sí, a que hemos cogido al asesino de la mujer que apareció muerta el año pasado. No, a que no es el mismo asesino.

—Oh... —Su cara de terror es evidente. Aún le traumatiza.

—Bueno, no te puedo contar mucho más, lo siento... ya sabes...

—El sumario, sí, sí, lo sé —contesta cortándome antes de que lo diga yo mismo.

Se vuelve a crear otro silencio. Aprovecho entonces para terminar el café y, así, entienda que no estaré mucho más aquí. Puede sonar asocial o poco empático, pero esta conversación no me está gustando. Lo peor es que ya lo veía venir. Por algo quería verme, está claro.

—Lo siento, Miguel, de verdad... Es que ahora que soy padre me pongo en la situación de esos niños y se me parte el alma. Pero bueno, entiendo que tú eres más fuerte para esto. Al fin y al cabo, lo has vivido en primera persona.

—...

Me quedo callado, no pretendía que me recordase esto. No ahora.

—Ya sabes, lo de tu padre y tu madre... bueno. Estas cosas a ti te han fortalecido de más. Yo siempre he vivido en un hogar bastante estable... y... bueno, perdón —expresa sabiendo la metedura de pata.

—No te preocupes. Mi padre era policía. Al fin y al cabo, se arriesgaba a eso, al igual que yo. Lo de mi madre ya fue más jodido, un efecto colateral. Un putadón, vamos —contesto herido.

—Ya, es que con 17 años tiene que ser muy jodido. Además, fue tan sonado en las noticias que no ayudaría nada...

—...

Otro silencio incómodo. Me está doliendo esta conversación. Pido la cuenta para que se dé por enterado de que tengo prisa por irme. Pero, aun así, parece que no lo pillá y sigue hablando. Se le siguen dando bien los interrogatorios al parecer.

—Y ¿qué es de tu vida? ¿Te casaste? ¿Tienes hijos?

—No, qué va. 50 y tantos y soltero —contesto simpático, ya que al menos ha cambiado de tema.

—¿Y la chica esa con la que estabas cuando yo estaba aún en el cuerpo? ¿Qué fue de ella?

—Se esfumó.

—Vaya, lo siento mucho. Estabas muy enamorado, ¿no?

—Parece ser que en mi vida nada va bien. Pierdo a quienes más quiero.

—Bueno, no te preocupes, siempre tendrás un amigo aquí cuando quieras.

—Gracias. De verdad... Bueno, me tengo que ir, que tengo que hacer unos recados.

—Bueno, Miguel, un placer, a ver si nos vemos más a menudo —contesta entusiasmado.

—Claro, hasta luego —contesto tras dejar unas monedas en el platito de la cuenta.

Salgo de la cafetería. No quería que me recordase a mis padres ni a ella. No. Me hace sentir solo. No quiero estar solo. No debió pasar lo que pasó... pero el pasado no se puede arreglar,

solo se puede recordar.

Capítulo 29

Mamá

Quique

Martes, 28 de diciembre de 2021

—¡Julia! ¡Escóndete! ¡Cuento hasta 20! 1, 2, 3, 4...

Oigo a mi hermana corretear. Aunque tiene un año y medio, va a todo trapo. Sigo contando y lo hago despacio adrede. Quiero que tenga tiempo para pensar un buen escondite.

—...10, 11, 12, 13...

Escucho cómo se abre el armario; le encanta esconderse ahí. Aun así, voy a hacer como que tardo en encontrarla.

—... 18, 19 y 20. ¡Voy!

Recorro primero la cocina, abriendo los armarios. Después detrás del sofá y del mueble de la televisión.

—¡Juliaaaa! ¿Dónde estás?

Después voy al baño y miro en la bañera. Tampoco... aunque eso ya lo sé. Por último, voy a la habitación de mi mamá. Hago como que la busco debajo de la cama y oigo su risa. Me encanta esa risa.

Claramente está en el armario; de esos que tienen las lamas que te prohíben ver lo de dentro, pero desde dentro sí que se ve lo de fuera. Obviamente me ha visto.

—¿Holaaaa?

Oigo más risas y abro el armario de golpe.

—¡Aquí estás! ¡Te pillé!

Le hago cosquillas y nos caemos dentro del armario, sobre las toallas que tiene mamá.

De repente oigo cómo se abre la puerta. Mi mamá entra en casa, pero viene con alguien. Cierro las puertas del armario y así la podemos asustar cuando esté sola. Seguro que se enfada al principio, pero luego nos hará nuestra comida favorita.

Le digo a Julia que no hable, que vamos a dar un susto a mamá y asiente con la cabeza riéndose, tapando su boca con las manos. Como el armario es ancho, nos podemos sentar mientras miramos lo que pasa a través de las lamas.

—Alba, tenemos que hablar una cosa. He pensado que... —dice el hombre que ha entrado en la habitación.

No sé quién es. No le veo la cara porque está de espaldas. Lleva abrigo, gorro y guantes. Es invierno así que...

—¿Has pensado el qué exactamente? —contesta mamá.

Mamá se ríe. Ese hombre parece divertirla, quizás lo conozca. Me doy la vuelta y veo a Julia medio dormida. Le digo que se apoye en mí para que no haga ruido y nos descubran.

De repente, escucho a mamá gritar. Quiero salir, pero tengo miedo. El hombre la está

cogiendo del cuello y la tira en la cama.

«Mamá. Tengo miedo».

«Quiero ayudarte y no puedo. Mamá».

Deja de gritar, no la oigo. Me intento asomar por las lamas del armario, pero me brilla un destello en los ojos del fluorescente del motel. Julia está dormida y no quiero despertarla. No quiero que ella tenga miedo. Mamá siempre me dice que tengo que cuidarla.

«Lo siento, mamá. Tengo que cuidar a tata».

Veo como el hombre se levanta de la cama y coge a mamá arrastrándola por la habitación. Le va a manchar el camisón morado que tanto le gusta.

Tengo miedo. Mucho miedo. No puedo moverme. Tengo que cuidar a Julia. Si nos descubre nos hará daño a nosotros también.

Oigo el agua de la bañera. No sé por qué, pero la oigo. También escucho un chapoteo y murmurar y llorar al hombre. No lo entiendo. No entiendo por qué le hace daño y luego llora.

Me caen lágrimas por la mejilla, pero no puedo hacer ruido. Julia parece despertarse, así que me las limpio con la manga del jersey y le digo que siga callada, que puede volver a dormir, que yo la aviso.

En poco rato, escucho un portazo. No sé si el hombre se ha ido, pero tengo miedo. No quiero salir por si acaso. No oigo a mamá, pero tampoco puedo llamarla. Me he quedado sin voz. Noto presión en la garganta, como si no pudiese respirar ni tragar saliva. Noto que estoy aquí y no. Noto la angustia. No quiero salir y ver que mamá ya no está.

No sé cuánto tiempo pasa. Sigo sin poder moverme y Julia sigue dormida. Hay mucho silencio, pero no puedo salir. Al poco, oigo la puerta. Sé que no se me puede ver desde fuera, pero tengo miedo. Parece que se me va a salir el corazón por la boca cuando oigo pasos por el pasillo. Oigo a varias personas hablar.

De repente, se abren las puertas del armario y veo a un hombre. No puedo evitar sollozar en cuanto lo miro, es un policía. Ha venido a ayudar a mi mamá. Seguro.

El policía se agacha y me acaricia el brazo.

—Hola. Soy Miguel. Miguel Conesa.

Me despierto sudando. Hacía mucho que no soñaba con ese día. Más o menos desde hace dos años. Pero, estar aquí encerrado hace que mi mente divague y vuelva a mis pesadillas más oscuras. Ahora mismo solo pienso en mi madre. Obviamente, no volví a verla: la habían asesinado.

Creo que mi mente no va a cerrar este capítulo hasta que se sepa quién es el asesino del Camisón Morado. Por muchas investigaciones que hicieron, jamás llegaron a ninguna conclusión. Sabían su *modus operandi*, pero nunca lo cogieron. Mi madre, al parecer, fue la última víctima de ese hombre; quizás murió o algo. Nunca se supo.

Miro a mi alrededor y veo lo de todos los días desde hace un año: una habitación blanca, sin ningún estímulo y con unas rejas en la ventana. Es tan claustrofóbico y rutinario que no sé si llevo solo un año o más, quizás una eternidad. No tengo siquiera una televisión para entretenerme. Según dicen los médicos de por aquí, no puedo tener información externa que ellos no puedan controlar. Por eso, cuando vienen a visitarme apenas pueden contarme nada, simplemente cosas superficiales: qué tal están y poco más. Aunque bueno, lo importante es la compañía. Tengo que aprovecharla cuando la tengo, porque, la mayor parte del tiempo, estoy

solo.

Si bien es verdad que tenemos terapias grupales e individuales, y tiempos de recreo, no me suele gustar estar rodeado de desconocidos. Nunca he sido muy social. Ni siquiera sé cómo conocí a Silvia, mi mujer... bueno, mi futura exmujer.

No la culpo, yo creo que no habría aguantado ni la mitad que ella. Me quiere, lo sé, pero una situación así es inaguantable para cualquiera.

Cuando nos conocimos, Silvia creía que simplemente era una persona asocial, no sabía todo lo que tenía detrás. Sí que es verdad que le conté que iba a terapia de vez en cuando, ya que había tenido una infancia difícil y sufría de ansiedad y estrés, pero no le conté todo el trasfondo de mi historia. Creo que no se merecía conocer todo lo que estaba detrás, aunque creo que, realmente, no se lo conté por egoísmo: no quería quedarme solo de nuevo. Por fin, una persona me quería tal como era.

Cuando nació Lucas, tuve, por así decirlo, una temporada buena. Me encontraba bien, estaba feliz, pero, cuando fue creciendo, me di cuenta de que quería ser el mejor padre para él. Yo, realmente, no conocí al mío, pero su infancia debía ser diez veces mejor que la mía. De verdad, lo intenté, pero cuando Lucas fue más consciente de todo lo que le rodeaba, me vine abajo. Era ya un ser racional que sabía hablar, andar, preguntar cosas; en definitiva, que tenía curiosidad.

Me acuerdo un día que me preguntó por sus abuelos. No supe qué responder. Entonces, en ese momento me derrumbé del todo. No tenía una historia familiar que contarle ni tampoco podía disfrutar de unos primos, ya que perdí la pista de Julia demasiado pronto.

Con la ayuda de terapia, algo de medicación y el amor de Silvia y de Lucas, conseguí salir de ese pozo. Sé que ambos lo pasaron mal y es algo de lo que me arrepentiré toda la vida. Nadie debería sufrir la depresión de un ser querido. No puedo hacerme a la idea de lo que pasaron por mi culpa.

A los tres años y algo, nos enteramos de que Silvia estaba embarazada de nuevo. Nos encontrábamos radiantes, alegres, felices. Cuando nació María, por cesárea, por cierto, nos iluminó la vida. El primer año fue difícil porque era una niña muy llorona y peleona, pero cuando empezó a interactuar más con su hermano, se fue calmando. Eran cómplices y, bueno, lo siguen siendo. Se llevan cuatro años y creo que es la diferencia perfecta.

Un día, cuando María tenía unos dos años, los vi jugar al escondite en casa y no pude evitar recordar a mi hermana. Sentí la necesidad de saber de ella y, en vez de hundirme, me agarré a la esperanza de encontrarla y poder ser una familia de nuevo. Yo tenía un vacío y sabía que se iba a llenar cuando apareciese y le contase todo. Pero, algo pasó en mi mente y todo se torció. Siempre mi mente. Me odio. No he hecho más que daño a la gente que me importa. Quizás es mejor que me quede aquí, solo, y así no joderé a mi familia.

Me saca de mis pensamientos la auxiliar. Me trae la comida. Sí, me he echado la siesta del carnero, antes de comer, pero es que últimamente duermo fatal. Yo no tengo espejo en la habitación, pero asumo que tendré ojeras y una pinta horrible. Tampoco me dejan afeitarme a mí solo, así que mi pinta tiene que ser como para sacarme una foto.

—Hola, Quique. ¿Qué tal te encuentras hoy?

—Bien, bueno, estoy sudando, la verdad.

—¿Otra pesadilla?

—Sí, desgraciadamente sí.

—Bueno, espero que la comida de hoy te anime. Es tu favorita —exclama queriendo animarme.

Me deja la bandeja en la mesa y veo que son espaguetis con tomate y de segundo, albóndigas en salsa española. No es exactamente mi comida favorita, pero agradezco el intento y la simpatía. Carla, así se llama la auxiliar, me cae bien. De todas las que hay por aquí es la más alegre y empática con los pacientes. Intenta interesarse por cómo estamos, al menos; cosa que se agradece estando aquí encerrado.

—Que aproveche. Hasta luego.

—Gracias, Carla. Hasta luego —exclamo mientras ya formo el primer entresijo de espaguetis en el tenedor.

Cierra la puerta y me dispongo a comer. Lo que más echo de menos es cómo comía en casa. Hay veces que no nos damos cuenta de esos detalles tan insignificantes. Además, ahora estamos en época navideña y este año, aunque he salido durante unas horas, enseguida tuve que volver al centro. Estoy con tratamiento y con varias crisis, así que no es el momento para recibir demasiados estímulos. Estoy aquí, en el psiquiátrico, hasta que valoren si puedo terminar de cumplir mi condena en una cárcel, con rebaja de condena por buen comportamiento y colaboración, o tengo que pudrirme aquí. Realmente, no sé lo que prefiero.

Solo voy a poder salir el día de la comunión de Lucas. He pedido exclusivamente ese día porque sé que para Silvia es muy importante. Además, allí podré ver a todos ya que están invitados. Por lo tanto, es una especie de dos por uno.

En todo caso, parece que las terapias grupales e individuales me ayudan. Siento mucho no haber podido aprovechar toda la vida magnífica que tenía fuera, pero es mi cabeza la que lo hace... yo, solo puedo tener esperanza y esforzarme para salir cuanto antes de todo este embrollo. Mi mente tiene que cerrar este ciclo, y la herramienta más importante soy yo.

Capítulo 30

El Día de los Inocentes

Julia

Martes, 28 de diciembre de 2021

Estoy un poco más calmada. Hablar con Andrea siempre me relaja. Es mi otra mitad porque me complementa. Somos totalmente diferentes: lo que tiene el uno no lo tiene el otro y al revés. Yo soy muy nerviosa y estoy todo el día con la tila en la mano y, sin embargo, él siempre se lo toma todo con bastante calma.

Ya estoy en el restaurante. He venido antes de tiempo después de enterarme de la noticia que Conesa no me quiso adelantar. Realmente, no le puedo culpar porque es secreto de sumario, pero... joder, es el asesino de mi madre. Creía que éramos amigos, pero quizás me excedí en mis sentimientos. Me tengo que hacer a la idea de que es un policía y, simplemente, quiso ayudarme en su momento. Ya está. No me debe absolutamente nada.

Me dispongo a ir preparando las salsas de los platos. Obviamente, hay que tener algunas preparadas desde el principio, como por ejemplo la *bolognesa*. Tarda bastante en hacerse porque es mejor que se cocine a fuego lento. Después de poner a hacer *chup-chup* la salsa, me dispongo a hacer albóndigas. A lo tonto, es el plato que más piden en el restaurante: *spaghetti* con albóndigas. Lo agradezco muchísimo, porque realmente me encanta hacerlo.

Y pensar que eso lo tengo en común con mi hermano... A veces aún se me hace raro llamarle así, o incluso Quique. Yo lo conocí como Pedro y es muy difícil desprenderse de un nombre que significó tanto en su día.

Oigo que me llaman desde la sala:

—¡¡¡Ya estamos por aquí!!! —grita Tulio.

—¡Vaaaleee! —contesto yo desde la cocina.

Me siento realmente culpable porque Tulio y Óliver no hayan podido hacer la luna de miel, por adelantado, que realmente querían. Su sueño era pasar las navidades y Año Nuevo en Nueva York y renunciaron a eso por ayudarme en el restaurante durante la falta de Andrea. Se lo agradezco a los dos, pero no puedo evitar pensar que les he quitado un poco de felicidad. Ellos insisten en que pueden hacer ese viaje el año que viene, pero todos sabemos cómo está la economía últimamente.

De repente, entran Tulio y Óliver y ambos me saludan con un abrazo por detrás. Yo les correspondo con las manos manchadas.

—Joder, Julia, pero límpiame —contesta Óliver con cara de asco. Es un poco asquerosito a veces.

—Pero si no me habéis dado tiempo —le digo riéndome.

Tulio, que sabe cómo es su pareja, coge un poco de harina que tengo en la encimera y se la pasa por la cara. La cara de espanto de Óliver es para enmarcarla y lo mismo piensa mi

compañero, porque lo primero que hace es sacar el móvil y hacerle una foto.

—Bendito Día de los Inocentes, tiene narices.

Óliver se va al baño y nos deja solos, riéndonos a carcajadas.

—¿Estás bien, Julia?

—Sí, algo triste... pero bien.

—Bueno, no te preocupes. Nosotros estamos para entretenerte mientras Andrea no está. Vas donde tu hermana a pasar la Nochevieja, ¿no?

—Sí...

—¿Y ahora qué? —pregunta Tulio con una mueca.

—Pues que pensaba invitar a Miguel y no contesta. Está desaparecido y encima la noticia...

—¿Qué noticia?

—¿No te has enterado? —pregunto extrañada.

En un poco, ya le he resumido todo lo que pasó con Miguel desde el día de Navidad hasta ahora: hasta que la noticia sacudió mi corazón. Tulio es un buen conversador, pero sobre todo es un amigo que sabe escuchar, así que simplemente me deja hablar y no me interrumpe. Creo que estoy rodeada de gente maravillosa. Al igual que nos pasa a Andrea y a mí, Tulio y Óliver también se complementan por ser distintos.

—Vaaaaale... O sea, que Miguel te manda un mensaje al *WhatsApp*, lo borra, te oculta lo que quería decir y días después, o sea, hoy, te enteras que seguramente era lo de que apareció muerta una chica en el río con un camión morado. Y, además, él no da señales de vida desde entonces.

—Exacto.

—Pues, Julia, cariño. Si quieres un consejo, te diría que le des espacio. Quizás esté agobiado con el tema y ya está. No olvides que a él todo esto también le afecta.

—¿Y si me mintió y no le afecta en absoluto? —contesto gimoteando.

—Pues lamento decirte que eso nunca lo sabrás.

Tras esto, Tulio me da un beso en la mejilla y sale de la cocina. Me quedo sola de nuevo y no puedo evitar pensar. Quizás tenga razón y esté exagerando. Voy a dar espacio a Conesa.

Sigo con mis quehaceres y al rato aparece Federico. Es un hombre silencioso, así que no habla. Se pone a hacer inventario del frigorífico, la despensa, de todo. Simplemente nos saludamos, pero yo sé que es así, no le culpo en absoluto.

Llega el primer cliente y tengo que servirle un plato de la especialidad de la casa. Es la comanda que me hace llegar Óliver por la ventanita.

Me doy la vuelta a poner los *spaghetti* a cocer al *dente*. Mientras espero que el agua se ponga a hervir, me entretengo jugando con la cuchara. Echo sal y la pasta en la cazuela. Nada. Unos pocos minutos y estará lista. Mientras se cuece, saco el plato y lo coloco en la encimera.

Al poco, escurro la pasta y la pongo en el plato. Después, voy con él hasta la olla de las albóndigas con tomate y, generosamente, lo echo por encima. Dejo el plato preparado en la poyata de la ventanita y aviso a Óliver de que ya está listo.

Mientras no llegan más clientes, voy haciendo otras cosas y fregando. Así me entretengo. Hoy no creo que venga mucha gente; siendo día de diario y mediodía, quizás salgan incluso más pedidos a domicilio que en el restaurante. Hace poco, Federico contrató a una chica que quiere sacarse unos eurillos para poder costearse parte de la carrera que está estudiando a distancia. Se llama Alicia y es muy simpática. Activa, con una sonrisa bonita y dos hoyuelos en las mejillas.

Con pelo castaño oscuros y ojos verdes... Vamos, una muñeca: es absolutamente preciosa. Además, para trabajar no utiliza maquillaje. Ella dice que no quiere enmascararse tras un potingue y yo la entiendo, tampoco suelo hacerlo. Ana y mi hermana sí son capaces de maquillarse sin que parezcan payasos... las admiro por ello. Si yo quisiera ponerme a hacerlo, seguramente me saldría un churro. Para gustos... los colores.

Me saca de mis pensamientos Federico, que entra en la cocina con cara muy seria.

—Julia, ¿puedes venir, por favor?

Me asusto. Algo ha tenido que pasar para que me hable así. Salgo a la sala detrás de él y veo a Tulio y Óliver alrededor de la mesa del cliente con cara de preocupación. Cuando llego, todos me miran.

—Esto pica mucho. No se puede tolerar que en un restaurante italiano no sepan hacer su supuesta «especialidad de la casa» —terminó su explicación haciendo con los dedos el símbolo de las comillas.

No sé qué decir. Me pongo roja y creo que voy a llorar.

—¿Perdone?

—Lo que ha oído. Pruébalo, pruébalo —contesta indignado y cruzándose de brazos.

Me armo de valor, cojo un tenedor, de los que hay en otra mesa, enrolló unos pocos *spaghetti* en él y me lo llevo a la boca. Según saboreo la salsa me quiero morir. No lo entiendo. Me acaloro, pica muchísimo. No entiendo qué ha podido pasar. Trago la comida por mi orgullo y pido perdón. Le ofrezco otro plato, pero lo rechaza. No sé qué hacer porque todos me miran y nadie sale a defenderme.

De repente, todos se empiezan a reír y Alicia aparece con un ramo de flores y un trozo de papel cortado con el famoso muñequito del Día de los Inocentes.

—Lo siento, Julia. Ya sabes que me encanta este día —dice por fin Federico partiéndose de risa.

—Ya veo, ya. Por eso estabas tan callado, ¿no?

No recibo respuesta, porque después de mi pregunta se produce una segunda oleada de risas.

—Julia, te presento a mi primo Alfredo.

—Encantado, Julia. Le dije a Federico que no te lo ibas a tragar, pero has caído.

—¿Y cómo habéis hecho para que pique?

—Simple, Federico cogió de la cocina algo de cayena de la que tenías cortada para otra salsa y yo la eché en el plato antes de que vinieses —ríe Óliver.

—Muy buen plato Julia, enhorabuena —me dice Alfredo con orgullo.

—Ya. Muchas gracias. Venga, todos a trabajar, que me tenéis contenta.

Capítulo 31

Bienvenido, año 2022

Julia

Viernes, 31 de diciembre de 2021

Hace frío. Acabo de salir del restaurante. Hoy, como es Nochevieja, no abrimos para el servicio de noche. Son las seis y media de la tarde y ya hemos dejado todo limpio y ordenado para empezar el año con buen pie. Me he despedido de Tulio, Óliver, Alicia y Federico y les he deseado ya una próspera salida y entrada de año.

Está empezando a helar. Me estoy poniendo los guantes, cuando me llama mi hermana para recordarme que tengo que llevar los canapés de cangrejo.

—¡Que síiii!

—Más te vale, que luego tu sobrina está de morros toda la cena.

—Sí, sí, venga, hasta luego.

Cuelgo. Tengo las manos congeladas. Necesito los guantes ya. Saco las llaves de casa de mi mochilita negra con orejas de Minnie Mouse, que compré en *Primark* el mes pasado, y me las guardo en el bolsillo del abrigo.

Hay algo de niebla, pero no demasiada. Mi hermana siempre me dice que hace tiempo que las nieblas no son lo que eran aquí hace años y la creo, pero hay veces que parece la meteoróloga de Televisión Española.

Mientras voy caminando hacia mi casa, me asalta la duda de si guardé esta mañana la mezcla de los canapés en el frigorífico. Más me vale, porque si no ya me dirás quién se lo va a comer. De todas formas, dentro de lo malo, tendría tiempo para volver a hacerlo, pero me da mucha pereza después del servicio de comidas en el restaurante.

Después de unos cinco minutos, llego a casa sin haberme congelado por el camino. Abro y me encuentro con un ambiente gélido que me hace tiritar. «Hace más frío aquí que en la calle, vaya tela». Subo un poco la temperatura del termostato para que se caldee el ambiente y me quito los guantes, ya que del abrigo aún no me veo capaz de desprenderme.

Lo primero que hago después es abrir el frigorífico.

«Aquí está la mezcla de los canapés de cangrejo, menos mal».

Le echo valor y me quito el abrigo, me lavo las manos en el fregadero de la cocina y me seco con un paño. Saco del armario de arriba unas tartaletas de hojaldre fino que compré el otro día en el supermercado y una cucharita pequeña del cajón de abajo. Me dispongo, entonces, a rellenarlas de la mezcla de huevo, palitos de cangrejo y mayonesa que mi sobrina adora más que a nada en el mundo. No entiendo cómo le puede gustar tanto, pero ya se sabe que para gustos los colores.

Cuando termino, envuelvo la bandeja honda en papel de aluminio y me lavo de nuevo las manos. Ahora toca vestirse y, como es costumbre en casa de Marta, bueno, y quizás en todas,

hay que llevar algo rojo. Yo opto por vestirme de negro, embutida hasta el cuello para no pasar frío, pero con las bragas y el sujetador de ese color tan chillón.

«Bueno, va, me voy a poner estos calcetines también, por qué no».

Y así, con toda mi ropa interior llena de tradición, me pongo encima un vaquero negro, una camiseta negra con mangas de gasa y un jersey de cuello alto. Hay que ir divina, pero no es necesario congelarse en el intento.

Cojo también un tarro de banderillas y lo meto en mi mochila.

«Y ya estaría».

Me pongo el abrigo, los guantes, los botines negros que me llegan por la mitad de la pantorrilla y me cuelgo la mochila. Cojo las llaves y salgo de casa.

«Mierda, los canapés».

De nuevo, me toca entrar en casa y coger la bandeja. Cierro bien la puerta y me voy a casa de mi hermana. Tardo un poco más de tiempo en llegar que al restaurante, porque prácticamente está al otro lado del pueblo. Menos mal que no es extremadamente grande y, en cuestión de veinte minutos, ya estoy tocando el timbre.

Me abre mi sobrina, sonriente, con una diadema de antenas y un vestido de manga larga rojos. Lleva unas medias negras tupidas y unas botas del mismo color.

—¡Tíaaaaaaaaa! —Se abalanza sobre mí.

—Hola, cariño. Cuidado con los canapés —la contesto con una carcajada.

—¿Puedo llevarlos yo?

—Sí, claro.

Y, así, prácticamente, me los quita de las manos y se va corriendo a la cocina. Cierro la puerta y un olor a guiso me entra por las fosas nasales. Cuando sigo el camino de mi sobrina me doy cuenta de que mi hermana ya está a toda máquina. Mi cuñado está con la ensaladilla rusa, que es su gran pasión, y Marta está ultimando todo para preparar la merluza en salsa verde y el solomillo a la pimienta. A un lado, veo unos gambones descongelándose, cerca del fregadero.

—¿Necesitáis que haga algo? —contesto descolgándome la mochila y quitándome el abrigo.

—Sí, por fa, mira a ver si están descongelados los gambones y pon la plancha.

—Vale, un segundo.

Salgo por la puerta y entro en el salón para dejar mi abrigo, mis guantes y la mochila. Todo está decorado como en Navidad. Ahí siguen el árbol y los espumillones. Pero, esta vez algo nuevo ha aparecido: el Belén, o como lo llamamos en mi casa de toda la vida, El Nacimiento. Por una larga tabla hay arena, musgo, las figuritas de pastorcillos, ovejas, el pesebre entero y, obviamente, los Reyes Magos con sus camellos y sus pajes. Van de camino y mi hermana los irá moviendo según avancen los días.

Además, también veo la mesa ya puesta y decorada muy de Nochevieja. Mucho brillante y mucho rojo. Encima de cada uno de los platos hay una bolsa de «cotillón» en la que entran antifaces, «matasuegras» y diademas con antenitas, entre otros objetos festivos. Obviamente, veo que la de mi sobrina ya está abierta.

Saco el tarro de banderillas de la mochila y me dirijo de nuevo a la cocina.

—¡Olé, cuñada! ¡Cómo me conoces! —me dice mientras me quita el tarro de las manos.

Yo me río porque no puedo hacer otra cosa y me acerco a los gambones. Sí, están descongelados. Son las ocho y media de la tarde, pero en esta casa empezamos pronto a cenar

porque si no luego no llegamos a las uvas a tiempo.

Enciendo la plancha y espero a que esté bastante caliente. Odio hacer este tipo de comidas en la plancha porque luego se te queda todo el olorazo, pero un día es un día. Me duché esta mañana y ya como que me da igual. Quizás huela a orégano y ni siquiera me haya dado cuenta.

Lucía no está y Marta aprovecha para acercarse a mí.

—¿Qué? Dime que te has preguntado dónde está el perro del refugio.

—¡Es verdad!

—Chssss, no chilles —contesta Marta susurrando—. Está en su habitación, pero no es sorda.

—Perdón... —le digo aguantándome la risa.

—Ven.

La sigo y me lleva al despacho de mi cuñado. Ya lo había visto antes. Es un sitio bastante espacioso; lo suficiente como para no ahogarte en él mientras eres contable y haces movidas varias. No entiendo mucho de esto, así que bueno, mientras a él le guste y gane dinero... todo bien.

Abre la puerta y veo todo superacondicionado para una mascota. Además, tienen una puerta que da al jardín de atrás. Me asomo detrás de la mesa y veo un chihuahua pequeñísimo y tiritando en una camita para perros y una mantita por encima.

—Pobrecito, está temblando.

—Sí, creemos que aún tiene pesadillas por lo del abandono en la calle, ya sabes.

Me agacho y le acaricio la cabecita.

—¿Ya tiene nombre o...?

—Qué va. Se lo va a poner Lucía. Después de las uvas.

Sonríó a mi hermana. Tiene un corazón de oro. Salimos cuidadosamente de la habitación, para no molestar al perrito y nos vamos de nuevo a la cocina. Mi cuñado ya había empezado a poner algunos gambones en la plancha y, al ver que ya hemos vuelto, se va de nuevo a su querida ensaladilla. Creo que ha hecho para todos los vecinos, pero bueno, mejor, seguramente luego me dejen llevarme un *tupper*.

De repente, Lucía entra corriendo en la cocina.

—¡Lucía! ¿¡Qué te tengo dicho de correr en la cocina!?

—Lo siento, mamá —contesta borrando su sonrisa.

—No te preocupes, anda. ¿Qué pasa?

—¿Puedo poner una película?

—Sí, claro.

—¡Bieeeeeen!

Y se marcha corriendo, tal cual vino, y la oigo trastear con el mando de la televisión.

Doy la vuelta a los gambones y les echo limón: el toque especial. Cuando acabo, al cabo de un rato, con todos, los coloco en una bandeja y los llevo a la mesa del salón-comedor, donde ya están los canapés y las banderillas que he traído, la ensaladilla y una bandeja con jamón serrano.

Veo que Lucía está ensimismada con la película y me acerco a ella. Me siento a su lado en el sofá.

—¿Es *Frozen*?

—¡Tía! ¡Es *Frozen 2*!

—Ah, vale, vale. ¿Te gusta?

—¡Claro! La he visto más de cincuenta veces —contesta sonriendo.

Le acaricio el pelo. Ese pelo pelirrojo que tiene taaaan bonito.

De repente, Elsa, una de las protagonistas de la película empieza a cantar. Se me pone la piel de gallina. Creo que necesito ver esta película desde el principio, se lo propondré luego a mi sobrina. Tarde de chicas, quizás.

*¿Qué quieres tú?
Ya no me dejas ni dormir.
¿Has venido a distraerme?
No me quieras confundir.
O, tal vez, seas alguien que es muy parecido a mí;
que en su interior sabe que no es de aquí.
Cada día es más difícil,
según crece mi poder.
Algo hay en mi interior que quiere ir.
Mucho más allá
Mucho más allá...*

Lo dicho, piel de gallina. Asumo que la voz es la de Gisela, concursante del primer Operación Triunfo. Ella se ganó un contrato con *Walt Disney Pictures* para interpretar la banda sonora de la segunda parte de *Peter Pan* y, sinceramente, se ganó todos mis respetos y amo lo que hace.

Como no quiero hacerme *spoiler*, me voy de nuevo a la cocina para ver si mi hermana y mi cuñado necesitan más ayuda. Al parecer no, así que me siento en la mesa y ojeo el móvil.

Hola chiqui! En casa de tu hermana ya?

Es Ana. Obviamente, hablamos, aunque ella ahora no viva aquí.

Hola reina! Pues sí, toda la mesa lista y mi sobrina con Frozen 2 de fondo jajaja

Ayyyy, esa peli es genial!

No la he visto 🙄

No me jodas!! Hay que verla

Perfecto! Una tarde de chicas antes de que nazca el niño!

Ya lo vamos hablando!! Voy a cenar! Te quiero ❤️

Te quiero!!

Qué fuerte es y cuánto la admiro. De todas formas, estar algo aislada en el pueblo de sus padres creo que le está viniendo bien. El psicólogo del hospital se lo aconsejó encarecidamente. Obviamente, está de baja en el trabajo, pero no me extrañaría que lo dejara. Tenemos una conversación pendiente, pero por lo que me ha contado por encima, el ambiente tóxico en el trabajo es uno de los temas que está tratando en terapia.

Aparte de toda la ayuda profesional, también tiene la personal. Sus padres y Luis la están ayudando mucho, moralmente hablando. Luis es un amor y Ana ha prometido contarme muchas cositas. Ha pasado un año desde lo ocurrido, pero la ayuda se da hasta que se deja de necesitar y estoy orgullosa de que la haya pedido y que siga con ella.

Dejo el móvil boca abajo en el mantel navideño de color rojo y dorado y todos los demás se sientan en la mesa. Cenamos y cenamos. Primero los entrantes y después la merluza en salsa verde. Lucía no la come aún, pero seguro que acaba adorándola como su madre... o no. Después el solomillo a la pimienta, que entra como puede y con el botón del pantalón desabrochado.

Cuando acabamos de cenar, recogemos entre todos y vamos poniendo las campanadas. Este año las vamos a ver en televisión española ya que no había unanimidad por la cadena en la que verlo; así que, la de toda la vida y punto.

Colocamos copitas para el champán y una para mi sobrina, que se servirá el que es dulce sin alcohol para niños. También traemos los cuenquitos con las uvas y el de conguitos para Lucía. Faltan cinco minutos para que dé comienzo el año 2022 y estoy nerviosa. Me encanta empezar de nuevo. De cero.

Tras algunas risas y demás, empiezan a hablar Anne Igartiburu y Jacob Petrus. Este año no las da Ramón García.

Suenan los cuartos y...

—1, 2, 3, 4, 5...

Yo ya tengo toda la boca llena de uvas y titos que no he podido tragar. No sé cómo voy a llegar al final.

—6, 7, 8, 9, 10, 11...

«Venga, Julia, tú puedes, solo queda una».

—... ¡12! FELIZ AÑO NUEVO. FELIZ AÑO 2022.

Mi cuñado abre el champán, nos sirve y después el de Lucía. Todos nos damos besos y abrazos y brindamos. Una videollamada suena en mi móvil, es Andrea.

—¡Hola, cariño, feliz año nuevo!

—¡Igual, amor!

—Papá, mamá, hermano, esta es Julia.

—Encantada —contesto sonriendo.

Yo también presento a los míos y hablamos un ratito más sobre cómo van las cosas por allí.

—Mira que casi toda la vida he celebrado la Nochevieja aquí, pero lo de las lentejas no lo veo... —resopla Andrea al otro lado de la videollamada.

—Lentejas con *cotechino* —aclara su madre riéndose.

—¿Qué es eso?

—Pues... es como la butifarra, algo parecido.

—Puff... yo no podría, te acompaño en el sentimiento —expreso aguantándome la risa.

—Muy graciosa.

Al final todos acabamos riéndonos y contándonos anécdotas de estas fechas. No sabía que la madre de Andrea hablaba tan bien español. Sí que sabía que estuvo estudiando dos años aquí, pero me ha fascinado lo bien que se ha comunicado con nosotros.

Al cortar al rato la videollamada, ha llegado el momento más esperado, aunque Lucía aún no lo sepa. De repente, mi cuñado aparece con el perrito blanco en brazos y se sitúa detrás de su hija.

—Lucía...

—¿Qué papá? —pregunta mientras se da la vuelta—. ¿Quééééé?

—Tienes que ponerle nombre. Lo ha pasado muy mal en la calle y sabemos que tú lo vas a cuidar muy bien.

Lucía empieza a llorar acurrucando al perro contra su pecho. Le da besos mientras se sorbe los mocos.

—¡Olaf!

—No, Lucía, no vamos a ver *Frozen* otra vez.

—No, mamá, que se llama Olaf.

Yo sonrío ante esta estampa preciosa propia de las navidades. Lucía no podía haber empezado mejor el año. Sé que va a cuidar a ese perro como a sí misma y eso me hace la tía más feliz del mundo.

De repente, me vibra el móvil y lo cojo. Leo el mensaje de *WhatsApp* para mí bastante sorprendida, pero contenta. Es de Miguel.

Hola, Julia. Sé que te he estado ignorando estos días, y por eso te quería pedir perdón.

Soy tu amigo y no me he portado como tal, pero también estaba atado de pies y manos.

Lo siento y feliz Año.

Espero que podamos vernos pronto.

Capítulo 32

No estoy solo

Conesa

Viernes, 31 de diciembre de 2021

Son las once y cuarto de la noche o, al menos, eso marca mi reloj de pared. Espero al menos haberle cambiado la hora, porque no me haría gracia alguna haberme perdido las Campanadas. Aunque asumo que ya me habría dado cuenta, ya que al lado de mi casa hay un descampado y suelen tirar petardos y fuegos artificiales modo *amateur*. A mí me molestan mucho y a las mascotas de mis vecinos también, pero qué se le va a hacer. Siempre me han perturbado los *hobbies* de la gente.

Estoy en la cocina terminando de cocinar. Bueno, de cocinar... de hacer un filete de ternera a la plancha y unas patatas en la airfryer. También me he cortado en rodajas un par de tomates y les he puesto un poco de orégano y aceite de oliva. Esa es mi cena de Nochevieja. Vivo solo y no me voy a poner a hacer un banquete.

Me dispongo a cenar y enciendo la tele. Están echando uno de esos típicos programas en los que recuerdan todo lo acontecido en el año; eso sí, siempre con un toque de humor. El filete lo he hecho al punto y las patatas en la freidora de aire siempre le dan un toque diferente. A mí me gusta que queden crujientes, así que las he dejado un poco más de tiempo. Los tomates son de la frutería de debajo de mi casa, así que son de huerta garantizada.

En nada ya son las doce menos cuarto. Me asusto porque la televisión me ha absorbido demasiado. Me levanto y llevo el plato y los cubiertos a la cocina. Vuelvo con las doce uvas y una copita llena de champán. Ya he abierto la botella, total... qué más da; no tengo a nadie con quien brindar hoy.

Mi vida ha dado de nuevo un giro de 180 grados. Cuando creía que más o menos me encontraba bien, de nuevo el estrés y la tensión han vuelto a mi vida. Y es hoy cuando me acuerdo de todas las personas a las que he dejado atrás... o me han dejado a mí. Me acuerdo de ella. Ella, que tenía esa melena tan larga y rizada. Ella, que llevaba siempre esa colonia con olores tan cítricos y florales. Ella, que era tan especial, tan única... Hasta que todo acabó. La echo mucho de menos, pero las cosas que me prepara la vida suelen ser bastante crudas. También me acuerdo de ellos, de mis padres. Ya no están aquí, pero siempre los tengo presentes.

En fin... Mi vida está llena de pérdidas, de una manera o de otra. Me siento solo. Sí que es verdad que, con Julia en mi vida, me había vuelto la ilusión de tener una amiga. Pero nada más lejos de la realidad. Siempre la cago y acabo apartando de mi vida a la gente más importante. También aparté a Junqueras porque todo el rato me sacaba el tema del asesino del Camisón Morado y llegó un momento que no aguantaba más ese tipo de amistad. Una amistad basada en el interés, ya que yo seguía trabajando en la policía y él quería saber novedades del caso. Punto.

Llega un momento en el que no sé si la culpa es mía o es de los demás. Aunque, si al final

acabo perdiendo a todo el mundo, quizás hay algo malo en mí.

Subo un poco el volumen de la tele y veo que Anne Igartiburu y Jacob Petrus están hablando de las cosas que se llevan de este año y las que esperan para el siguiente; lo que vienen a ser los propósitos. Yo por mi parte, creo que intentaré no meterme tanta presión; no me hace nada bien. Y quizás debería... ¿disculparme? ¿Empezar de nuevo?

Empiezan los cuartos y yo ya me preparo las dos primeras uvas en la mano. No quiero que me pille desprevenido. Me las como casi de manera automática. Además, son más fáciles de masticar porque les quito la piel.

—FELIZ AÑO NUEVO. FELIZ AÑO 2022.

Pues ya estamos en 2022. Estos dos años se me han pasado muy rápido, la verdad. Me bebo casi la mitad de la botella de champán y me armo de valor. Cojo el móvil y pienso en qué escribir. Cómo expresar un perdón sincero y que no suene demasiado pasteloso. No me gusta ser así. Ya no.

Hola, Julia. Sé que te he estado ignorando estos días, y por eso te quería pedir perdón.

Soy tu amigo y no me he portado como tal, pero también estaba atado de pies y manos.

Lo siento y Feliz Año.

Espero que podamos vernos pronto.

No me arrepiento de este mensaje, de este claro que no.

Hola, Miguel.

No te preocupes, yo también me lo tomé un poco a pecho.

Cuando quieras nos tomamos café ☕

Sonríó automáticamente y noto que he empezado bien el año. Pienso que quizás ya no estoy solo.

Capítulo 33

El amor también duele

Julia

Sábado, 1 de enero de 2022

Suena la alarma del móvil. Son las 11 y media de la mañana. Abro los ojos y me cuesta una barbaridad. Estoy algo desubicada, pero cuando veo el póster de Frozen me doy cuenta de que estoy en la habitación de mi sobrina. Ella aún sigue dormida en su cama. Cuando vengo, le hace ilusión que durmamos juntas, así que sacamos la supletoria y ya está.

Me levanto y voy hacia el baño. Me duele un poco la cabeza, supongo que por el champán y el *Yllera* que nos bebimos en la cena. No sé qué me pasa con el vino, pero me perjudica mucho más que un cubata.

Hago pis y me voy a lavar las manos y la cara. Además, me quito la férula y me cepillo los dientes. Sí, con todas las cosas que han pasado últimamente y al estar viviendo con Andrea, me he dado cuenta de que rechino y aprieto los dientes por la noche. Una visita al dentista y férula de descarga al canto. Sí que es verdad que los primeros días fue un poco incómodo dormir con ella, pero luego se nota mucho la descarga en la mandíbula, en la cabeza o, incluso, en el cuello.

Me miro la cara y tengo una pinta espantosa. No me gusta mucho maquillarme, pero tengo que arreglarme un poquito. Hoy, uno de enero, voy a comer donde mi cuñada. Bueno, excuñada. Realmente, no sé muy bien cómo llamarlo, pero el caso es que Silvia me espera con mis sobrinos para comer y tengo que presentarme algo decente.

Bajo las escaleras y voy a la cocina a hacerme una manzanilla. Marta ya está despierta y se está tomando una taza de café apoyada en una de las encimeras.

—Buenos días —me saluda con una sonrisa.

—Buenos días... —contesto bostezando—. Tienes manzanilla, ¿no?

—Sí, claro.

Abre un cajón y, tras abrir y cerrar una cajita, me ofrece el sobrecito de la infusión. Pongo una taza con agua en el microondas y espero.

—Buena noche, ¿no?

—Sí, la verdad es que lo pasamos bien —contesto riendo.

—¿Lucía aún estaba dormida?

—Sí, no se ha despertado ni con mi alarma del móvil.

—Bien, mejor —contesta radiante.

Suena el microondas e introduzco el sobrecito de la infusión. Y, mientras charlamos, me voy tomando la manzanilla poco a poco.

Subo arriba, me visto sin hacer ruido para que mi sobrina no se despierte y salgo de la habitación. Me despido de mi hermana y me voy a casa.

Hace mucho frío y la niebla aún está baja. Ha debido helar esta noche, ya que todos los

coches aparcados tienen la luna congelada.

Cuando llego a casa, me pego una ducha calentita y me doy una crema hidratante para el cuerpo y otra para la cara. Me doy una crema para las ojeras y, con el albornoz aún puesto, voy para la habitación. Abro el armario y escojo un vestido de punto granate de manga larga y cuello alto. Me visto y lo combino con medias negras, botas altas y una chaqueta del mismo color. Vuelvo al baño, me pongo rímel, un poco de colorete y un bálsamo labial. No me hace falta nada más.

Para ir a casa de Silvia necesito el coche, ya no vive en la misma ciudad; aunque sí que es verdad que se mudó para estar más cerca. Respecto al trabajo, se lo pusieron fácil. La trasladaron a otra universidad en la que, además, necesitaban profesores de apoyo, así que ella encantada. Los niños, en principio, se apañan bastante bien y son sociables, así que sin problema.

Cojo el coche y solo tengo que conducir una hora y algo, pero me da mucha pereza. Cuando llego, intento aparcar cerca de su casa, pero es misión imposible. Me toca andar, después, diez minutos hasta llegar a su portal. Llamo al timbre y me abre casi al instante; subo en ascensor, ya que es un octavo, y, al salir, ya está mi sobrino Lucas esperándome en la puerta.

—¡Titaaaaa! —me saluda mientras me abraza.

—Hola, cariño —expreso con una sonrisa.

—Hola, Julia —me saluda Silvia desde el pasillo.

Le contesto y entramos en casa. La pequeña María está viendo *Ladybug*. Y, simplemente, le acaricio la espalda antes de quitarme el abrigo.

—¡Qué mayor está! ¡Y eso que la vi hace una semana!

—Mucho —contesta Silvia con una sonrisa y ojos melancólicos.

—¿Te ayudo en algo de la cocina?

—Sí, por fa.

Entramos y está muy ordenada. Está haciendo algo en el horno y juraría que es lasaña.

—Estoy haciendo lasaña, que sé que te encanta. Espero que sea digna —Se ríe. Tiene una risa muy contagiosa y acabo riéndome yo también.

—Seguro que sí —le respondo acariciándole el brazo— ¿Estás bien?

—Sí, es muy difícil todo... pero bueno.

Lo sé, es muy difícil. La situación que tiene es del todo complicada. Tiene que ser jodidamente duro que te enteres de todo el pasado de tu marido de un plumazo. Obviamente, Quique no le contó exactamente lo que pasó con mi madre y, sobre todo, lo que pasó después. Sí que sabía que era una persona con depresión, ansiedad, etc., pero nunca lo juzgó; lo quería demasiado como para hacerlo. Encima, con los niños y todo se multiplica por mil el problema.

Sí que es verdad que Silvia es muy transparente con sus hijos y se lo ha intentado explicar con toda la sencillez y calma posibles, pero... no me gustaría estar en sus zapatos ahora mismo. Lo único que puedo hacer es abrazarla y mostrarle mi apoyo. No la conocía hasta hace un año, pero se ha convertido en una persona superimportante en mi vida.

—Corta un poco de queso del que tengo en la nevera, por fa. El de Flor de Esgueva.

—Claro, voy.

Mientras corto el queso, la miro. Me fascina su entereza y cómo es.

—Silvia, no sé si te importará que te pregunte, pero...

—Adelante, dispara. —Gira su cabeza y me sonríe, transmitiéndome confianza.

—Pues... creo que nunca me has contado cómo os conocisteis... Quique y tú.

Noto que se le ensombrece un poco la mirada y se le humedecen los ojos.

—Lo siento, no pretendía...

—Tranquila, en serio, a veces es necesario hablar de estas cosas, y más en familia. —Respira hondo y continúa hablando—. Pues nos conocimos con unos... no sé diecinueve años. Yo acababa, prácticamente, de empezar la carrera e iba mucho a la biblioteca. Un día, bueno, lo vi... tan guapo... Parecía una persona muy tranquila y muy buena, así, de primeras. Yo estaba en una época en la que estaba cansada de los típicos malotes, hacía poco que había roto con mi novio de entonces, un chulo playas de manual.

Ambas nos reímos ante su descripción.

—El caso es que, bueno, obviamente, no nos dirigimos la palabra durante varias semanas... simplemente nos veíamos allí. Éramos como dos desconocidos que tienen citas sin saberlo. En la biblioteca, de vez en cuando, nos mirábamos y ambos sabíamos a qué hora iba y venía el otro. No le conocía de nada, pero... no sé. Nunca he creído en los flechazos ni nada así, pero creo que el destino, el azar, como lo quieras llamar, nos puso allí a los dos para que nos conociéramos. Nos hacíamos falta el uno al otro.

Para un momento de hablar para abrir la puerta del horno y mirar cómo va la lasaña. Cuando está todo en orden, se gira y le regalo una media sonrisa. Sé que necesita soltar todo lo que tiene dentro, así que solo tengo que hacer lo que hace mi hermana: escuchar.

—Resulta que un día decidí que quería saber cómo se llamaba. Simplemente eso. Ese día fui un poco antes a la biblioteca y me senté en la silla de enfrente de donde se solía sentar él. Era un plan perfecto. Necesitaba saber si él tenía el mismo interés que yo. Se sentó en su sitio de siempre y lo supe... era el comienzo de algo especial.

Coge un pañuelo que tenía en el bolsillo del pantalón y se lo lleva a los lacrimales.

—Ahí fue cuando empezó nuestra amistad. Obviamente, a mí me dijo que se llamaba Pedro. Él, en ese momento, estaba estudiando un curso de marketing y de ventas y estaba muy centrado. Me dijo que lo pasó muy mal ya que creció en un orfanato; con el tiempo se abrió a mí o eso suponía entonces, claro... Me contó que sus padres habían muerto en un accidente y que por eso había estado allí encerrado y después en casas de acogida. Claramente, yo le creí.

Lo dicho, no le contó toda la verdad, es más, le mintió. Hay veces que la realidad es mucho más dura y la ocultamos para que los demás no nos juzguen antes de conocernos. Pero, quizás, con ella podría haber sido de otra manera.

—También, al tiempo, estuvimos hablando de su salud mental. Estaba con pastillas para la depresión y la ansiedad. Me dijo que de vez en cuando iba a terapia, pero que como ahora me tenía a mí como amiga estaba dejando de ir, que se encontraba mejor... Obviamente, yo no estaba de acuerdo, pero ya sabes... es tan cabezón...

—Sí, mucho. —Por primera vez interrumpo su monólogo.

—Espera, saco la lasaña, comemos y te sigo contando, ¿vale?

—Vale, llevo los platos.

Comemos mientras escucho anécdotas de mi sobrino y alguna que otra risa de María. Es una risa muy contagiosa y no podemos evitar seguirla. Son adorables, son tan buenos y están tan bien educados que me entra el instinto maternal. La verdad es que alguna vez he hablado de ello con Andrea y él quiere ya, pero yo necesito que todo este ambiente se relaje un poco para poder

planteármelo.

Después de comer la lasaña, que estaba buenísima, nos tomamos una tarta helada de chocolate y nata y los niños se van a la habitación a jugar con sus regalos de Navidad. Nos dejan a ambas solas de nuevo y mientras nos tomamos un café, obviamente el mío descafeinado, podemos seguir hablando.

—No sé dónde me llegaba —se ríe.

—Lo de que quería dejar de ir a terapia.

—Cierto. Bueno, yo no estaba de acuerdo, pero no volvimos a hablar del tema. Un día me vino a buscar mi padre a un bar donde estábamos tomando una copa y le conoció. Le cayó bien y le invitó a trabajar para su empresa.

—¿Cuál es?

—*Luxody*.

Ambas nos quedamos calladas. No tenía ni idea de esto. No sabía que la empresa es la del padre de Silvia. Eso explica mucho más su situación en casa. Obviamente, Quique también ha perjudicado en cierta manera a la empresa y, claro, Silvia está entre la espada y la pared.

—El caso es que bueno... —Suspira—... Empezó a hacer las prácticas del curso en *Luxody* y, mientras, nosotros quedábamos muy a menudo. Solamente éramos amigos. Yo quería algo más, pero él siempre ha sido un poco... reservado para hablar de sentimientos. Pero un día... bueno... estábamos en el coche y se me declaró. Lo demás ya lo sabes. Nos casamos, nos mudamos a vivir juntos y tuvimos a Lucas y María. Idas y venidas respecto a su salud mental, sobre todo con los nacimientos de nuestros hijos... pero fue empeorando con el tiempo. No sabía siquiera que te estaba buscando, porque no sabía su historia. Incluso por cómo se comportaba, creía que me estaba poniendo los cuernos, que estaba con otra persona. Me ponía muchas excusas cuando estaba tiempo fuera de casa. Cosas de empresa según él.

Y rompe a llorar. No escandalosamente, sino en silencio. La abrazo; creo que simplemente es lo que necesita. Viéndola a ella sé que vivir enamorado es precioso, pero que el amor también duele.

Capítulo 34

Déjà vu

Quique

Sábado, 1 de enero de 2022

*No digas nada por favor,
que hablando el alma me destrozas;
quiero decirte tantas cosas, quiero acordarme de tu olor.
No digas nada por favor,
no vaya a ser que me despierte
de un sueño en el que puedo verte y aún puedo hablarte de mi amor.
No digas nada ten piedad, solo te pido que mañana por la noche...
dormido me des la oportunidad.*

Me despierto, sudoroso, con ardor en la garganta por la comida copiosa de Año Nuevo. Llevo los cascos puestos. Suena una de las canciones que más estoy escuchando últimamente: *No digas nada (déjà vu)* de Cali y el Dandee. Me recuerda a Silvia; más de lo que me gusta admitir. Le doy a pausa y a volver a reproducir.

Lloro. Lloro en silencio. Como cada día cuando me acuerdo de Silvia. Es el amor de mi vida y la he cagado. Ahora solo puedo verla en sueños, mientras me mira y llora y me grita. Me grita porque la he decepcionado, porque no puede más. Porque confió en mí desde el primer día en que me vio en aquella biblioteca.

Lloro. Lloro porque no quiero que siga. No quiero que me diga que no quiere estar conmigo.

Lloro. Lloro porque intento acordarme de cómo se ríe, de cómo huele.

Lloro. Lloro porque sé que no tendré esa oportunidad en realidad. Porque sé que solo la tendré en los sueños que tengo aquí encerrado. Sin mis hijos, sin mi hermana... sin ella. Ella... Sus ojos, su piel...

Siempre que empiezan sus gritos me despierto. Y sigue la canción en mis oídos.

*Por fuera me hago el fuerte como si no me temblara el corazón.
Pregunto: «¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?
¿Por qué estás tan rara?»
Y aunque tú no me hablas me conformo al ver tú cara.
Quiero sentir tu mano y no puedo moverme,
¿qué me pasa?*

Me identifico demasiado con esta canción. Refleja mi vida prácticamente los últimos dos años y, sobre todo, los meses que llevo soñando con Silvia. No puedo evitar querer cogerla de la mano, pedirle perdón y decirle que la amo... la amo tanto que me duele. La amo y no me merezco que ella también.

Pienso y sueño en los últimos días que nos vimos. Estaba muy rara y lloraba a escondidas.

Nunca me dijo por qué, pero yo siempre me he culpado de que ella no fuese feliz. Al parecer era verdad. Yo siempre sobro. No quiero pensar en ello, pero sobro. Sobro en su vida, en la de mis hijos y en la de todo el mundo. En las terapias intentan ayudarme a alejar esa idea de mi mente, pero cada vez que sueño se me hace muy complicado.

Siempre he sido una persona muy mía. Nunca he expresado mis sentimientos. Pensaba que eso es de débiles y me equivoqué. No expresé lo que sentía y ahora estoy aquí dentro: solo y soy un asesino. Me he convertido en un asesino y ya no hay vuelta atrás. No pretendía hacerlo, solo que... Solo que nada, no tiene justificación alguna. Ni traumas del pasado ni nada. Soy un monstruo horrible.

*No te dije que te amaba,
y que, aunque era tú amigo, siempre sentí cosas.
Mi corazón fue testigo.*

Aún me acuerdo de lo mucho que me costó decirle a Silvia que la quería, que la amaba. Desde la primera vez que la vi, supe que no me podría olvidar de ella. Con su pelo corto, sus ojos color avellana, su cara de concentración cuando estudiaba, su risa... Su risa fue una de las cosas que me salvó del infierno en el que estaba metido. Fue mi curación. Dicen que el amor es como una droga, pero, en mi caso, era una poción que me ayudaba a ser feliz.

Fuimos amigos durante mucho tiempo, pero siempre sentí cosas por ella. Desde el principio. Mi corazón dio un vuelco de 180 grados. Cambió de estar solo y oscuro, arañado y roto, a estar curado y vendado.

La amo. Todavía la amo. No puedo olvidarla. No puedo olvidar todos los momentos bonitos que hemos pasado. Me niego a hacerlo. No sé si ella los recuerda o si me perdonará algún día. Quizás algún día me arme de valor y me atreva a hablar con ella de verdad, desde el corazón... algo que pocas veces he hecho.

*Fue mi culpa y ahora sufro solo.
No entiendo a la vida;
la vida me prometió estar contigo
y fue ella misma la que nunca va a dejarte estar conmigo.
Por las noches en mis sueños puedo verte.
Dormido vivo al fin un cuento de hadas,
que aunque falso es suficiente.
No me importa cuánto duela despertarme;
igual me duele todo
y cada segundo del día estás presente.*

Ha sido mi culpa. Todo es mi culpa, aunque a veces no puedo evitar pensar que fue todo lo que me ha pasado lo que ha hecho que sea así. La vida que he vivido y mis acciones fueron lo que permitió que estuviéramos juntos, pero, a la vez, ha sido la vida la que lo ha estropeado todo. Mi vida. Mi miserable vida desde ese día... el día en el que asesinaron a mi madre e intenté proteger a mi hermana. Julia... también siento que la he decepcionado... y mucho.

Al menos, cuando estoy dormido, puedo seguir viéndolos a todos... pero, ahora, solo pienso en Silvia. Necesito verla y estar con ella. Pensar que todo esto no ha pasado. Pensar que en su momento le dije la verdad y que lo superamos juntos. Que ella me apoyó y no me juzgó por el asesinato, porque era un testigo protegido, por mis locuras... Que seguí yendo a terapia como

ella me aconsejó. Necesito pensar que no la cagué, que cuando nació María no me recordó a Julia. Necesito pensar que mi locura y mi obsesión no me hicieron ir a buscar a mi hermana de la manera equivocada. Necesito saber que al verlos jugar al escondite ese día, como hacíamos Julia y yo el día de la muerte de mi madre, no fue el momento determinante para que destruyese mi vida. Necesito haber confiado en Silvia.

No lo hice.

*Me acuerdo de todo, la noche perfecta,
y en mi carro te miré a los ojos.
Sonreíste y por fin te cogí la mano.
Llueve más de un millón de recuerdos juntos y me ciegan:
«yo te amo amiga tanto que me quema».*

Lloro de rabia. Lloro de impotencia. Lloro de nostalgia.

Lloro al acordarme de cuando me declaré. Un día fuimos al cine y luego la llevé a casa en coche. Me acuerdo como si fuera ayer; es más, a veces sueño con ese día. Me acuerdo cuando le cogí la mano y le dije que la amaba más que a nadie en el mundo y que sentía que era mutuo, que necesitaba que estuviese todos los días de mi vida.

Lloro porque la amo. La amo tanto que me quema. Lloro por todos los momentos que pasamos juntos en la biblioteca, en el cine, en el bar de la esquina y en el parque tumbados sobre el césped. Lloro porque la echo de menos. Lloro porque echo de menos a mis hijos. Lloro porque todo habría sido muy diferente si no hubiese sido por mi culpa.

La canción está a punto de acabar y puede que la tenga el resto de la tarde en bucle. Me recuerda a Silvia, a todo lo que he perdido. Puede que incluso me duerma de nuevo escuchándola; así, al menos, podré soñar de nuevo con ella. Podré tener un millón de *déjà vu*.

*Ya no quiero despertarme.
La vida sin ti ya no tiene sentido.
Prefiero vivir de noche, sentir que tú no te has ido.
Soñando voy a tenerte hasta que se acabe mi vida.
Prefiero morir soñando que vivir con tu partida.*

Capítulo 35

¡Ya vienen los Reyes!

Julia

Miércoles, 5 de enero de 2022

Y aquí estoy esperando, con mis cascos de color rojo. Está sonando en mi lista *Kiss me*, de Sixpence None The Richer. Me encanta esta canción. El avión de Andrea está a punto de aterrizar y yo me muero de ganas de verle por fin, de abrazarle y besarle. Le he echado mucho de menos y no puedo estar más orgullosa de él. Ha conseguido arreglar las cosas con sus padres y su hermano. Me alegro mucho, porque ya no tendrá que lidiar con ese peso en la mochila. Los ha invitado a la boda, aunque aún no sabemos la fecha, y van a venir hasta aquí sin problemas. Es más, mi cuñado ha dicho que se va a apuntar a clases de español. Dice que a lo mejor liga aquí y encuentra también novia.

Anuncian el aterrizaje del vuelo de *Brindisi* y me abrazo con mis propios guantes. Guardo, entonces, los cascos en la mochila. Estoy nerviosa.

Tras unos minutos, veo gente saliendo por la puerta de donde se recogen las maletas. Busco a Andrea con la mirada y por fin lo veo. Él me sonríe y anda más rápido hacia mí.

—¡Bella!

Me abraza y me da un beso tierno en los labios, que yo disfruto unos cuantos segundos. Andrea me provoca electricidad. Encajamos. Lo amo. Quién iba a decir que unos compañeros de trabajo, tras unos pocos años, iban a acabar juntos. Bueno, yo seguro que jamás lo habría imaginado. Es lo típico que ves en las películas y que crees que nunca te podrá pasar a ti... Pues me ha pasado y es de las mejores cosas que me han pasado en la vida.

Tras los arrumacos pertinentes, coge de nuevo el manillar de su maleta y vamos hasta el coche. Hoy es la tarde de la Cabalgata de los Reyes Magos y aún tenemos que comer. Son las cuatro de la tarde y ya me ha llamado Lucía insistiendo en que no se nos olvide ir a buscarla. Este año sus padres no la pueden llevar por asuntos de trabajo, pero para eso están sus tíos, así que sin problema. La iremos a buscar a eso de las seis para ir más tranquilos.

—¿Qué tal el viaje? —pregunto con una sonrisa imborrable en los labios.

—Bien... Bueno, lo reconozco. Me he quedado dormido.

—Mira que nos conocemos ya de sobra, pero sigo sin entender tu facilidad para dormir.

Ambos nos reímos. Me va contando las cosas que ha hecho en *Lecce*, como si no las supiera. Me narra todos los días, del primero al último, aunque sobre todo me describe las caras de sus padres y su hermano al saber que nos casamos. Está emocionado y feliz.

Tras unos cuantos minutos, llegamos al pueblo. Bajamos del coche y subimos a casa. Dejamos los abrigo y directamente voy al baño. Sí, me llevo haciendo pis todo el camino. Andrea se ríe porque lo sabe. Cuando salgo, me aborda y me besa con pasión.

—Te he echado de menos —me dice entre besos.

Me entra calor. Mucho calor. Nos seguimos besando y acabamos tumbados en la cama, él encima de mí. Nos seguimos besando con necesidad y nos vamos desnudando. Hace frío, pero no importa. Acabamos haciendo el amor sobre el nórdico, despacio y saboreándonos poco a poco. Hacía una semana que no nos veíamos, pero a mí me han parecido meses. Seguro que a él también.

Nos duchamos rápido con agua calentita y, mientras yo acabo, Andrea va haciendo unos huevos fritos con unos filetes. Algo rápido. Con el calentón de antes no nos hemos dado cuenta de la hora. Son las 5 y media y mi sobrina me va a matar, pero si no como algo, acabaré desfallecida en el frenesí de la cabalgata.

Comemos lo más rápido que podemos sin ahogarnos. Menos mal que ya estamos vestidos. Ahora es imposible mover el coche, ya que con el corte del tráfico tardaríamos mucho más en ir y volver. Optamos por ir andando a paso ligero, pero me da el flato por haber comido deprisa y estar andando como si la vida se me fuera en ello.

Llegamos a las seis y diez a casa de mi hermana. Llamamos al timbre y enseguida abre una Lucía con cara de pocos amigos y con el abrigo puesto.

—Ya os vale. Diez minutos tarde. No voy a poder ver a los Reyes Magos.

—¡Que sí! ¡Venga!

—¡Adiós, papá! —se despide de su padre, quien está inmerso en su trabajo dentro del despacho.

—¡Pasadlo bien!

Andrea y yo la cogemos de la mano; cada uno de una. Nos dirigimos a una de las calles principales del pueblo. Es de las más anchas y donde, según mi sobrina, tiran más caramelos. Obviamente, viene muy preparada. Trae su mochilita con una bolsa y demás cosas que no me ha querido enseñar. Me ha dicho que me lo enseña después. Me he tenido que conformar.

Ya hemos llegado. Lucía ha corrido hacia un hueco que había libre.

«Cómo corre esta niña, por Dios», pienso medio ahogada por el ritmo del paso que llevamos.

—Este creo que es buen sitio, ¿no?

—Veremos a ver cuántos caramelos cogemos. Andrea, toma. —Se dirige a él mientras le entrega una bolsa.

—¿Has traído más de una? ¿Cuántos caramelos vas a coger?

—¡Los que pueda!

Andrea se ríe. Lucía y él se llevan muy bien y no puedo estar más contenta. Yo me pongo en un segundo plano y les dejo a ellos dos más hacia adelante para que puedan tirarse a por los caramelos. Me acuerdo de que, un año, Baltasar me dio en la frente con uno. Era de fresa. Creo que esos recuerdos nunca se olvidan.

Empieza a pasar la policía, que es la que acota la Cabalgata de los Reyes Magos. Mi sobrina empieza a chillar y a saltar, y Andrea le sigue el rollo. Veo niños por todas partes con sus respectivos padres, tíos, abuelos... Además, están las típicas señoras que van con un paraguas para ponerlo al revés y que caigan directamente dentro, para así no tener que agacharse. Me parece una buena estrategia, aunque algo egoísta.

Pasa un coche con altavoces gigantes con la canción *Christmas EveL*, del grupo coreano Stray Kids. Me encanta esa canción. Mi sobrina me ha sumergido en la música de ese país y, aparte de ser muy variada, es genial. No es mi estilo, pero cada vez me dejo embaucar más por

ella. Mi sobrina y Andrea empiezan a menearse al ritmo de la música, sujetos de la mano. Yo reconozco que también estoy bailando. Es muy pegadiza.

Empiezan a pasar personas disfrazadas de Ladybug y Catnoir y de la Patrulla Canina. Y poco a poco van avanzando las carrozas de los protagonistas de la noche. Empiezan a llover los caramelos y los chillidos llamando a los distintos Reyes Magos: Melchor, Gaspar y Baltasar.

—¡Auuuuu, joder, qué daño! —exclamo llevándome la mano a la frente.

Redirijo mi mirada y veo un caramelo en mis manos enguantadas. Subo la vista y veo que Baltasar me guiña un ojo. No sé si me lo he imaginado, pero estoy alucinando. Será la magia... o al menos eso dicen.

Cuando termina la cabalgata, nos vamos a un bar cercano a tomarnos algo. Yo me pido un refresco de naranja sin hielo y Andrea y Lucía, un batido de chocolate para cada uno. Inmediatamente, corro hacia la barra y le digo que me ponga otro a mí... he cambiado de idea. Cuando el camarero nos pone en la mesa los tres batidos, Andrea se ríe.

—¿Qué? —pregunto extrañada levantando una ceja.

—Mira que eres envidiosa —comenta mientras se ríe.

Me pongo roja. En parte, porque me molesta... pero, en parte, porque tiene razón. Mi sobrina también se ríe y, enseguida, yo también me uno.

Mientras estamos en el bar, Lucía nos va contando qué es lo que ha pedido a los Reyes Magos y le digo que a ver si hay suerte y en mi casa le dejan algún regalo. Al rato, salimos y la llevamos hasta casa, pero esta vez sí, en coche.

Cuando la dejamos en la puerta y llamamos al timbre veo que abre su mochila y saca un cuaderno pequeñito de color rojo.

—Toma, tía, para ti. Es mi regalo de Reyes Magos extra.

—Pero, cariño, no hace falta. Sabes que no pido nunca nada.

—Por eso. —Y me abraza.

Su padre abre la puerta y entra chillando y contándole que hemos ido a tomar un batido de chocolate después de la cabalgata. Andrea, que iba cargado con las bolsas de caramelos, se la entrega a mi cuñado y nos despedimos.

Después de un rato, llegamos a casa y Andrea insiste en hacerme una cena especial. Yo accedo y así puedo descansar en el sofá. Saco de la mochila el cuadernito rojo que me ha entregado mi sobrina. En la primera hoja pone: «PARA JULIA, POR SER LA MEJOR TÍA DEL MUNDO». Está escrito con rotulador rojo y la hoja está decorada con copos de nieve en plateado.

Paso la página y leo: «Este cuento es el que he presentado al concurso de cuentos que hace la escuela. Si gano me dan dinero para comprar libros. Pero, lo que más ilusión me hace es escribir, porque tú me dijiste que hiciese lo que me gustara».

Se me cae una lágrima. Una niña pequeña ya persiguiendo sus sueños y cultivando su creatividad. Paso la página y empiezo a leer.

MI REFUGIO

Tengo frío. Estoy cansado y tengo mucho frío. Me acompaña una mujer muy simpática. Me presento: soy... Bueno, realmente no sé quién soy, aunque ahora eso es lo que menos me importa. No me acuerdo de mi nombre, si es que alguna vez me pusieron uno. Lo más importante ahora mismo es que me duele todo. Tengo todo lo que puedo tener: hambre, sed, frío y sueño. No recuerdo cuándo fue la última vez que dormí bien... aunque no recuerdo muchas cosas desde que nací.

Entramos por una puerta enorme y roja. ¿Es roja? Bueno, en realidad, no lo tengo muy claro, tampoco veo muy bien. Al abrirla hace mucho ruido, me da miedo y doy unos pasos hacia atrás. La chica que antes me acompañaba se agacha a acariciarme la cabeza... Es agradable, creo que nunca he sentido una caricia.

Cuando ya estoy más tranquilo, entramos en el edificio y, después, volvemos a salir por otra puerta más pequeña. De nuevo, la luz me hace daño en los ojos, pero, para mi sorpresa, ¡¡aquí hay muchos como yo!! Aunque, bueno, parece que muchos son más mayores, pero seguro que son muy majos también. Según vamos avanzando, veo que la mayoría de perros me observan con curiosidad y algunos con alegría. Supongo que pronto seré su compañero de juegos. Al fondo, hay otros dos humanos poniendo comida en unos boles enooooormes. ¡Qué hambre tengo! ¡Por favor, dejadme comer!

—Es el perro que encontraste al lado del contenedor, ¿no?

—Sí, pobrecito. Le hemos hecho un chequeo y parece que está bien... —dice la chica que me acompaña. Pero, de pronto, parece que se pone triste, lo veo en su cara —. Pero... sus hermanos no han sobrevivido... ninguno.

¿Hermanos? ¿Tenía hermanos? Necesito que me expliquen qué ha pasado, pero creo que no me entienden. ¿Por qué han muerto mis hermanos? De repente, estoy triste... muy triste. Me pongo a llorar y todos me miran. Tengo miedo, frío y tristeza... creo que ya no tengo hambre.

—Shhhh... tranquilo, pequeño... —me dice el chico que habló antes, mientras me acaricia.

—Y, ¿te han dicho algo más en el veterinario? —pregunta una chica que estaba jugando con otro de los perros.

—No mucho más. Obviamente, ninguno tenía chip... No entiendo cómo han podido abandonar a una camada entera al lado de un contenedor con grados bajo cero y lloviendo a mares. Luego dicen que los animales no tienen alma, pero esa gente...

—Bueno, el pan de cada día —contesta el chico que sigue acariciándome.

—También me ha dicho que tiene alrededor de dos meses... Es una ricura, un perrito tan pequeño... Ojalá pudiera llevármelo a casa.

—No te preocupes, seguro que pronto tendrá casa, al igual que todos los que están aquí —contesta la chica que ahora está rodeada por otros dos perros juguetones.

—Eso espero.

Entonces, la chica que me acompaña desde el principio se agacha y me da un

abrazo. Un cálido abrazo que me llega hasta los huesos. Ya no tengo tanto frío ni estoy tan triste. Creo que me quiere, aunque no sé si me puedo fiar... ya me han dejado tirado una vez.

Cuando termina el abrazo, me muestra el bol de comida para que pueda comer. Me da miedo. No sé si comer. Es algo que no entiendo... tengo hambre pero...

—Venga, come, no tengas miedo, aquí no te va a pasar nada —me dice la chica.

No sé por qué, pero como. Me fío de ella. Supongo que es una buena persona. No todos serán malos... al menos eso espero. Está rico, hace muchos días que no como. ¿Qué digo? Está riquísimo, un manjar de dioses. Como tan rápido que casi me atraganto. Me da una arcada y lloro, pero una caricia me anima a seguir comiendo, pero más despacio.

—Bueno chicos, yo me voy que tengo que trabajar. Vuelvo mañana, ¿vale?

No, no, no, no. No te vayas. La persigo. Ella lo nota y me sonrío. Me acaricia y me dice que mañana vuelve, pero tengo miedo de que no vuelva. No quiero que me abandone. La quiero. La quiero mucho. Me ha salvado y le debo mi vida. Por favor... ¡no te vayas! Lloro, no puedo evitarlo. Los demás perros me miran, pero me da igual. No quiero quedarme aquí solo... no quiero estar... solo. Ella se va, pero no puedo evitarlo... Si no vuelve, creo que jamás volveré a estar bien. No sin ella.

Un perro más grande que yo se acerca a mí y empieza a olerme. Yo me quedo parado... No voy a negar que estoy asustado. Cuando termina, ladra, ladra alegremente. Le devuelvo el saludo y me chupa la cara con su gran lengua. Me ha mojado todo el ojo... ¡Puagg! Pero bueno, al menos es simpático.

Estoy un rato con ese perro que, por cierto, se llama Sultán, al menos eso me ha dicho él. Yo no tengo nombre, aunque tampoco lo echo de menos; nunca me han llamado de ninguna manera. Le he dicho que me llame como quiera y me va a llamar "mancha" por la manchita que tengo encima de la nariz. No me molesta, me parece muy simpático.

Me acerco a beber agua y comer otro poco, pero me entra el sueño. Han dejado la puerta de antes abierta para que podamos entrar en el edificio porque fuera hace frío. Me recuesto en una esquina, donde hay un cojín verde... ¿es verde? Bueno, no lo sé, realmente los colores no son mi fuerte.

Me duermo, aunque tengo miedo de volver a quedarme solo... Poco a poco se me cierran los ojos, mientras más perros entran para tumbarse a mi alrededor. Creo que les caigo bien... o al menos, eso parece.

La noche la he pasado regular. He tenido muchas pesadillas. Muchos perros como yo llorando, mojados, una caja grande... Creo que les echo de menos... aunque no se puede echar de menos a los que no conoces, ¿no? No sé, solo sé que, aunque he dormido, sigo cansado. Supongo que esto va a ser cuestión de tiempo... aunque todo esto es mejor que estar en una caja en la calle durante días. Apenas lo recordaba, pero mis sueños me lo han recordado.

Y así paso muchos días, muchas noches, intentando dormir y comer con normalidad... intentando hacer amigos. Me cuesta relacionarme porque tengo miedo de que me abandonen. Aunque, bueno, ella no lo ha hecho. Marta no lo ha hecho. Así es como se llama la chica que me rescató; se lo oí al chico tan majo que conocí en el refugio. Me gusta su nombre. La quiero.

La he oído decir que tiene una casa y que tiene familia, pero que no puede llevarme con ella. No sé exactamente a qué se refiere, pero me encantaría estar toda una vida a su lado. Me cuida y me hace mimos. Creo que ella también me quiere, porque cuando se va cada día se pone triste y cuando me vuelve a ver se pone contenta.

Siguen pasando los días, por lo que van diciendo por aquí llevo más de 40 días en el refugio. He hecho amigos y me siento como en casa, si es que a este sitio se le puede llamar así. Al menos estoy acompañado. Desde que estoy aquí, han llegado muchos más perros y otros se han ido acompañados de humanos de distintas edades. Qué envidia. Yo quiero ir con ellos y sentirme feliz. Porque, obviamente, no lo soy. Me pongo contento por el día, pero por la noche me siento triste. A veces lloro antes de dormir, en la misma esquina de siempre y con el mismo cojín.

Un día, Marta aparece con un humano chico. No sé quién es y por eso me aparto cuando intenta acariciarme por primera vez. Tengo miedo, pero mi amiga del alma me tranquiliza y me dejo.

—Hola pequeñín. Yo soy Carlos, el marido de Marta. Seguramente no me entiendes, pero te vienes con nosotros a casa.

—¿¡Enserio!? Pero si me dijiste que no por activa y por pasiva —dice emocionada Marta.

—Ya, pero... me has hablado tanto de él desde el día que lo recogiste... que yo qué sé.

Se abrazan. No entiendo muy bien por qué hasta que Marta me abraza a mí también y me dice que siempre estaremos juntos, que me voy a su casa, con ella. No me lo puedo creer. La miro, le doy besos en la cara una y otra vez. Marta llora, no entiendo por qué, pero creo que es porque está contenta.

—48 días has estado aquí pequeño, ni un día más —me dice con cariño.

Un poco después estoy en un coche, en los asientos de atrás con ella. No dejo de mover la cola, no puedo esperar a ver mi nuevo refugio.

Llegamos a la casa y me abren la puerta. Me dejan olisquearlo todo y correr por el pasillo para investigar. He visto que tengo mis propios juguetes y mis propios boles de comida y bebida.

Al tiempo y, de repente, hay una niña abrazándome. No sé quién es, pero llora también. Me da besos. Seguro que también me quiere. Creo que yo también la quiero.

—Mamá, le voy a llamar Olaf.

¡¡Tengo nombre!! ¡¡No me lo puedo creer!! Olaf... me gusta. Estoy contento, tanto que me tiro en el sofá con Lucía, que así me ha dicho que se llama. Ella me abraza y

yo me siento feliz. Y sí... por fin puedo decir que estoy con el amor de mi vida; ella va a ser mi refugio. Marta y Carlos también.

El pequeño Olaf nació a los 48 días... A los 48 días de que Marta y su familia me salvaran la vida.

Termino de leerlo con los ojos llenos de lágrimas. Cómo es posible que tenga un alma tan pura. Espero que las circunstancias de la vida no le estropeen ese corazón que tiene. Se parece tanto a sus padres, que me abruma. Andrea, con dos platos de *spaghetti* a la carbonara, me pilló llorando con hipo. Los deja rápidamente en la mesita y viene a abrazarme.

—Eee... cariño, ¿qué pasa? —pregunta Andrea preocupado.

—Nada, que Lucía va a ser una persona y escritora estupenda.

Capítulo 36

¡Vivan los novios!

Julia

Viernes, 7 de enero de 2022

Estoy al lado de Andrea, cogiéndole la mano y, quizás, apretándosela de más. Estamos en la boda de Tulio y Óliver, en el ayuntamiento del pueblo.

Tulio lleva un traje azul claro y una pajarita del mismo color. Ha optado por una camisa blanca. Está guapísimo. Óliver se ha puesto un traje negro, es más clásico y menos atrevido con la ropa, aunque parezca lo contrario cuando le conoces y le ves tan dicharachero. Eso sí, la corbata que se ha puesto es roja con topitos.

Se miran, nerviosos. Sonríen y se dicen que se quieren en susurros. Solo estamos nosotros, Alicia y Federico. Estamos sentados en la primera fila de sillas que hay dispuestas en la sala, aunque, más bien, son como butacones.

Entra el concejal: Tulio y Óliver se aprietan la mano, se sonríen y nos dan la espalda, por fin, para que empiece el acto.

—Estamos hoy, 7 de enero, en esta Casa Consistorial en la unión matrimonial de Tulio y Óliver, que han optado por elegir la forma civil para formalizar su matrimonio. Es el matrimonio una institución jurídica que regula relaciones personales, económicas, etc. y que, sin lugar a dudas, tiene un origen...

Mientras el concejal va hablando para dejar claros algunos aspectos del enlace de los novios, yo miro a Andrea, está guapísimo. Se ha dejado una barbita de tres días que le queda genial y se ha cortado el pelo un pelín. Se le ve emocionado.

—... por establecer que los contrayentes tienen derecho a contraer matrimonio en igualdad de condiciones. El código civil manifiesta la igualdad de los contrayentes en derechos y deberes, que pasan por respetarse y ayudarse en favor de la familia, de vivir juntos, guardarse fidelidad y socorrerse mutuamente. —Tulio y Óliver se miran con complicidad—. Por todo ello...

Miro hacia mi otro lado y tengo a Federico, que por ser hoy se ha arreglado también, pero no demasiado. Se ha puesto una camisa rosa palo y un pantalón negro. En el respaldo de la silla descansa su chaqueta, que también es oscura, aunque no llega a ser tan oscura como el pantalón.

—... Yo, como concejal, doy lectura a los siguientes artículos del citado texto legal. Artículo 66: los cónyuges son iguales en derechos y deberes. Artículo 67: los cónyuges deben respetarse y ayudarse mutuamente y actuar en interés de la familia. Y el artículo 68: los cónyuges están obligados a vivir juntos, a guardarse fidelidad y socorrerse mutuamente. Deberán, además, compartir las responsabilidades domésticas y el cuidado de...

Al lado de Federico está Alicia. Lleva un vestido color azul eléctrico de manga larga que le queda superbien. El pelo lo lleva repeinado hacia atrás y totalmente liso. Miro hacia mi vestido rojo pasión y la camisa de Andrea y no puedo evitar sonreír al pensar en el día que lo elegimos

para ir a conjunto. Puede que esta moda de llevar las cosas igual, como el pijama navideño, se nos pase, pero me gustaría que fuese tradición para todos los años que nuestro amor dure, el cual espero que sea para siempre.

—... Don Tulio Espósito De Dominici, ¿consiente en contraer matrimonio con don Óliver Martínez Barrionuevo y, efectivamente, lo contrae en el presente acto?

—Sí, consiento —contesta Tulio sonriendo a su pareja.

—Óliver Martínez Barrionuevo, ¿consiente en contraer matrimonio con don Tulio Espósito De Dominici y, efectivamente, lo contrae en el presente acto?

—Sí, consiento —contesta Óliver visiblemente emocionado.

—Pues, desde este momento, quedan unidos en matrimonio. Enhorabuena. Si llevan anillos se los pueden intercambiar.

Tulio y Óliver se intercambian las alianzas y se me escapa una lagrimita. Cuando acaban, se dan un beso y firman los papeles. Después, Andrea y yo nos acercamos para firmar el papel que verifica que hemos estado presentes en el acto matrimonial.

Cuando acabamos, salimos a la calle y nos hacemos las fotos pertinentes con los novios, las cuales imprimiré en papel fotográfico y pondré en un marco de fotos en el salón de casa.

Cansada de los tacones, me siento en un banco para ponerme unos zapatos planos. Alicia se sienta a mi lado y hace lo mismo. Ambas nos sonreímos con complicidad antes de levantarnos para ir hasta el restaurante, donde se va a celebrar el banquete.

Y allí, entre pasta y pizzas, celebramos la que, seguramente, es la boda del año. Dos personas que deciden comprometerse legalmente y que, sobre todas las cosas, se aman con locura. No se puede pedir más.

Capítulo 37

Te quiero, Ana

Julia

Meses después

Domingo, 3 de abril de 2022

Estoy emocionada. Por fin voy a ver a Ana.

Tengo que coger el coche, pero no me importa en absoluto, ya que hoy va a ser un día de chicas. Hemos quedado en el pueblo en el que vive ahora. Está algo más alejado de la capital, pero es más tranquilo. Vamos a ir a dar una vuelta para que me lo enseñe y, después, a comer a un restaurante. Me ha avisado que se come de maravilla y yo estoy deseando descubrirlo. Me encanta la soltura que Ana está cogiendo a hablar de la comida. Ana está volviendo. La quiero como si fuera mi hermana y no puedo estar más orgullosa de ella. Además, ahora con el embarazo tiene aún más terapia para controlar el tema de los antojos y su TCA.

Estoy casi llegando. Pongo el manos libres del coche y llamo a Andrea para avisarle de que estoy entrando al pueblo, para que no se preocupe. Ha aprovechado que es domingo para invitar a Tulio y a Óliver a comer y luego ir a la bolera. Federico no sé si se apuntará finalmente, pero ellos también van a hacer un día de chicos. Le digo que se lo pasen bien y cuelgo justo cuando estoy aparcando.

Salgo del coche y me acerco a una casa molinera con la fachada recién pintada de amarillo pálido. Me encanta. Además, la puerta también está pintada del mismo color, pero de un tono más chillón. Siempre ha sido su color favorito y me apostaría lo que sea a que también ha pintado la habitación del futuro bebé en esa tonalidad.

Llamo a la puerta y abre Luis. Está con ropa de andar por casa y con cara de dormido.

—Buenos días, ¿eh? —le saludo riéndome.

—Buenos días —me contesta mientras bosteza.

Nos damos dos besos y me invita a entrar.

—¿Estabas durmiendo aún?

—Sí. No sabes lo que están siendo estas noches. Ana tiene insomnio y se pone la tele a todo volumen. Menos mal que vivimos en una casa individual, si no...

—Si no... ¿qué? —replica Ana mientras aparece por el umbral de la puerta que da al salón.

—Nada, nada... —Luis se va del salón y nos deja solas.

—¡Anaaaaaa! —la grito mientras me acerco corriendo a abrazarla.

—¡Juliaaa! ¡Te he echado de menos! —Ana llora de alegría mientras nos abrazamos—. Pues esta es mi casa, ven que te la enseñe entera.

Pasamos por la cocina, el salón-comedor, que es donde estábamos, y por las distintas habitaciones y baños. Desde fuera, parece una casa pequeña, pero por dentro parece todo un palacio. Está reformada y con una decoración muy personal. Tiene cuatro habitaciones; una es la

de matrimonio, que tiene su propio baño, otra la que están preparando para el bebé, y las otras dos aún están pensando qué hacer con ellas. En total tiene dos baños y un aseo pequeñito pegado al salón.

—¡Lo sabía! —exclamo riéndome.

—¿El qué? —me pregunta Ana extrañada.

—Que estabas pintando la habitación del bebé de tonos amarillos.

—Bueno, es un color neutro y muy bonito —replica enfadada.

—Ostras, qué carácter. Eso tienen que ser las hormonas.

Ana me pellizca y ambas nos reímos. Hacía mucho que no nos veíamos, pero parece que no ha pasado el tiempo.

—Sí, tienen que ser las hormonas, porque vamos —exclama un Luis ya vestido y a punto de salir a la calle.

—Calla, anda, calla...

No puedo evitar reírme. Se cierra la puerta y me invita a sentarme en el sofá.

—Sí que es verdad que estoy un poco insoportable. Básicamente no me aguanto ni yo. Pero vamos, antes muerta que reconocérselo a este hombre.

—Se os ve bien —la digo sonriente.

—Sí, es un amor la mayoría del tiempo. Tiene sus defectos, pero me trata muy bien. No me esperaba un Luis así. De verdad, Julia. —Ana se sonroja y se pone melancólica—. Me cuida, me quiere, me aguanta... que ya es decir. No sé, no me esperaba tener este tipo de relación con él por cómo empezamos.

—Me alegro mucho. —Le acaricio el brazo cariñosamente.

—Ya ves, el señorito que no quería nada serio y ahora con una casa molinera en propiedad y preparando la habitación de un bebé. —Sonríe—. De momento, no nos vamos a casar, porque ya sabes que eso me da igual, pero vaya... al paso que va la burra... —Se ríe a carcajada limpia y continúa—... y, además, ¡no te lo pierdas! ¡Me dijo el otro día que quiere familia numerosa!

—¿¡Qué dices!?

—Lo que te cuento. Como él no tiene que parir... Eso sí, yo encantada de que salgan con los ojos azules de su padre.

—Y tanto...

—¡Oyeee! ¡Cuidado con lo que dices que se le sube la moral enseguida!

Nos reímos y salimos de casa. Son las doce y media del mediodía, la hora justa para dar una vuelta por el pueblo y, luego, ir a comer. Ana me ha dicho que tiene la reserva hecha para las dos de la tarde, pero siempre nos gusta llegar un poco antes a los sitios.

Caminamos por la calle y nos dirigimos a la iglesia. Es realmente bonita, aunque yo también veo mucho el encanto en las edificaciones antiguas. Esta, mínimo, tiene que ser de hace cuatro siglos. Le pregunto a Ana, pero no lo sabe. Simplemente, nos paramos a admirarla y yo saco el móvil para hacernos un *selfie* con ella de fondo. Se lo paso por *WhatsApp* y seguimos andando.

—Y ¿cómo es que no habéis querido saber el sexo del bebé?

—Pues, la verdad es que no ha sido algo premeditado —contesta riéndose mientras se acaricia la tripa—. De repente, se nos ocurrió que, quizás, era como más... cómo decirlo... más de sorpresa saberlo cuando nazca.

—Bueno, puede estar interesante.

—Así que... nada. Julia o Julio, espera aquí dentro. —Se señala la barriga—. De vez en cuando le hablo con los dos nombres para que se vaya acostumbrando.

Ambas nos reímos. Seguimos dando vueltas y llegamos a una plaza muy bonita donde está el ayuntamiento. Hay varias señoras, ya ancianas, sentadas en los bancos que hay a los lados, hablando de sus cosas. Mientras, en la tasca de la esquina de la plaza, están los señores tomándose su *vermut*.

—¿Es aquí donde vamos a comer?

—No. Está en la calle de detrás —contesta Ana sonriendo.

Finalmente, tras unas vueltecillas más, llegamos al restaurante. Por fuera, da la impresión de que es bastante rural, pero, por dentro, está totalmente reformado y con decoración bastante cuidada. Nos señalan nuestra mesa, ya que nos podemos ir sentando; aunque, primero, vamos al baño a hacer pis, sobre todo Ana, y a lavarnos las manos. Después nos dirigimos donde el camarero nos ha indicado antes y nos sentamos una frente a la otra.

—Es muy bonito el restaurante, la verdad. No me lo esperaba así —exclamo sorprendida.

—Ya ves, es que desde fuera engaña mucho.

El camarero de antes nos pregunta por lo que queremos beber y ambas pedimos agua del tiempo. Mientras, nos entrega las cartas para ver qué queremos comer. Vamos a optar por el menú del día, ya que tiene platos muy variados y que puedes combinar como quieras. Cuando vuelve con la botella grande de agua y los dos vasos, ya le decimos lo que queremos para comer. De primero, ambas nos pedimos patatas a la importancia, pero, en el segundo, nuestros gustos se distancian un poco. Ana pide filetes de solomillo de cerdo muy hechos y unas patatas fritas. Yo, por el contrario, me pido un guiso de albóndigas en salsa española. Creo que también viene con patatas, así que mejor. Aparte, pedimos una ensalada para compartir. Los postres ya si eso... los elegimos luego.

—Y, ¿qué tal aquí? ¿Se está bien?

—Sí, estamos muy cómodos. La gente es muy simpática y no hay tanto barullo. Nos han acogido muy bien y aquí ya hay supermercado, panadería, quiosco, una guardería... Además, están construyendo un colegio en la explanada de detrás de la iglesia. Cada vez hay más gente que se muda de la ciudad al campo.

—Es verdad, ahora, además, es importante poblarlos...

—Muy cierto —me contesta antes de beber un poco de agua—. Y tú, ¿qué?

—Pues bien, no me puedo quejar, la verdad.

—¿Ya tenéis fecha para la boda?

—Qué va... con todas las cosas que han estado pasando vamos a esperar seguramente al año que viene.

—Hacéis bien. Y ¿Miguel? ¿Al final quedasteis?

Mi mirada se ensombrece un poco y pongo cara de pena.

—No... me pidió perdón en Año Nuevo, por mensaje, como te dije, vaya... Aparte de eso, hemos hablado unas pocas veces para ver cómo nos iba, pero solo por teléfono. No ha habido oportunidad de hablar en persona, supongo que está ocupado con el trabajo.

—Bueno, no te preocupes, mujer. Es que ser policía tiene que ser muy duro.

—Ya...

Por fin, llega el primer plato, y, prácticamente, yo lo devoro. Ana, está comiendo más

pausadamente. Hasta en eso ha cambiado. Me dice que es por dos razones. La primera, es porque se ha acostumbrado a hacerlo así tras ir a terapia; la ayuda a no sentir necesidad de comer por gula, sino cuando realmente tiene hambre. Y, la segunda, es que si no le sienta mal y luego le produce ardor y acidez de estómago; con el embarazo se ha vuelto más sensible a ese tipo de síntomas.

Cuando terminamos el primero, el camarero nos lo retira y, muy inteligentemente, a los dos minutos ya nos tenía preparados los segundos.

«Qué delicia de comida», pienso.

—Julia, mastica un poco mujer —expresa Ana riéndose.

—¿Peffdoo...n?

Ana no puede parar de reír. Yo no entiendo nada. Solo estoy comiendo.

—Que mastiques mujer, que estás devorando la comida.

—Es que tengo hambre —le contesto levantando la ceja.

Nos sonreímos, porque todo es como siempre y sigue siendo mi mejor amiga. La quiero tanto... Ojalá pudiera venir más veces a verla, pero sé que necesita su tiempo y reconocerse a ella misma antes de abrirse demasiado a los demás de nuevo. Vivir en este pueblo le está viniendo bien. Se lo noto en la cara. Tiene la piel más reluciente y el pelo más brillante. Sonríe más y se le nota feliz. No sé cómo no pude verlo.

—Oye... Ana...

—Dime.

—Perdón... de verdad.

—¿Perdón? ¿Por qué?

—Por no haberme dado cuenta antes. Por no saber ayudarte.

Ana no dice nada. Se queda en silencio unos segundos y se levanta. Acto seguido se agacha como puede con la barriga de aproximadamente 26 semanas y me abraza. Es un abrazo de oso, como yo lo llamo. Cuando termina, se vuelve a sentar.

—Eres tonta. No te culpes por algo de lo que no tienes culpa. La culpa fue mía por dejarme influenciar por los demás y, sobre todo, por mí misma.

Tras esto, llega el camarero ofreciéndonos los postres. Yo voy a comer una tarta de queso y ella un yogur de macedonia. En nada nos lo trae y lo comemos mientras seguimos hablando de qué tal lleva el embarazo. Al ir a pagar, no me deja, así que, tras mucho insistir, me tengo que dejar invitar.

Salimos del bar y nos dirigimos de nuevo a su casa. Vamos despacito, ya que acabamos de comer y estoy llena. Ana va ligera como nunca.

Cuando llegamos, nos sentamos en el sofá y Ana prepara un par de manzanillas para que nos ayude a la digestión de lo que nos acabamos de comer.

—Venga... Dispara. —Ana me mira inquisidora.

—¿El qué? —pregunto extrañada.

—Sé que tienes preguntas... Adelante.

Suspiro y creo que ha llegado el momento de aclarar las cosas. No quiero recordarle nada que no desee, pero confío en que ella está preparada para hablar de ello con alguien que no sea su psicóloga o Luis.

—¿Cuándo empezó todo?

—Pues no hay un día concreto o un mes concreto. Empezó sin más. Yo... bueno, ya te comenté alguna vez que me hicieron *bullying* en el colegio, en el instituto o, incluso, en algún trabajo.

Asiento mientras Ana bebe de la manzanilla.

—Yo siempre he ido llevando ese peso en la mochila, en el subconsciente, aunque, realmente, no fuese consciente de ello. La psicóloga me ha ayudado mucho con eso, la verdad. —Se quita los zapatos y pone los pies alto en una silla que tiene al lado—. En el supermercado, tras una buena época en la que no veía malas intenciones por parte de nadie, me empecé a obsesionar cuando me cambiaba delante de mis compañeras en el vestuario. Notaba cómo me miraban y, bueno... No sé cuánto de verdad hay en eso... Puede que hasta lo malinterpretase y fuese mi cabeza la que dejó que me emparanoiara con eso. Puede que ni siquiera me estuviesen mirando a mí.

Ana para un momento para coger una mantita y ponérsola por encima. Aquí, en su casa, hace un poco de fresquillo.

—Empecé a mirarme en el espejo, a pesarme en la báscula de casa, más de la cuenta... mucho más de la cuenta. Empecé a visitar foros en los que la gente ponía dietas milagro: la dieta de la alcachofa, del champiñón, de la manzana... En fin... El caso es que llegó un punto en el que empecé a medir todo lo que comía y me pesaba unas dos o tres veces por día... —Se le humedecen los ojos—... También... me... me miraba al espejo, desnuda, y me cogía las chichas con los dedos, para ver si había bajado. No... no sabía que...

La miro, confidente, para que esté tranquila. Quiero que confíe en mí.

—No sabía que me estaba haciendo tanto daño a mí misma. Hasta que pasó... ¿Te acuerdas el día de mi cumpleaños? ¿Cuándo te dije que estaba llena por la tarta de selva negra?

—Sí, claro... —contesto con tristeza.

—Pues, cuando te fuiste... yo... Bueno... Me sentía tan llena que... —Comienza a llorar— ... que... me provoqué el vómito y me sentí tan a gusto que... que pensé que no pasaba nada por vomitar... alguna... vez.

La abrazo mientras llora. No le digo nada. No es necesario.—Y así fue... Yo misma alejé a Luis para que no me viera vomitar, medir mis comidas... No quería que me viese desnuda.

—Tranquila... —La abrazo fuerte—... Te quiero, Ana.

—Te quiero, Julia.

Capítulo 38

La comunión

Quique

Un mes después

Domingo, 15 de mayo de 2022

Estoy muy nervioso. Me sudan las manos. Por fin voy a verlos. A todos. Tengo miedo. No quiero que me miren como a un bicho raro.

Voy en una furgoneta del hospital psiquiátrico con Andrés, el conductor que a veces nos lleva de excursión al campo para que nos dé el aire. Es un buen hombre. Esas cosas se notan.

En cuestión de diez minutos hemos llegado. Me avisa de que a las seis de la tarde me viene a recoger y que me lo pase bien. Asiento con la cabeza y salgo de la furgoneta. De frente, tengo la iglesia en la que se va a dar la comunión de mi hijo Lucas. Ya en la entrada, los veo; aunque mi hijo no está, ya debe estar dentro con el ensayo.

María me ve y sonrío. Corre unos metros y la cojo en brazos para abrazarla.

—¡Papáaaaaá!

—Hola, cariño. —Le beso la mejilla y la frente—. ¡Qué guapa estás!

Va con un vestido color rosa palo con flores en la parte de abajo. También lleva unos zapatos del mismo color con brillantina.

La dejo en el suelo y escruto la mirada de Silvia. No sé si quiere que me acerque o que me mantenga alejado.

—Hola... Pe... Perdón, Quique. —Me sonrío y me da un abrazo suave.

No sé si ese abrazo forma parte de un acto de puro teatro para que María no nos vea mal o porque realmente lo siente. Yo lo aprovecho al máximo y la abrazo con fuerza. Si no voy a poder hacerlo a menudo, tengo que olerla y sentirla conmigo, aunque sea por unos segundos. Estos meses la he echado mucho de menos y, aunque sé que no va a volver a ser lo mismo, necesito que me perdone. Que me perdone por todo. Hoy no voy a hablar con ella de eso, pero en un futuro cercano espero hacerlo.

—¿Qué tal estás?

—Bien, un poco ajetreada hasta ahora con las clases, los niños y lo de la comunión, pero bien. Te veo mejor. Me alegro —me dice sonriendo.

—Gracias. —Le devuelvo la sonrisa.

A lo lejos veo que aparecen Julia y Andrea y se me iluminan los ojos y la vida entera. Mi hermana es mi absoluta debilidad.

Según me ve, se tira a abrazarme. Un abrazo de oso. Me da un beso en la mejilla y deja que Andrea me dé un apretón de manos y un corto abrazo. Andrea es muy tímido y sé que tuvo un rifirrafe conmigo. Seguro que se le pasará... O al menos eso espero, ya que fue todo un malentendido.

—Cuéntame todo. ¿Te tratan bien? ¿Qué tal la comida?

—Bueno, bueno, tenemos hasta por la tarde para hablar —exclamo riendo. Hace mucho tiempo que no me reía así.

—Miguel me ha dicho que no cree que llegue a la iglesia, que nos espera en el restaurante.

—¿Al final viene? ¡Me alegro!

Vamos entrando y los padres y hermanos nos podemos sentar en la segunda fila, detrás de los niños que van a tomar su Primera Comunión. Julia y Andrea se sientan lo más cerca que pueden de nosotros, en la cuarta. Va a ser una celebración discreta, así que no va a venir más gente. El horno no está para bollos y, al menos, nos hemos ahorrado un pastizal por cubierto.

Empieza la misa y los niños van entrando y sentándose en los bancos. Cuando Lucas se sienta, le acaricio el hombro y se da la vuelta. Me sonrío y me dice que me calle, que estamos en misa.

«Sí que se lo toma en serio».

El rato en la iglesia no se hace muy largo, a pesar de que hemos estado, prácticamente, una hora dentro. Cuando salimos ya es la una de la tarde y nos dirigimos al restaurante andando, ya que no está muy lejos. Durante el camino, vamos hablando jovialmente y Lucas nos va contando qué tal se lo ha pasado.

Cuando llegamos al restaurante y entramos me quedo fascinado. Es un sitio de lo más acogedor y con un estilo rústico muy bonito. Tras decir que tenemos reservada una mesa grande, nos dirigen hacia el comedor de atrás, desde donde se ve un parque de bolas y toboganes gigantes. María y Lucas se lo van a pasar en grande porque, además, hay más niños por aquí.

A los diez minutos llega Miguel, respirando entrecortado y disculpándose. Sabe que llega tarde, pero no tiene importancia. Veo que Julia lo escruta con ojos desconfiados. En parte es normal, pero quizás debería no ser tan cabezota. Así se lo hago saber cuando me mira y ella asiente medio convencida.

El camarero nos pide que le digamos qué queremos de beber. Pedimos un vino blanco para los mayores, menos para mí, que con la medicación no puedo tomar alcohol. María se ha empeñado en que quiere un zumo de piña y Lucas un refresco de naranja.

Con las bebidas ya servidas, pasamos a pedir unos cuantos entrantes, ya que el plato principal ya estaba reservado de antemano: lechazo para cinco. Los niños comerán chuletillas de lechazo para que se les haga más fácil. Como aperitivos pedimos unas raciones de croquetas de jamón, sepia con alioli, unos canapés variados y una tabla de quesos e ibéricos.

Mientras comemos, nos contamos anécdotas. Miguel nos habla de todo el trabajo que está haciendo la policía con el caso, que, obviamente, se reabrió con mi asesinato y que aún sigue abierto tras los últimos acontecimientos. Yo, obviamente, no sé de qué me están hablando. No me han dejado ver las noticias en todo el tiempo que llevo dentro del centro. Pronto me pongo al día y me quedo flipando. No me puedo creer que el supuesto asesino de mi madre siga vivo.

Julia escucha atentamente, sé que es su tema pendiente. El mío también lo es. Creo que hasta que no sepa quién mató a mi madre o hasta que lo vea encerrado, o quizás muerto, no descansa. Me duele ver que Julia, por mi culpa, ha abierto una herida que no tenía. Me siento culpable y noto cómo me cambia la cara.

—Voy al baño un momento, ahora vengo. —Me disculpo antes de levantarme.

—¿Estás bien? —pregunta Silvia preocupada.

—Sí, sí, no te preocupes.

Pregunto al camarero dónde está el servicio y me indica que en el pasillo a la derecha. Entro y me miro al espejo. Tengo una pinta nefasta. He hecho todo lo posible por estar presentable en este día tan especial para todos y no veo el resultado esperado. Me mojo la cara con el agua del grifo para despejarme un poco y, sobre todo, desterrar todas las cosas que se me vienen a la mente. Es duro recordar... pero, quizás, es más duro no hacerlo. Eso, al menos, es lo que me dijo la psicóloga. Es mejor tener un pasado que añorar, que no tener absolutamente nada.

De repente, un tirón en el hombro me saca de mi ensimismamiento: es Andrea.

—¡Joder! ¡Qué susto! —exclamo mientras me llevo la mano al pecho.

—Tranquilo, tranquilo. —Sonríe Andrea mientras levanta las manos en son de paz—. Tardabas mucho y he decidido venir a ver si necesitas algo. ¿Estás bien?

—No... no mucho.

—Puedes contarme qué te pasa. Si quieres, vamos...

—Pues que no dejo de pensar en que, si yo no hubiera mentido todos estos años, quizás nada de esto hubiese pasado. Seguiría con Silvia y mis niños, yendo a terapia para controlar todo lo que tengo dentro y, quizás, no habría irrumpido en la vida de Julia como lo hice... y...

—Eh... eh... Tío, no pasa nada.

Andrea me abraza. Esto no me lo esperaba, pero es agradable. Tardo en recibir el abrazo, pero luego lo hago con gusto.

—Gracias —le digo con vergüenza.

—No hay de qué. No te preocupes. Te quieren mucho. Lo sabes, ¿no?

—Bueno, no lo sé.

—Pues ya te lo digo yo.

Salimos del baño y volvemos a la mesa. Ha llegado la hora de los postres y nos traen una tarta de chocolate y bizcocho que también habíamos encargado hace tiempo. Está buenísima y creo que voy a repetir.

—¡Papáááá! —grita María tirándome del brazo.

—Dime, cariño.

—Vamos a jugar, por fiiiiii, por fiiiiii —insiste.

—Venga, vamos.

—¡Tened cuidado, anda! —grita Silvia mientras nos ve salir por la parte de la terraza.

Cuando nos acercamos, veo que el parque de juegos es todavía más grande de cómo se veía desde dentro del comedor del restaurante. Hay un monitor y todo, así que ayudo a mi hija a quitarse los zapatos para que pueda entrar en calcetines, y el chico la ayuda a subir el primer escalón, que es algo más alto.

Hay otros niños alrededor, corriendo y saltando, gritando. Yo me apoyo en la barandilla contraria a la entrada al parque de bolas, mirando atentamente a mi hija. Vigilándola. No le quiero fallar, a ella no.

De repente, noto que alguien viene por detrás y se acerca poniéndose a mi lado. Miro hacia un lado de la barandilla y lo veo. Lo veo todo y nada. Miro su cara y vuelvo a mirar hacia abajo.

«No, no, no, no».

Veo todo y a la vez veo nada. Veo recuerdos de ese día. Veo luz y luego oscuridad.

—006C... 006C... 006C... 006C.

En bucle en mi cabeza. Todo por fin se conecta y lo veo. Veo a la persona que asesinó a mi madre. Oigo a mi hija llamándome. Oigo a Silvia, Miguel, Julia, Andrea, hasta a mi hijo Lucas. Pero no puedo responder. Mi cuerpo no responde. Entro en la más profunda oscuridad y noto un golpe fuerte en la cabeza.

Capítulo 39

006C

Julia

Domingo, 15 de mayo de 2022

006C. Nadie sabe lo que significa, pero es lo que Quique ha estado repitiendo durante las últimas horas de manera intermitente. Allí, cuando de repente se quedó tieso, como si no pudiese mover ni un solo músculo, y con la mirada fija. Allí, cuando no tuvimos más remedio que llamar a la ambulancia.

Aun en ella, de vez en cuando lo repetía. 006C. Y, de vez en cuando, mi nombre: «Julia, 006C, 006C, Julia...». No sé lo que significa, pero lo voy a averiguar.

Ahora estamos en el hospital. Están haciéndole pruebas. Todos estamos en la sala de espera, excepto los niños, a los que hemos dejado, de camino, con Ana y Luis, que nos han hecho un gran favor. Silvia no puede dejar de mover las piernas y morderse las uñas, nerviosa. Yo también lo estoy, es mi hermano.

Miguel y Andrea también están aquí con nosotras, pero se han ido a por unos cafés.

—Silvia, todo estará bien, ya lo verás. —La cojo suavemente de la mano y le doy un pequeño apretón, esperando que la reconforte.

Me mira. La miro a los ojos y sé perfectamente lo que siente. Ambas nos sentimos perdidas y confusas. No queremos perderle.

El tiempo pasa muy despacio aquí dentro. Andrea y Miguel vinieron con los cafés y una tila para mí. Cuando digo que me conocen bien, es que es totalmente cierto. Me la tomo poco a poco, sintiendo cómo baja calentita por mi garganta. No está funcionando, no dejo de pensar en lo que Quique repetía sin parar.

«006C. 006C. Julia. Julia. 006C».

No sale nadie a decirnos nada. Han pasado unas dos horas y pico y aquí seguimos.

—Chicos, me tengo que ir. Cuando sepáis algo me llamáis, ¿vale? —comenta Conesa poniéndose de pie y dándonos un abrazo a cada uno—. Lo siento, Julia.

—No te preocupes. Te mantendré informado.

—Gracias. Hasta luego.

Lo veo marcharse por el pasillo del hospital. Mi mirada lo sigue hasta que tuerce la esquina. Andrea me coge de la mano y apoya su cabeza contra la pared cerrando los ojos. Yo le acaricio con el dedo pulgar en el dorso de la mano. Silvia, en este punto, sigue nerviosa y decide ir a buscar a alguien que le diga qué está pasando con Quique.

A los diez minutos, vuelve. Cabreada.

—Dicen que aún no saben absolutamente nada. ¡JODER!

Yo, simplemente, dejo que se desahogue. Sé que lo quiere, aunque ya no sean una pareja. Es el padre de sus hijos y su amigo desde hace bastantes años. En parte, me alegra que tenga gente

que se sigue preocupando por él y más después de tanto tiempo. Es mi hermano, pero, al fin y al cabo, le acabo de conocer o... reconocer.

—¿Familia de Enrique Pérez Lugo?

—¡Sí, somos nosotros! ¿Está bien? ¿Podemos verle? —contesta Silvia impaciente.

—Está todavía con algunas pruebas y no pueden verle. Tendrán que esperar aún unas horas. Pueden irse a casa y les llamaremos cuando sea conveniente.

—¡No, no, no! Yo de aquí no me muevo —grita Silvia en medio del pasillo.

—De verdad que la comprendo... eh...

—Silvia. Me llamo Silvia.

—Claro. De verdad que la comprendo, Silvia, pero tiene que entender que tenemos que hacerle todas las pruebas para descartar daños cerebrales severos.

—¿Daños cerebrales?

—Sí. Verán... lo único que les puedo comunicar ahora es que está en estado catatónico y, viendo su historial clínico, no es la primera vez que lo sufre. Tenemos que estudiar su caso detenidamente. Entiéndalo.

—Lo entiendo, pero... —Comienza a llorar y se va hacia el baño.

—Perdónela, es que... bueno, obviamente, ninguno nos esperábamos esto —explico al doctor.

—No se preocupen. Es normal estar en estado de *shock* ante este tipo de diagnósticos. Cuando acabemos las pruebas, les podremos dar más información y cómo podemos proceder. ¿Usted es también familiar?

—Sí, soy su hermana.

—Bueno, pues cuando sepamos algo las llamaremos a ambas. A la señora Silvia y a usted, no se preocupen. Dejen sus números en recepción.

—Gracias, muy amable.

El doctor asiente y me da una palmadita tranquilizadora en el hombro. Se marcha y desaparece por una de las puertas del pasillo. Silvia vuelve y nos dice que se va a casa de Ana y Luis a recoger a sus hijos y se irá a casa. No quiere aprovecharse de mi amiga, y lo entiendo, pero es un caso de necesidad. Ante todo, somos una familia, y hay que estar en las buenas y en las malas.

Capítulo 40

Vuelta a la oscuridad

Julia

Lunes, 16 de mayo de 2022

—¡Venga, Andrea! ¡Date prisa!

—¡Voy, voy!

Nos acaban de llamar del hospital. Ya podemos ir a ver a Quique y a que nos cuenten qué pasa exactamente y cómo tenemos que proceder. Andrea me va a llevar hasta el hospital y después vendrá a casa con los hijos de Silvia. Además, luego, como tiene que marcharse a trabajar, comerán rico en el restaurante y Federico hará de cuidador.

Después de, aproximadamente, veinte minutos, llegamos al hospital.

—Con lo que sea me dices.

—Vale. Te quiero —le digo tras un beso en los labios.

—Te quiero.

En la puerta está Silvia con los niños y tras salir yo, ella los monta en el coche y le da las gracias a Andrea por quedarse con ellos.

—Te debo una.

—No. Somos familia. No me debes nada —expresa con una sonrisa.

Se despiden a través de las ventanillas del coche y entramos. Subimos hasta la segunda planta y, después, nos dirigimos al área de psiquiatría. En recepción, preguntamos por Quique e informamos de que nos han llamado para que viniésemos. Una chica muy amable nos pide que nos sentemos en la sala de espera hasta que el médico nos llame por megafonía.

No pasan ni diez minutos y nos indican que tenemos que ir a la habitación 229. Allí está el médico, en el umbral de la puerta.

—Hola, buenos días. Antes de entrar, es importante que sepan que Quique no va a mostrar ninguna emoción ni a moverse. Es más, hace varias horas que no presenta habla. Así que, por favor, no se preocupen. Es algo normal en la catatonía.

Ambas asentimos bastante asustadas y entramos tras el doctor. La habitación tiene las cortinas corridas y entra la luz del sol. Vemos a un Quique en una camilla con el respaldo subido, para que pueda estar sentado. No se percata de nuestra presencia. No sé siquiera si puede escucharnos o no. Cuando pasamos por delante no nos mira. Se me escapa una lágrima y miro a Silvia. Ella está igual de afligida que yo.

—Síntense en las butacas, por favor. Les voy a comentar el diagnóstico completo y cómo podemos proceder.

Silvia y yo nos sentamos y esperamos pacientes.

—Bueno, el paciente, Quique Pérez Lugo, sufre de catatonía. La catatonía es un síndrome neuropsiquiátrico que, normalmente, se caracteriza por una desregulación motora y del

comportamiento de la persona que lo sufre. ¿Lo han entendido?

—Más o menos... —contesto, pesarosa.

—Bueno, es algo difícil de entender, no se preocupen. El caso es que hemos visto su historial clínico y... —Se interrumpe mientras pasa un par de hojas—... hemos visto que estuvo internado en un centro psiquiátrico desde... 1996 hasta... 2005 por episodios de shock postraumático, ansiedad, depresión y estrés, tras lo que... pone aquí... un episodio de catatonia. ¿Sabían estos datos?

—Sí, algo sabíamos... Siempre he sabido que la situación de salud mental de Quique era muy frágil, pero tanto no... no sé... —contesta Silvia acongojada y con un pañuelo en la mano.

—Verá, doctor... es que hace poco nos enteramos de que Quique presencié el asesinato de nuestra madre... y... —contesto yo.

—Claro, entiendo. Tranquila, no hace falta que me cuente sus intimidaciones. No se preocupe. Aun así, gracias por ponerme en contexto.

El doctor se queda callado un momento y sigue revisando el historial para terminar de unir todo, o al menos eso creo.

—Bien. Hay una noticia buena y otra mala... La mala es que no sabemos muy bien qué es lo que le ha podido ocasionar el estado de catatonia que ahora tiene. Y la buena es que ha sido tratado con anterioridad y, seguramente, este episodio no sea letal. En estos casos, es importante una buena detección a tiempo. La tuvo.

Ambas suspiramos porque sentimos un gran alivio. Aunque el hecho de no saber qué es lo que le ha provocado estar así, nos tiene bastante preocupadas.

—¿Cree que tiene que ver lo que decía todo el rato? —pregunto curiosa.

—Pues, ciertamente, no sabría decirle. Hemos apuntado que repetía un patrón de unos números, letra y un nombre. Julia... Es usted, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Bueno, por mi experiencia en este campo solo les puedo hablar de mis suposiciones. La mente es muy... cómo decirlo... muy difícil de analizar en estos casos.

—Cuéntenos, por favor —suplica Silvia medio llorando.

—Mi experiencia me dice que su estado de catatonia en la niñez fue por causas psiquiátricas, es decir, en este caso, por el trauma y el *shock* del asesinato que me han especificado. En el informe me remiten que su catatonia fue marcada en un principio por estupor y mutismo, pero que luego derivó en agitación, muecas, verbigeración e incontinencia urinaria.

Creo que no estoy entendiendo nada, pero que, a la vez, estoy entendiendo todo. No me puedo hacer a la idea de todo lo que tuvo que pasar. Además, siendo tan pequeño. A la vez, me siento algo egoísta por no haber podido compartir su dolor. Yo no me enteré de absolutamente nada gracias a él. Me protegió. Me antepuso a mí. Nunca tendré palabras suficientes para agradecerse.

—... básicamente el estupor y el mutismo están también presentes ahora, junto a fijeza de la mirada y breves episodios de verbigeración. El problema es que no sabemos los patrones de esta última cuando era pequeño y si tiene algo que ver. Eso es algo que nunca podremos saber, me temo.

—Y... ¿cómo hay que proceder? ¿Cuándo se pondrá bien? —pregunta Silvia removiéndose en el asiento.

—Pues, es algo difícil de determinar. Pueden ser días, semanas o meses... Sí que es verdad que las primeras horas son importantes, pero...

—¿Cómo que meses?

—Lo siento, Silvia. No puedo decirle más respecto a eso. Si responde bien a la medicación, seguramente sea poco tiempo. Ya lo verá. Si vamos viendo que remiten algunos síntomas no haría falta realizar el TEC.

—¿Qué es el... TEC? —pregunto asustada.

—No se preocupen. Es una práctica muy común ahora. —Se sube las gafas y continúa—. Nosotros le vamos a ir administrando Lorazepam. Este medicamento estimulará la vía gabaérgica en su corteza orbitofrontal. Podríamos darle benzodiacepinas, pero el Lorazepam tiene mayor evidencia científica en estos casos.

La cabeza me da vueltas. Creo que me estoy volviendo loca y no entiendo por qué Quique tiene que sufrir tanto.

—Si bien es verdad que el cincuenta por ciento de los pacientes responden con la primera dosis, no sería raro que se alargara, ya que, al parecer, Quique tiene una catatonía crónica. En estos casos, la mejora se estima en unos días o semanas. Si esto no funcionase, pasaríamos al TEC.

Para un momento para beber agua y creo que me mareo. Demasiada información y de vital importancia.

—Básicamente, lo vamos considerando cuando han pasado varios días y no se consigue ningún tipo de mejoría o respuesta por parte del paciente. El TEC, básicamente, es una terapia electroconvulsiva. Se colocan unos electrodos en...

—Lo siento, necesito ir al baño.

Y salgo corriendo. No puedo escuchar más. No lo necesito. Se va a poner bien. Tengo miedo de que no se recupere nunca o que, incluso, muera. Cuando llego al baño, vomito. Tengo una lavadora en el estómago y echo todo el desayuno. Y aquí me hallo, de rodillas en el retrete de un hospital en el área de psiquiatría con mi hermano, el cual no sabía que tenía hace dos años. Me duele la cabeza y descanso un poco sentada en el suelo. Lloro. Lloro, desconsolada, porque quiero que sobreviva a esto. Quiero que sobreviva para poder disfrutar de sus hijos, de mi boda, de todo. Lloro porque espero que su vuelta a la oscuridad sea breve.

Al rato salgo del cubículo, secándome las lágrimas con la manga del jersey. Y aquí está Silvia. Me ve, me abraza y lloramos las dos. Es muy duro todo esto, aunque lo que no paro de pensar es el posible significado de 006C.

Capítulo 41

Un bache más

Conesa

Lunes, 16 de mayo de 2022

Acabo de salir de la cafetería de siempre. Estaba tomando un café con Julia y Silvia. Me llamaron hará un par de horas para decirme que ya tenían un diagnóstico de Quique y que preferían hablar conmigo en persona.

Ambas llegaron con cara de haber llorado bastante, así que les di un abrazo y les pedí que me contaran todo con pelos y señales.

Nos sentamos en una mesa del fondo, no en la misma en la que me senté con Junqueras hace algo más de un año. Bendito día... Obviamente, de vez en cuando, recibo algún mensaje suyo para ver qué tal todo por la comisaría. Sé que lo que pretende es que le cuente información sobre el caso del asesino del Camisón Morado, a pesar de que sabe que no puedo contar nada. Encima, me hizo recordar lo desgraciada que es mi vida y todas las personas que me han dejado solo. Mis padres y ella.

Julia me contaba atropelladamente todo lo que el doctor les había explicado. Mientras, Quique estaba allí, sin más.

Silvia, de vez en cuando, bebía de su café y asentía, pero prefería mantenerse al margen de la conversación. Tras contarme todo, nos despedimos con la promesa de vernos más a menudo y de contarme todas las novedades.

Sin duda, toda esta situación es un bache más en la vida de Julia. La conocí cuando era pequeña y, cuando creía que todo estaba bien ya que no había vuelto a tener noticias, pasa todo esto. No sé siquiera cómo se debe sentir. Yo intento ayudarla en lo que puedo y, es más, me siento un poco culpable por lo que pasó durante las navidades. No estuve ahí para ella.

Ando por la calle y me dirijo a la comisaría. Aún tengo que firmar los papeles de la excedencia que pedí. Cuando entro, simplemente, me dirijo a la recepción y los garabateo sin ganas. Me despido por una temporada del que ha sido mi hogar durante muchos años. Espero volver renovado y descansado. Todo el mundo necesita parar en algún momento.

Al rato llego a casa. He hecho todos los trayectos andando para despejarme un poco la cabeza. La tengo algo embotada. Subo en el ascensor. Me da pereza subir andando. Abro la puerta y veo que tengo todo el piso hecho una basura. Aprovechando la excedencia, creo que haré una limpieza general. Tiraré cosas y otras las donaré. Es más, voy a empezar ya mismo. Aún no tengo hambre y así estoy entretenido e intento no darle mucho al coco.

Abro la aplicación *Spotify* y voy a mi lista de canciones. Conecto el teléfono móvil con el *subwoofer* y, así, poder escuchar la música más alta mientras me muevo por la casa. La primera canción que suena es mi favorita: *Wonderwall* de Oasis. Realmente es mi preferida porque me recuerda a ella.

La escucho y, mientras tanto, la canto y me desahogo. Creo que la música es terapia. Lo creo fervientemente.

Ella. Sin más, se esfumó. Su corazón se enfrió y simplemente desapareció. Me dejó solo. Ya lo estaba y ella me devolvió la esperanza de tener una familia. No es un tema del que me guste hablar, pero Junqueras me lo removi6. Desde hace un año y medio, tengo sueños recurrentes en los que la veo. Es más, aún tengo su número de teléfono, pero, obviamente, no llamo; sé que se pondría otra persona.

No creo que nadie supiera lo que sentía por ella. No era una relación secreta, pero sí que la llevábamos de una manera más discreta. Junqueras lo sabe porque, cuando estábamos en la academia, hablábamos mucho. También le conté lo que pasó con mis padres. Otro tema del que no me gusta hablar. Nada en absoluto.

Por eso creo que entiendo tan bien a Julia. La vida me ha ido dando bandazos. Aunque, creo que el que más sintió esto fue Quique. Fue consciente de todo... Julia, en realidad, no. Enterarse de que tienes un pasado desconocido no es fácil, pero es más difícil conocer todo tu pasado e intentar sobrevivir. Yo, más de una vez, he pensado en quitarme de en medio. Estar solo es muy duro y la mayoría de mi vida ha sido el trabajo. Por eso mismo, me he cogido una excedencia. Creo que es el momento de aprender a vivir sin ir a la comisaría todos los días y encerrarme allí a pensar y repensar todos los casos abiertos que tenemos hasta la fecha.

De todas formas, aunque mis pensamientos duelan, hay veces que me es necesario volver a ellos. Sé que son mi ruina, mi bache personal, como el de Julia, pero también son mi salvación. Mi maravilla.

Ahora suena *Antes que ver el sol* de Coti. Ojalá pudiese escuchar la voz, aunque fuese por última vez, de todos los que se han ido. Ojalá pudiese despedirme.

Sigo limpiando la casa y pensando. La situación de Quique, Julia, Silvia... es complicada. No la querría ni para mi peor enemigo. Nadie se merece pasar por esto. Por eso voy a intentar ayudar a Julia en todo lo que pueda. Creo que es mi deber, sobre todo después de haberlos juntado de nuevo.

Eso hace que me pregunte qué habría sido de la vida de ambos si no se hubieran encontrado nunca... Si yo no... si yo no hubiera enviado esa carta que afirmaba que Julia quería saber la verdadera identidad de su hermano. Quique ya la estaba buscando, hecho que yo desconocía. La encontró y prefirió no decirle nada. Ahora lo entiendo. Provoqué un cataclismo. Quizás nunca debí enviar esa carta del demonio.

Por otra parte, solucionamos el asesinato y ahora está siendo atendido por expertos en salud mental. Creo que la vida es una de cal y otra de arena. No te entrega felicidad sin una pequeña desgracia.

Es una lástima, pero en eso soy experto.

Capítulo 42

Una leve mejora

Julia

Unos días después

Miércoles, 25 de mayo de 2022

Parece que Quique responde al tratamiento con Lorazepam. Ya no tiene la vista tan fija como una muñeca de porcelana. Además, tiene pequeños espasmos en las manos y en la cara cuando tienes contacto con él. Nos ha dicho el doctor que es muy buena señal. Eso sí, no ha vuelto a decir ni mu. No es malo, pero quiero que diga algo. Bueno, no lo quiero... lo necesito.

Silvia viene todos los días y, hace dos, también Lucas y María. Son niños, pero soy partidaria de decirles la verdad. Muchas veces subestimamos la inteligencia emocional de los más pequeños, pero no debería ser así.

También han venido a visitarle Andrea, Miguel e incluso Ana con Luis. Está mal que lo diga, pero me alegra que nos reunamos más, aunque sea por esto. Siento que estoy recuperando, poco a poco, a mi familia, aunque Quique esté en un acantilado.

El doctor nos ha dicho que le exponamos a estímulos poco a poco. Nos ha recomendado que le hablemos, le acariciemos las manos, le pongamos música... Yo, sinceramente, me lo he tomado al pie de la letra y creo que Silvia también. Estuvimos el otro día en mi casa, mientras Andrea llevaba a los niños al parque con Lucía, que se apunta a todo, haciendo una lista de *Spotify* con canciones que le gustan. Yo aporté algunas y ella, otras cuantas. Cuando vino Andrea, él propuso que le narrásemos momentos felices que habíamos vivido con él, en forma de cuento. Nos pareció una idea genial, así que también hicimos una lista. Sí, Silvia, aparte de ser la reina de la literatura, también lo es de las listas.

Pero bueno, aquí estoy yo, sentada, escuchando cómo Silvia le cuenta anécdotas del día que nació Lucas. No puedo evitar que me caiga una lágrima por la mejilla. Silvia lo quiere. Muchísimo. Todo lo que ha pasado refuerza el hecho de que son una familia, aunque ya no quiera seguir casada con él. De vez en cuando, Silvia me mira para que me fije cómo sus dedos se mueven con espasmos. Sonríe. Está feliz por su mejoría y yo también.

Siento que esto va a acabar siendo una anécdota graciosa de la que reírnos en las siguientes navidades. Al menos, eso es lo que deseo con todo mi corazón. Si Quique no mejora, sé que algo quedará roto para siempre. Pero, hay que ser positivos. Miro mi vaso de plástico para llevar con la tila y sonrío. Ha tenido una leve mejora, y eso es bueno.

Ahora Silvia ha pasado a hablarle sobre el nacimiento de María. Miro la hora y me doy cuenta de que tengo que ir a trabajar. Me despido de ella; también de Quique apretándole la mano y acariciándole la mejilla.

Al rato, ya estoy en el pueblo y entrando en el restaurante. Según abro la puerta, veo solamente a Alicia, sentada en una de las mesas mientras tararea. Me dirijo a ella y le quito un

auricular de la oreja. Suena *Big girls don't cry*, de Fergie.

—Me tienes que contar.

—¿El qué? —me pregunta ella sorprendida.

—El porqué de esta canción.

—Aaaaah. Pues, te lo resumo rápido. Mi novio me ha puesto los cuernos y ya.

Me quedo ojiplática con la actitud tan dicharachera y tan pasota con la que me lo ha dicho.

—No pongas esa cara, mujer. No pasa nada.

—Bueno, si necesitas algo...

—Lo sé, lo sé. —Me sonrío.

Entro a la cocina y sigo con mi rutina de siempre. Hoy Andrea no viene, ya que se queda con los niños, y va a ser Tulio el que me ayude en la cocina. Federico está siendo muy flexible con todo esto y se lo agradezco. Le debo una muy grande.

Y cortando ingredientes y empezando a preparar salsas, sigue mi día a día. Como durante mis estancias en el hospital le he prometido a Quique.

Capítulo 43

Cada vez más cerca

Conesa

Miércoles, 25 de mayo de 2022

Sigo recogiendo la casa. Estoy tirando cosas viejas que tengo guardadas desde vete a saber el tiempo. Tengo, incluso, cosas de mis padres en las partes de arriba de los armarios. Como tengo dos habitaciones, aunque una es tremendamente enana, me caben el doble de cosas. Es más, la habitación pequeña es algo así como un trastero. Me he dado cuenta de que tengo cierta tendencia a guardar todos los recuerdos. No es malo, pero no quiero recordar demasiado de mi pasado. Me hace daño.

Estoy cansado y enciendo la televisión. Cojo el mando y empiezo a hacer *zapping* por los canales. En una de las cadenas veo que están echando un *thriller*: *La sombra de la libélula*. Sale en pantalla Kevin Costner en un hospital, con cara asustada, mientras un niño en una camilla con, aparentemente, cáncer, es trasladado a la sala de reanimación. Él oye cómo el niño, aun inconsciente, le está llamando.

Me encanta esta película. No podría dejar de verla. Realmente, la descubrí cuando estaba en el videoclub, hace como quince años. Estaba buscando una película y, al ver el título, me llamó. A mi madre le encantaban las libélulas y era como recordarla. Me encontré con una película fascinante llena de suspense, secuencias paranormales y mucho misterio.

Me despierto dando un bandazo con la cabeza hacia adelante. Me he quedado dormido. Ya ni siquiera están emitiendo la película. Ahora está empezando un programa de investigación.

Me levanto a lavarme la cara y a hacerme la comida. Son las cuatro de la tarde y llevo sin comer desde ayer a las diez de la noche. Echo una bolsa de verduras congeladas en la sartén y espero hasta que se consuma el agua y se doren. Después, me hago un huevo frito y lo pongo encima. También he decidido empezar a cuidar mi salud física, aparte de la mental. El otro día fui a comprar una gran carga de verdura, pero congelada. Como yo solo todos los días y no quiero que se me pudra en la nevera.

Cojo el plato, un tenedor y me voy al sofá. Dejo la comida sobre la mesita del salón para que se atempere un poco y no quemarme el paladar. Pero, de repente, hay algo que me sorprende. Veo imágenes del caso del asesino del Camisón Morado en la televisión. Cojo el mando y subo el volumen. Están poniendo imágenes que, según dice el reportero, ya se pueden compartir con el público. Son fotografías, no muy obscenas, de las escenas de los crímenes. De absolutamente todos. Por lo general, salen bañeras, moratones y camisones morados. Hablan un poco del historial del asesino en serie, aún desconocido, y del asesinato aislado cometido por Quique. La verdad es que se ceban un poco con él.

Tras todo esto, que dura aproximadamente media hora, sale un policía hablando con el reportero. No sé quién es.

—Buenas tardes. Soy el inspector Ramiro López. Como nuevo integrante de la policía de este municipio he estado investigando de nuevo el caso; sobre todo, el último asesinato que tuvo lugar la noche del 24 al 25 de diciembre del año pasado.

—Pero, ¿no se habían agotado todas las vías de investigación? —pregunta el reportero.

—Sí y no. Las habían agotado el inspector Conesa y su equipo, pero yo he arrojado algo de luz a este asunto. Resulta que tenemos un hilo del que tirar.

No doy crédito.

«¿Un hilo del que tirar? Habíamos agotado todos... Hasta el del hecho de que fuese en el río en vez de en una bañera».

—¿Nos puede adelantar algo, inspector?

—Podría decirse que acabo... acabamos de descubrir una pista muy importante que nos va a llevar, seguramente, a nuestro asesino. Además, deseamos que sea el mismísimo asesino en serie y no un imitador.

—¿Por qué piensan eso?

—Verá. Cuando un asesino en serie para durante mucho tiempo y ha vivido en tercera persona el *modus operandi* que él mismo inventó... ¿Qué cree usted qué haría, muchacho?

—Pues... no lo sé —contesta tímidamente el reportero.

—Muy simple —contesta condescendiente—. Buscar otro. Es tan simple y tan sencillo que, viendo que con los métodos actuales es más posible encontrar a un asesino, como pasó con Enrique Pérez Lugo, nuestro «amigo» haya querido cambiar un poco.

«¿De dónde se saca esas conclusiones? Encima parece que lo celebra antes de tiempo. Me menciona, pero para pasarme por encima. ¡Será capullo!».

—¿Entonces creen que están cerca?

—Por supuesto. La prueba que hemos encontrado es una huella debajo de una barandilla del puente, desde donde hemos medido que pudieron tirar a la víctima. Blanco y en botella...

«¡Eso es imposible! ¡Se revisó todo! ¡Está tirando mi trabajo de años por la borda!».

Aunque estoy bastante nervioso, intento terminar de escuchar la conversación que están teniendo. Es imposible que hayan encontrado una huella. Todo el cuerpo de policía revisó todo, incluso con luces ultravioletas.

—Y... ¿cómo un grupo entero de la policía no pudo encontrar una huella? Y lo más importante... ¿por qué sigue ahí habiendo nevado y llovido?

—Muy simple, querido. —Sonríe de nuevo de medio lado—. Estaba justo debajo de la barandilla. Oculta. Solo un ojo experto como el mío podría intuirlo. Sí que es verdad que está algo desgastada, pero es imposible que con nuestro registro de huellas no hallemos al culpable si está registrado en nuestros ordenadores.

Apago la televisión. Me va el corazón a mil por hora. La comida se me ha enfriado en la mesa. Me levanto y me mareo. Noto sabor metálico en la boca. Corro hacia la habitación y abro el armario. Busco el abrigo de paño y saco los guantes. La cabeza me da vueltas y los ojos se me salen de las cuencas.

«No puede ser».

Me falta el aire. Hay un agujero justo en la yema del dedo pulgar. Cada vez más cerca de que me descubran empiezo a hiperventilar.

«No puede ser, no puede ser. ¡Que hijo de la gran puta!».

De repente, me miro en el espejo de al lado, no me reconozco. No quiero volver, pero no queda más remedio. Volveré a ser el asesino del Camisón Morado si es lo que ellos quieren.

Capítulo 44

Sé quién es

Quique

Miércoles, 25 de mayo de 2022

«Estoy relajado escuchando música, o al menos eso creo. Solo veo negro y no sé dónde estoy. No puedo moverme, pero sí escuchar. Pero, ¿qué es esto que siento? Me siento raro. Esa canción me suena mucho. No. No. No. Veo. Pero... ¿qué veo? ¿El armario otra vez? Estaré soñando. Sí. Será eso. Giro la cabeza y veo a Julia y, entonces, oigo un grito. ¿Mamá? ¿Otra vez este sueño? No, por favor. La música sigue sonando. De repente, lo veo. Veo el tatuaje, en su muñeca. 006C. 006C. Pero, esta vez también lo veo a él. No. No. No. Tiene que ser mi subconsciente. ¿Miguel? ¿Conesa? No. No puede ser. Está arrastrando a mi madre por la habitación. Le veo los guantes. Son negros. Veo que lleva un abrigo oscuro y veo el tatuaje asomando por la manga de su jersey. 006C. 006C. Julia, tengo que protegerte. Me necesitas. Noto tal revuelto de estómago, que se me sale el corazón del pecho. Tengo que avisar a Julia. Es Miguel. Es él. Por arte de magia lo veo. Lo recuerdo».

*Oh, noche especial
de amor celestial.*

Questa dolce
Bella notte...

«Ahora lo recuerdo. Estábamos viendo *La dama y el vagabundo* antes de que empezásemos a jugar al escondite y de que llegase mamá con Miguel. ¿Cómo no he podido acordarme hasta ahora?».

«Oigo muchos pitidos. Abro los ojos. Veo borroso. No sé dónde estoy. Veo muchos cables. Entra una chica. Va vestida de blanco. Intento preguntarle dónde estoy, pero no me salen las palabras. ¿No puedo hablar? ¿Qué me pasa? La chica se va. No me ayuda y tengo miedo. Intento relajarme. Puedo mover los dedos de las manos poco a poco. Vale. Poco a poco... Parece que veo mejor y sé que me encuentro en una camilla de un hospital. Intento hablar, pero mi voz sale algo ronca y no puedo vocalizar bien. Necesito decirle a Julia que Miguel es quien asesinó a mamá. Oigo voces en el pasillo y el pitido que muestra la frecuencia cardíaca cada vez más lento. ¿Por qué no viene nadie?».

—¿Ju..l..l...liaa? —intento pronunciar en un susurro.

«Vale. Puedo hablar. No sé cuánto tiempo llevo aquí. Intento mover los dedos de los pies y reaccionan. Una mano parece que me hace más caso que la otra, la derecha. Consigo moverla un poco hasta el aparato en el que tengo conectados los cascos que llevo en las orejas».

—¿O..oig..ga..gaaan? ¿Haa...aay aal..guien?

De repente, entra la chica de antes con un señor. Creo que es el doctor.

—Hola, Quique. Bienvenido de nuevo —me dice tras quitarme los cascos.

—Nee...nece...

Oigo cómo mis pulsaciones vuelven a subir.

—Tranquilo. Despacio. Llevas aquí unos cuantos días, amigo.

—Juu...li...aa. Tiee...ne qu...e ven...ir.

—Torres, vaya a llamar a Julia, su contacto, por favor.

—Claro, claro. Voy —contesta la enfermera mientras sale de la habitación.

—Quique, tranquilo. Le voy a realizar una exploración, ¿de acuerdo?

Consigo asentir con la cabeza y noto cómo una luz me ciega. Me dice que siga la luz con los ojos y me va tocando partes del cuerpo para ver si puedo empezar a moverlas.

—¿Ves? Vas muy bien.

—Juu...lii...a... —sigo diciendo—. Sé qui...én es.

—¿Quién Quique?

—El asee...sin...sino.

—¿El asesino? —pregunta extrañado el doctor.

—De ma...má.

El doctor me mira y asiente. Sabe de lo que le estoy hablando. Lo sé. Intenta tranquilizarme. Sé que lo hace de buena fe. Poco a poco me va moviendo todas las articulaciones, con cuidado. Me mueve también el cuello.

Al rato vuelve a aparecer la enfermera de antes.

—Ya he llamado. Pero Julia y Silvia no me contestaban. He insistido varias veces, pero no ha habido manera. Así que he llamado al otro contacto que había en la hoja. A un tal... Miguel Conesa.

—No... no... n...o

Empiezo a temblar y a moverme como puedo.

—Tranquilo, tranquilo.

—Es qu...e es él.

—¿Él es quién, Quique?

—El aa...asesino... —continúo diciendo ya con más soltura—. Juliaa... corr...e peli...gro.

Capítulo 45

La trampa

Conesa

Miércoles, 25 de mayo de 2022

—¿Es usted don Miguel Conesa Cifuentes?

—Sí, sí, soy yo. ¿Quién es?

—Verá, le llamamos para informarle de que Enrique Pérez ha despertado. Hemos intentado contactar con su hermana y su mujer, pero no contestan al teléfono. El paciente quiere hablar con Julia porque se acuerda de todo, o eso parece afirmar, aunque no tenemos mucha idea de a lo que se refiere.

—Vale, vale, gracias. Puedo contactar yo con Julia.

—Muchas gracias, muy amable.

—A usted. Hasta luego.

No dejo ni que se despidan. Prácticamente, ya estoy en el coche girando las llaves en el contacto. No creo que sea mera casualidad que tengan una pista en la policía y que Quique se haya despertado. No puede serlo. La vida me está pidiendo que solucione esto una vez más. Y eso, precisamente, es lo que estoy dispuesto a hacer.

Mientras conduzco, no dejo de pensar en todas las hostias que me ha dado la vida y en lo absurdo de la situación en la que me encuentro. No puedo comprender cómo se me escapó que tenía un agujero en el guante. A no ser que...

«Claro, idiota. Te lo rompió la puta esa cuando la estabas estrangulando».

Como policía nunca he tenido un fallo y, si lo ha habido, siempre he sabido solventarlo. Deben ser los años o el cambio en el modo de actuar lo que me ha pasado factura. Pero no, no voy a dejar que esto acabe así.

En nada, ya estoy aparcando casi enfrente del restaurante *Federico*. Me tiemblan las manos, así que intento serenarme en el coche antes de salir. Respiro profundo unas cuantas veces. No tengo mucho tiempo para actuar y no sé si la trampa dará resultado. Espero que sí.

Camino con las manos en los bolsillos de mi abrigo de paño y me acerco a la puerta del restaurante. Pregunto por Julia y una chica muy joven me indica que está en la cocina. La llaman y aparece ataviada con el delantal y su gorro de cocina. Sé que no puedo hacerle esto, pero tiene que ser así.

—¡Julia! —Me acerco efusivo—. Quique ha despertado.

—¿Qué?!

—Han intentado localizarte, pero no han podido dar contigo. Vengo a llevarte al hospital, Quique quiere hablar contigo. Dice que sabe quién lo hizo.

Julia se va corriendo a la cocina y yo me asomo sigilosamente. Está dejando el delantal en un perchero y el gorro de cocina en una encimera. Le está diciendo a Tulio que la llevo al

hospital, que no se preocupe. Espero que ese cabo suelto no me vaya a dar problemas. No querría tener que empezar con los hombres, ahora, después de tantos años.

Cuando veo que Julia va a salir, me alejo un poco de la puerta para que no me pille husmeando.

—¡Venga, ya estoy!

—Vale, venga.

Andamos deprisa hasta el coche y enciendo el motor.

—Gracias por venir a buscarme y por llevarme.

—Nada, ya ves. Para eso estamos.

Me hierve la sangre. No me puedo creer que esté en esta situación. No quiero hacerle daño, pero tengo que solucionar todo. Tengo que acabar con esto de una vez por todas.

—¿Dice que lo sabe?

—¿Perdón? —pregunto distraído, mientras empiezo a conducir.

—Que sabe quién es el que... asesinó a mi madre y bueno, a todas.

—Sí, eso parece.

Julia parece aliviada, pero algo nerviosa. Sé que se llevará un chasco tremendo cuando sepa la verdad, pero no puedo dejar que me cojan antes de hacer lo que tengo planeado. Ha caído de una en la trampa, y ahora tengo que ir con toda la rapidez y cuidado del mundo. Tengo que llegar antes de que den la voz de alarma.

Los análisis de las huellas, prácticamente, estarán resueltos y en el hospital, si Quique se ha ido de la lengua, sabrán que yo lo hice, que yo soy el asesino del Camisón Morado.

Conduzco por la autovía, nervioso, fijándome a cada kilómetro que no nos sigue ningún policía o agente encubierto. No querría hacer locuras en la carretera y acabar en la cuneta.

Aprovechando que Julia está encendiendo el móvil, cojo un desvío que, obviamente, no conduce al hospital. Ella confía en mí y tengo que aprovechar esa baza. Ella sabe que los saqué del armario, pero no sabe todo. No sabe todo lo que hay detrás de mi historia.

Veo que hay una gasolinera y un área de descanso abandonados y paro un momento.

—¿Por qué paramos? ¿Dónde estamos?

—Voy a hacer pis un segundo, ahora vuelvo.

—Vale, vale. Date prisa, por fa.

Le contesto con una sonrisa, aunque creo que ha resultado ser demasiado forzada para mi gusto. Demasiados años fingiendo y muy cerca del final, supongo.

Respiro hondo, no me creo lo que voy a hacer, pero ya no hay vuelta atrás. Cuando ya estoy dentro, saco el cloroformo y el pañuelo de tela para cerciorarme de dónde están y vuelvo al coche, haciendo como que me estoy subiendo la bragueta.

—No tengo casi batería, así que no voy a poner los datos. Cuando llegue al hospital pondré el *wifi* para avisar a Andrea de que he llegado.

Asiento con la cabeza y antes de arrancar pongo los seguros del coche. Ella se gira hacia mí, me mira extrañada y creo que percibe que algo va mal. No sabe por qué, pero empieza a no confiar en mí. Se lo noto en la mirada. Asustada, se cerciora de que no se puede abrir la puerta y, cuando se gira hacia mí para hablar, el pañuelo con cloroformo ya se ha apoyado en su rostro, tapando su nariz.

—Lo siento, Julia. De verdad que lo siento.

Capítulo 46

Vuelta al pasado

Julia

Miércoles, 25 de mayo de 2022

Intento abrir los ojos, pero me pesan. Oigo un zumbido en el oído derecho. Noto náuseas. Tengo ganas de vomitar y un reflujo me sube por la garganta. Voy despegando mis párpados poco a poco. Los noto pegajosos. Veo algo borroso. Noto cómo mi corazón se acelera. No sé dónde estoy. Tengo miedo.

Cuando consigo ver algo mejor y moverme me doy cuenta de que no puedo. Llevo unas esposas que, a su vez, están esposadas en otras. Estoy confusa. No entiendo nada. Obviamente, intento deshacerme de las ataduras, pero sin éxito. Estoy sentada al lado de un radiador y no puedo moverme. No puedo ni levantarme. Me duele todo y me noto débil.

—¿Hoooolaa? ¿Hay alguien?

De repente, veo a alguien entrar por la puerta y cerrar tras él. Aún no puedo enfocar bien, pero, enseguida, me doy cuenta de que es Miguel. Ahora me voy acordando de todo lo que ha pasado, aunque no lo entiendo demasiado. No sé por qué estoy aquí.

—Miguel, ¿por qué...?

—Shhhh, tranquila. Yo te explico todo. Dame un momento.

Aún estoy algo atontada. Le oigo hablar, pero no distingo lo que dice. En parte, porque está hablando solo, para sí mismo, y, por otra, porque aún me zumba el oído, aunque ya no estoy muy segura de cuál de los dos. Veo que no deja de tocarse el pelo y de maldecir.

La vibración de mi móvil interrumpe su ritual. Se ríe y no sé por qué. Se acerca a mí, lo coge, ya que estaba prácticamente a mi lado, y sonríe.

—Mira, mi querido Andrea. Qué inocente.

Veo como cuelga, pero enseguida vuelve a vibrar.

—Umm... Silvia. Vaya, sí que hay gente que se preocupa por ti. ¡Qué jodida suerte tienes! —expresa gritando mientras estampa mi móvil contra la pared.

Veo cómo cae al suelo hecho pedazos y noto cómo me caen lágrimas por las mejillas. Tengo miedo.

—Por favor, suéltame —suplico.

—¿Por qué debería soltarte?

Conesa se pone de cuclillas para ponerse a mi altura. Me levanta la cabeza con el dedo bajo mi barbilla. Quiere que lo mire, pero me resisto.

—Ayyy... Julia, Julia... ¿De verdad no te has dado cuenta todo este tiempo?

Comienzo a sollozar. No quiero estar aquí. Confiaba en él y me ha fallado. Solo quiero volver atrás y estar con mi familia.

Me escuecen los ojos y los cierro, fuerte, deseando que esto solo sea una pesadilla. Querría

pellizcarme, pero no puedo mover las manos. Abro los ojos y sigo viendo a Miguel. Está expectante y me mira fijamente.

—¿Qué pasa? ¿No quieres estar aquí? ¿Con tu graaaan amigo Miguel Conesa? Qué desagradecida...

—Por favor... —suplico de nuevo llorando.

—Pues nada, al armario.

Me quedo muda. ¿Cómo que al armario? Giro un poco más mi cabeza y me doy cuenta de que la habitación está vacía, excepto por dos sillas plegables, una lámpara y un armario empotrado.

No me quita las esposas, sino que me libera de las que están sujetas al radiador. Me sujeta fuerte del brazo para que no me vaya y creo que es una bobada resistirme. Tengo miedo, pero tengo que ser fuerte. Quizás me mate o quizás no.

Me mete a la fuerza en el armario. Me dice que me siente en el suelo y cierra con fuerza. Oigo cómo pone una especie de cerradura por fuera.

—Bienvenida a la función, Julia. Ponte cómoda, comenzará en breves.

Miguel está fuera de sí. Tengo tanto miedo que empiezo a temblar. Al principio me resisto a mirar al frente, pero cuando lo hago me doy cuenta de todo. Veo a través de las lamas del armario, por las cuales Quique vio cómo moría mi madre. Estoy en el armario en el que me protegió, pero, esta vez, estoy sola. Oigo cómo Miguel se mueve por la habitación y sale de ella. Me deja sola y oigo una puerta cerrarse.

Presiento que esto acaba de comenzar y suspiro. Aún me caen algunas lágrimas por el rostro, pero tengo que afrontar la vuelta al pasado que Miguel me va a mostrar.

Capítulo 47

Corazón roto

Conesa

Jueves, 28 de diciembre de 1995

He quedado con ella en la puerta. Como siempre. La veo desde lejos, fumando un cigarro. No me gusta que lo haga, pero, obviamente, no puedo decirle lo que tiene que hacer con su vida. Además, tiene un carácter que asusta.

Está preciosa. Lleva el pelo suelto y va vestida con un chándal gris perla. Me encanta cómo se le pega al cuerpo. Es totalmente espectacular. La amo y daría todo por ella, y eso es lo que estoy dispuesto a decirle hoy.

El saludo es un corto beso en los labios y entramos en la habitación. Los niños asumo que estarán con su compañera en el apartamento de al lado, ya que no los veo. Ella nunca me ha dejado tener relación con ellos. Me insiste todos los días en que la crianza es algo suyo, que yo no me meta, así que no me queda otra que darme por vencido.

Vamos hasta la habitación, aquí ya no hace tanto frío, pero, aun así, no me he quitado el abrigo de paño, ni el gorro, ni los guantes. Ella empieza a besarme con pasión y se va quitando el chándal para dar paso a un camisón precioso que le regalé hace unos meses. Se piensa que he querido quedar con ella para hacerlo y ya está. Creo que por mucho que se lo repita, aún no entiende que la amo con todo mi corazón. Ella es la única persona que hace que no me sienta solo.

La vi por primera vez cuando estaba investigando el club de alterne en el que trabaja. El que está al lado de este motel. Ya había acabado con la vida de unas cuantas prostitutas, pero cuando la conocí todo cambió. Fue amor a primera vista e hizo que me replantease mi vida por completo. Llevamos con esta relación unos dos años y no me arrepiento. Ha cambiado mi existencia y ha hecho que me arrepienta del daño que he causado a los demás.

Espero que nunca se entere de todo, porque no quiero que me abandone.

Alba intenta desabrocharme los pantalones, pero la freno con las dos manos y se las cojo entre las mías.

—Alba, tenemos que hablar una cosa. He pensado que...

—¿Has pensado el qué exactamente? —pregunta mientras sonrío maliciosa.

—¿Has pensado lo que te propuse?

Ella pone cara de asco y se aleja un poco. Ya no tenemos contacto físico y eso quiere decir que se ha enfadado. Creo que la conozco lo suficiente. A veces es cruel, pero me quiere. Lo sé.

—¿Tu mierda de idea? Yo estoy perfectamente así. No necesito tu caridad.

—No es caridad. Yo te amo, Alba —expreso con sinceridad mientras me cae una lágrima por la mejilla.

Ella se ríe de manera escandalosa, en una carcajada. No sé por qué. Me quedo ojiplático y

perplejo ante su comportamiento.

—¿Enserio vas a llorar por esto? Qué poco hombre eres...

Me duele. Me duele mucho. Ahora mismo tengo el corazón roto. No sé qué es lo que le anima a comportarse así conmigo, pero no me gusta ni un pelo. Opto por ser el hombre que quiere que sea, alguien valiente. No quiero que me vea débil.

—Pus para coger mi dinero, bien que me haces la pelota. No sabía que pensaras eso de mí.

—Mira que eres pringado, Miguel... —Ríe, muchísimo—... Lo supe nada más conocerte... Ay Albaaa... te quiero muchooo —Me imita.

Esto me está doliendo demasiado. Me giro para no mirarla. Ahora mismo no podría hacerlo.

Me asomo a la ventana y veo el rótulo del club de alterne brillar.

Intento que no me afecte. Esta conversación la hemos tenido muchas veces, pero nunca ha sido tan cruel. Ahora lo entiendo todo, simplemente me ha utilizado. Me duele el corazón. No me quiere. No me ama. Solo quiere mi dinero.

Aprieto los puños a ambos lados de mi cuerpo. Mi respiración se agita y me siento mareado. Me zumban los oídos y noto que mi cara hierve. Cierro los ojos e intento respirar hondo para controlar la situación. Dos años... Dos míseros años ocultando esta relación para que ahora me tire así a la basura. No. No lo voy a permitir. Abro los ojos y noto cómo la rabia me llena. Me giro, la miro de manera brusca y ella se da cuenta. Aun así, sonrío con superioridad.

—Todas sois iguales. Acabasteis con mi familia, pero conmigo no.

La cojo y la tiro en la cama. Ella grita, pero no me importa. Seguro que las compañeras del motel pensarán que está follando, siempre ha sido muy escandalosa. Además, ellas no me conocen de nada. Siempre me ha tenido bien escondido y eso, al menos, me beneficia. Le agarro con una mano los brazos por encima de la cabeza y con la otra le aprieto el cuello. Va a morir y no es culpa mía. No lo es. Solo quería que fuésemos felices, pero no ha podido ser. Ha resultado ser como todas, y eso no lo voy a consentir. Me ha mentido, me ha fallado y se ha reído de mí.

Al poco de apretarle la tráquea, tiene espasmos y abre mucho los ojos. Quiero que se quede bien con mi cara antes de morir. Al momento, deja de ejercer fuerza y de respirar. Está muerta. La he matado. Lleva el camisón morado que le regalé, pero que nunca hemos tenido necesidad de usar. Fue amor a primera vista, pero no soy tonto, no me fiaba del todo. Con el tiempo, entendí que no tenía nada que temer y que simplemente era un camisón que podría ponerse sin que hubiera mayor problema.

«Jodida ingenua. Se creía que podría conmigo».

La arrastro por el suelo de los brazos. Tengo que dejar el menor número de evidencias posible. Abro el grifo de la bañera y espero a que se llene. Después la meto dentro y me pongo a sollozar. Esta visión me es demasiado familiar. Ella, en la bañera. No puedo mirar más. Salgo del baño y sigo llorando. Lo he hecho, pero ya es tarde. No hay forma de volver atrás.

De repente, oigo un llanto ahogado. Mierda. Caigo en que no sé dónde están los niños. Obviamente, no puedo ir preguntando a todas las vecinas del motel, así que sigilosamente, me asomo al marco de la puerta e intuyo movimiento en el armario de lamas.

«Mierda, ¡joder!».

Salgo de la casa, rápidamente. Desando todo el descampado, ya que nunca he dejado que vean mi coche por el club de alterne. Lo tengo aparcado más lejos. Mientras, cojo el teléfono

móvil y llamo a comisaría.

—Me acaba de llamar una prostituta del club Hawaii para decirme que se ha encontrado muerta en la bañera a una compañera.

—¿Nombre?

—Lo ha hecho de manera anónima. Estoy yendo para allá.

—Perfecto. Llame a Junqueras, que está de ronda, para que vaya también. Yo voy llamando a la ambulancia.

—Vale. A ello voy.

Llego al coche con el pulso acelerado y abro el maletero. Cojo el uniforme de policía y me lo pongo a la intemperie. Llamo a Junqueras y espero unos minutos para arrancar el motor. Aparco de manera rápida al lado del club y, a los dos minutos, veo a mis compañeros y a la ambulancia llegar. Empieza la función.

Llegamos a la habitación, Junqueras y yo, mientras que los sanitarios y el inspector están con el cadáver en la bañera. La quería mucho. Ella quiso que fuese así. Intento disimular lo máximo posible y hago como que registro el dormitorio. Abro el armario y veo a Quique y a Julia. La niña está medio dormida apoyada en su hermano y él... en estado de shock me mira, con los ojos muy abiertos y sin decir palabra. Me agacho y le acaricio el brazo para que confíe en mí y sepa que quiero ayudarle.

—Hola. Soy Miguel. Miguel Conesa.

Capítulo 48

El gran despertar

Julia

Miércoles, 25 de mayo de 2022

Y aquí estoy. Con la mano de Conesa en el brazo y, prácticamente, su cara a quince centímetros de la mía. Estoy asustada. Me ha estado contando y escenificando todo lo que pasó esa noche. La noche en la que asesinó a mi madre. No puedo comprender cuáles pueden ser las razones para que alguien se convierta en un monstruo.

El gran despertar que acabo de experimentar es increíble. Pero no bueno, sino malísimo. Me acabo de enterar de que la persona en la que he confiado y que, supuestamente, me salvó es un... monstruo. No me gusta esa palabra, pero no puedo evitar pensar que, si él no hubiera existido, mi madre no estaría muerta y Quique no habría sufrido tanto. Aunque, realmente, quizás tampoco habría conocido a toda la gente que conozco ahora, ni tendría una hermana que amo con locura. Nunca sabremos lo que habría pasado si...

—Bueno, ¿qué te ha parecido?

—Pues... —No puedo decir mucho más.

—Venga, no me digas que no ha sido una actuación fantástica —exclama mientras se aleja de mí—. Además, basada en hechos reales. Quizás deberían hacer una película o escribir un *best-seller*.

—Miguel, no sé por qué has hecho todo esto, pero...

—Venga, venga, tranquila —me susurra—. Ven anda.

Me saca del armario levantándose más cuidadosamente que antes, como si se hubiera relajado después de hablarme de esa noche... como si, quizás, se hubiera quitado un peso de encima.

—¿El mensaje que me enviaste en Navidad... era para entregarte?

—¿Entregarme? ¿Yo? Qué va. Era para darte algo de esperanza, pero lo borré... era demasiado arriesgado.

—¿Esperanza? —pregunto extrañada.

—Sí, sé que necesitabas saber quién era el que asesinó a tu madre, pero, obviamente, soy yo.

—Ríe—. Así que no fue muy buena idea.

Me lleva del brazo hacia el centro de la habitación y coge las dos sillas plegables poniendo una frente a la otra.

—Si no intentas irte, prometo contarte absolutamente todo. No más mentiras ni secretos.

Estoy reticente. Lo miro con desconfianza. La puerta está cerrada y la única ventana que hay está cubierta con tablones de madera. Si intento escapar me cogerá. Además, estoy viendo que tiene una bandolera con una pistola debajo de la chaqueta. No me conviene enfadarle. Puede que ya me estén buscando. Tengo que hacer tiempo.

«Sí, eso. Hacer tiempo».

Accedo y me siento en la silla que tengo más cerca.

—¿Me vas a quitar las esposas?

—Tampoco soy tan tonto, Julia —explica sonriendo.

No sé por qué sonrío. Es muy intrigante. Le miro a los ojos y no lo reconozco. Sé que en el fondo es Miguel, la persona con la que he hablado y compartido confidencias, pero... ahora mismo no está... Está en el fondo de un pozo que, desgraciadamente, no sé si tiene salida.

—¿Dónde estamos? —pregunto mirando alrededor.

—¿Todavía no lo has adivinado?

Niego con la cabeza, pero, en realidad, sé dónde estoy: en la habitación en la que murió mi madre. Y asumo que ese es el armario en el que Quique y yo estuvimos escondidos.

—Va, seguro que lo sabes.

—Donde... asesinaste... a mi madre.

—Sí, efectivamente.

—¿Asesinaste a mi madre y a todas las demás? —pregunto, pero, en realidad, sé la respuesta.

—*Gling, gling, gling*. ¡Premio para la señorita Pérez! —chilla eufórico—. Yo la maté, pero la quería tanto...

Trago saliva. Tengo la boca muy seca, pero no me atrevo a pedirle agua. Quiero salir de aquí. Tengo que aguantar como sea.

—Mira, te voy a contar una historia muy bonita. ¿Te apetece?

Asiento con la cabeza. Quizás, si se entretiene contándome la historia, les dé tiempo a encontrarme... si es que me están buscando. Antes de empezar a hablar se levanta la manga de la chaqueta y me enseña un tatuaje

—¿Te suena de algo?

«006C... ¿Fue el causante de que mi hermano se acordase de todo? ¿Un tatuaje?».

—Sí. Es lo que repetía Quique.

—Exacto. Lo repetía el puto niño. Siempre el puto niño. Estando pendiente de si se acordaba o no de las cosas desde que salió de ese armario. En fin... Es la terminación de la placa de policía de mi padre.

De repente, se pone agresivo. No sé por qué actúa así. Bueno, sí lo sé. Es un asesino. Apuesto a que no tiene escrúpulos para nada. Ha actuado muy bien todo este tiempo. Nos tenía engañados a todos.

—Bueno. Te cuento mi historia, ya que yo sé la tuya. ¿Te parece?

—...

—Vale. Pues esta bonita historia empieza cuando mi padre, policía, ya ves, profesión familiar, estaba investigando la trata de blancas. Esa investigación le llevó a un club de alterne en el que estaban explotando a más de veinte chicas. Después de un tiempo, consiguió que una puta le ayudase desde dentro a desenmascarar a la mafia que la tenía retenida. Resulta que mi padre no se fiaba del todo y quedó con esta chica en el bar del club para poder hablar y saber si de verdad estaba dispuesto a ayudarle. —Hace una pausa y suspira—. Apareció muerto en el río con cuatro tiros en el pecho. Encima se ensañaron... Malditos hijos de puta. —Llora y se seca las lágrimas con un pañuelo de tela—. Obviamente, yo esto no lo sabía, pero encontré en su armario

una grabadora y un diario. La curiosidad me pudo y me encontré con todo el percal.

Estoy alucinando. Apuesto a que esto lo tenía guardado muy dentro y le estaba haciendo un daño atroz. Comprendo su sufrimiento, pero eso no te convierte en un asesino.

—Al tiempo, y después de entregar todo el material de mi padre a los detectives, encontraron al proxeneta. Pero, el cabrón escapó y lo tuvieron que abatir. No cumplió condena.

—Lo siento... lo siento mucho, pero...

—No he acabado. Tranquila. Ahora viene lo peor.

Se levanta, no sé si para estirar las piernas o para hablar de pie. Finalmente, parece que se vuelve a sentar, nervioso y moviendo ambas piernas como si fueran muelles.

—Mi madre entró en depresión después del asesinato de mi padre. No salía... no comía...

—Llora de nuevo. Se nota que estaba muy unido a ella—... El día de mi decimoctavo cumpleaños llegué a casa después del instituto y allí estaba. Lo recuerdo como si fuera ayer. Mi tarta favorita. De limón. Me la había hecho para mí. Se había podido levantar de la cama para hacerme feliz, pero...

Le noto afectado. Tiene que ser duro ver cómo tu madre está en cama todo el día y, siendo tan joven, tener que sacarte las castañas del fuego. Tiene que ser muy triste ver cómo tu madre se apaga.

—Pero la llamaba y no contestaba. La busqué por toda la casa hasta que me dio por mirar en su cuarto de baño y... —Solloza—... me la encontré en la bañera. Se había suicidado cortándose las venas. Llevaba aún su camisón morado de raso. Ese que le regaló mi padre la última Navidad. Me dejó solo, ¿entiendes?

Asiento con la cabeza e intento comprenderle. Intento desalojar la idea de que es un asesino en serie y entenderle como persona. Como persona que lo ha pasado terriblemente mal y que sufrió dos pérdidas muy importantes siendo muy joven. Eso, por supuesto, marca a cualquiera. Pero, sigo pensando que eso no justifica convertirte en un asesino. No justifica ir matando a diestro y siniestro.

—Todo por culpa de las malditas putas. Así que me metí en la policía para investigar a las que habían acabado con mi padre y acabé vengándome de unas cuantas de ellas. Matándolas. Quería verles la cara mientras sufrían. Les ponía un camisón morado de raso y las metía en la bañera, para que sintieran lo que sintió mi madre.

Vuelve a levantarse y se pone de espaldas a mí. No sé qué decir. Creo que en este caso es mejor escuchar y callar. Oigo su respiración entrecortada: está llorando. Miro impaciente a los lados. No se oye a nadie por fuera, supongo que este sitio está más que abandonado y en medio de la autovía. Espero que pronto me puedan encontrar.

Conesa se da la vuelta, con los ojos enrojecidos, y vuelve a sentarse. Se sorbe los mocos y sigue hablando.

—Cuando conocí a tu madre... fue amor a primera vista. Yo, realmente, iba buscando más prostitutas con las que seguir vengando la muerte de mis padres. Pero, ella... Alba. La amaba. Solo la había visto una vez, pero ya la quería. Al final estuvimos unos dos años juntos, pero resultó ser como todas. Me quiso utilizar y acabó muerta. Créeme, me dolió hacerlo. La amaba demasiado. Más que a nada ni nadie. Por eso me dolió tanto que me partiese el corazón de esa forma tan ruin.

—Entiendo, Miguel, pero, yo...

—¿Tú qué, Julia? Sé que tú no tienes la culpa, pero tengo la necesidad de contarte toda mi historia antes de que me cojan... porque sí, lo harán en breves. Tu madre fue la última a la que maté, me dejó muy tocado y había dejado a dos niños huérfanos. Provoqué lo mismo que me hicieron a mí y no he podido perdonármelo nunca.

Vuelve a llorar a moco tendido. Si tenía todo esto dentro y nunca se lo ha contado a nadie, no sé cómo ha podido sobrevivir.

—Eso sí, tu hermano, Quique. El niño de mamá. Siempre lo he tenido que estar vigilando para ver si se acordaba de algo y, al final, con toda la medicación de la catatonia y el *shock* postraumático se me hizo todo más fácil. Desapareció y respiré, pero... ¿qué pasó? ¿Me lo sabes decir Julia?

—Pues... no sé... —exclamo cortada.

—Lo del *Stacey's*. Solo una persona podía repetir mi *modus operandi* de manera tan exacta. Con toda la movida de la protección de testigos no pude dar con él, pero justo, como venida del cielo, tras casi un año de investigación, apareciste tú.

—¿Yo...?

—Sí, Julia. Apareciste tú y me dijiste que querías saber quién era. Fue la oportunidad perfecta para cogerlo y saber si se acordaba o simplemente fue algo inconsciente.

—Entonces... —Comienzo a llorar yo también—... ¿Solo me has utilizado?

—Es un poco feo decirlo... pero sí.

Aparto la vista de Miguel, la persona a la que he admirado y querido... mi amigo. Solo me utilizó para llegar hasta mi hermano. Giro la cabeza y sobre el radiador hay un camisón morado. Vuelvo la vista hacia él. Me mira atentamente. Estoy asustada. Mucho más que antes.

—¿Me vas a matar? —pregunto señalando el camisón con las dos manos esposadas.

Conesa se levanta de la silla con tal ímpetu que la tira al suelo. Suena como un estruendo y me asusto. Da unas cuantas vueltas, tirándose del pelo.

De repente, se acerca a mí y me coge la cara apretándome las mejillas.

—Pero, cómo te voy a matar si soy tu padre.

Capítulo 49

¿Mi padre?

Julia

Miércoles, 25 de mayo de 2022

—¿Mi padre?

—Sí. —Me coge una mano y la acaricia.

No sé por qué, pero me dejó hacer. Es mi padre. No entiendo por qué no me lo ha dicho hasta ahora, por qué no se encargó de mí cuando murió mi madre. Bueno, obviamente él la asesinó, pero, no sé... Estoy muy confundida. Empiezo a temblar. Le miro a los ojos y ambos lloramos en silencio.

—No eres consciente de lo mucho que te pareces a tu madre —exclama Miguel emocionado.

—¿Me parezco a ella?

—Muchísimo. Tienes la misma expresión que ella en los ojos, la misma sonrisa... La echo tanto de menos... —Llora desconsolado.

Sé que se arrepiente de todo lo que ha hecho, pero ya no hay vuelta atrás.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Dime... —contesta sorbiendo por la nariz.

—¿Nos quería?

—Claro. No era una persona demasiado cercana y a mí ya ves cómo me tomó el pelo. Se dedicaba a lo que ya sabes, pero no dejaba de hablarme de vosotros. Os quería muchísimo. No te puedes hacer a la idea de cuánto.

Lo dice de verdad. Lo noto en su mirada. Está siendo totalmente sincero.

—Y... ¿lo sabías? —pregunto temerosa.

—¿El qué?

—Que eres mi padre.

—Durante la relación con tu madre, no. Creía que eras hija de un desliz que tuvo tu madre justo antes de conocerme. Bueno, eso me dijo ella, claro... Para variar... me mintió descaradamente.

—Y... ¿no sospechabas nada?

—Sí, lo sospeché, pero tu madre era muy clara. Si ella decía que no, es que no —contesta abatido—. Pero, realmente, yo me ocupaba de vosotros económicamente con lo que podía. Os compré, incluso, alguna película. En especial me acuerdo de la de *La dama y el vagabundo*. Es mi favorita y pensé que a vosotros también os gustaría.

Lloro. Lloro porque también tengo algo de él. Me seco las lágrimas como puedo y niego con la cabeza.

—Julia... mírame —me suplica—. Yo siempre estuve ahí, cuando eras pequeña, aunque tú no me vieras. Era un monstruo, pero tu madre me hizo cambiar. Me hizo querer reconstruir una

vida que creía rota para siempre. Y tú... eres lo más bonito que he hecho nunca.

—¿Cómo supiste que era tu hija entonces?

—Cuando estuvimos investigando el caso en la comisaría, antes de poneros a disposición de los servicios sociales, necesitaba quitarme la espinita que se me estaba clavando. Entonces, cogí una muestra de ADN tuya y fui a una clínica para que la comparasen con la mía. Obviamente, lo tuve que hacer fuera de la policía... no podía saber nadie nada.

—Y salió positivo, ¿no?

Asiente con la cabeza. Le sonrío un poco, de medio lado, de manera inconsciente. Él también me sonrío, de manera melancólica. No sé en qué momento me he relajado y estoy hablando con él como si no fuera un asesino. Necesito saber más, pero no quiero presionarle. Miguel ahora mismo no es una persona muy estable. Es mi padre y eso me ha llegado al corazón. Ahora me explico por qué me recibió tan bien en su despacho la primera vez que fui. No fue solo por la noticia, sino porque soy su hija.

Se me cae una nueva lágrima por la mejilla. Ambos estamos en silencio. Creo que necesitamos asimilar todo esto.

No puedo evitarlo y me levanto. Intento acercarme a él y, quizás, darle un abrazo antes de que todo acabe. Antes de que la policía le encarcele por todos los asesinatos que ha cometido y por secuestro. Se aparta asustado y saca la pistola.

—¡¡No te acerqueees!! Soy un monstruo. No quiero hacerte daño —grita llorando, mientras me apunta con la pistola.

—Miguel, yo solo quiero...

—¡¡Soy tu padre!! —exclama mientras llora.

Me acerca más la pistola a la cara. Yo cierro los ojos, en parte porque tengo miedo y, por otra parte, porque no quiero ver cómo mi propio padre me mata. No me gustaría irme con esa imagen.

—Julia. Mereces ser feliz. El que sobra aquí soy yo. Lo siento mucho.

Escucho unos pasos y un disparo. No me atrevo a abrir los ojos. Se me acelera la respiración y el corazón me bombea muy rápido.

—¿Miguel? —pregunto aún con los ojos cerrados.

Me espero lo peor, así que le echo valor y los abro despacio, cubriéndome un poco con las manos, que, obviamente, siguen esposadas.

—¡¡Noooooooo!!

El cuerpo de Miguel está en el suelo. Alrededor de su cabeza hay un charco de sangre que sigue creciendo a cada segundo. Está muerto. Ha decidido acabar con su vida. La culpabilidad no le ha dejado entregarse a la policía. Solo quería desaparecer.

No sé qué hacer hasta que, junto al camión morado, veo un móvil. Corro hacia él y, como puedo, enciendo la pantalla. Tiene pin de bloqueo. Menos mal que el móvil está preparado para que se pueda llamar a emergencias sin necesidad de desbloquearlo.

—112. Dígame.

Capítulo 50

Ojalá encuentres la paz

Julia

Viernes, 27 de mayo de 2022

Voy con una blusa y pantalón negros. Miro a la derecha y está Andrea. Miro a la izquierda y está Marta. Estamos en un camino de piedras de color rosado y frente a un gran césped. La tumba de Miguel Conesa está delante de nosotros. Todo está en silencio.

Marta nos ha traído en su coche para que no tuviéramos que venir con dos. Me ha acompañado para apoyarme, aunque Miguel no sea nada suyo. Se ha empeñado en hacerme compañía para que no esté sola, y se lo agradezco.

Andrea me coge de la mano y cruzamos nuestros dedos. Me mira y está triste, como yo. Bueno, yo estoy más que triste. Me siento enfurecida, cansada, destruida y agobiada, pero, por otro lado, liberada. Parece como si me hubiera despertado de una pesadilla constante de años y me encontrase con una vida nueva.

—¿Podéis dejarme sola, por favor?

—Sí, claro, cariño. Te esperamos en el coche —responde Marta acariciándome la espalda.

Andrea me da un beso en la mejilla y poco a poco desaparecen, en silencio, por el camino de piedras rosadas. Cuando giran la esquina, apenas los veo. Este cementerio es muy grande.

Me hubiera gustado que Quique estuviese aquí. Sé que, para él, Miguel también fue importante. Para los dos lo fue. El problema es que me enteré tarde de que era mi padre. Quizás, le podría haber convencido de que se entregase, de que entiendo todo, pero que no es excusa para haber matado a tantas personas. Podría haberse redimido de muchas formas y no lo hizo en vida.

Ayer fui a ver a mi hermano. Está aún en el hospital. Se está recuperando muy bien, pero le quieren hacer más pruebas, por si acaso. Después ingresará de nuevo en el psiquiátrico para cumplir condena. Con todo esto de Conesa, el abogado de Silvia nos ha dicho que puede que se la rebajen, ya que Quique estuvo expuesto a una carga psicológica que no merecía. No sé si esa rebaja ocurrirá o no, pero sé que los dos tenemos una nueva oportunidad para conocernos y querernos.

Piso el césped y me acerco hasta la lápida. En ella está grabada la fecha de nacimiento y muerte de Miguel. También hay alguna flor que ha puesto Marta, para dar algo de color a su fallecimiento. Yo, por mi parte, llevo un par de azucenas de trompeta rosas. Me agacho hasta ponerme, prácticamente, de cuclillas y las dejo apoyadas en el suelo, justo delante de la placa con su nombre.

—Ojalá encuentres la paz.

Me caen un par de lágrimas y me las seco enseguida con un pañuelo. Sé que todo lo que hizo en vida está mal, pero no por ello dejo de sentir pena. Nos unía un lazo que ya no se va a romper. No voy a olvidar todo lo que ha pasado estos años y su compañía. En cómo nos conocimos

Quique y yo oficialmente como hermanos. Aunque él dijese que era un monstruo por muchas cosas, ya que le interesaba tenerlo controlado, nos unió... y eso se lo voy a agradecer siempre.

Me levanto de nuevo y vuelvo al camino de piedras. Cierro los ojos, que me escuecen de haber llorado. La tensión del secuestro y lo que pasó después fue demasiado para mí y creo que casi he llorado dos días seguidos. Andrea ha estado a mi lado. No puedo estar más feliz de tener a una persona así en mi vida.

A veces pienso en qué habría pasado si mi madre biológica no hubiera muerto, pero, luego, me doy cuenta de que, seguramente, mi vida habría sido bien distinta. Mi vida, la gente que conozco, las cosas que he conseguido. Eso no lo cambio por nada. Ojalá Miguel hubiera estado presente de otra manera. Solo espero que allí donde esté, pueda encontrar la paz que no encontré en vida. Que se reencuentre con sus padres y que sea feliz de una vez por todas.

Noto un apretón en el hombro y me asusto. Veo a un hombre que no reconozco, de unos cincuenta años. Tiene los ojos preciosos, pero enrojecidos.

—Tantos años buscando al asesino, recogiendo pruebas... para que al final fuese él. No me lo esperaba.

—¿Lo conocías?

—Sí, disculpa. —Sonríe como puede mientras se limpia los mocos en un pañuelo de tela—. Soy Junqueras, era compañero de academia de Miguel. Le conocía muy bien y por eso no me esperaba esto. Estuve allí con él, ¿sabes?

—¿Dónde?

—Cuando murió tu madre. Yo también os vi en ese armario e hizo que me diese cuenta de que, realmente, no quería ser policía. Fue muy duro, pero me retiré a tiempo de ese mundo. Creo que no habría podido soportarlo.

—Tú también me sacaste de ese armario, Junqueras. Gracias.

—Bueno, es lo mínimo. Después de eso ya no... ya no más. No quise ni estar ante los medios. Luego salió la foto de Miguel con vosotros en el periódico y supe que tampoco quería estar expuesto hasta ese punto. —Hace una breve pausa para suspirar y mirar la lápida—. Aunque no lo creas, Julia. Miguel me salvó a mí también.

No conocía la existencia de este hombre. Me giro para mirarle y veo que está llorando. Quizás él también ha cerrado una etapa de su vida, una herida que aún seguía abierta y necesitaba resolver.

—Lo siento mucho, Julia.

—Gracias. Lo siento mucho también.

Se despide con otro apretón en el hombro y le dejo solo. Creo que él ahora también lo necesita. Ojalá su herida termine de sanar. Yo estoy ya casi en el coche, desandando las piedras rosadas sin mirar atrás. Capítulo terminado y vida nueva.

Epílogo

Julia

Domingo, 3 de septiembre de 2023

—... marido y mujer. Ya se pueden besar.

No me lo puedo creer. Me acabo de casar con el hombre de mi vida. Nos besamos intensamente y la gente empieza a jalearse emocionada. Desandamos el pasillo entre las sillas, dispuestas perfectamente en el césped, y nos tiran arroz. En Italia simboliza la fertilidad. En España no lo sé, pero también lo hacemos en la mayoría.

La boda no es de gran magnitud. Queríamos invitar a las personas más importantes de nuestra vida. Tulio, Óliver, Federico y Alicia han venido. Les agradezco todo, ya que después de esta boda, seguramente, no volvamos a trabajar en el restaurante. Andrea se ha animado y ha comprado un local para abrir su propio local de comida italiana. No puedo estar más orgullosa. Obviamente, me apunto al proyecto. Incluso Marta ha dejado de lado su trabajo, que la tenía demasiadas horas fuera de casa, para hacer la contabilidad y la gestión del restaurante. Carlos y ella estudiaron en la misma clase; así es como se conocieron.

Y hablando de mi hermana, está radiante. Carlos y Lucía están a su lado con una sonrisa. Incluso han traído a Olaf a la boda. Espero que no se asuste mucho con todo el jaleo que vamos a armar en el banquete. De todas formas, hay una zona de patio algo más alejada, por si acaso.

También están los padres y el hermano de Andrea. Su reconciliación ha hecho que todos estemos aún más unidos y que tengamos casa para ir de vacaciones a Italia. De luna de miel, vamos a hacer un *tour* por todas las ciudades posibles: Roma, Florencia, Venecia... Cuando termine iremos a su casa para que me enseñen *Lecce* en condiciones, ya que aún no hemos tenido la oportunidad de ir por los preparativos del restaurante.

Al terminar el pasillo de sillas veo a Luis, que está emocionado y me ha chivado hace dos meses que le tire el ramo a Ana adrede. Le va a pedir matrimonio en cuanto eso ocurra. Eso quiero verlo. Detrás veo a Ana con un Julio de un año y poco. Y sí, tiene los preciosos ojos de su padre.

Al otro lado están Silvia, Lucas y María, tirándome arroz como los que más. Y al final del pasillo para darme un beso, mi hermano. Le abrazo con fuerza aspirando el olor de su perfume. Doy gracias por su recuperación y porque le hayan dejado salir de la detención para venir a mi boda. Está sonriente y parece que ha recuperado años de vida desde mayo del año pasado.

Antes de casarme me ha estado contando que Silvia y él han hablado mucho. Aunque no estén casados, van a ser una familia para siempre. Se quieren mucho y no hay nada que me haga más feliz que verlos unidos.

Antes de tirar el ramo miro hacia atrás para calcular dónde está Ana.

—¿Preparadas? Una, dos y....

Y tiro el ramo con flores blancas hasta que termina en las manos de mi mejor amiga. Cuando

se gira para hacerle una broma a Luis, él ya está con la rodilla en el suelo y la caja del anillo abierta.

—¡Que se besen! ¡Que se besen! —coreamos todos.

Ana, obviamente, dice que sí y se lanza a besarlo. Julio, que estaba jugando con Olaf, mira fijamente a sus padres; no entiende nada y sigue acariciando al perro con mi sobrina de vigía.

—¡¡Vamos a comeer!! —grita Andrea eufórico.

Al terminar el banquete, los camareros, como nosotros queríamos, han dispuesto una mesa con la *bomboniere*. Forma parte de la tradición italiana y queríamos meterlo en nuestra boda. Son los regalos de boda para los invitados: corazones con almendras azucaradas siempre en número impar. Me encanta que nuestra boda esté siendo una mezcla de ambas culturas.

Antes del primer baile, coloco mi pierna en una silla y Andrea me quita la liga y la arroja a los invitados. Después, Carlos y Luis cortan la corbata de mi marido y van vendiendo los trozos al mejor postor.

Hemos estado yendo a una academia de baile para preparar este momento. No va a ser el típico vals. Andrea y yo llevamos unas serpentinas de colores que nos atan las manos con algo de soltura para que podamos movernos. De repente, empieza a sonar la música y la gente empieza a gritar.

Y empezamos a bailar al ritmo de *Quiero decirte* de Ana Mena y Abraham Mateo. No está saliendo perfecta, pero me lo estoy pasando genial. No es nuestra canción, pero queríamos regalar un detalle extra a Ana y a Luis: va a ser la suya. ¿Por qué? Porque lo hemos decidido así. Junto con la pedida de mano de Luis, nos pareció buena idea que formase parte de la boda. Su mensaje representa en parte la relación que han tenido.

Luis saca a Ana a bailar y así se van formando distintas parejas entre los invitados para disfrutar de la música.

Quizás, en esta boda falte gente, la madre de Marta y mía, mi madre biológica, Miguel... Pero espero que nos estén viendo desde algún sitio y estén bailando también esta canción.

Doy gracias todos los días por mi vida. Porque sin el pasado y los caminos que he ido escogiendo, no sería yo: Julia.

Epílogo adicional

Julia

Miércoles, 14 de febrero de 2024

Los preparativos son un caos. Si no me creéis, preguntádselo a mi marido. Lleva una semana completamente loco de remate. Os dirá que no os embarquéis en montar un negocio, que no merece la pena, pero no le hagáis caso; es lo mejor que ha podido hacer.

—¡¡Juliaaa!! ¡¿Puedes veniir?!

—¡¡Voooooy!!

Hoy está inaguantable. Y no lo digo solo yo. Marta, que también se ha unido al negocio, lo está sufriendo en sus propias carnes; es la persona que se va a encargar de toda la contabilidad y gestión del restaurante.

Salgo de la cocina, donde estaba preparando la salsa de tomate, y me encuentro a Andrea dando vueltas por el comedor.

—No, no, no. Me niego a poner estos manteles. Parece que estemos de pícnic.

Me acerco a él, que está hablando con el encargado de toda la mantelería. Bueno, más bien le está gritando, sin necesidad.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto, exasperada.

—¿Qué opinas de los manteles?

Los miro y analizo. Yo creo que van bien con la decoración del restaurante, pero quizás son demasiado llamativos. Algo más neutro creo que quedaría mejor y más estético. Miro al señor y miro a Andrea. Ambos tienen una ceja levantada esperando mi veredicto.

—No me gustan, lo siento —contesto avergonzada.

—¡Lo que yo estaba diciendo!

—Cariño, ¿te puedes calmar? Le estás haciendo pasar un mal rato a este hombre tan amable que nos ha traído los manteles.

Andrea le mira fijamente y agacha la cabeza, colorado como una grana, porque sabe que tengo razón.

—Disculpe. Hoy es la inauguración y estoy un poco nervioso.

—No se preocupe. ¿A qué hora es?

—A las ocho y media de la tarde.

El repartidor se queda pensando y nos pide permiso para hacer una llamada a la tienda en la que compramos toda la mantelería. No sabemos por qué nos han traído los de cuadros rojos y blancos en vez de los de tono rojizo pastel que pedimos. Seguramente haya sido un error.

A los cinco minutos, el hombre vuelve con una sonrisa.

—Buenas noticias. A las seis puedo volver con los manteles que pidió. Hubo un cambio en los paquetes. Tendría que ir a recoger los del otro cliente e intercambiarlos.

Andrea suspira y se frota la cara con las manos, pero al final accede; no hay otra opción.

—Vale, muchas gracias. Si necesita algo, no dude en llamarnos —le hago saber.

—Buenos días.

El repartidor se marcha silbando y cierra la puerta un poco más fuerte de lo que debería.

—Joder, joder, joder —expresa Andrea malhumorado.

Le acaricio el brazo y parece que se relaja. Me mira y me da un beso en la frente.

—Andrea, no te puedes tomar todo a la tremenda. Sé que esta noche es la inauguración, pero...

—Por eso mismo, Julia. Por eso mismo. —Empieza a dar vueltas de nuevo por la sala—. Es la inauguración y llevamos meses preparando esto.

Se va enfadado al despacho que se ha montado. Le dejo su espacio porque sé que simplemente está nervioso por la apertura. Hemos arriesgado muchas cosas, tiempo y dinero.

Vuelvo a la cocina y sigo preparando cosas para esta tarde. También lavo algunos cubiertos y boles que he estado utilizando. Hasta dentro de dos horas no llega el otro cocinero que ha contratado Marta. Porque sí, obviamente va a hacer falta ayuda de más.

De repente, me tengo que apoyar en la encimera. Tengo náuseas y un ligero mareo. Esta semana se me está haciendo cuesta arriba, supongo; porque, además, no me ha...

«No me ha bajado la regla... Pero, ¿podría ser?».

Empiezo a tener sudores fríos y algo de ansiedad. Ni siquiera sé si podría tomarme una tila.

«Ay, el lunes comí jamón serrano y ayer sushi. Dios mío».

Mi cabeza comienza a dar vueltas innecesarias. Vueltas que no van a ninguna parte. Además, comprobarlo es tan sencillo como acercarme a la farmacia y hacerme el test de embarazo en casa o en el restaurante.

Sin saber por qué, lo primero que hago es coger el móvil y llamar a la primera persona que se me pasa por la cabeza: Ana. Ha sido mamá recientemente y quizás pueda ayudarme. Mi hermana se pondría histérica antes de tiempo y ya hay una persona con ligera tendencia a la ansiedad en la familia.

—¡Hola chiqui! ¿Qué tal el día? ¿Estáis nerviosos? —contesta Ana con alegría—. Nosotros llegaremos sobre las siete y así nos tomamos un café.

—Ana...

—No veas lo grande que está Julio ya. Pregunta mucho por ti y...

—¡Ana!

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¿Notaste algo cuando te quedaste embarazada?

Un silencio se forma en la línea telefónica.

—¿Ana?

—¡Aaaaaah! ¡No me digas que...!

—No. No te he dicho nada. Solo estoy preguntando.

—Ya, claro. Y yo me chupo el dedo, no te jode —contesta riendo.

—No me hace gracia.

—¿Y a qué esperas para ir a la farmacia?

—Estoy sola en la cocina y el otro cocinero no llega hasta dentro de una hora y media.

—Pues pídele a Andrea que vaya a por un test y ya está. ¿Está ahí no?

—Ya, pero...

—¿Pero...?

—Si es positivo, quiero darle una sorpresa. No quiero que se entere así.

—Entiendo... Pues entonces tendrás que esperar.

Me quedo en silencio, gestionando lo que está pasando. De repente, se me ocurre una idea.

—Luego nos vemos. Se me ha ocurrido una cosa. ¡Te quiero!

Ni siquiera la dejo contestar y ya estoy llamando a otra persona con la que tengo total confianza: Alicia.

En menos de cuarto de hora se presenta en el restaurante, saluda a Andrea y se mete en el baño conmigo y el test de embarazo. Le digo que me espere en la cocina, que me vigile las salsas, que no quiero que se quemen.

Sale corriendo, supongo que para revisar lo que le he dicho. Mientras, hago pis en un vaso de plástico, meto el palito y espero.

«Joder... Los tres minutos más largos de mi vida».

El corazón me palpita mucho. Lo noto hasta en los dedos de los pies. Intento respirar hondo sentada en la taza del váter. De repente, abren la puerta de par en par. Me asusto, pero menos mal que es Alicia.

—¿Qué?

—Falta un minuto.

—¿Quieres que lo mire yo? ¿O prefieres mirarlo tú?

—¿Las dos a la vez?

Asiente con una sonrisa y se acucilla a mi lado. Tengo el test dado la vuelta, en la mano, para no ver nada. Cuento hasta tres y lo miramos. Yo me quedo bloqueada y lloro. Alicia empieza a saltar como una loca, tanto que Andrea nos pregunta si nos pasa algo desde la sala. Ella le dice que no, que no se preocupe, pero no para hasta abrazarme como a un oso de peluche.

—Enhorabuena, Julia —me dice susurrando.

Me guardo el test de embarazo en el bolsillo y me seco las lágrimas. Me lavo las manos y vuelvo a la cocina.

El resto del mediodía y la tarde se me pasa volando, pero con la cabeza loca. Pienso todo el rato en cómo contárselo y en qué momento. Son las siete de la tarde y la gente más allegada está entrando al restaurante para tomar un café, aunque la apertura oficial sea dentro de un rato. Tulio, Óliver, Federico y compañía también han venido. Creo que aprovecharé este momento.

Ana no puede evitar mirarme de forma lasciva. No sabe el resultado de mi test y se muere por dentro. Lo sé; la conozco de sobra.

Cuando ya todos tienen su bebida en la mesa, me decido y le doy una cajita a Andrea. Me encontré una en el almacén y prefería usarla a tirarla. Ana abre los ojos como platos. Obviamente ya se imagina lo que hay.

—¿Qué es? —pregunta Andrea extrañado—. No pesa nada.

—¡Ábrelo, coño! ¡Es una sorpresa!

Lo abre y lo ve. Se queda paralizado y los demás intentan saber qué se esconde en el paquete. De golpe, me mira con los ojos llenos de lágrimas y me besa. Después me abraza y los demás son los que cogen por ellos mismos la caja para descubrir el contenido. Aún queda gente por venir, como Quique, Silvia y los niños o los padres y hermano de Andrea, pero ya se enterarán más tarde.

Y entre felicitaciones y preguntas, sobre todo de mi hermana, llega la hora de la inauguración. Al final, el negocio no tendrá mi nombre, pero no puedo estar más orgullosa de todo lo que hemos conseguido.

Hacemos una cuenta atrás y Andrea enciende un interruptor y la luz led del restaurante se enciende por primera vez: el restaurante italiano *Bianca* abre sus puertas.

FIN

Agradecimientos

Gracias a mis padres, porque sin ellos no sería quien soy. Gracias a mi hermana, porque sin ella nada sería lo mismo. En definitiva, gracias por haberme permitido moldear mi propia personalidad y por apoyarme en todo.

Gracias a Óscar, por ser mi compañero de vida. No esperaba encontrarte en el camino, pero ha sido una de las cosas más bonitas que me podían haber pasado.

Gracias a Kairi y a Zelda, que, aunque a veces os portáis mal, no podría vivir sin vuestros arrumacos, ronroneos y maullidos.

Gracias a Rosi y a Cris, por estar ahí. No podría haber elegido mejor familia para mi compañero y para mí.

Gracias a todas las lectoras beta. Empezasteis apoyándome con la bilogía de Julia por separado y os lo voy a agradecer siempre. Gracias por todo vuestro cariño desinteresado hacia mis novelas y hacia a mí como autora.

Gracias a Eva Mayro, porque aparte de ser lectora y escritora, es amiga, una muy buena amiga. Esta edición también es para ti, porque confiaste en mí a cada segundo que yo sufría el síndrome del impostor.

Gracias a Anabel en la distancia. Por emocionarte con esta historia, con la siguiente y por tus ilustraciones cargadas de cariño.

Gracias, en definitiva, a los lectores, porque sin vosotros, un escritor no sería nadie.

Gracias a Julia porque, como bien dice ella, acaba siendo ella misma por todo lo que ha vivido y gracias a toda la gente que ha conocido y la rodea. Yo me siento igual de afortunada, ya que no deja de ser un reflejo de parte de mi personalidad y lo orgullosa que me siento de las personas que están a mi lado.

Gracias a todos los personajes de esta historia. Me cuesta soltaros, y por eso en parte he escrito un epílogo adicional para esta reedición, pero creo que ha llegado la hora de que viváis vuestra vida. No es un final, porque siempre estaréis en el corazón de aquellos que os hayan conocido. Gracias infinitas por ello. Quizás... nos veamos en otra ocasión.

Playlist

Aquí tenéis la *playlist* de la historia de Julia. Espero no haberme olvidado de alguna canción. Todas y cada una de ellas son importantes para la trama, así que espero que las disfrutéis y que os acompañen mientras leéis esta novela.

1. *The weakness in me* – Joan Armatrading
2. *The way you make me feel* – Michael Jackson
3. *Bella notte* – Moisés Palacios, Fernando Soberanes (Película La Dama y el Vagabundo)
4. *You're the one* – Tracy Chapman
5. *Carrie* – Europe
6. *Deja que te bese* – Alejandro Sanz y Marc Anthony
7. *L'essenziale* – Marco Mengoni
8. *Mucho más allá* – Gisela, Aurora (Película Frozen 2)
9. *No digas nada (déjà vu)* – Cali y El Dandee
10. *Kiss me* – Sixpence None The Rither
11. *Christmas EveL* – Stray Kids
12. *Wonderwall* – Oasis
13. *Antes que ver el sol* – Coti
14. *Big girls don't cry (personal)* – Fergie
15. *Quiero decirte* – Abraham Mateo, Ana Mena



Sobre la autora



Raquel Rueda nació en Valladolid, en una madrugada de niebla de noviembre de 1993.

Estudió Filología Hispánica y un máster en Estudios Filológicos Superiores en la UVa. Después, especializó sus estudios con un curso profesional de corrección de textos.

Desde pequeña le gusta el mundo de la literatura, pero ya fue más adelante cuando volvió a engancharse a la lectura y al mundo de la escritura.

También es una gran amante de los videojuegos y madre de dos gatas.

En la actualidad, tiene una cuenta de Instagram dedicada completamente a los libros, donde reseña y recomienda novelas de todos los géneros posibles; aunque sobre todo lee libros de thriller, romántica y fantasía. También tiene una cuenta de Twitch en la que intenta poner a prueba que el contenido literario también puede acceder a este tipo de plataformas.

El pasado de Julia es su primera novela autopublicada, la cual salió con anterioridad en dos partes, y que ahora tiene una reedición revisada y con un epílogo adicional que te llegará al corazón.

Instagram: books.lover.93

Twitch: raquelrueda93

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Epílogo](#)

[Epílogo adicional](#)

[Agradecimientos](#)

[Playlist](#)

[Sobre la autora](#)